

# Las humanidades por venir

## Políticas y debates en el siglo XXI



coordinan

Sandra Contreras  
José Goity

escriben

Dora Barrancos  
Beatriz Bragoni  
José Emilio Burucúa  
Sandra Carli  
Nora Catelli  
Mónica B. Cragolini  
Alejandro De Oto  
Néstor García Canclini  
Roberto Gargarella  
Analla Gerbaudo  
Pablo Oyarzun Robles  
Mario Pecheny / Luca Zaidan  
Nicolás Quiroga  
Eduardo Rinesi  
Juan Bautista Ritvo  
Gustavo Sorá  
Victor Vich  
Eduardo Zimmermann

hya ediciones



LAS HUMANIDADES POR VENIR  
Políticas y debates en el siglo XXI

---

Las humanidades por venir: políticas y debates en el siglo XXI / José Goity... [et al.]; coordinación general de Sandra Contreras; José Goity -1a ed- Rosario: Humanidades y Artes Ediciones - HyA ediciones, 2020.  
350 p; 20 x 15 cm.

ISBN 978-987-3638-39-8

1. Ciencias Sociales y Humanidades. 2. Universidades. I. Goity, José II. Contreras, Sandra, coord. III. Goity, José, coord.  
CDD 301

---

HyA ediciones  
Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad Nacional de Rosario  
Entre Ríos 748 - (2000) Rosario - Argentina

Los trabajos reunidos en este volumen fueron presentados en el **Congreso Internacional «Las Humanidades por venir. Políticas y debates en el siglo XXI»**, que se celebró en Rosario, los días 15, 16 y 17 de abril de 2019.

**Comisión Académica Organizadora:** Sandra Contreras, José Goity (coordinadores), Mónica Bernabé, Rubén Chababo, Alejandro Eujanian, Alberto Giordano, Ignacio Martínez, Judith Podlubne, Susana Rosano, Marcela Ternavasio, Laura Utrera, Julieta Yelin.

**Revisión editorial:** Vicenç Tuset



Los trabajos e imágenes contenidos en esta obra y que no pertenecen al dominio público se publican bajo Licencia Creative Commons Atribución - NoComercial - SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Los autores han dado autorización expresa para la publicación de sus trabajos. Agradecemos la colaboración de Lucía Monje por permitirnos la reproducción de las imágenes del Plantón Móvil. Dichas imágenes son obra de Josip Curich, Jossy Raffo, Alonso Molina, Jorge Ochoa, Eduardo Cavero, Tatiana Guerrero, Piero Sánchez y Ciudad al Día.

**Esta edición impresa fue posible gracias al apoyo de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Rosario**



Rosario=



Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina

LAS HUMANIDADES POR VENIR  
Políticas y debates en el siglo XXI

Coordinadores  
Sandra Contreras  
José Goity

**hya** ediciones



## Palabras de presentación

**José Ludovico Goity**

Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad Nacional de Rosario

Los días 15, 16 y 17 de abril de 2019 tuvo lugar en nuestra Facultad el Congreso *Las Humanidades por venir. Políticas y debates en el siglo XXI*, del que participaron docentes e investigadores de nuestro país y del extranjero y que tuvo por objetivo pensar las Humanidades, lo que ellas son, lo que ellas significan en este nuevo inicio de milenio.

Las páginas de este volumen registran la intensidad de las posiciones y miradas desplegadas en esos días, cuya enunciación logró despertar diálogos y acaloradas discusiones entre los panelistas y el público que participó de estas jornadas.

Desde el Decanato de nuestra Facultad nunca dudamos de acompañar la propuesta que nos hiciera Sandra Contreras, Directora del Instituto de Estudios Críticos en Humanidades, cuando nos propuso ser sede de este encuentro académico. Desde un primer momento entendimos que reflexionar en torno a las Humanidades era y es una tarea fascinante y que nuestra Facultad debía oficiar de caja de resonancia de esas reflexiones y debates.

Lo sabemos, vivimos en un tiempo caracterizado por la puesta en cuestión de tantos conceptos e ideas que fueron rectoras para Occidente a lo largo de muchos siglos, que dieron forma a modos

de imaginar, interpretar y actuar en el mundo. Conceptos e ideas que abarcan casi todos los campos de la creación y el pensamiento y que hoy, en el corazón mismo de una “modernidad líquida”, son insistentemente revisadas e interrogadas, no solo por quienes formamos parte del campo académico sino también por amplísimos sectores de nuestras sociedades cada vez más conscientes y decididos a avanzar en la conquista de nuevos derechos.

A diferencia de los siglos que nos precedieron, caracterizados por la *previsibilidad*, el nuevo milenio se presenta a nuestra experiencia como un tiempo cargado de preguntas e incertidumbres. Tarea compleja y diversa, que lejos de excluir la política, la necesita y convoca. Es así que resulta imperioso, y este congreso es parte de eso, ejercer el debate, construir consensos, marcar rumbos comunes, tareas estas de neto contenido político, por eso hablamos de “políticas y debates”.

La política como articulación de intereses, construcción de proyectos colectivos; no hay ciencia ni investigación sin un proyecto que la sostenga, le dé sentido y que a su vez oriente las decisiones y políticas de estado necesarias para garantizar las condiciones materiales que las humanidades y otras ciencias requieren.

Los debates en torno a las humanidades son vitales para nuestra sociedad, pero también es importante movilizar: **no alcanza solo con discutir si no nos movilizamos**, no nos comprometemos y no participamos, de la misma manera que tampoco tiene sentido encolumnarnos en defensa de los intereses comunes al campo académico y científico, si no se reflexiona sobre la producción de conocimiento colectivo, del conocimiento social, actividad que en momentos de crisis y recesión política, es fundamental para poder pensar otra sociedad posible y para confrontar con los modelos hegemónicos y dominantes, los cuales, está a la vista, lejos de contemplar las necesidades y bienestar de las mayorías, priorizan variables economicistas y de ajuste.

Es pues imprescindible, aun con las condiciones materiales y presupuestaria resueltas, que lo que hacemos, es decir, nuestra investigación, producción y enseñanza, tenga un sentido político, una dirección, un proyecto de sociedad, que se sostengan y legitimen mutuamente. Las ciencias sociales y humanas son fundamentales en la construcción colectiva de ese proyecto de sociedad que queremos, necesitamos y soñamos.

Lo sabemos, como protagonistas de la escena cultural y política, nuestro compromiso intelectual nos obliga a leer y a interpretar críticamente lo que ocurre en derredor nuestro, a escuchar las nuevas voces y a contribuir a la escritura de las nuevas agendas, incidiendo de manera activa en los debates de nuestro tiempo. Para emprender esa inmensa y apasionante tarea, la Universidad es, no cabe la menor duda, una plataforma de valor inestimable.

Por todo esto, como Decano de la Facultad de Humanidades y Artes, celebro la publicación de este libro con la esperanza de que sirva, no solo para dejar testimonio de lo dicho y debatido en este Congreso, sino además, y fundamentalmente, para que su lectura cumpla con el objetivo de provocar nuevas preguntas y nuevas reflexiones que nos sirvan para pensar un mundo más justo, más solidario, más cercano al dolor de los demás.



## El congreso *Las humanidades por venir*: una introducción

**Sandra Contreras**

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades, UNR-CONICET

En las Humanidades, se piensa la irreductibilidad de su afuera y de su porvenir. En las Humanidades, se piensa que no podemos ni debemos dejarnos encerrar *en el adentro* de las Humanidades. Pero este pensamiento, para ser fuerte y consecuente, requiere las Humanidades. Pensar eso no es una operación académica, especulativa o teórica. Ni una utopía neutra. Como tampoco el decir es una simple enunciación. Es en ese límite siempre divisible (...) donde la universidad divisible se expone a la realidad, a las fuerzas de fuera (ya sean culturales, ideológicas, políticas, económicas u otras). Ahí es donde la universidad está en el mundo que trata de pensar. En esa frontera ha de negociar pues, y organizar su resistencia.

Jacques Derrida, *La Universidad sin condición*

Como se sabe, desde su emergencia misma como un conjunto de saberes disciplinarios claves, las humanidades han visto una y otra vez cuestionados el valor (científico) y la utilidad (social)

de los conocimientos que producen. Pero, como también sabemos, esa periódica definición negativa, de la que el tópico “crisis de las humanidades” es una de sus expresiones más clásicas, propició a su vez, en distintas coyunturas históricas, diversas intervenciones y réplicas que, en sus mejores versiones, más allá de la defensa corporativa del campo, ensayaron una redefinición del lugar de las humanidades, de lo que las humanidades *pueden*.

El congreso *Las humanidades por venir. Políticas y debates en el siglo XXI*, que comenzamos a idear desde el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades hacia fines de 2017 y que programamos conjuntamente con la Facultad de Humanidades y Artes de Rosario para los días 15 al 17 de abril de 2019, es, desde luego, uno más entre esos muchos ensayos de intervención. En este sentido, el horizonte ante el que nos situamos para invitar a pensar críticamente los desafíos teóricos y políticos de las humanidades en el mundo contemporáneo, comprendió tanto el universo en que las mutaciones tecno-científicas afectaron las dinámicas del trabajo, en que el espacio público se ve transformado por las nuevas técnicas de producción, archivación y comunicación del saber, y en que la biopolítica explora los límites de lo humano, como los contextos próximos e inmediatos en que las ciencias humanas son objeto de una severa puesta en cuestión, no en el sentido de un ejercicio de interrogación que pone en crisis saberes constituidos sino en el sentido, más elemental, de una puesta en duda descalificadora dentro del sistema científico en el que se inscriben como campo de investigación.

Dado que, en efecto, nuestro congreso empezó a pensarse en la proximidad de uno de esos contextos datados y localizados, el de las descalificaciones que en los años recientes provinieron muy en particular de la cartera de Ciencia y Tecnología en Argentina –dichos, por cierto, que parecieron encontrar en el ajuste presupues-

tario que el gobierno de Mauricio Macri impuso al área el marco propicio para redoblar una embestida, de más larga data y de más amplio alcance, contra las ciencias sociales en general–, comenzaré por referirme entonces a algunos de los enunciados formulados por el primero Ministro y luego Secretario de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Lino Baraño, no para limitar la discusión a los colores de la anécdota sino porque esos enunciados son, sencillamente, de una transparencia ostensiva: sus palabras dicen exactamente lo que quieren decir, explicitan lo que hay que entreleer en la letra chica de las convocatorias y de los planes estratégicos, y constituyen, en este sentido, todo un campo discursivo.

Las más recientes de esas declaraciones, vertidas en los días previos al congreso (Baraño, 2019), se apoyaban, una vez más, y tal como lo venía expresando inclusive desde sus años como ministro del gobierno de Cristina Kirchner, en la convicción de que el sistema científico de un país en desarrollo, como el argentino, debe orientar la investigación a la aplicación tecnológica y robustecer, de este modo, su vinculación con las necesidades de la sociedad y con las demandas de sectores externos a la propia comunidad de expertos. Como lo demuestra Diego Hurtado en su libro sobre la historia institucional de la ciencia en Argentina (Hurtado, 2015), el interés por orientar la investigación desarrollada en instituciones públicas hacia cuestiones aplicadas ha sido objeto de retóricas e iniciativas diversas desde la década del cuarenta. Pero resulta evidente también que, *aggiornada*, esa política se funda hoy en las llamadas premisas de “pertinencia”, esas que Michael Gibbons presentó en la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior de la Unesco, en 1998, en un documento programático sobre la modalidad de producción de conocimiento que requiere el mundo del siglo XXI (Gibbons, 1998). En efecto, la idea de que el conocimiento superior debe producirse en contextos de aplicación para la “resolución de problemas” y los valores asociados a ese postulado (ca-

rácter multidisciplinar, heterogeneidad y diversidad organizacional, responsabilidad y reflexión sociales, control de calidad) proveen ampliamente, y para seguir refiriéndonos al caso argentino, ese vocabulario específico que, no obstante las resistencias que el conjunto amplio de lxs investigadorxs, no solo en ciencias sociales y humanas sino también en ciencias básicas, nos apresuramos a manifestar en particular a partir de 2016, pugna y a veces termina igualmente por ser incorporado, y en puntos sensibles, en las bases de las convocatorias, en los instrumentos de promoción y financiamiento, en la definición de “temas estratégicos”.

Pero lo que me interesa subrayar aquí es la falacia ética con la que Baraño, enfatizando su condición de funcionario público, invoca un “compromiso” primero y absoluto con “el ciudadano” que, “legítimamente”, puede pedirle cuentas por los fondos que distribuyó y preguntarle: “¿En qué me benefició a mí?”. “Esa pregunta –dice el Secretario- me tortura” (Baraño, 2019). Notablemente, la “tortura” de Baraño expresa todavía aquella tensión, de la que Kant derivaba “el conflicto de las facultades”, entre la universidad y los funcionarios que se formaron en ella, pero que se volvieron agentes del gobierno y por lo tanto instrumentos de poder; y él mismo parece seguir encarnando a esos letrados (hombres de negocios del saber o técnicos de la ciencia, decía Kant) que detentan un poder temible no solo porque el estado les otorga potestad para sus propios fines (los presupuestos) y no los de la ciencia, sino porque además, precisamente están, o, podríamos decir, se presentan *como si* estuvieran, en alianza con el pueblo, el ciudadano, “la gente”. Ahora bien, ¿quién es ese ciudadano que hace tales demandas? ¿Dónde está? ¿Es seguro que expresa el sentir de la mayoría de la población? ¿O es más bien la imagen de un pueblo abstracto, mistificada como lugar de la exigencia de rendición de cuentas de la que se deriva a su vez la culpabilización de los saberes supuestamente improductivos y de las humanidades en especial? Si reconocemos

allí el proceso de descrédito por el que los gobiernos, de acuerdo con el carácter religioso del capitalismo, hacen funcionar la deuda como dispositivo de control y también como generador de subjetividades *endeudadas* (Hidalgo Nácher, 2019), es interesante recordar cómo su contracara, lo “imperdonable”, consolidaba precisamente el argumento de C. P. Snow en su conferencia de 1959 sobre “las dos culturas”: puede aceptarse, decía Snow ([1959] 2006: 59 y ss.), que el científico elija, si así lo quiere, vivir al margen del proceso de industrialización, pero no puede admitirse que pretenda que lo mismo quieran aquellos que no tienen la libertad de elegir, esto es, los pobres que no hacen más que (porque no pueden sino) elegir incorporarse a las fábricas para mejorar su calidad de vida. Un argumento, podríamos decir, que anticipaba muy bien las raíces, o apariencias, humanistas contenidas en el escrúpulo del funcionario torturado en tanto la distinción entre saberes productivos e improductivos, que había establecido tempranamente Francis Bacon en el siglo XVII, se presenta ahora investida no solo por el interés (discutible) en el crecimiento de la riqueza sino también, y sobre todo, por el interés (indiscutible) en el mejoramiento de la parte más necesitada de la población.

Esta “presión” semántica sobre el término “responsabilidad social” –equivalente, diría, a la presión sobre el término “vida” en el debate, también religioso, sobre el aborto–, cuyos alcances se miden mejor cuando la vemos moldear el discurso de funcionarios que, aun cuando condenen severamente la política neoliberal e inclusive se inscriban en proyectos nacionales y populares, dicen, en este punto, lo mismo que Barañao, es el enclave de un *desacuerdo*: esa singular situación de habla en la que, en términos de Jacques Rancière (1999), uno de los interlocutores entiende y a la vez no entiende lo que dice el otro, porque no es el conflicto entre quien dice “blanco” y quien dice “negro” sino entre quien dice “blanco” y quien dice “blanco” pero no entiende lo mismo por blancura. Va-

rios de los trabajos aquí reunidos tienen, en este sentido, el valor de interpelar, con distintos alcances, el concepto mismo de utilidad: por ejemplo, cuando identifican la demanda de utilidad inmediata no solo como una presión técnica proveniente de los profetas del ajuste sino también como expresión de cierto extendido cuestionamiento populista de la in-utilidad (Mario Pecheny y Luca Zaidan); cuando fundan la importancia de reivindicar una cierta gratuidad del tipo de saber propio de las humanidades precisamente, y en tanto se trata de una idea de bien público radicalmente diferente, en el “derecho humano universal” a la educación superior, en el “derecho del pueblo a la Universidad” (Eduardo Rinesi); o cuando, para diferenciarla del régimen de *producción*, definen con precisión los parámetros que dan la medida “an-económica” de la *creación*, forma específica de las humanidades en relación con la cual no es preciso inventar fórmulas de venta, ni tampoco defender su radical inutilidad sino, simplemente, como cambiando el tema de conversación, “evidenciar la necesidad de un espacio de libertad irrestricta para su ejercicio” (Pablo Oyarzún).

Paso ahora a una segunda declaración de Barañao, de febrero de 2017, que nos interesa aquí de un modo especial. “Si quieren investigar en historia medieval”, decía el entonces Ministro, “háganlo en las universidades” (Barañao, 2017). En el marco de los intentos por justificar los drásticos recortes en las vacantes de ingreso a CONICET, el planteo apuntaba por supuesto a quitarle carácter de “ciencia” a las humanidades y, por lo tanto, lugar en el reparto presupuestario (lo que, por cierto, sonaba aún más provocativo luego del período kirchnerista en que las ciencias sociales y humanas equilibraron sensiblemente su representación en relación con las otras grandes áreas del conocimiento). Lo interesante del enunciado, sin embargo, pasaba por el establecimiento de una feroz línea divisoria entre sistema científico y universidad, fundada, por ex-

tensión, en la idea implícita de la universidad como un reservorio de temas inútiles, a través de las humanidades<sup>1</sup>.

Ahora bien, la postulación de una relación estrecha entre Humanidades y Universidad, a la que, para preservar el sistema científico, apuntaba el exministro, tuvo al menos la ventaja de recordarnos un texto ya clásico de Jacques Derrida, “El porvenir de la profesión. La Universidad sin condición” ([1998] 2002), la conferencia que leyó en la Universidad de Stanford, en abril de 1998, y en la que basamos en buena medida los fundamentos de la convocatoria al congreso. Se trataba, como recordarán, de una “llamada” en forma de “profesión de fe”, fe en la universidad y, dentro de ella, en las “Humanidades” del mañana, que empezaba por volver a afirmar el principio de libertad incondicional del pensamiento que se produce y circula en la universidad. La universidad moderna, en tanto resistencia incondicional a toda forma de poder: los poderes estatales y por consiguiente los políticos del Estado-nación, pero también los económicos, los mediáticos, los ideológicos, los religiosos, los culturales, en suma, “todos los poderes que limitan la democracia por venir”. La universidad sin condición”, en tanto “derecho primordial a decir en público todo lo que exige un pensamiento de la verdad, aunque sea en forma de ficción y experimentación del saber, y el derecho a decirlo públicamente, a publicarlo” (14), que es lo que Derrida entiende aquí por literatura y también

1. Entre paréntesis, resulta evidente que el paradigma de “resolución de problemas” propio del “nuevo modo de conocimiento” (Gibbons, 1998), que tanto entusiasmo y a veces hasta confunde a funcionarios –inclusive provenientes de la universidad, inclusive provenientes de las ciencias sociales–, se traduce, cuando se aplica de un modo masivo y hegemónico, en una idea limitadísima del “presente”: una idea banal de “actualidad” que convierte a unos campos de estudio en temas anacrónicos –lo “medieval” sería la máxima expresión– y por lo tanto irrelevantes o *no pertinentes*. Para un análisis de los discursos recientes de autoridades e investigadorxs en diversos contextos de enunciación en la Argentina, a propósito de la apariencia “teológica” que Baraño atribuyó a las ciencias sociales, ver Carli (2018).

por discurso afirmativo, esto es, performativo. Y es justamente en esta referencia a “lo público”, a ese espacio en el que nada queda a resguardo, ni siquiera la idea tradicional de crítica, ni siquiera la autoridad implícita en la forma de cuestionamiento, donde la conferencia de 1998, como tantas otras intervenciones sobre el tema, fundaba el vínculo indisoluble entre humanidades y universidad.

Los capítulos reunidos bajo el título “Humanidades, universidad, crítica” constituyen, en la parábola que traza su secuencia, una magnífica variación sobre ese vínculo. La genealogía de las humanidades en Argentina que Eduardo Rinesi traza a través de su tensión con las modernas ciencias sociales, y la de las humanidades en América Latina que Pablo Oyarzún asocia al estilo específico del ensayo, ambas como recordatorio de la *función crítica* que ellas portan en su misma forma reflexiva y creativa (crítica de los saberes superficiales, crítica de las rutinas institucionales, crítica de lo humano), son aquí la antesala para la performance y el testimonio crítico de Nora Catelli: la puesta en escena de la crítica en tanto práctica inespecífica, inclusive in-disciplinada, pero por eso mismo ejercida con todo el rigor –el cuidado y el estudio– que requiere un auténtico *acto de atención*, esa detención indispensable para las humanidades entendidas como transmisión de una memoria de lecturas. En los tres ensayos, las escenas y argumentos presentados se enlazan con la imaginación de un futuro posible para las humanidades que habrá de ser también, en el interior o en los márgenes de la universidad pero siempre en “la conversación abierta de la comunidad”, el futuro de lo público y de lo común.

Desde luego, tenemos presente que la conferencia de Derrida se enuncia desde uno de los centros de la academia metropolitana (él mismo no dejaba de señalar, por ejemplo, que los efectos de la “mundialización” sobre el destino de las humanidades se hacen más visibles en Estados Unidos, por su evidente poder político, tec-

no-económico y tecno-científico). Y por supuesto, no dejamos de advertir que desde el contexto latinoamericano y también desde nuestra universidad pública y su tradición reformista la cuestión de la autonomía universitaria requiere de otros desarrollos y plantea otros interrogantes<sup>2</sup>. Con todo, si hoy seguimos encontrando en esa conferencia herramientas eficaces es sobre todo por el modo en que, al releer *El conflicto de las facultades* mirando el siglo XXI, llamaba a deconstruir, precisamente, el concepto kantiano de soberanía indivisible, y por el modo en que inscribía esa soberanía en una encrucijada radical. Dado que esa incondicionalidad es también abstracta e hiperbólica, por eso mismo –decía Derrida– la universidad puede exhibir una fragilidad ante los poderes que tratan de apropiársela; porque es absolutamente independiente, es también una ciudadela expuesta ([1998] 2002: 16). Y si el principio de resistencia a toda forma de poder es un principio que, aunque coextensivo a todo el campo del saber académico, *se presenta*, en el origen y por excelencia, en las Humanidades, la deconstrucción del concepto de soberanía indivisible, decía Derrida, también tendrá su lugar privilegiado de presentación y de discusión en las Humanidades, en sus departamentos. ¿Pero en cuáles Humanidades? Unas *nuevas Humanidades*, reelaboradas, que serán fieles a la tradición del humanismo (aunque no se trate ya sólo del concepto conservador y humanista y sus antiguos cánones) siempre y cuando encaren también la tarea de su propia deconstrucción: conocer y pensar su propia historia, la historia del saber y de la fe en el saber, la cuestión del hombre (la humanidad), de los “derechos del hombre” (y de la mujer) y del “crimen contra la humanidad” (esos dos grandes conceptos del siglo XX que afectaron la noción de humani-

2. Entre la amplísima bibliografía sobre el tema, remito aquí, por los contextos desde los que releen precisamente *El conflicto de las facultades* de Kant, a Thayer, 1996; Rinesi y Soprano, 2007; y Naishtat, 2007.

dad), la cuestión de las nuevas ciudadanía y derechos, la cuestión del mundo ([1998] 2002: 10-11).

Los interrogantes que proponen intervenciones como las reunidas en “Políticas en las Humanidades” interesan precisamente por el modo en que, más que discutir políticas *para*, iluminan las líneas que atraviesan, dividiéndolo, el campo mismo de las Humanidades. Mientras Dora Barrancos demuestra que, contrariamente al sentido común que presupone una discriminación más acentuada en las ciencias exactas y naturales, las humanidades, según la historia de las letras, de la filosofía y de la historia, fueron muy reacias al reconocimiento de la práctica profesional de las “oficiantes” mujeres, Alejandro de Oto argumenta que volver “análogos” los procesos de definición de las categorías en el pensamiento social con las formas de relación que se producen en los colonialismos históricos, permitiría describir las ciencias humanas como “máquinas coloniales” que producen diferencias y desmontar los dispositivos que funcionan como “máquinas de alterar”. Por su parte, Mario Pecheny y Luca Zaidan sitúan la imperiosa resistencia a dejarnos expulsar del espacio público (de la política, de la academia) en el contexto amplio del *malestar* que producen unos “tiempos sombríos” en los que el ataque poderoso contra las humanidades y ciencias sociales proviene no solo de la demanda de productividad neoliberal sino también de un conjunto de amenazas autoritarias dirigidas, todas al mismo tiempo, al género, a la pertenencia a la universidad pública, a la sexualidad, al sistema público de salud, a la lucha por los derechos humanos.

Y, en un sentido próximo aunque diverso en la tarea deconstructiva de los fundamentos mismos de las humanidades y del humanismo, las cuatro últimas intervenciones del volumen postulan, leen y “vislumbran” vías –filosóficas, artísticas, éticas– con las que imaginar “políticas hospitalarias” para con modos de vida diversos en “la comunidad de los vivientes” o con las que cavar salidas a la

violencia pura de lo inhumano implícito en lo humano. Del lado de los poshumanismos, invitan al debate y a la polémica tanto la deconstrucción de la ideología consensual del humanismo metafísico, de las humanidades fundadas en un modelo de sujeto viril y carnívoro, que para Mónica Cragolini deberá partir de una comprensión del vínculo feminismo-animalismo, como la deconstrucción de la concepción moderna de pueblo que, para Víctor Vich, porta la “acción” artística de Lucía Monge, cuando “muestra” a las plantas *como si* fueran actores políticos en el devenir mismo de las políticas públicas de la ciudad. Del lado de la interrogación ética por “los límites últimos de lo humano”, nos interpelan las tesis de Juan B. Ritvo sobre el hecho universal de la segregación, esa “ferocidad que hermana a quienes repudian juntos un objeto execrado” y que tiende, en su odio puro, a la aniquilación. Y nos alcanza, en el cierre del congreso, la *inmersión* de José Emilio Burucúa en el genocidio y las masacres, su contacto con las miradas que le (y nos) devuelven una serie de fotos de víctimas del terror staliniano, con la catástrofe implícita en las masacres de animales, y también sus apelaciones: no solo a imaginar una “nueva alianza entre las ciencias y las artes para sortear los peligros latentes en la autonomía indetenible del progreso cognitivo y técnico”, no solo a “levantar a una teodicea secular sólida” desde la cual unas humanidades futuras se ocupen obsesivamente por responder a la pregunta por el sufrimiento de los inocentes, sino también, finalmente, a convertir las humanidades en “una suerte de humanimalismo o humaninaturalismo” que, valiéndose de unos rasgos quizás desconocidos por nosotrxs hasta hoy, pero presentes en otras tradiciones occidentales, pudieran officiar como “preludio de las reconciliaciones femenino-masculino, animal-humano, naturaleza-cultura”.

Pero la reelaboración de las humanidades en el siglo XXI requiere aún, y quizás ante todo, de su inscripción en otra dimen-

sión, capital, del mundo contemporáneo. Y es que si Kant apostaba a una libertad incondicional del pensamiento de la verdad, siempre que se ejerciera en el interior de la universidad, esa apuesta, decía Derrida, constituye en sí misma una limitación que nunca fue sostenible ni respetable pero que ahora, en el ciberespacio público y mundialmente público de fines del siglo XX y principios del XXI, se vuelve arcaica e irrisoria. Las nuevas humanidades, por lo tanto, habrán de reconfigurarse no ya para encerrarse dentro de ellas sino, por el contrario, para encontrar “el mejor acceso a un nuevo espacio público transformado por unas nuevas técnicas de comunicación, de información, de archivación y de producción de saber”, un *afuera* político-económico en el que Derrida incluía también el mercado de la edición y su incidencia en los sistemas de circulación, evaluación y legitimación del trabajo universitario ([1998] 2002: 12).

La conferencia inaugural de Néstor García Canclini postuló desde el comienzo del congreso, precisamente, un mapa conceptual y un conjunto de instrumentos metodológicos con los que volver a pensar las humanidades en su relación con nuevas formas de ciudadanía en la era de la gubernamentalidad algorítmica, y con los que postular a las humanidades mismas como herramientas que, cotejando siempre las visiones metropolitanas sobre la organización digital de la sociedad con los específicos procesos latinoamericanos, contribuyan a pensar, críticamente, modos de “restablecer la política como debate sobre el sentido” mientras reformulan activamente “su lugar en la descomposición –o reestructuración– del mundo”. Y dado que en ese espacio público transformado están implicadas tensiones y variantes entre la cultura de los datos y las formas de circulación del saber, situamos a continuación, en el volumen, las presentaciones que en el congreso transformaron la pregunta por las humanidades en una indagación sobre los desafíos contemporáneos del archivo: del lado de las conjeturas sobre

el futuro, la interrogación de Nicolás Quiroga sobre las implicancias de la archivación de datos y sobre los modos en que concebimos los archivos nacidos digitales; del lado de la preocupación por la memoria patrimonializable, la reflexión de Beatriz Bragoni sobre los problemas de la gestión documental en Argentina en el contexto de las desigualdades internacionales del escenario institucional. Seguidamente, y atentos a las especificidades locales, dos análisis que interpretan procesos de internacionalización y de institucionalización en Argentina: el estudio de Gustavo Sorá sobre la traducción de autores argentinos de ciencias sociales y humanas en Francia, que demuestra tanto la insuficiencia de las teorías sobre la dominación cultural como la falacia del discurso de la globalización que, lejos de promover el libre acceso a la información a través de las tecnologías digitales de comunicación, “profundiza la desigualdad en los intercambios simbólicos entre culturas metropolitanas y periféricas”; y el estudio de Analía Gerbaudo que, más que el diagnóstico de un caso particular, constituye un lúcido llamado de atención sobre los decisivos impactos que, a la hora de evaluar y gestionar el trabajo universitario, tiene el *conocer debidamente* o el *ignorar descuidadamente* los cambios históricos y las tensiones alrededor de la institucionalización de, por ejemplo, las letras en Argentina.

Finalmente, si la defensa del espacio de nuestras disciplinas (expresable en sus enclaves institucionales, en la disputa por cargos, posiciones, lugares de trabajo) aparece en principio como una respuesta de cuyo carácter corporativo preferimos distanciarnos (como si consideráramos que la defensa de las humanidades es más genuina cuando aparece despojada de intereses corporativos), será preciso llamar la atención sobre el hecho de que una reconfiguración de las Humanidades en el siglo XXI, esto es, en el marco del “mundo del fin del trabajo” y de la mundialización (glo-

balización) del mundo, será inocua o carecerá de sustento si no implica también, necesaria y centralmente, una reflexión sobre la idea misma de trabajo. Estemos o no de acuerdo con Jeremy Rifkin (1995), decía Derrida en 1998, hay que admitir que “algo grave en efecto le ocurre, le está ocurriendo o está a punto de ocurrirle a lo que llamamos ‘trabajo’, ‘teletrabajo’, ‘trabajo virtual’, lo mismo que a lo que denominamos ‘mundo’ –y, por consiguiente, al ser-en-el-mundo de lo que se llama asimismo el hombre”, y que esa mutación tecno-científica afecta al trabajo lo mismo que a la comunicación del saber y, en definitiva, a cualquier puesta en común y a cualquier “comunidad” ([1998] 2003: 53-54). Esta es, diría, de las más preciosas lecciones de la conferencia de Derrida, cuyo desarrollo, por lo demás, ocupa notablemente la mayor parte del discurso: el vínculo indisociable y definitivo entre la idea de trabajo y la idea de humanidad, entre la historia de la idea de trabajo y la historia de las humanidades. Lo planteaba también muy claramente Samuel Weber, en un ensayo del año 2000, cuando articulaba la recurrente pregunta por el lugar de las humanidades (“¿Hay lugar para el estudio de la literatura, el arte, el lenguaje y la filosofía en un mundo cada vez más dominado por una lógica económica de pérdida y ganancia?”) inmediatamente con esta otra: “¿Qué propósito pueden cumplir estas disciplinas frente a tecnologías que parecen estar volviendo rápidamente obsoleta la que fuese la función quizás más característica del “hombre”, al menos desde el Renacimiento europeo: la función del trabajo productivo?” ([2000] 2014: 14). Y es que pensar el futuro de las humanidades, muestra Weber, exige pensar el modo en que el cambio radical del siglo XX –la separación del trabajo productivo de la acumulación de riqueza, que en las últimas décadas del siglo, dice, adquirió una intensidad alarmante– afectó, definitivamente, el valor del “trabajo productivo” y, con él, la noción misma de “humanidad” en que se fundaba.

Entonces: “¿Qué es el *trabajo*? ¿Cuándo y dónde un trabajo tiene lugar?, ¿su lugar?”. Tal es la pregunta que Derrida ([1998] 2002: 35) llamaba a formular en el seno mismo de la reconfiguración de las humanidades, como una pregunta por el futuro de la universidad, que es también, desde luego, una pregunta por el porvenir de la profesión. Tres de las presentaciones en el congreso la abordaron, desde perspectivas diferentes, y siguiendo el caso argentino: los devenires de la profesión académica que Sandra Carli mapea como una serie de cambios (mayor ponderación de la investigación en detrimento de la jerarquización del profesorado universitario; creciente inestabilidad y ambivalencia de los sujetos universitarios y de la cultura estudiantil) que es preciso entender en su estrecha relación con la erosión y reconfiguración de las fronteras de la universidad en los años recientes; los dilemas que, para Roberto Gargarella, plantea la enseñanza del derecho en contextos sociales y políticos marcados por la desigualdad cuando, como en el caso argentino, la universidad carece de una academia jurídica independiente y termina siendo funcional a la impunidad del poder; la propuesta de Eduardo Zimmermann de recuperar para las humanidades un modelo generalista con el que superar la tensión entre profesionalismo y academicismo y con el que ofrecer alternativas dinámicas para la salida a un mercado laboral radicalmente transformado.

La propuesta de Zimmermann puede entrar en diálogo, como de hecho lo hace, con la de *Sin fines de lucro* (Nussbaum, 2010), libro en el que además de probar la necesidad de una formación en artes y humanidades como fundamento de una educación tendiente a promover la democracia y el civismo, Marta Nussbaum señala la ventaja de que, en un modelo educativo donde las disciplinas humanísticas ocupen la base formativa de las diversas orientaciones profesionales, lxs graduadxs en humanidades amplíen sus

posibilidades y encuentren trabajo en cursos de formación básica. Y podría en cambio ser confrontada, por ejemplo, con la apuesta de Nora Catelli en este libro, que dice que el futuro de las humanidades depende de la práctica individual de la lectura detenida de los textos escritos y que, en este sentido se emparenta mejor con, otro ejemplo, una reciente intervención en la que Giorgio Agamben (2017) sostiene la necesidad de devolver las humanidades a la tradición del estudio como el grado máximo de un deseo mientras señala el engaño y el estrago que, para lxs estudiantes, supone la actual transformación de las facultades de humanidades en escuelas profesionales. Apunto aquí esta posible confrontación nada más que para señalar que los textos reunidos en este libro sin dudas dialogan y se cruzan entre sí mucho más de lo que muestran sus agrupamientos parciales y que, desde luego, dejan planteadas muchas otras vías por las que reabrir la conversación. Su ordenamiento en el volumen (que no es el mismo que seguí en esta introducción) intenta reflejar la secuencia con que fueron presentados los ejes del debate en el congreso.

Lxs panelistas, cuyas presentaciones se incluyen mayoritariamente en esta edición, fueron invitadxs con la idea de proponer un mapa de especialistas y gestorxs en Humanidades, en el que estuvieran suficientemente representados diversos campos de estudio y disciplinas, y también distintas procedencias geográficas e institucionales (institutos de investigación, universidades estatales, universidades privadas). Les agradecemos una vez más el entusiasmo con que aceptaron la invitación, y muy especialmente el interés con que propusieron sus temas, los que, sin dudas, mejoraron sensiblemente la idea inicial. En esta idea, entonces, tanto la del mapa de intervenciones como la de los términos de la convocatoria y los ejes de discusión, trabajamos en la Comisión Académica del congreso que integramos junto con Mónica Bernabé, Rubén Chababo, Alejandro Eujanian, Alberto Giordano, Ignacio Martínez,

Judith Podlubne, Susana Rosano, Marcela Ternavasio, Laura Utrera y Julieta Yelin. Una tarea en la que fue decisivo el trabajo realizado por un equipo de investigadorxs, becarixs y personal de apoyo del IECH y de la Facultad coordinadxs impecablemente por Javier Gasparri, Mariela Herrero, Marina Maggi y Pablo Silvestri.

Por último, quisiera decir que este congreso fue subsidiado como Reunión Científica tanto por el CONICET como por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Su realización, sin embargo, no habría sido posible sin los fondos aportados por el Ministerio de Innovación y Cultura del Gobierno de la Provincia de Santa Fe, por la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Rosario, por el Centro Cultural Parque de España de Rosario, y por la Fundación de la Universidad Nacional de Rosario: un agradecimiento enorme, entonces, a los actores de la ciudad y de la provincia que comprendieron que la propuesta no sería una discusión de especialistas entre especialistas sino de interés para el conjunto de la sociedad. También queremos volver a agradecer a la Asociación Objetivos Rosario y al Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales de Mendoza (INCIHUSA, CCT-Mendoza) por sus aportes, tan significativos. Y a la Asociación Cooperadora José Pedroni de la Facultad, por su importante colaboración logística y administrativa. Finalmente, aunque tal vez debamos decir en primer lugar, nuestro agradecimiento a lxs expositorxs y asistentes en el congreso, que ampliaron, dándole el sentido que requiere, el espacio público de la conversación.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G.** (15 de mayo de 2017). *Studenti. Quodlibet*. Traducción española recuperada de: <https://ficcionalarazon.org/>
- Baraño, L.** (28 de febrero de 2017). Lino Baraño: “Lo que digo ahora se lo dije antes a CFK”. *Noticias*. Recuperado de: <https://noticias.perfil.com/noticias/general/2017-02-28-lino-baranao-lo-que-digo-ahora-se-lo-dije-antes-a-cfk.phtml>
- \_\_\_\_\_ (7 de abril 2019). Lino Baraño: “Ahora se cree que hay derecho a la ciencia, per no fue siempre así”. Entrevista de Ricardo Braginski. *Clarín*. Recuperado de: [https://www.clarin.com/politica/lino-baranao-ahora-creo-derecho-financie-ciencia-siempre\\_0\\_jw3n5Z7Gn.html](https://www.clarin.com/politica/lino-baranao-ahora-creo-derecho-financie-ciencia-siempre_0_jw3n5Z7Gn.html)
- Carli, S.** (2018). Las ciencias sociales en debate. En torno a la enunciación y politización del discurso científico en la Argentina. *Fermentario*, 1(12), 89-104.
- Derrida, J.** ([1998] 2002). *La Universidad sin condición*. Madrid, España: Trotta.
- Gibbons, M.** (1998). *Pertinencia de la educación superior en el siglo XXI*. Documento presentado como una contribución a la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior de la UNESCO, en 1998. Recuperado de: [www.humanas.unal.edu.co/contextoedu/docs\\_sesiones/gibbons\\_victor\\_manuel.pdf](http://www.humanas.unal.edu.co/contextoedu/docs_sesiones/gibbons_victor_manuel.pdf)
- Hidalgo Náchter, M.** (2019). La herencia teórica, las vueltas del Humanismo y el dispositivo de la deuda. *El Taco en la Brea*, 9(1), 103-115.
- Hurtado, D.** (2010). *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso: 1930-2000*. Buenos Aires, Argentina: EDHASA.
- Kant, I.** ([1798] 1963). *El conflicto de las facultades*. Traducción de Elsa Tabernig. Buenos Aires, Argentina: Losada.

- Naishtat, F.** (2007). Los espectros de la Ilustración universitaria y el futuro de la Universidad. En Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas (Ed.), *Aportes de las ciencias sociales y humanas al análisis de la problemática universitaria* (pp. 109- 130). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Nussbaum, M.** (2010). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Rancière, J.** (1999). *El desacuerdo: Política y filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Rifkin, J.** (1995). *El fin del trabajo*. Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- Rinesi, E. y Soprano, G.** (Comps.) (2007). *Facultades alteradas: Actualidad de El conflicto de las facultades de Immanuel Kant*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Snow, C. P.** ([1959] 2006). Las dos culturas. En C. P. Snow y F. R. Leavis, *Las dos culturas*, México D. F., México: UNAM.
- Thayer, W.** (1996). *La crisis no moderna de la universidad moderna. (Epílogo de El conflicto de las facultades)*. Santiago de Chile, Chile: Un Cuarto Propio.
- Weber, S.** ([2000] 2014). El futuro de las humanidades: Experimentando. *Co-herencia*, 20(10), 13-38.



**I.**

**Las humanidades  
y la circulación del saber**



# Humanidades 2020: Ser ciudadanos en la era digital

Néstor García Canclini

Universidad Autónoma Metropolitana de México

## ¿Qué entendemos por humanidades?

1. Para responder a esta pregunta hay que diferenciar a las humanidades no solo de acuerdo con las distinciones clásicas sino en relación con los desafíos multiplicados en décadas recientes. Sin olvidar que algunos retos, que estuvieron en el origen de las humanidades modernas, reaparecen hoy. Por ejemplo, la necesidad de diferenciar el saber humanístico del conocimiento revelado, o sea las humanidades de la religión.

Otra distinción problemática fue, desde el surgimiento de las ciencias modernas, en los siglos XVI y XVII, el de diversos tipos de *conocimiento reflexivo*: el que el sujeto puede tener sobre sí mismo y sobre el mundo por su participación en comunidades de vida y pensamiento del que las disciplinas humanísticas fueron estableciendo, con más rigor teórico y metodológico, a medida que las ciencias crearon dispositivos para controlar las distorsiones subjetivistas en el proceso de conocimiento.

En este proceso actuó decisivamente el desarrollo del *conocimiento empírico*: el producido por la observación sistemática de lo real, la verificación o la contrastación de datos. Recordamos que

Napoleón, refiriéndose a la obra *Exposition du systeme du monde*, comentó a Laplace: “Me cuentan que ha escrito usted este gran libro sobre el sistema del universo sin haber mencionado ni una sola vez a su Creador”. Laplace le contestó: “Sire, nunca he necesitado esa hipótesis”. Cuando Napoleón, divertido por la respuesta de Laplace, le comentó la anécdota a Lagrange, exclamó: “¡Ah! [Dios] es una bella hipótesis que explica muchas cosas”. Napoleón también le contó esto a Laplace y éste argumentó: “Aunque esa hipótesis pueda explicar todo, no permite predecir nada”.

A esta ruptura con los saberes religiosos, impulsada por las ciencias naturales, se sumó, a partir del siglo XIX, el aporte de las ciencias sociales. Entre sus muchas contribuciones epistemológicas, señalo la puesta en evidencia de los conflictos socioeconómicos en la construcción de los saberes humanísticos (Marx) y de los conflictos intra e intersubjetivos (Freud).

Ya avanzado el siglo XX, cambia la noción de verdad. Un giro radical ocurre cuando Karl Popper desarrolló el método deductivo. La ciencia no produce verdad sino enunciados que demuestran su temple mientras no son refutados. El control de esos saberes implica, por tanto, no solo la confrontación con los datos, sino el control intersubjetivo en las comunidades científicas.

Esta interdependencia entre lo objetivo, lo subjetivo y lo intersubjetivo se complica aún más cuando los saberes occidentales modernos interactúan con saberes asiáticos (medicina china, yoga, etcétera) y con saberes médicos tradicionales, de los pueblos originarios, notoriamente en América Latina. Distintos criterios de validación, de relación cuerpo-mente, individuo-comunidad-sociedad, de mantenimiento y restauración física y simbólica de la salud intervienen en la construcción de los saberes y en la coexistencia de “verdades” distintivas. Llegamos así a una etapa diversa en la relación de las humanidades con otros modelos de conocimiento.

2. Las disciplinas incluidas entre las humanidades se sitúan

de varias maneras entre estas estrategias. Casi todas coinciden, desde la modernidad, en rechazar los dogmas religiosos, pero hoy muchos pensamos que la articulación entre ciencias y creencias es más compleja. Por ejemplo ¿producen conocimientos las artes? ¿Los producen de maneras comparables con las humanidades y las ciencias? Mientras la historia, la economía, la sociología y la antropología buscan verificar sus hallazgos, la literatura o la filosofía hacen énfasis en lo reflexivo y se ubican en distintos regímenes de verdad (en la literatura, más bien en un régimen que podríamos llamar de verosimilitud).

¿Podemos colocar en el mismo grupo, como humanidades, a las artes y la literatura? ¿Buscan las artes y la literatura conocer lo real, o más bien imaginarlo, reimaginarlo, transgredirlo? No persiguen avances en el conocimiento literal o exacto de lo real, sino potenciar lo imaginario, ensayar mundos posibles.

Por su parte, la historia y la antropología suelen incluirse en las humanidades pero ¿no son también ciencias? ¿O para ser ciencias deben desentenderse de lo humano? No han faltado antihumanistas entre los científicos, por ejemplo en el estructuralismo. La actual descalificación biotecnológica de las nociones de sujeto y transformación social tiene antecedentes en las conclusiones de dos obras fundacionales del antihumanismo estructural: *Tristes trópicos*, de Claude Lévi-Strauss, y *Las palabras y las cosas*, de Michel Foucault. Ambos libros desalentaron las propuestas subjetivistas del existencialismo y las revolucionarias del marxismo, y también matrimonios frágiles entre esas corrientes como el intentado por Jean Paul Sartre en *Crítica de la razón dialéctica*. Nada nos anima en la historia posterior a reivindicar aquellas exaltaciones del sujeto ni de la revolución. Pero el estructuralismo tampoco engendró una visión social alternativa fecunda para construir otro modelo de cambio. Retomemos un momento lo que aquel debate dejó sin resolver.

Recuerdo uno de los párrafos finales de *Tristes trópicos*:

El mundo comenzó sin el hombre y terminará sin él. Las instituciones, las costumbres y los usos, que yo habré inventariado en el transcurso de mi vida, son la eflorescencia pasajera de una creación en relación con la cual quizá no posean otro sentido que el de permitir a la humanidad cumplir allí su papel. Lejos de que ese papel le marque un lugar independiente, y de que el esfuerzo del hombre —aun condenado— consista en oponerse vanamente a una decadencia universal, aparece él mismo como una máquina, quizá más perfeccionada que las otras, que trabaja por la disgregación de un orden original y precipita una materia poderosamente organizada hacia una inercia siempre mayor, que un día será definitiva. Desde que comenzó a respirar y a alimentarse hasta la invención de los instrumentos termonucleares y atómicos, pasando por el descubrimiento del fuego —y salvo cuando se reproduce a sí mismo— el hombre no ha hecho nada más que disociar alegremente millares de estructuras para reducirlas a un estado donde ya no son susceptibles de integración.

Así, la civilización, tomada en su conjunto, puede ser descrita como un mecanismo prodigiosamente complejo donde nos gustaría ver la oportunidad que nuestro universo tendría de sobrevivir si su función no fuera la de fabricar lo que los físicos llaman entropía, es decir, inercia. Cada palabra intercambiada, cada línea impresa, establece una comunicación entre dos interlocutores equilibrando un nivel que se caracterizaba antes por una diferencia en la información, y por lo tanto una organización mayor. Antes que «antropología» habría que escribir «entropología» como nombre de una disciplina dedicada a estudiar ese proceso de desintegración en sus manifestaciones más elevadas. (Lévi-Strauss, 1973: 417)

Releamos ahora la última página de *Las palabras y las cosas*:

En todo caso, una cosa es cierta: que el hombre no es el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano. Al tomar una cronología relativamente breve y un corte geográfico restringido —la cultura europea a partir del siglo XVI— puede estarse seguro de que el hombre es una invención reciente.

De hecho, entre todas las mutaciones que han afectado al saber de las cosas y de su orden, el saber de las identidades, las diferencias, los caracteres, los equivalentes, las palabras —en breve, en medio de todos los episodios de esta profunda historia de lo Mismo— una sola, la que se inició hace un siglo y medio y que quizá está en vías de cerrarse, dejó aparecer la figura del hombre. Y no se trató de la liberación de una vieja inquietud, del paso a la conciencia luminosa de una preocupación milenaria, del acceso a la objetividad de lo que desde hacía mucho tiempo permanecía preso en las creencias o en las filosofías: fue el efecto de un cambio en las disposiciones fundamentales del saber. El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin.

Si esas disposiciones desaparecieran tal como aparecieron, si, por cualquier acontecimiento cuya posibilidad podemos cuando mucho presentir, pero cuya forma y promesa no conocemos por ahora, oscilaran, como lo hizo, a fines del siglo XVIII el suelo del pensamiento clásico, entonces podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena. (Foucault, 1978: 375)

“Máquinas destinadas a producir inercia...” “Los episodios de esta profunda historia de lo mismo”. No son tan novedosas las

noticias que ahora reducen los intercambios sociales a sistemas de lenguaje, información y comunicación estructurados con independencia de las acciones de los sujetos. La computación permite capturar, clasificar y operar sistemas de datos mucho más vastos que en la época en que Claude Lévi-Strauss descodificaba los mitos. Estudiar y resolver los problemas urbanos o comunicacionales se facilita después de Google, pero brotan nuevas dudas desde que la biología, la medicina y la psicología no solo aspiran a curar a los enfermos sino a descifrar y modificar los genes, las sensaciones y las emociones, entendidos como algoritmos.

### **Criterios para diferenciar a las humanidades, las ciencias y las artes**

Pese a las diferentes posiciones que existen sobre este asunto, enumero algunas cuestiones, no solo epistemológicas, que se consideran hoy en las prácticas de estas disciplinas:

a) El carácter de sus *preguntas* y el *contenido* de sus enunciados. ¿De qué se ocupan y de qué no se ocupan las humanidades? Hallamos respuestas discordantes: del hombre, de lo que lo diferencia de otros seres, del sitio de lo humano entre los objetos o entre los algoritmos.

Como sabemos, las diferencias del hombre, del ser humano, de sus derechos, se hicieron teniendo en cuenta al ciudadano varón, adulto, heterosexual, europeo, blanco, propietario y consumidor. Ocuparse ahora de lo humano, en cambio, no se limita a ocuparse del hombre, sino de las diversas configuraciones que nos hacen humanos, problematizar los dispositivos biopolíticos que conforman históricamente las diferencias, las desigualdades y su ocultamiento.

b) El o los *métodos*:

En las humanidades se presta atención a lo cualitativo, lo personal o singular. En tanto, en las ciencias se buscan regularidades objetivas, estadísticamente comprobables. En la actualidad, el desarrollo tecnológico permite hablar de regularidades algorítmicamente coleccionables e intervinculables.

¿Qué sentido tiene, entonces, hablar de sujetos en la era digital? Si en el pasado fue reivindicado el lugar del sujeto en el proceso de conocimiento y en el trabajo de las humanidades, la tecnologización de los saberes recoloca las vinculaciones con las ciencias. Como derivación, nos interesa una cuestión sociopolítica: el lugar del ciudadano en medio de la gestión algorítmica de las relaciones sociales.

c) *El sistema social y administrativo de clasificación y organización de los saberes*:

Menciono también una serie de retos que se agitan en organismos de política científica y financiamiento y que tienen consecuencias en la redefinición del papel de las humanidades:

- ¿Las ciencias sociales deben estar separadas de las humanidades en las comisiones de evaluación y en el diseño de políticas?
- ¿Los arquitectos, los músicos que trabajan electrónicamente y los artistas visuales que usan recursos informáticos deben ser evaluados en un Consejo Científico y Tecnológico o en un Consejo de Artes?
- ¿Cómo diferenciar a ciencias sociales como la historia y la antropología de la literatura dado que ambas trabajan con el sentido, recogen y cuentan historias, tratan de desentrañarlas? ¿Cuál sería el criterio para distinguirlas?
- La lengua en la que se produce y comunican los conocimientos. Una amplia bibliografía viene debatiendo la

hegemonía del inglés en las ciencias sociales y las crecientes desventajas de ciertas lenguas que tuvieron mayor participación en la producción, el reconocimiento y la difusión de los saberes, como el francés, el alemán y el ruso. También nos importa el bajo lugar asignado al español en la literatura internacional, incluso en la bibliografía sobre temas latinoamericanos (Ortiz, 2008).

¿Qué hacer para situarnos críticamente en esta configuración incierta de las humanidades y de las disciplinas que abarca o con las cuales está obligada a tener trato para justificar un saber, por decirlo así, humanístico? Sugiero, ante todo, dos principios para trabajar con las *paradójicas* relaciones entre humanidades, ciencias y mutaciones sociopolíticas.

a) Desdisciplinar: en el doble sentido de sacar el trabajo del encuadre disciplinario (historia, antropología, arte, filosofía) como disciplinas separadas y deshacer los dispositivos disciplinadores que nos obligan a encapsularnos dentro de un departamento, una bibliografía canónica, ciertas comisiones dictaminadoras.

b) No abandonar las disciplinas en tanto campos de problemas, ni sus preguntas o métodos elaborados históricamente. Más bien, hacernos cargo de las exigencias de la era digital, del capitalismo electrónico, y encaminar a través de esas paradojas las tareas de construir sujetos y ciudadanos. Crear transdisciplinariedad abierta y flexible. Para encarar algunos de los debates implicados en estas líneas de trabajo, elijo dos discusiones: las que nos plantea el determinismo biotecnológico y el capitalismo electrónico.

## El determinismo biotecnológico y la ciudadanía<sup>1</sup>

El antihumanismo de autores como Lévi-Strauss y Foucault reaparece ahora en la biotecnología. Con consecuencias radicales en la desposesión sufrida por los sujetos tanto en el consumo como en la participación sociopolítica. Nuestros gustos, opiniones y comportamientos, capturados por algoritmos, quedan subordinados a fuerzas globalizadas. El espacio público se vuelve opaco y lejano. La *desciudadanización* se radicaliza. Mientras algunos movimientos sociales se reinventan y ganan batallas sectoriales (por los derechos humanos, por la equidad de género, contra autoritarismos), los usos neoliberales de las tecnologías mantienen y ahondan las desigualdades mayores.

Desde los años 70 del siglo XX, sobre todo con la expansión de la televisión, tanto las estrategias de las corporaciones como de los partidos, diseñadas por las mismas empresas mercadotécnicas, fueron dejando la ilusión de uniformar a los consumidores y votantes (o agruparlos en “masas”). Aprendieron luego a elaborar bienes y mensajes políticos diferenciados según los hábitos, gustos y aspiraciones de cada sector.

Aquella pretensión de control se reactiva en estos días con argumentos renovados. Los modelos de negocio y construcción de hegemonía no solo admiten las diferencias entre los consumidores, la dispersión de los ciudadanos y que varias economías materiales y simbólicas pueden caber en una nación o una sola corporación transnacional. La sujeción de individuos diferentes a un control unificado, lograda por el neoliberalismo al imponerse como pensamiento único en la economía y otras ciencias sociales, fortalece ahora su visión determinista con argumentos biotecnológicos.

1. A partir de esta sección retomo algunos análisis que estoy desarrollando con mayor extensión para el libro *Ciudadanos reemplazados por algoritmos* (CALAS, que aparecerá a finales de 2019).

Las variaciones entre culturas, y entre sujetos dentro de cada cultura, perderían importancia en la medida en que las distintas lógicas sociales se traduzcan en códigos genéticos y electrónicos: la biología se fusionará con la historia, predice el historiador Yuval Noah Harari (2016). ¿Dudan de que esto ocurrirá? Recuerden, dice en *Homo Deus*, “que la mayor parte de nuestro planeta ya es propiedad legal de entidades intersubjetivas no humanas, es decir, naciones y compañías” (2016: 355).

Todos los objetivos del capitalismo industrial –que cada empresa produzca el mayor volumen de bienes y los venda en los tiempos más breves– confluyen en una “industria de la vida”, o sea una “adecuación robotizada entre la oferta y la demanda” (Sadin, 2018). Por ejemplo: pulseras conectadas miden los flujos fisiológicos y aconsejan ir a un restaurante dietético, una sesión de yoga, encargar complementos alimenticios o programar la cita en una clínica. Llegamos a “una automatización personalizada de la gestión de nuestras necesidades” (Sadin, 2018: 148). Cada vez menos es el consumidor el que va hacia el producto o accede a él; el producto va hacia el consumidor, se infiltra en su existencia.

Harari avisa que el dataísmo, esta “religión de los datos”, exige repensar qué entendemos por público y privado, sistemas democráticos y autoritarios. Los gobernantes y los ciudadanos quedan sujetos al espionaje y la modificación de los resultados electorales. Si todos los que podríamos ser sujetos estamos condicionados por este juego anónimo de algoritmos, pregunta este autor: ¿la libertad de información no se concede a los humanos sino a la libertad de información? Quizá estemos ante una simulada transferencia del poder: así como los capitalistas lo asignaban a la mano invisible del mercado, los dataístas creen en la mano invisible del flujo de datos.

En textos posteriores al libro *Homo Deus* –del que tomo las ideas anteriores– Harari radicaliza sus dudas acerca de lo que podemos hacer los sujetos, y por tanto los ciudadanos, en el futuro.

Existen pocos pensadores que se interroguen tan radicalmente como Harari sobre la medida en que los poderes de la inteligencia artificial y la biotecnología, al rediseñar la vida, desacreditan la noción de lo humano de las humanidades clásicas y la visión democrática liberal. Con los avances industriales, creíamos ir consiguiendo “remodelar el planeta entero, pero debido a que no comprendíamos la complejidad de la ecología global, los cambios que hicimos involuntariamente alteraron todo el sistema ecológico. En el siglo que viene la biotecnología y la infotecnología nos proporcionarán el poder de manipular nuestro mundo interior y remodelarnos” (Harari, 2018: 13).

Para situar esta crítica a la omnipotencia moderna de los humanos, no basta con la defensa humanista y de las humanidades. Necesitamos las explicaciones de las ciencias sociales acerca de la desigualdad socioeconómica y las diferencias entre etnias y naciones, entre géneros y generaciones. Por ejemplo, registrar las formas recientes de agravación de la desigualdad debido a la flexibilización neoliberal de los mercados laborales. También la ineptitud o indiferencia de los partidos y sindicatos para proponer programas alternativos de desarrollo y defender las conquistas históricas de los trabajadores, un futuro digno para las nuevas generaciones. Y, por supuesto, las dificultades para desempeñarnos como ciudadanos en sus distintas vertientes: laborales, sociales, políticas.

Un argumento para desestimar los aportes de las humanidades es la dificultad de estas para asumir innovaciones tecnológicas y sociales que modifican las maneras de ser humano y convivir socialmente. ¿Podemos evaluar estas innovaciones solo por los méritos que sus actores e impulsores les atribuyen?

Varias investigaciones europeas y latinoamericanas sobre corporaciones que incluyen en su política productiva la *innovación abierta*, o sea, cuando las empresas facilitan la participación y usan la conectividad y la inteligencia artificial para invitar a usuarios a

que propongan ideas creativas, llevan a dudar del supuesto atribuido a Internet: representaría el “bien común global de la inteligencia colectiva” (Moulier-Boutang, 2007: 26). Lo sostienen las corporaciones que convocan a los consumidores o usuarios a participar en esta feliz simbiosis. El *crowdsourcing* puede desplegarse en blogs, videos en YouTube y redes sociales: los trabajadores de base de las empresas ya no serían proletarios obligados a cumplir tareas y horarios para ejecutar lo inventado por las cúpulas ni los consumidores simples apropiadores de bienes sino usuarios que dan información y realizan, por medio de la empresa, sus aportes creativos. Las corporaciones captan las innovaciones, codifican los datos e ideas, toman decisiones sobre lo que se seleccionará para convertirlo en intervenciones de mercado.

Carmen Bueno Castellanos halla en estas estrategias de innovación la puesta en práctica de lo que David Harvey (2005) denomina “acumulación por desposesión”. Distingue tres fases: la concepción de ideas creativas; la exploración, en la que se acompaña la evolución de esa idea, se diseñan prototipos, se prueban las innovaciones y se formula el plan de negocios, y la explotación, en la que se pondera la viabilidad de los proyectos según sus riesgos financieros, posicionamiento en el mercado y complejidad tecnológica.

Examina dos casos en los que operó esta estrategia. La planta Fiat en Brasil lanzó, en 2009, una convocatoria para propuestas destinadas a “un automóvil compacto y ágil, confortable y seguro [...] para el tráfico en grandes ciudades, un motor libre de contaminantes y la capacidad de recibir actualizaciones personalizadas, cambios de configuración y aportar interfaces entre el coche y el usuario” (Bueno Castellanos, 2018: 59). Hubo 17.000 participantes que ofrecieron 11.000 propuestas, de las cuales seis pasaron a la fase exploratoria: llantas con una rotación de 90° para facilitar el estacionamiento, cámaras que sustituyen los espejos laterales y

comunicación entre vehículos para evitar choques. Como señala Carmen Bueno, la respuesta masiva del público en los medios de comunicación se consideró un éxito, así como haber construido una imagen de consulta e integración de la empresa con las “comunidades creativas”. Nunca se dieron a conocer los procesos de la fase exploratoria en la cadena de valor, como la sincronización de las partes ingenieriles y de negocios o la colaboración con proveedores.

El otro ejemplo es la invitación a “ser nuestro próximo socio” (Bueno Castellanos, 2018: 62), de Procter & Gamble, corporación dedicada a productos de limpieza y aseo personal, cuyo fin explícito es recibir innovaciones y al mismo tiempo “pastorear” su desenvolvimiento dentro de la compañía. La empresa lo hace mediante “busca talentos”, que conectan la idea creativa con el cabildeo dentro de la firma, y “tutores”, que contribuyen al desarrollo conceptual en la fase de exploración. Al seguir los comentarios admirativos de los aportadores de ideas, no aparecen referencias a los intereses económicos de los participantes ni tampoco de la corporación, que se ahorra costos. Quedan invisibilizadas las técnicas con las que la marca “actúa” su proximidad con el consumidor.

El “trabajo”, dice Bueno, “se autoorganiza y autorregula sin la intervención de relaciones o compromisos laborales” (Bueno Castellanos, 2018: 66), pero la etnografía del proceso productivo mostró las funciones de decisión, selección y control de la empresa, por ejemplo, de los tutores como sujetos organizadores y reguladores. Se oculta la expropiación del valor aportado por los consumidores, se lo disfraza como práctica lúdica. Agregaría que el papel de los usuarios participantes tiene todo el aspecto de una *autoexplotación con consenso*.

Se diluye el papel de los sujetos: tanto los que cooperan de manera externa y gratuita con la empresa, como el de la propia empresa como sujeto responsable de la explotación y el de sus em-

pleados, busca talentos o tutores, disimulados en procesos de interacción social y económica que se autoorganizarían. El espacio de supuesta apertura, libre de jerarquías, se revela sometido a las decisiones jerarquizadas de las firmas que controlan los datos, los usos y la apropiación de los beneficios.

Nos importa este análisis porque la desposesión sufrida por los sujetos trabajadores en el proceso creativo, innovador, del trabajo es equivalente a la desposesión de los sujetos como ciudadanos. Esta convergencia se vuelve más significativa cuando los ciudadanos no hallamos en los gobiernos actuales ni en los partidos hegemónicos críticas a estas formas de autoexplotación con consenso.

### **Ser ciudadanos en el capitalismo electrónico**

Un papel clave en la reconfiguración de la ciudadanía la tienen los procesos comunicacionales. Desde la aparición de la televisión vimos que su remodelación de la esfera pública iba junto con el debilitamiento de los Estados y el descreimiento hacia los partidos. La pérdida de poder y orientación de la vida social de los gobiernos e instituciones partidarias ocurre articulada a un nuevo pacto entre industrias, corporaciones comunicacionales y sociedad. Desde hace décadas la prensa, la radio, la televisión e Internet transmiten quejas, denuncias y críticas a las autoridades, o las reemplazan. Los medios y luego las empresas de comunicación informática, se volvieron más fuertes que los Estados como agentes transnacionales de intercambio cultural. Fox en Estados Unidos, Televisa en México, Globo en Brasil y Clarín en Argentina, o Facebook y Twitter, no se limitan a capturar audiencias y negociar la orientación de los ciudadanos a cambio de beneficios económicos. La televisión y las redes sociales también seleccionan y gestionan el descontento social, organizan comunidades afectivas de atención.

¿Cómo se modificó el comportamiento de los públicos y usuarios? Decepcionados de las burocracias estatales, partidarias y sindicales, los ciudadanos acuden a la radio y la televisión para lograr lo que las instituciones no proporcionan: servicios, justicia, reparaciones o simple atención. No son lugares para confrontar ideas, sino para visibilizar malestares. El espacio público de estos *ciudadanos mediáticos*, como los llamó Rosalía Winocur, se arma en situaciones de urgencia, con el atractivo de dar información directa, emotivamente cargada. Convierte al anónimo actor urbano en figura central de la noticia, comunica preocupaciones compartidas donde vibran “la intimidad, el cuerpo, la sexualidad, la familia, la pareja, los hijos, la salud y la alimentación” (Winocur, 2002: 20).

No se puede afirmar que los medios masivos con teléfono abierto amplían la repercusión de las demandas y por eso comprometen a las autoridades. No siempre son eficaces, pero fascinan porque escuchan y la gente siente que no hay que “atenerse a dilaciones, plazos, procedimientos formales que difieren o trasladan las necesidades. [...] La escena televisiva es rápida y parece transparente; la escena institucional es lenta y sus formas (precisamente las formas que hacen posible la existencia de instituciones) son complicadas hasta la opacidad que engendra la desesperanza” (Sarlo, 1994: 83).

Ya en el periodo predigital, en los estudios sobre usos de la radio y televisión a fines del siglo pasado, se comprobó que los medios generaban agrupamientos ciudadanos: grupos de autoayuda, redes de radioyentes, asociaciones de vecinos, circuitos de intercambio y debate sobre necesidades colectivas, “microesferas públicas”, según las llamó John Keane, con la limitación, decía este autor, de que “su atención está enfocada en el hoy” (Keane, 1995: 59). Otras veces, los vínculos mediados por la radio y la televisión quedan en que alguien se hace cargo de “los problemas públicos, los vuelve visibles, los socializa, los interpreta, los explica, les da

un sentido universal (a todos nos puede pasar)” (Winocur, 2002: 155). Esta autora se preguntaba hasta dónde estos presentes imaginarios son emancipadores o solo recuperan lazos patriarcales (el médico de cabecera, el consultorio sentimental), logran interpe-laciones efectivas a los funcionarios públicos o reinstalan *ciudadanos de primera* (citados por comentaristas de noticias, políticos o académicos, *influencers* los llamarían hoy) o *ciudadanos de segunda* (vendedores ambulantes, bloqueadores de autopistas). Antes de las redes y los algoritmos tuvimos que discernir cuánto incluyen, excluyen o domestican. ¿Los medios contribuyen a crear otras comunidades o calman el escepticismo hacia las existentes?

Estamos hablando de la prehistoria de la desc ciudadanización. Sabemos que sus ambivalencias se complican y expanden con los nuevos pactos entre ciudadanos y poderes digitales:

a) Ante el desprestigio de las instituciones de gobierno y justicia, y también de la radio y la televisión, incapaces de esclarecer crímenes, corrupción y enriquecimientos irritantes, los medios se revitalizan –con la potencia de sus filmaciones y grabaciones– como testigos privilegiados, veloces, que ocupan el vacío de la credibilidad pública. Reemplazan a la justicia en la declaración de culpables, sin importar que manejen evidencias o simulaciones.

b) Este papel justiciero es expandido por las redes sociales con otras funciones:

I) redistribuyen el micrófono y la cámara generando la sensación de que cualquiera está habilitado para actuar como ciudadano, denunciante y eventual juez;

II) nos vuelven a todos inseguros al mostrar que los comportamientos personales pueden ser filmados y difundidos masivamente;

III) la vulnerabilidad e impotencia de los ciudadanos aumenta cuando sabemos, además de que las comunicaciones personales pueden ser grabadas y expuestas públicamente, que la suma de nuestros comportamientos será combinada en algoritmos y esos cálculos de lo íntimo, organizados por fuerzas secretas, globalizadas, usarán esos conocimientos para encauzarnos como consumidores y como ciudadanos.

Hubo una primera remodelación de la ciudadanía que nos hizo *ciudadanos mediáticos*, es decir mediatizados. Pero la ampliación del espacio social y las interacciones en Internet nos convierten, dice Zizi Papacharissi, en *Ciudadanos monitoriales*: cada uno es simultáneamente monitor y *voyeur*. Este ciudadano monitorial, agrega Raúl Trejo Delarbre:

Discute acerca de todos los asuntos y está en contacto con personajes de la más variada índole porque no solamente los ve en televisión y los escucha en la radio, sino además, a menudo, forman parte de las redes que cada quien articula. Algo ha cambiado en nuestra relación con los asuntos públicos cuando entre los individuos a quienes seguimos en Twitter están nuestros compañeros de trabajo o escuela, algunos vecinos y varios antiguos conocidos, junto al diputado que nos representa, el dirigente del partido político en el que tenemos interés o el presidente de la República. A todos los monitoreamos tanto en los medios de comunicación como, antes y después de ello, en las redes sociodigitales. (Trejo, 2015: 21)

Nos preguntamos, ahora, cómo se transforma lo que se llamaba ágora cuando la comunicación nacional y transnacional multiplica en instantes la información, concede la sensación de estar hiperinformados y a la vez tantos procesos que nos afectan son

inabarcables: por su volumen, obsolescencia y porque su lógica se decide –o se administra– en sitios remotos y turbios.

Cambia la experiencia de lo que podemos *construir* y *decidir*. El sentimiento de desconstrucción e incapacidad de decisión, de ingobernabilidad, sugiere que solo se está *administrando* fragmentos de lo que tenemos en común y son inaccesibles los sitios donde se hace. Como seguimos deseando contextos, marcos de comprensión a los cuales aferrarnos, *imaginamos* como culpables de los desórdenes a minorías locales o a los extranjeros, a entidades abstractas como el imperialismo, o instancias salvadoras, de afirmación o solidaridad, como las redes. A mayor opacidad y distancia de quienes administran, más fuerza de los imaginarios frente a lo poco constatable. Son escasos quienes logran desplegar prácticas alternativas de resignificación y crítica cuestionadoras del poder de los principales actores nacionales y transnacionales.

Se debilitan dos condiciones indispensables del desarrollo ciudadano: “conservar una duda, mantener una desconfianza por respecto a la suficiencia de las correlaciones, mantener la distinción entre correlación y causa, desconfiar de los “efectos” autoperformativos de las correlaciones (su capacidad retroactiva), evitar que decisiones que produzcan efectos jurídicos sobre las personas o que las afecten significativamente se adopten teniendo como único fundamento un tratamiento automatizado de los datos” (Rouvroy y Berns, 2016: 94).

Si queremos repensar el papel de las dudas y de los datos, es necesario observar a los sujetos-ciudadanos que aparecen en las rebeliones de los espíados. Por ejemplo, lo que está ocurriendo con Telegram. Las redes sociodigitales logran, a menudo, normalizar la sumisión digital. Pero el ejercicio crítico y solidario en red también puede interrumpir la normalidad de la manipulación algorítmica. Las acciones oscilan entre ambos sentidos: democra-

tizan y generan solidaridad; a la vez, multiplican e intensifican la sumisión y los miedos.

En la época de predominio de los medios, pedíamos acceso y transparencia: que se reduzca o neutralice el hermetismo de los poderosos. En el tiempo de los algoritmos, seguimos reclamando transparencia, y a la vez cientos de movimientos en redes están más preocupados por la privacidad o los derechos individuales. Me detengo un momento en los recursos que logran –paradójicamente a través de la encriptación de redes alternativas– enfrentar el secretismo de poderes digitalizados y proteger la independencia de los rebeldes.

Entre quienes innovan con sentido público o social en Internet, sobresale Telegram. El 30 de abril de 2018 unas 12.000 personas, la mayoría menores de 30 años, se manifestaron en el Prospekt Sharakova de Moscú, respondiendo al llamamiento del Partido Libertario Ruso. Protestaban contra la prohibición del servicio de mensajería Telegram por el regulador de internet del Gobierno ruso, el temido Roskomnazor. Una sentencia judicial, promovida por el gobierno, obligaba a Telegram a entregar las claves de encriptación de los mensajes. Telegram se negó alegando el acuerdo de privacidad con sus 13 millones de usuarios en Rusia.

Explicó Manuel Castells que la resistencia argumentaba que el sistema de encriptación de Telegram “no se encuentra en el servidor de la empresa, ni siquiera en la nube (el archivo digital distribuido característico de la nueva fase de internet) sino en las máquinas (por ejemplo teléfonos o portátiles) de quienes envían y reciben los mensajes, lo que se llama encriptación de punto a punto. Aun así Roskomnazor bloqueó 18 millones de direcciones de internet (IP), perturbando gravemente el tráfico de Twitter, Facebook, Yandex y Vkontatie, suscitando la indignación de los internautas. solo sirvió para amplificar las protestas, iniciando lo que algunos llaman la guerra civil de internet. Muchos manifestantes hacían volar avion-

citos de papel, el símbolo de Telegram. Las pancartas decían cosas como ‘Quieren bloquear nuestro futuro’, ‘La situación es tan grave que hasta los introvertidos han salido a la calle’” (Castells, 2018).

Frente al pensamiento único del gobierno ruso o de los regímenes neoliberales, que desactivan o controlan el activismo, volviendo “natural” el sistema hegemónico, los movimientos de resistencia desarrollan recursos que desfatalizan el control gubernamental. No pretenden acabar con la vigilancia centralizada. Entre otras razones, porque sus dispositivos se asocian a *ciudadanías sectoriales* –de mujeres, de jóvenes, de migrantes, de vecinos–. Ante la imposibilidad de desmontar el conjunto del sistema, lo desabsolutizan conformando redes ajenas al poder político central, a la economía lucrativa y su publicidad, al comercio de datos. Castells duda de la eficacia de la encriptación alternativa. También cabe preguntar si la parcialización de las economías comunicacionales no naturaliza el sistema mayor que no podemos deshacer.

## **Las humanidades en la descomposición de lo social**

¿Qué cambios puede aportar un pensamiento humanístico actualizado a estos dilemas? Diría, básicamente, que se trata de restablecer la política como debate sobre el sentido.

1. En los trabajos de Carlo Ginzburg, los indicios ofrecen claves que ponen de relieve sentidos divergentes condensados en individuos o situaciones locales. Como en *El queso y los gusanos*, donde un molinero, Menocchio, que cuestionó los dogmas del saber eclesiástico y armó, con otros conocimientos, organizándolos de manera heterodoxa, su táctica frente a los jueces.

Retengo aquí algunos aportes del modelo indiciario: a) rescata, dentro del saber racionalista de la totalidad, huellas individuales, cualitativas, permite leer fisuras o diferencias ocultadas por

un sistema que se presentaba unificado; b) los indicios abren, en el conocimiento estructurado por las élites, señales de desfases entre el discurso hegemónico y el de los sectores populares o disidentes; c) esos desfases pueden ser interpretados como fallas del sistema, y también como ocasiones de los subalternos para transgredirlo; d) al reintroducirse a los sujetos en el conocimiento ofrecido por generalizaciones estadísticas, se habilita a voces singulares, y a la vez –para una epistemología no ingenua– hace visible la subjetividad de quien diseñó las encuestas y las estadísticas: los indicios son parte del problema de investigación.

Esta visión densa, como diría Clifford Geertz, permite interpretaciones más complejas que las de los saberes matematizados. En la política, nos vuelve sensibles a los diferentes estilos de quienes disputan la hegemonía y de quienes dicen organizarse en nombre de los ciudadanos. Abre espacio para lo no registrado por los catálogos acumulativos de internet y sus interconexiones.

No es posible arribar a un saber sobre la actual complejidad del mundo solo abriendo y haciendo interactuar ventanas de Internet. Dice Ginzburg:

Me parece difícil aprender de Google cómo usar Google. Se necesitan mediadores humanos para reaccionar ante lo desconocido.

-¿Qué implica un uso profundo de Google?

-Usar Google no solo para esperar encontrar respuestas a nuestras preguntas, sino para encontrar nuevas preguntas, preguntas insospechadas, lo inesperado. Google es un genio idiota, pero tiene algo muy interesante y prometedor: la posibilidad de hacerle preguntas que no están filtradas por las preguntas de otros. Desde luego, esto no funciona con cualquier

búsqueda. Si pones 'Cristóbal Colón' irás directo a Wikipedia. Pero si preguntas, por ejemplo, algo respecto de una palabra en particular, existe la posibilidad de obtener un tipo de configuración que no ha sido afectada por una pregunta anterior. Muchas personas tratan de evitar el ruido para obtener una respuesta. Yo busco el ruido. Y para buscarlo, hay que contar con recursos del conocimiento. (Prieto, 2018)

2. Si la organización digital de la sociedad es inconsciente de sus límites, resulta funcional para Estados y empresas que se ocupan solo de llevar la contabilidad, no de gobernar, ni gestionar el sentido de la vida pública, ni evitar catástrofes sociales, ni atajar robos y asesinatos masivos, ni siquiera investigarlos.

Me intriga una oscura zona estratégica para indagar la contradicción entre el papel emancipador de las redes sociodigitales y la fuerza de sumisión de la hipervigilancia: *¿por qué la organización algorítmica de los mercados no resuelve los desafíos inciertos de la interculturalidad?* Las respuestas a los conflictos ofrecidas por la sociometría y la biotecnología no pueden evitar que la geopolítica internacional se haya convertido en una interdependencia de miedos. Los otros lejanos con los que incrementamos el comercio, el turismo y los intercambios académicos, de los que tomamos músicas y recursos médicos para ampliar nuestro horizonte cultural, suelen ser fantasmas amenazantes. Nuestros intercambios están cargados de sospechas. Junto con la interdependencia económica y cultural crecen los nacionalismos y etnicismos, los intentos separatistas de regiones y la devastación bélica de los diferentes. Esta dolorosa conflictividad actual no parece gestionable con programas de gubernamentalidad robotizada.

Para hallar sitios a los ciudadanos, a sus discrepancias, en esta utopía de mercados y consumos programados, es útil retomar el debate que iniciamos al referirnos al antihumanismo estructural

lista. Reaparece, en este nuevo proceso de conocimiento, la pregunta de Paul Ricoeur a Lévi-Strauss: admitamos que la descodificación permite captar el sentido de las estructuras biológicas, sociales y también de las estructuras simbólicas con que imaginamos nuestras relaciones con los otros. Pero, *¿cuál es el sentido del sentido* (Ricoeur, 1967), el que damos a las estructuras al comprendernos como sujetos individuales y colectivos, al diferenciarnos de los demás y elegir entre distintas maneras de convivir con ellos?

No se trata de regresar a ningún subjetivismo o a la ilusión de una conciencia descondicionada. Queremos averiguar si es posible reconstruir una teoría de los actores que, al desprenderse de la absolutización maquínica, sepa distinguir, en palabras de Éric Sadin, entre quienes mercantilizan todas las esferas de la vida y quienes experimentan “lo sensible, la contradicción, la imperfección, el miedo al contacto con el otro y el conflicto” (Vicente, 2017). Las desigualdades e incoherencias de nuestras sociedades no autorizan a creer —en esta época en la que tantas estructuras caducan— que el pasaje de los órdenes fallidos a otros sucede sin intervenciones de actores privilegiados. Ni los mercados materiales ni los simbólicos se autorregulan.

En el proceso de robotización y concentración económica que anula derechos y seguridad social, la precariedad de las mayorías parece no importar a las elites que reparten la acumulación y la escasez. Se toman decisiones que no son mero efecto de una lógica de mercado al excluir de los hospitales a quienes no pueden pagar, del acceso a la banda ancha o internet a quienes no pueden suscribirse, de muchas universidades a los que no garantizan la expansión lucrativa de esas instituciones.

A diferencia de aquel debate entre Lévi-Strauss y Ricoeur sobre la legitimidad del estructuralismo y los límites de su validez, o sea una controversia epistemológica sobre la capacidad de comprender el sentido social indagando solo la estructura inter-

na del lenguaje, el análisis actual de la sociedad como conexión algorítmica viene mostrando al dataísmo como una justificación del capitalismo. François Dosse escribió, al analizar aquella polémica, que “el pensamiento estructural es un pensamiento que no se piensa” (Dosse, 2013: 349). Al absolutizar la expansión incesante de la experiencia de estar conectado, sin problematizar qué hacen los algoritmos con esas interacciones sociales reducidas a mercado, no solo estamos ante un pensamiento que no se piensa sino que trabaja para que no podamos pensar en la lógica destructiva del capitalismo. El sistema algorítmico es, más que un modo de organizar las sociedades, un recurso que organiza partes, zonas de la vida social (Waze, por ejemplo). Pero inhabilita las preguntas por el sentido general de vivir en sociedad, de globalizarnos y vivir en una complejísima interculturalidad. Una interculturalidad administrada por muy pocos actores hegemónicos que la orientan tendenciosamente.

Retomo lo que nos dicen algunos filósofos sobre la disputa política entre ciudadanos, corporaciones y otras asociaciones en un tiempo digital. Una perspectiva crítica aparece en la discusión de Étienne Balibar con Wendy Brown. Dice Balibar que “el neoliberalismo no es solo una ideología, es una mutación de la naturaleza misma de la política, producida por actores que se sitúan en todos los ámbitos de la sociedad. Es en realidad el nacimiento de una forma en extremo paradójica de la actividad política, puesto que no solo tiende a neutralizar tan completamente como sea posible el elemento de *conflictividad* –esencial para su figura clásica–, sino que quiere privarla de antemano de todo significado, y crear las condiciones de una sociedad donde las acciones de los individuos y de los grupos (incluso cuando son *violentas*) dependan de un único criterio: la utilidad cuantificable. Por consiguiente, de hecho, no se trata tanto de política como de *antipolítica*, de neutralización o de abolición preventiva del antagonismo sociopolítico” (Balibar, 2013:169).

¿Cómo evaluar estos riesgos, escribe Sadin, si la gubernamentalidad robotizada y global aparece como “un proyecto político no declarado, impersonal, aunque expansivo y estructurante” (Sadin, 2017: 138)? Según este autor, la gubernamentalidad algorítmica tiende a regular el campo social para impedir toda fricción. Su habilidad para interponer entre los seres humanos, entre los humanos y las cosas, y entre las cosas mismas, códigos organizativos y producir una especie de “adecuación universal”, de “ajuste” entre cada unidad conectada, instauraría “un *alisado* social. Esta configuración ya no consume la ‘paz perpetua’ abordada por Kant o el ‘fin de la historia’ hegeliano, sino que manifiesta la voluntad impersonal contemporánea de tender hacia la mayor *adecuación en acto* entre toda unidad orgánica o material” (Sadin, 2018: 138).

Veo necesario contrastar esta visión metropolitana de la gubernamentalidad algorítmica con otros procesos latinoamericanos –socioeconómicos, políticos y culturales– que causan descuidada-nización. Resulta difícil avizorar sociedades cada vez más *alisadas* en países estriados, en cortocircuito por la corrupción de los partidos y otras entidades de representación social; donde las mafias usan dispositivos de alta tecnología para quebrantar, no para restaurar o transformar el orden. Los repetidos fracasos de las “guerras contra las drogas”, tecnológicamente equipadas de los dos lados, o los precarios ensayos de participación social y de economía colaborativa, también deben incluirse en los análisis. El despedazamiento de lo social junto a la racionalización de los algoritmos.

Tengo la impresión de que una contribución peculiar de las humanidades en este mundo digital –y de su práctica en América Latina– es reflexionar de un modo crítico sobre cómo conviven los avances con el malestar. Con varios. Una de las contradicciones es tener que interactuar entre las ancianas instituciones y los recientes flujos virtuales. Otro malestar deriva de saber que siempre nos interceptan, llevan nuestros datos, nuestras fotos, nuestras reac-

ciones a sitios secretos. Allí parece más difícil controlar las intrusiones, el terrorismo, los secuestros (de información, de dinero, de seguridad) que en los aeropuertos o en los bancos donde exigen que no hablemos por el celular.

Empoderamiento y desposesión van juntos. Esa capacidad de trabajar con lo contradictorio, con lo que nos da servicios y nos quita algo a cambio, o sea de no ser simples adictos o *followers*, es la tarea de los ciudadanos. Y quizá la crisis presente latinoamericana da elementos singulares para repensar la vida democrática y el sentido histórico, performances distintos entre las tramas de algoritmos. No se trata –por si aún es preciso aclararlo– de una identidad o un ser distinto de los latinoamericanos, sino un modo de participar y estar subordinados, de vivir las tensiones entre lo que se globaliza y se desglobaliza en la actualidad. No tenemos lugar en esta conferencia para extender esta cuestión. Pero quizá los argumentos dados insinúen cómo transitar de la simple defensa de las humanidades a una reformulación activa de su lugar en la descomposición –o reestructuración– del mundo y de nuestras tareas en este papel peculiar de ser ciudadanos que es repensar lo humano.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Balibar, É.** (2013). *Ciudadanía*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo.
- Bueno Castellanos, C.** (2018). “Innovación abierta. De consumidores a productores de valor”, en *Desacatos*, 56, 50-69.
- Castells, M.** (2018). “Telegram”, en *La Vanguardia*, 12 de mayo de 2018. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/opinion/20180512/443520720169/telegram.html>
- Foucault, M.** (1978). *Las palabras y las cosas*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Ginzburg, C.** (1976). *El queso y los gusanos*. Barcelona, España: Península.
- Harari, Y. N.** (2016). *Homo Deus: Breve historia del mañana*. Barcelona, España: Debate.
- \_\_\_\_\_(2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Barcelona, España: Debate.
- \_\_\_\_\_(2019). Los cerebros hackeados votan. *El País*, 6 de enero de 2019. Recuperado de: [https://elpais.com/internacional/2019/01/04/actualidad/1546602935\\_606381.html](https://elpais.com/internacional/2019/01/04/actualidad/1546602935_606381.html)
- Harvey, D.** (2005). *El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Lévi-Strauss, C.** (1973). *Tristes trópicos*. Trad. de Noelia Bastard. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.
- Moulier Boutang, Y.** (2007). *Le capitalisme cognitif: La nouvelle grande transformation*. París, Francia: Amsterdam.
- Ortiz, R.** (2008). *A diversidade dos sotaques*. Sao Paulo, Brasil: Brasiliense.
- Prieto, A.** (2018). Una historia de las excepciones. Entrevista con Carlo Ginzburg. *Revista Ñ*, octubre de 2018.
- Ricoeur, P.** (1967). Estructura y hermenéutica. En C. Lévi-Strauss, P. Verstraeten y P. Ricoeur, *Problemas del estructuralismo*. Córdoba, Argentina: Editorial Universitaria de Córdoba.

- Rouvroy, A. y Berns, T.** (2016). Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación? *Adenda Filosófica*, 1, 88-116.
- Sadin, É.** (2017). *La humanidad aumentada*. Trad. de Javier Blanco y Cecilia Paccazochi. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- \_\_\_\_\_(2018). *La silicolonización del mundo*. Trad. de Margarita Martínez. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- Sarlo, B.** (1994). *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires, Argentina: Ariel.
- Vicente, Á.** (2017). Éric Sadin: 'el libre albedrío se desploma a causa de la inteligencia artificial'. *El País*, 12 de julio de 2017. Recuperado de: [https://elpais.com/cultura/2017/07/11/babelia/1499762435\\_023266.html](https://elpais.com/cultura/2017/07/11/babelia/1499762435_023266.html)
- Winocur, R.** (2002). *Ciudadanos mediáticos. La construcción de lo público en la radio*. Barcelona, España: Gedisa.

## Restos actuales. Desafíos digitales para las humanidades

Nicolás Quiroga

Universidad Nacional de Mar del Plata - CONICET

### Ideología

El título de este capítulo evoca al libro de Erich von Däniken, *Recuerdos del futuro*, un texto sobre la importancia de los extraterrestres en la historia mundial. Ese libro partía de un extrañamiento: había en el mundo objetos “fuera de lugar”. Y advertía que era más racional comprender su naturaleza como futura y extraterrestre que seguir insistiendo en su carácter humano. No recomiendo el libro, solo retengo esa idea porque algunas tecnologías del presente a veces son pensadas del mismo modo. Por eso mi pregunta inicial tiene esta forma: *¿cómo serán los archivos futuros, conformados por restos actuales?* ¿Serán las grandes cantidades de datos y metadatos que circulan hoy parte de los archivos futuros? Casi inmediatamente me pregunto si esos datos son socialmente significativos, si la repetición incansable de *likes*, las listas interminables de compras en supermercados o los miles de *tuits* agraviantes y sus millones de *retuits*, significan algo más allá de su monetización. La pregunta presupone una afinidad ímproba: lo que nos pasa estará en los archivos del futuro. Pero basta con interrogar a esos grandes términos (la Historia, el Archivo) para comprender que sus rela-

ciones solo pueden ser supuestas. De la incertidumbre nos rescata la certeza de que los hilos que conectan el presente y el futuro, las leyes de los hechos actuales y la ley del archivo futuro, son los de la ideología.

Con frecuencia creciente escuchamos y decimos que los medios digitales, especialmente la web y las redes sociales, son cada vez más importantes en nuestras vidas; que la dicotomía actual/virtual ya no palpita como en los noventa del siglo XX. También a menudo argumentos como esos se utilizan para legitimar unos temas de investigación sobre otros: si todo el poder lo tienen los medios digitales, entonces son relevantes las preguntas que los tengan por objeto. Pero no es necesario fundar la necesidad de ocuparse de los desafíos que le imponen a las humanidades los medios y mediaciones digitales en su vigencia o extensión. Esa decisión puede incluso contribuir a instalar presupuestos, a naturalizar internet<sup>1</sup> –el internet-centrismo sobre el que Evgeny Morozov (2016) ha escrito mucho–. ¿Han dejado de existir brechas digitales? ¿Son la misma, la internet de 1992 y la de 2019? ¿Es este panorama una ventana al futuro? Definitivamente no. Y, aun así, los desafíos digitales merecen ser atendidos por las humanidades en tanto devienen ideología y delimitan actividades como interpretar o significar. Es bajo ese supuesto que la pregunta sobre los archivos futuros adquiere densidad. En lo que sigue expondré en tres entradas aspectos de una reflexión necesaria sobre datos, métodos y proyectos científicos.

## Datos

¿De cuántos datos estamos hablando? Es un cálculo difícil de hacer porque es complicado hallar los datos sobre los datos y por-

1. También existen creencias de igual tono con otras tecnologías, por ejemplo, la fe en que el libro tal como lo conocemos *nunca* dejará de existir.

que esa operación tiene algo de antojadiza y forzada. Exploremos a partir de una analogía. Tomemos como referencia el metro lineal de archivo, es decir, un metro lineal de papeles, unas hojas puestas de canto a lo largo de un metro, para graficarlo con alguna imprecisión. Y hagamos una conversión a su espectro digital: un metro lineal de archivo equivale a quinientos megas de información. Cuatro metros lineales, una pequeña estantería repleta de papeles, equivale a dos gigabytes de información, unos doscientos libros. Un disco rígido estándar tiene un terabyte. Los fondos del Ministerio del Interior en el Archivo General de la Nación de Argentina tienen casi novecientos metros lineales, es decir medio disco rígido.<sup>2</sup>

Twitter producía doce terabytes por día en 2010 (Naone, 2010) cuando estaba en los cincuenta millones de tuits diarios (en el 2019 decuplicó este valor<sup>3</sup>); un Boeing 737 en un vuelo de seis horas producía, hace unos años, doscientos cuarenta terabytes (Pohl, 2015); Facebook produce más de cuatro mil terabytes por día (Desjardins, 2019). cinco mil terabytes o cinco petabytes de información había en los discos que mostró la joven programadora que logró el reciente y muy publicitado retrato de un agujero negro. (La materialidad de esa cifra en la foto de Katie Bouman abrazando algunos de los discos rígidos donde fue almacenada la información astronómica se reveló más interesante para lxs participantes del foro sobre datos en *Reddit* que el resultado de la investigación<sup>4</sup>.) Esos cinco petabytes suponen diez o quince veces más espacio que

2. En las unidades de medida sobreviven los ecos del trabajo mundano que las producen por necesidad. La referencia para estos demasiado imprecisos valores puede encontrarse en Gilheany (2000). Información sobre fondos documentales del Archivo General de la Nación Argentina en <https://www.argentina.gob.ar/interior/archivo-general/contenidos/libros-de-fondos-documentales>. Recuperado: 14 de agosto de 2019.

3. <https://www.internetlivestats.com/twitter-statistics/> Recuperado: 14 de agosto de 2019.

4. <https://www.reddit.com/r/DataHoarder/> Recuperado: 14 de agosto de 2019.

lo que pueden ocupar todos los artículos académicos publicados desde mediados del siglo XVII (comenzando en 1665 con *Le Journal des Sçavans*) hasta el 2009: unos cincuenta millones (Jinha, 2010)<sup>5</sup>.

Doscientos veinticinco petabytes guardaba, a finales de 2018, el archivo más grande de información meteorológica (Guerrini, 2019). Trescientos treinta petabytes de información posee el banco de datos del CERN, la organización europea para la investigación nuclear. De acuerdo con su propia presentación, el Centro produce más de cien petabytes por año y eso los obliga a desarrollar tecnologías que permitan el acceso a más de tres mil millones de archivos<sup>6</sup>. Los datos en el área de la salud abruma: para esta fecha rondan los mil seiscientos exabytes aproximadamente (Health Data Archiver, 2018).

¿Sirve de algo esa información cruda? ¿Qué nos dice su enumeración? Unos pocos minutos de cifras nos recuerdan el apartado sobre el fetichismo de la mercancía de Marx. En este asunto, nuestro saco de harina o nuestra chaqueta es el metro lineal de archivo. Creo que podemos alcanzar a percibir el tipo de imaginación que comienza a materializarse en la actualidad. Una época con muchos nombres y todos ellos indicando formas relacionadas con lo digital, lo computacional. Algoritmo es un término ubicuo. Como ha mostrado Jonathan Sterne (2016), análogo/analógico son términos que a lo largo del siglo XX fueron reduciéndose en su significación al ritmo que le imponía su par ahora necesario: el término digital, también simplificado. El primer compromiso para responder entonces a la pregunta inicial es comprender cómo

5. En la actualidad, los artículos con referato suman aproximadamente 179 millones, de acuerdo con *Semantic Scholar*, una aplicación del Allen Institute for Artificial Intelligence para encontrar y analizar esos objetos. URL: <https://www.semanticscholar.org/> Recuperado: 14 de agosto de 2019.

6. <https://home.cern/science/computing/storage>. Recuperado: 14 de agosto de 2019.

funcionan los algoritmos, en un doble sentido del término “funcionar”: saber qué hacen y cómo son funcionales a los procesos sociales en la actualidad (Beer, 2016). Como han indicado Boyd y Crawford (2012), “los datos nos necesitan”, es decir que no hablan por sí mismos. Pero unos años después de haber sido escrita, esa sentencia puede ser interpretada menos como una proclama que como una enrevesada expresión de deseo: *necesitamos que los datos nos necesiten*. Esa posibilidad se hizo cada vez más próxima a medida que los algoritmos capturaban y procesaban más datos, pero también a medida que la imaginación social disponía las habilidades de las máquinas en el retablo de la industria cultural: las torpezas del robot canino de *Boston Dynamics* (“Spot”) ya no se inscriben en la tradición de las películas de Buster Keaton sino que se figuran como breves antecedentes ominosos del *ascenso de las máquinas*. Publicistas y expertxs han contribuido a la forja de esa imaginación técnica. La idea de algoritmo fue despegándose del sistema sociotécnico en el que surge y participa, incluso, en discursos que se proponen explicar las características mundanas del procesamiento algorítmico. El diagnóstico mil veces repetido de que vivimos en una *black box society* (Pasquale, 2015) y la intuición de que existe un cambio sustantivo en la programación y en el aprendizaje de las máquinas –de funciones que devuelven resultados a algoritmos que hacen algoritmos (Domingos, 2015)– potencian todavía más lo que David Beer, en su artículo ya citado, entiende como el “poder social” del algoritmo, esto es, su creciente separación de la ecología social que lo produce. En la misma dirección apunta Ziewitz (2015) cuando reflexiona sobre el “drama algorítmico”: la recursividad entre la capacidad productiva del algoritmo y la dificultad de comprender cómo hacen lo que hacen. También a Ziewitz la forma en que pensamos estos temas le recuerda otras reificaciones, como las de “mano invisible” y la “selección del más apto”. La denuncia de los algoritmos o la

crítica sobre su utilización para fines injustos, por momentos, se contradicen: ¿exigimos transparencia a las empresas que los utilizan? ¿Abogamos por el cambio de paradigma en la codificación? ¿Hacemos mejores algoritmos, como proponen algunas excelentes analistas (Terranova, 2017; O’Neil, 2018)? La pregunta para las humanidades todavía más urgente es ¿cómo estudiarlos?

Dice Domingos (2015) que los algoritmos, en la actualidad, no solo no son entidades escindibles de los datos (en tanto no funcionan bajo régimen de escasez de datos, y además producen esos mismos datos), sino que por otra parte podrían producir/ordenar esos datos sin esos rastros del poder que impregnan las clasificaciones, esos procedimientos humanos que también son *recetas* para producir *hechos*. ¿Cómo podemos comprender la opacidad de esos procedimientos que se promueven como máquinas de producir(se) e interpretar(se)? Para Ziewitz tres cuestiones se imponen: la agencia de los algoritmos, su inescrutabilidad y los aspectos éticos que implican su gestión. Kitchin (2017) por su parte sugirió estrategias para avanzar sobre el segundo aspecto, acaso el asunto del que dependen los otros dos. La inescrutabilidad se potencia debido a las condiciones de los algoritmos en la actualidad: son heterogéneos, privados, son parte de sistemas y redes, y actúan contingente y contextualmente. Kitchin propone algunas líneas posibles para desbrozar el hermetismo de los algoritmos: interpretar pseudocódigo, practicar ingeniería inversa, trabajar con diseñorxs y programadorxs, analizar cómo funcionan en el mundo.

La comprensión de las relaciones de los datos con la ideología debe considerar la discontinuidad fundamental en la codificación (programación), que tiene ya muchas décadas (Finn, 2018); lo que Adrian Mackenzie (2017) ha denominado, en unos de los libros más importantes para el análisis del “drama algorítmico”, el paso de diagramas lógico-simbólicos a diagramas algorítmico-es-

tadísticos, acaso condensado en esa pieza mínima de código de los años cincuenta del siglo XX, el *perceptrón*, con la que una máquina aprende (entre comillas y en *itálicas*) procedimientos lógicos a partir del cotejo de pesos estadísticos.

La ideología de nuestro presente no está solo en la distopía de las máquinas pensantes y oponentes, sino también en la fetichización del algoritmo como algo creado por la humanidad, la fe en que la figura última de las tecnologías digitales es la de *El Turco* de von Kempelen, esa máquina de ajedrez que jugó contra Napoleón y que ocultaba una persona en su interior.

## Archivo

Pero pasa algo curioso con los datos: son inaccesibles, o se pierden, o cambian sin dejar registro de esos cambios, o son privados, o son guardados de muchas y disímiles maneras. Por eso, entre otras cosas, no se ajustan a la idea tradicional de archivo. Son materiales, sí, pero están *actualizados* a través de capas de plataformas: sistemas operativos, programas, protocolos de intercambio, formatos de archivos, etc. (Owens, 2018). En cierto sentido, mutan por las máquinas o por la circulación que lxs tecnoentusiastas le imponen a las lógicas de estabilidad y originalidad, propias de una idea tradicional de archivo (De Kosnik, 2016). Se comprende por qué algunos proyectos han impulsado coleccionar información y promover el acceso a la misma, incluso cuando también se oponen firmemente a la cibervigilancia o apuestan por políticas de protección de datos privados. *Archive Team*, por ejemplo, es un grupo abierto que ha recuperado parcialmente contenidos de *GeoCities*, *Friendster* y muchos otros sitios dados de baja. Su editor en jefe, Jason Scott, mantiene además *textfile.com*, un sitio con datos de la época del *modemismo*. La premisa de estos equipos de rescate no responde del todo la pregunta sobre el futuro, más bien la despla-

za: guardamos todo lo que podemos porque desconocemos las preguntas que surgirán en el futuro.

Los desafíos relacionados con el archivo y su plural alcanzan las áreas disciplinares de distinta manera y las problemáticas y enfoques han ido aumentando desde hace décadas (Pons, 2013). Pero esos conjuntos de temas relacionados con tecnologías, formatos, taxonomías, búsquedas y recuperación de datos son, por lo general, demasiado abstractos, demasiado lejanos a nuestro trabajo. Interrogarnos sobre los problemas de la investigación concreta puede afinar los modos en que concebimos conceptos o procedimientos relacionados con los archivos nacidos o renacidos digitales.

Sigamos en este escrito un ejemplo actual que es un archivo del pasado virtual y puede servir como campo de pruebas para responder la pregunta que propuse al comienzo de este artículo. *GeoCities* fue un servicio de *hosting* muy utilizado, creado en 1994 y cerrado en 2009 (su versión japonesa permaneció en línea hasta el 2019). No fue el único emprendimiento que permitió la creación de páginas web (*Angelfire* y *Tripod* fueron sus principales competidores), pero sí fue el más exitoso. En 1999, cuando *Yahoo!* compró la empresa e introdujo cambios significativos en su diseño, tenía más de 7 millones de usuarios registrados. Gracias al trabajo de *Archive Team* disponemos en la actualidad de una copia con una buena cantidad de las páginas web que integraban la ciudad de *Geocities*; y ese archivo se puede bajar en formato *torrent* o visitar en *Internet Archive* (186 millones de páginas tuvo *Geocities* cerca de su cierre definitivo). *GeoCities* es una ciudad organizada por barrios temáticos, los que a duras penas sepultan la heterogeneidad propia del período inicial de la web.

Ian Milligan (2019a), historiador canadiense, es uno de los que mejor ha pensado este archivo para la investigación histórica. Cualquier investigador/a que se interese en los años noventa del siglo XX podría considerar relevante esta documentación... si

podiera consultarla. No es fácil: una vez extendida en nuestros discos rígidos, esa enorme ciudad no nos dice mucho cuando queremos explorarla sin preguntas que amolden o escandan el corpus<sup>7</sup>. ¿Cómo “mirar”, “leer”, “buscar” en esas páginas/archivos? Tal como Carlo Ginzburg (2004) ha contado de su “conversación” con el catálogo de publicaciones de la UCLA, el momento de “dar golpes en la oscuridad” está ligado a las posibilidades de las personas de “derivar” las consultas, producir variables y riadas futuras en ese ejercicio intelectual del que forma parte la ejecución de *queries* contra una base de datos. Pero recorrer los directorios y subdirectorios de una copia de *GeoCities*, o surfear a través de las páginas web de ese sitio en *Internet Archive* implica una forma imprecisa y unos contenidos que el diseño desplazó incalculablemente lejos de la cultura letrada. No hay curaduría; las preguntas no se hacen contra el fondo, contra la arquitectura precisa de una base de datos relacional. La sensación frente a millones de páginas web no es la misma que la que producen millones de páginas de archivos documentales. El “esencialismo de pantalla” (Montfort, 2004) y el de árbol de directorios son problemas iniciales y para “saltarlos” se nos han propuesto ejercicios de “lectura distante” (Moretti, 2015; Kirschenbaum, 2007) o macroanálisis (Jokers, 2013): uso (y problematización) de herramientas digitales para procesar datos. Es en el proceso de imaginar indicios y patrones que permitan afinar preguntas para leer el archivo de *GeoCities*, cuando el término “datos” se revela inestable: ¿es algo más que un repositorio corporativo de la cultura de masas finisecular?; y a la vez, “estabilidad” ¿no es un supuesto primero lineal (el metro lineal de archivo) y luego multidimensional (la base de datos) con el que “leemos” el mundo?

7. Podemos apreciar una vista en *The Deleted City 3.0*. URL: <http://www.deleted-city.net/>

El *topic modeling*, tal vez la metodología más conocida de las que promovidas por las humanidades digitales, nos devuelve recurrencias en forma de series de palabras asociadas a un tema, a partir de distintos algoritmos (el más conocido es el *Latent Dirichlet Allocation* [LDA])<sup>8</sup>. Probar el *corpus* de las ruinas de GeoCities contra ese algoritmo es un ejercicio fascinante y revelador; lo que revela no son sin embargo propiedades de los datos sino incógnitas y desafíos inscriptos en las herramientas de análisis. Aunque para algunxs intelectuales estos ejercicios se muestren ineficaces y cuestionables (Fish, 2012a y 2012b) y para otrxs lo que hacen es exponer la importancia de otros aspectos del oficio, por ejemplo, la intuición (Brauer y Fridlund, 2013), las discusiones sobre los algoritmos y sobre las múltiples consultas a las que se lo someten, muestran una actividad cada vez más instalada, noble heredera de la “toma de notas”: la conversación con las máquinas –Schmidt (2012) es un excelente ejemplo de esa deriva–.

La exploración de GeoCities no puede limitarse a producir “bolsas de palabras” y Milligan (2019b), junto con otrxs investigadorxs, ha propuesto cruzar este procedimiento semántico con análisis de redes para analizar links e imágenes, por ejemplo. Su exploración permitió la creación de una herramienta para analizar repositorios como el de *GeoCities: Archives Unleashed Toolkit*.<sup>9</sup> Pero la curva de aprendizaje de Apache Spark, el motor sobre el que se asienta el programa, y el trabajo con la arquitectura Hadoop y el protocolo WARC para la gestión de archivos son arduos, razones por las que un instrumento creado para facilitar la práctica también pue-

8. Un punto de partida muy recomendable para estos temas es la lección traducida al español en el sitio *The Programming Historian*, que por otro lado es un sitio imprescindible para explorar muchos otros asuntos relacionados con la historia digital, de Graham, Weingart y Milligan (2018): <https://programminghistorian.org/es/lecciones/topic-modeling-y-mallet>.

9. *Archives Unleashed Project*. URL: <https://archivesunleashed.org/>

de acentuar el modo “caja negra” de las operaciones algorítmicas, alejándonos de la conversación y promoviendo la interpasividad.

La exploración de un archivo como el de *GeoCities* –restos rescatados del pasado de la red, posible futuro– nos sugiere que lo socialmente significativo en el futuro se define un poco ahora y está relacionado con nuestra conversación con las máquinas.

## **Interpretación**

¿Cómo podríamos entonces comprender el funcionamiento de lo digital y contribuir aún más a la forma que adoptarán los interrogantes sobre los datos masivos, tal como vienen haciendo algunas líneas de investigación vigentes? Aquí mi propuesta es menos ambiciosa y menos técnica que las que mencioné más arriba. No se trata de cambiar de tema de investigación o aprender métodos. No se trata de sostener que estos temas nos exigen reorientar nuestra atención y los ahora inexistentes fondos de investigación; no se trata tampoco de aprender a usar librerías de lenguajes de programación (que, como sugerí más arriba, podemos usar sin controlar lo que hacen, más bien admirando la belleza de lo que devuelven).

La propuesta tiene y no tiene que ver los desafíos digitales. En primer lugar: cualquier proyecto de investigación actual puede interrogarse sobre el impacto de lo digital en sus temas, abordajes o procedimientos. Será posible pensar entonces la producción de anticipaciones en proyectos, intervenciones ladinias y estratégicas hacia una comprensión del funcionamiento de lo digital, que no ocupen la centralidad que promueven los entusiastas de lo digital ni se apoyen en la histéresis de quienes deciden “seguir trabajando” como si nada hubiera pasado. Propone una falsa disyuntiva la discusión sobre programar o no programar. Codificar es una práctica próxima, aunque la hayamos alterizado, pero no es la única manera de encarar el desafío digital.

En segundo lugar: hay que alentar instancias de aprendizaje menos basadas en la exposición de certezas y más interesadas en la presentación de problemas en nuestras actividades de investigación: desafíos concretos y exploración de posibles soluciones; prácticas mínimas, especialmente relacionadas con la recolección de datos; otras experiencias de escritura (Burpee et. al., 2015).

Como bien ha sugerido Lovink (2019), no debemos cambiar una crítica radical por “mapeo” del impacto de la red y la producción de “visualizaciones” atractivas. El reto es comprender la significación de estos cambios tecnológicos que impactan social y analíticamente, pero eso implica interpretar cómo cristalizó esa separación entre datos y datos “digitales”, no simplemente usarlos o denunciarlos. Lo socialmente significativo para las humanidades actuales da forma a los restos actuales, y allí se instala la urgencia. Porque, si bien es cierto que “los datos nos necesitan”, al parecer no nos están necesitando tanto, es decir, no nos esperan.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Beer, D.** (2016) The social power of algorithms. *Information, Communication & Society*. 20(1), 1-13.

**Boyd, D. y Crawford, K.** (2012). Critical Questions for Big Data. *Information, Communication & Society*. 15(5), 662-679.

**Brauer, R. y Fridlund, M.** (2013). Historizing topic models: A distant reading of topic modeling texts within historical studies. En B. Nikiforova y N. Nikiforova (Eds.), *Cultural Research in the Context of "Digital Humanities": Proceedings of International Conference*, 3 al 5 de octubre de 2013, San Peterburgo.

**Burpee, K. J.; Glushko, B.; Goddard, L. & Kehoe, I.; y Moore, P.** (2015). "Outside the Four Corners: Exploring Non-Traditional Scholarly Communication", *Scholarly and Research Communication*, 6, 2.

**De Kosnik, A.** (2016). *Rogue Archives Digital Cultural Memory and Media Fandom*. Cambridge, Estados Unidos: The MIT Press.

**Desjardins, J.** (2019). How Much Data is Generated Each Day? *Visual Capitalist*. Recuperado el 14 de agosto de 2019 de <https://www.visualcapitalist.com/how-much-data-is-generated-each-day/>

**Domingos, P.** (2015). *The Master Algorithm: How the Quest for the Ultimate Learning Machine Will Remake Our World*. Nueva York, Estados Unidos: Basic Civitas Books.

**Finn, E.** (2018). *La búsqueda del algoritmo. Imaginación en la era de la informática*. Salamanca, España: Alpha Decay.

**Fish, S.** (2012a). The Digital Humanities and the Transcending of Mortality. *New York Times*, 9 de enero de 2012. Recuperado el 9 de agosto de 2019 de <https://opinionator.blogs.nytimes.com/2012/01/09/the-digital-humanities-and-the-transcending-of-mortality/>

- \_\_\_\_\_(2012b). Mind Your P's and B's: The Digital Humanities and Interpretation. *New York Times*, 23 de enero de 2012. Recuperado el 9 de agosto de 2019 de <https://opinionator.blogs.nytimes.com/2012/01/23/mind-your-ps-and-bs-the-digital-humanities-and-interpretation/>
- Gilheany, S.** (2000). Measuring Scanned Documents, Born-Digital Documents, & Digital Storage. *ArchiveBuilders.com*. Recuperado el 14 de Agosto del 2019 de <https://web.archive.org/web/20051220014858/http://www.archivebuilders.com/whitepapers/index.html>
- Ginzburg, C.** (2004). Conversar con Orión. En C. Ginzburg, *Tentativas*, 321-336. Rosario, Argentina: Prohistoria.
- Graham, S.; Milligan, I. y Weingart, S.** (2018). *Exploring Big Historical Data: The Historian's Macroscope*. Londres, Reino Unido: Imperial College Press.
- Guerrini, F.** (2019). Europe's big weather supercomputer data center is about to leave UK. *ZDNet.com*. Recuperado el 14 de agosto de 2019 de <https://www.zdnet.com/article/europes-big-weather-supercomputer-data-center-is-about-to-leave-uk/>
- Health Data Archiver** (2018). *Health Data Volumes Skyrocket, Legacy Data Archives On the Rise*. Recuperado el 14 de agosto de 2019 de <https://www.healthdataarchiver.com/health-data-volumes-skyrocket-legacy-data-archives-rise-hie/>
- Jokers, M.** (2013). *Macroanalysis: Digital methods and literary history*. Chicago, Estados Unidos: University of Illinois Press.
- Kirschenbaum, M.** (2007). The Remaking of Readings: Data Mining and the Digital Humanities. *Proceedings of the National Science Foundation Symposium on Next Generation of Data Mining and Cyber-Enabled Discovery for Innovation*. Recuperado de: <http://www.cs.umbc.edu/~hillol/NGDM07/abstracts/talks/MKirschenbaum.pdf>
- Kitchin, R.** (2017). Thinking critically about and researching algorithms. *Information, Communication & Society*. 20(1), 14-29.
- Lovink, G.** (2019). *Tristes por diseño. Las redes sociales como ideología*. Bilbao, España: Consonni.

- Mackenzie, A.** (2017). *Machine Learners. Archaeology of a Data Practice*. Cambridge, Estados Unidos: MIT Press.
- Milligan, I.** (2019a). Exploring Web Archives in the Age of Abundance: A Social History Case Study of GeoCities. En N. Brügger y I. Milligan, *The SAGE Handbook of Web History*. Londres, Reino Unido: SAGE Publications Ltd.
- \_\_\_\_\_(2019b). *History in the Age of Abundance? How the Web Is Transforming Historical Research*. Montreal, Canadá: McGill-Queen's University Press.
- Montfort, Nick (2004). Continuous Paper: MLA. Recuperado de: [http://nickm.com/writing/essays/continuous\\_paper\\_mla.html](http://nickm.com/writing/essays/continuous_paper_mla.html).
- Moretti, F.** (2015). *Lectura distante*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Morozov, E.** (2016). *La locura del solucionismo tecnológico*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Naone, Erica** (2010). What Twitter Learns from All Those Tweets. *MIT Technology Review*. Recuperado el 14 de agosto de 2019 de: <https://www.technologyreview.com/s/420968/what-twitter-learns-from-all-those-tweets/>
- O'Neil, C.** (2018). *Armas de destrucción matemática. Cómo el Big Data aumenta la desigualdad y amenaza la democracia*. Madrid, España: Capitán Swing Libros.
- Owens, T.** (2018). *The Theory and Craft of Digital Preservation*. Baltimore, Estados Unidos: Johns Hopkins University Press.
- Pasquale, F.** (2015). *The Black Box Society: The secret algorithms that control money and information*. Cambridge, Estados Unidos: Harvard University Press.
- Pohl, Th.** (2015). How Big Data Keeps Planes In The Air. *Forbes*. Recuperado el 14 de Agosto de 2019 de: <https://www.forbes.com/sites/sap/2015/02/19/how-big-data-keeps-planes-in-the-air/>
- Pons, A.** (2013). *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*. Madrid, España: Siglo XXI editores.
- Schmidt, B.** (2012). Words Alone: Dismantling Topic Models in the Humanities. *Journal of Digital Humanities*. 2(1).

**Sterne, J.** (2016). Analog. en B. Peters, *Digital keywords: A vocabulary of information society and culture*. Princeton, Estados Unidos: Princeton University Press.

**Terranova, T.** (2017). *Red Stack attack!* Algoritmos, capital y la automatización del común. En A. Avanesian y M. Reis (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires; Argentina: Caja Negra.

**Ziewitz, M.** (2015). Governing algorithms: Myth, mess, and methods. *Science, Technology & Human Values*. 41, 3-16.

# Archivos y gestión documental: un asunto pendiente en la agenda oficial

**Beatriz Bragoni**

Universidad Nacional de Cuyo - CONICET

1

Un balance reciente sobre las formas en que la experiencia social e histórica moldea las imágenes y representaciones del pasado ha puesto en agenda los modos de gestión del conocimiento y las relaciones complejas que arbitran el vínculo entre el saber académico, y su transmisión a la sociedad (Pagano y Rodríguez, 2014). También los especialistas han puesto de relieve la eclosión de procesos identitarios sociales, y sus efectos en selectivos procesos de patrimonialización cultural, descentrando y ampliando la dimensión monumental que había predominado en la formación y consolidación de los estados nacionales, en beneficio de una pluralidad de objetos o “lugares de memoria” que hasta la víspera no integraban el repertorio de recuerdos que vertebraba la memoria pública de cualquier Estado nación, y en el caso argentino, de cada provincia en particular (Nora, 1984). El carácter global de tales fenómenos sociales y culturales, animado por el cambio en el “régimen de historicidad” y el clima “presentista” contemporáneo (Hartog, 2003), ha vertebrado la agenda de investigación en las comunidades académicas euroatlánticas y latinoamericanas. El

mismo resultó asociado con el deslizamiento teórico que experimentaron las humanidades y ciencias sociales occidentales a partir de lo que se dio en llamar el giro cultural y de los enfoques antropológicos, los cuales enfatizaron las dimensiones culturales como vertiente analítica e interpretativa preferencial para abordar la interacción social en el espacio, la economía o la política, para citar sólo algunos, problematizando interpretaciones clásicas filiadas al ideal performativo de la modernización (Gorelik y Arêas Peixoto, 2016).

Asimismo, las reflexiones sobre el “uso social del patrimonio” (García Canclini, 2005) han subrayado problemas teóricos y técnicos referidos a la preservación y conservación, y a su vez ligados al valor, autenticidad, significado e interpretación de los bienes culturales de una localidad o región, de un grupo social o étnico. En general, y como han señalado Criado Boado y Barreiro (2013), los procesos de patrimonialización cultural son correlativos a la constitución de la memoria, las identidades y los valores, suponen el examen crítico de los esencialismos hegemónicos, el descubrimiento de los procesos de negociación entre tradiciones culturales, así como procesos de participación social y de coconstrucción del patrimonio y de los modelos o alternativas de gestión y socialización del mismo.

Estas cuestiones se vinculan con otras problemáticas igualmente importantes. En particular, los estudios sobre memoria social y memoria pública han tenido un notable desarrollo en respuesta a catástrofes o “traumas” humanos, y como reacción a una forma de narrar la historia que atendía al proceso de formación de los estados nacionales y de las grandes civilizaciones y sus conquistas. Y aunque la noción de memoria no es nueva, el deslizamiento de lo individual a lo social (y político) inscripto en la temporalidad autónoma de procesos vividos en común, gravitó a favor de su espacialización (Ardao, 1993) y de la localización de la misma

en el campo de lo social, lo cultural y lo público (Halbwachs, 2004). Entendida como construcción activa, y atenta a las mediaciones del presente, la memoria resulta en un bien que se cultiva, se recupera, se conserva, se legisla, en medio de disputas epistémicas, políticas, académicas protagonizadas por actores con capacidades y poder de intervención pública diferentes (Todorov, 1995; Vezzetti, 2007; Devoto, 2011). La memoria y su inherente pluralidad (memorias) tienen un “estatuto matricial” (Ricoeur, 1995) en el que se da una tensa imbricación entre historia y memoria cuyos marcos de sentido se constituyen en los contextos nacionales, regionales y culturales en donde emergen. Estos contextos son algo más que escenarios de interacción pues, en algunos casos, se constituyen en símbolos de identidad y puntos de referencia del recuerdo.

Monumentos, museos, conmemoraciones, creencias, testimonios, documentos, obras de arte, fotografías, archivos y otros repertorios de formas simbólicas, confluyen en la organización de una memoria patrimonializable que demanda leer el pasado a la luz del presente a partir de nuevos marcos de inteligibilidad. No obstante, y aun teniendo en cuenta sus especificidades materiales e inmateriales, y las desiguales formas de intervención (estatal o grupal) que inciden en su institucionalización, la construcción de una memoria común supone un denso proceso selectivo de olvidos y recuerdos, voluntarios o no, y algún tipo de convicción o certeza de sus significados en el espacio y en el tiempo; significados que en ocasiones pueden ser modificados, sustituidos por otros nuevos o diferentes por parte de las distintas generaciones, y pueden entrar en disputa (o no) con el canon dominante.

En una intervención relativamente reciente, el historiador Fernando Devoto propuso nuevas reflexiones en torno a los discursos públicos del pasado realizados por historiadores y memorialistas. Lo hizo con ocasión del homenaje brindado al Dr. José Emilio Burucúa en la Universidad Nacional de San Martín y, entre otros

asuntos sugestivos, señaló la convivencia de distintos registros en los que cobra forma la actual entronización de la era del memorial, la naturaleza plural de las relaciones entre historiadores y memorialistas, y el evidente triunfo del testigo sobre el testimonio (Devoto, 2016).

Con ello se hacía eco de aquello que Ricoeur o Todorov, y otros tantos, habían escrito en torno a las semejanzas y diferencias de los discursos públicos sobre el pasado ejercitados por parte de historiadores y memorialistas. Una primera observación subraya que las memorias públicas y la historia coexisten desde hace mucho tiempo, y que la novedad reside, en todo caso, en el énfasis del carácter memorial-comunicativo, el cual prioriza el “recuerdo vivo” (el que no debe ser olvidado) en detrimento del cultural articulado en base al “recuerdo fundante” o genealógico; el registro que enraizó el repertorio de artefactos e instrumentos que sirvieron a la construcción de las memorias estatales. A su vez, un segundo registro memorial estaría caracterizado por lo que Devoto llamó “operaciones memoriales identitarias”, las cuales suelen distinguir las iniciativas y prácticas promovidas por las elites políticas o estatales para afianzar identidades de masas e institucionalizar la obligatoriedad del recuerdo. Se trataría de una modalidad o forma de construcción de memoria relativamente común a las ejercitadas por movimientos identitarios en cualquiera de sus variantes militantes, y que también pueden dar lugar a fenómenos de institucionalización, e incluso de patrimonialización. Finalmente, a juicio de Devoto, la era memorial contemporánea quedaría incompleta si no se diera cuenta de las “operaciones memoriales patrimoniales”, es decir, de las que resultan asociadas con las tradiciones locales, son recogidas o conservadas por eruditos (o anticuarios), y puestas en valor con fines turísticos a los efectos de multiplicar los atractivos para eventuales visitantes. Una modalidad que en las últimas décadas, vale recordar, ha ganado terreno entre las comunidades de ar-

queólogos, ambientalistas, antropólogos e historiadores de varias latitudes con el fin de ejecutar programas de vinculación entre el polo productor de conocimiento, los desarrollos tecnológicos y lo que hoy se ha dado en llamar “comunicación pública de la ciencia” (Gianotti García, 2005).

## 2

La problemática de los archivos adquiere relevancia en este contexto por varias cuestiones, aunque repararé en esta oportunidad solo en dos de manera muy sintética.

La primera destaca las prácticas de archivo como instancia crucial de la operación historiográfica en tanto la documentación primaria (en cualquiera de sus formas textuales) se convierte en la médula del oficio de historiador, en el esqueleto erudito de la operación intelectual destinada a restituir, probar y argumentar la experiencia del pasado. Allí reposa el “régimen de verdad” de la historia que la distingue de la ficción u otras narrativas. Un ejercicio intelectual basado en la naturaleza indiciaria del documento, y sujeto a un conjunto de reglas que permitan controlar operaciones proporcionadas para la producción de objetos determinados (De Certeau, 1993 ). Son estas operaciones y reglas las que permiten acreditar la representación de un pasado que ya fue, que ya no es y que la operación historiográfica pretende representar en el presente (Chartier, 2013). Esas prevenciones o normas del saber histórico fueron las que condujeron al gran historiador argentino Tulio Halperin Donghi a confesar en sus memorias la “enseñanza permanente” que había recibido de Braudel mientras realizaba su tesis: “Yo no uso muchos documentos, pero a los que uso no los suelto hasta haberle arrancando la última gota de sentido” (Halperin Donghi, 2008: 250).

En rigor, la reflexión sobre las prácticas de archivo adquirió vigor aquí, y en otras partes, a raíz de las novedades introducidas

por los nuevos temas y el *jeux d'échelles* o juego de escalas (Revel, 1996) que vigorizaron la renovación historiográfica y la multiplicación de repertorios en la que descansan los fundamentos de la vieja o nueva Clío. Y aunque esté advertida de que este no es lugar para realizar un desarrollo pormenorizado, creo oportuno traer a colación algunos ejemplos para ilustrar las implicancias entre las prácticas de archivo y los resultados de investigación.

Un primer rasgo destaca que la información estatal y/o pública no dejó de ocupar un lugar en la revitalización de los estudios históricos, y en algunos casos, en la evolución y desempeño de las políticas públicas en diferentes áreas o sectores. A su vez, y de manera complementaria, el viraje introducido por los estudios subalternos en cualquiera de sus motivos preferenciales (mujeres, esclavos, indígenas, etc.) hizo patente los límites de información, sus mediaciones, su enorme fragmentación, y la puesta en valor de fondos antes menos visitados, circunstancia en la que los expedientes judiciales ocuparon la escena porque permitía capturar las voces de los menos documentados. Así también, la atención dirigida hacia instituciones intermedias (públicas o privadas) puso en evidencia eficaces vías de demostración para el análisis de la dinámica de clubes, cofradías o asociaciones, y hasta la vida en las fábricas, los sistemas de clasificación laboral, la experiencia obrera y la dinámica empresarial. Por su parte, la combinación de escalas de análisis y, dentro de nuestra comunidad de historiadores, el énfasis en los estudios regionales (inspirados o no en las clásicas historias provinciales) pusieron de relieve experiencias de investigación muy ricas, muchas veces ignoradas, y permitieron surtir de mayor densidad analítica (o descriptiva) procesos generales y sus radicaciones locales (Bragoni, 2004).

No obstante, la centralidad del archivo en las prácticas de investigación social e histórica sufrió una alteración sustancial en las últimas décadas a raíz de la revolución tecnológica que afec-

tó la gestión documental en un desigual escenario institucional internacional. Se produjeron cambios de relieve en la puesta en valor de archivos, fondos y colecciones mediante la creación de portales, plataformas o repositorios que propiciaron formas de acceso y consulta inéditas, y un giro de alcance insospechado en las prácticas de investigación histórica y social; en particular, por la posibilidad de acceder a inmensos fondos y bibliotecas que pueden llegar a nutrir y ampliar la caja de herramientas de los historiadores y científicos sociales. Hay ejemplos formidables, y envidiables, de lo que algunas instituciones han logrado (valga de ejemplo el sitio *Memoria Chilena*, o la formidable tarea del CEDINCI). Es el tes-teo realizado sobre repositorios y bibliotecas digitales de América Latina y de algunos países europeos, el que me conduce a dedicar la última parte de mi intervención a la problemática de archivos y gestión documental en nuestro país.

### 3

Para ello creo conveniente recordar que oportunamente la UNESCO lanzó un programa ambicioso: Memoria del Mundo (1992) cuya misión primordial consiste en incrementar la conciencia y la protección del patrimonio documental mundial, y lograr su accesibilidad universal y permanente. En función de ello, el registro, la preservación y la conservación de documentación en cualquiera de sus formas (escritas u orales) encabezan las recomendaciones o protocolos de trabajo de las instituciones custodias, con el fin de instrumentar una serie de medidas básicas que eviten el deterioro y garanticen la accesibilidad permanente del patrimonio documental mediante intervenciones técnicas mínimas.

Ligada o no al programa de la UNESCO, la problemática de los archivos ganó centralidad en las agendas gubernamentales y académicas en función de los cambios tecnológicos, y de las formas

de clasificar, inventariar y resguardar información producida por instituciones públicas y por organizaciones sociales, políticas y/o culturales. El aumento exponencial de la información producida, así como la variedad de soportes favorecida por la multiplicación de medios de difusión, han vitalizado procesos de modernización institucional en la gestión de la documentación, su preservación y resguardo a los fines de propiciar la democratización de sus usos por parte de la ciudadanía.

En la Argentina, la problemática cobra un valor adicional en tanto los actuales marcos regulatorios no garantizan la preservación sistemática de la información producida por el Estado (Nacional, Provincial o Municipal), por organizaciones sociales ni por actores privados. La legislación vigente está lejos de emular sistemas eficientes y articulados en materia archivística en relación a la utilización de estándares de protección del patrimonio documental, y de acceso a la información bajo su custodia. En su lugar, y con la excepción de algunos casos puntuales, los repositorios documentales públicos del país, y la mayoría de los archivos provinciales, han estado sujetos a innovaciones parciales, y ausentes de políticas institucionales capaces de intervenir decididamente en la optimización de los fondos, así como de sus usos sociales. En contraste, algunas universidades nacionales, instituciones y centros de investigación han realizado inversiones de relieve en la digitalización de documentación, y la creación de repositorios de acceso abierto bajo criterios bibliotecológicos y archivísticos internacionales, han mejorado sustancialmente las condiciones de consulta y preservación de documentación en riesgo.

En esa línea, la Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación ha creado el Sistema Nacional de Documentación Histórica (SNDH). El mismo promete replicar instrumentos ya vigentes en algunos países latinoamericanos y europeos que han permitido introducir reformas destinadas a revalorizar el

patrimonio cultural y a conectarlo con los principios rectores de “ciencia abierta”, y del acceso y democratización de la información para la ciudadanía y no sólo para las comunidades científicas. Dicha iniciativa promueve la cooperación con organismos oficiales y privados, y la integración de investigadores y especialistas en el campo de la historia, la archivística, la bibliotecología, la informática aplicada y la administración pública con el propósito de contribuir al fortalecimiento de las capacidades nacionales y provinciales de recolección, sistematización, preservación, acceso y utilización del patrimonio documental, público y privado, en sus diferentes soportes.

Tales desafíos involucran a los archivos provinciales (en todas sus categorías) por lo que identificar sus fortalezas y debilidades supone acciones coordinadas entre los organismos del sector público provincial, los organismos de ciencia y técnica, las universidades y organizaciones de la sociedad civil, a los efectos de implementar nuevas tecnologías, programas de capacitación, proyectos de rescate y conservación de fondos y colecciones en riesgo. Asimismo, la posibilidad de concertar una agenda de trabajo común permitirá diseñar programas orientados a mejorar los servicios en materia documental, asegurando la satisfacción de las demandas de información y conocimiento de la ciudadanía, y de la comunidad académica nacional e internacional.

Sólo mediante un adecuado diagnóstico y planificando acciones e inversiones en equipamiento y recursos humanos en el corto y mediano plazo, los archivos (y bibliotecas) podrán optimizar las condiciones de consulta de sus valiosos fondos de documentos, revistas, libros, fotografías, mapas, juicios, diarios y cartas (entre otros testimonios) que enhebran la vida histórica de las provincias y de la Nación.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ardao, A.** (1993). *Espacio e inteligencia* (2a Ed.). Montevideo, Uruguay: Fundación de Cultura Universitaria / Biblioteca de Marcha.
- Bragoni, B. (Ed.)**. (2004). *Microanálisis: Ensayos de historiografía argentina*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Chartier, R.** (2013). El pasado en el presente. Literatura, memoria e historia. *Artcultura*, 8(13). Recuperado de <http://www.seer.ufu.br/index.php/artcultura/article/view/1427>
- Criado Boado, F. y Barreiro, D.** (2013). El patrimonio era otra cosa. *Estudios Atacameños* (En línea), (45), 5-18. Recuperado a partir de <http://revistas.ucn.cl/index.php/estudios-atacamenos/article/view/54>
- De Certeau, M.** (1993). *La escritura de la Historia*. México D. F., México: Universidad Iberoamericana.
- Devoto, F.** (2011). Los museos de las migraciones internacionales: entre historia, memoria y patrimonio. *Ayer*, 83( 3), 231-262.
- \_\_\_\_\_ (2016). La Historia, la Memoria, la Anticuaria. Conjeturas extravagantes en torno a la historiografía en las últimas décadas. (Conferencia). *Jornadas Internacionales: Encrucijadas del saber histórico*. Universidad Nacional de San Martín, Escuela de Humanidades, IDAES.
- García Canclini, N.** (2005). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Gianotti García, C.** (Coord.). (2005). Proyecto de cooperación científica: Desarrollo metodológico y aplicación de nuevas tecnologías para la gestión integral del Patrimonio Arqueológico del Uruguay. *Tapa*, 36.
- Gorelik, A. y Arêas Peixoto, F.** (2016). *Ciudades sudamericanas: Artes y medios, barrios de élite y villas miseria, intelectuales y urbanistas: Cómo ciudad y cultura se activan mutuamente*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.

- Halbwachs, M.** (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza
- Halperin Donghi, T.** (2008). *Son memorias*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Hartog, F.** (2003). *Régimes d'historicité: Présentisme et expérience du temps*. París, Francia: Seuil.
- Nora, P. (Dir.)**. (1984). *Les Lieux de Mémoire: La République* (Vol. 1). París, Francia: Gallimard .
- Pagano, N. y Rodríguez, M. (Comps.)**. (2014). *La elaboración social de la experiencia histórica: Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado*. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila.
- Revel, J.** (1996). *Jeux d'échelles: La micro-analyse à l'expérience*. París, Francia: Gallimard.
- Ricoeur, P.** (1995). *Tiempo y narración: Configuración del tiempo en el relato histórico* (Vol. 1), México D.F., México: Siglo XXI editores.
- \_\_\_\_\_ (2000). *La Mémoire, l'Histoire, L'oubli*. París, Francia: Seuil.
- Vezzetti, H.** (2007). Conflictos de la memoria en la Argentina. Un estudio histórico de la historia social. En A. Pérotin-Dumon (Dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Recuperado de [http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es\\_contenido.php/](http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php/)



# La traducción de libros de ciencias sociales y humanas entre Francia y Argentina como intercambio desigual

Gustavo Sorá

Universidad Nacional de Córdoba - CONICET

*Il n'y a qu'une seule réalité, le rayonnement de la France.  
Eux, ils rayonnent. Et nous, on est des objets de rayonnement.  
C'est la cour du Roi Soleil, tu vois?*  
Afrânio Garcia Jr.

## Introducción

Cada 70 títulos de autores de ciencias sociales y humanas de origen francés que se traducen y publican en Argentina, solo un argentino lo es en Francia. ¿Cómo pensar y calificar esta imagen de la desigualdad en los intercambios simbólicos entre culturas metropolitanas y periféricas? El tema corresponde a una sociología política de las relaciones culturales internacionales.<sup>1</sup>

1. El título de este capítulo dialoga con un hallazgo de la tesis de Paula Molina Ordoñez, 70-30. *Le Monde diplomatique-Cono Sur y las políticas de la prensa internacional* (2017). En esta tesis, Ordoñez analiza la publicación de la versión argentina de *Le Monde Diplomatique*, donde 70-30 grafica el valor aproximado de traducciones de artículos de la versión francesa del periódico (en general sobre problemas po-

Ya es un lugar común afirmar la desigualdad de las lenguas y culturas nacionales en su competición por intervenir en un ideal diálogo cultural planetario.<sup>2</sup> Pero aún es muy escaso el conocimiento de los flujos de intercambios simbólicos internacionales, de sus particularidades, de sus causas y obstáculos, de los modos específicos de la dominación simbólica que cristaliza el comercio de ideas traducidas. Que un fenómeno tan conspicuo no sea materia de estudio no es una paradoja. Por lo contrario, es un síntoma del poder (simbólico, económico y político) que se dirime en dichas transacciones culturales, o sea es una dimensión denegada, la materialización de algo que no se puede o no se quiere ver. La globalización, a pesar de su retórica de liberalización del acceso a la información por las tecnologías digitales de comunicación, ha promovido una acentuación de la desigualdad entre lenguas y mercados de bienes simbólicos. De modo connivente, voces críticas, como “las epistemologías del Sur”, se arrogan el derecho a pensar diferente sin conocer científicamente las formas de la interdependencia con el Norte de las culturas que dicen representar.

De modo sintético, se puede postular que en el mundo cultural las barreras aduaneras oscilan entre formulaciones políticas explícitas y procesos culturales implícitos de larga duración. Para retratar a las primeras, basta con abrir los periódicos. Mientras escribía este trabajo, supe de la política de arancelamiento de los estudios de posgrado en Francia, publicada en el Boletín Oficial el

líticos de todo el globo) que deben incluir los editores argentinos (70%), frente al porcentaje de material inédito (restringido a problemas nacionales) que éstos pueden producir.

2. Una versión del presente trabajo tendrá futura edición en co-autoría (Gustavo Sorá, Paula Molina Ordoñez y Alejandro Dujovne) y en inglés, en la revista *Biens Symboliques. Revue de Sciences Sociales sur les arts, la culture et les idées /Symbolic Goods. Social Science Journal on Arts, Culture and Ideas*. Agradezco a ambos colegas por su autorización para la edición del presente texto.

21 de abril de 2019.<sup>3</sup> Allí las autoridades de educación del gobierno de Emmanuel Macron, establecen que para cursar una maestría en Francia, de ahora en más (antes era gratuito) los estudiantes extranjeros originarios de otro país de la Comunidad Europea deberán pagar una tasa de inscripción de 270 Euros, mientras que los procedentes de otros países deberán abonar 3770 Euros. ¿Política de integración europea? Tal vez. Con relación a los estudiantes de otros orígenes, el valor quizás sea equivalente al aplicado por otras potencias académicas, como Estados Unidos. ¿Igualdad con esos países? Pero 4000 Euros es una cifra impagable para alumnos del “tercer mundo”, excepto para hijos de élites sociales y económicas. Francia desfigura así su histórica “misión” de formación e intercambio internacional, guiada por anteriores políticas a favor de la diversidad cultural (Bustamante, 2014; Sapiro, 2017). Estas políticas explícitas (formales, abiertas, comunicables) son fluctuantes. Es muy posible que sean alteradas en corto plazo, para peor o mejor. Otra es la naturaleza de los procesos implícitos de intercambio cultural que sedimentan posiciones, poder, hegemonías en la larga duración. En el otro extremo de las políticas explícitas, los procesos culturales implícitos observan en las prácticas de traducción de libros el arma más poderosa para estructurar el orden cultural internacional.

Las traducciones de libros son indicadores concretos para conocer la circulación de ideas, las relaciones internacionales en la configuración de las culturas nacionales, la diseminación de categorías de pensamiento a través de fronteras políticas y culturales. (Heilbron, 1999; Casanova, 2002; Sorá, 2003; Sapiro, 2018). La tra-

3. Arrêté du 19 avril 2019 relatif aux droits d'inscription dans les établissements publics d'enseignement supérieur relevant du ministre chargé de l'enseignement supérieur. *Journal Officiel de la République Française*, 21 de abril de 2019 (versión consolidada el 11 de noviembre de 2019). Recuperado en: <https://www.legifrance.gouv.fr/affichTexte.do?cidTexte=JORFTEXT000038396885&categorieLien=id>

ducción, por ejemplo, fue una acción moral decisiva para la emancipación de las naciones en América Latina (Ribas, 2007). Pero una traducción aislada no explica mucho si no se la observa en los sistemas de traducciones y de editoriales que la engloban. Cada texto traducido es una variación en el conjunto de otros cercanos por el tema, por el género, por el tiempo y el lugar de publicación (editorial, ciudad), por las comunidades de lectores que lo reconocen (apropiación, valoración). Esta premisa orienta el análisis a la construcción de estructuras sincrónicas y de procesos históricos en los que se enmarcan los hechos de intercambio cultural internacional demarcado por las traducciones. Es importante considerar que si una traducción conecta “dos culturas”, la explicación completa de esa relación diádica implica su contraste y relativización en sistemas más amplios, formados por el haz de lenguas e ideas extranjeras que traducidas coexisten en específicos mercados de bienes simbólicos; no apenas como sistemas de signos interpretables, sino también como mercancías, como hechos sociales.

Estas hipótesis decantan de investigaciones que realizamos desde hace varios años sobre la traducción en la Argentina. Como sobre este tema ya hemos acometido demostraciones sustantivas, es hora de avanzar sobre datos e hipótesis aún no explorados y de acrecentar nuestro aporte teórico para la sociología de la traducción, un campo de conocimientos que consideramos original y fundamental para la historia, para la teoría y para la política.

Una perspectiva transnacional era nítida cuando hace veinte años iniciamos una investigación de los flujos de traducción entre Brasil y Argentina, dos mercados de bienes simbólicos con estructuras relativamente equivalentes (Sorá, 2002; 2003). Cuando en 2011 Gisèle Sapiro nos convocó para estudiar las traducciones de libros de autores franceses de ciencias sociales y humanas (CSH) en la Argentina, nos enfrentamos al contacto entre dos culturas con fuerte desbalance en términos de estructuras y poder. En diversas

publicaciones analizamos las particularidades de la “población” de 1660 traducciones contabilizadas para el período 1990-2011 (Sorá *et al.*, 2014; Dujovne *et al.*, 2014). Para avanzar en la significación del número de “franceses en la Argentina”, en el marco del proyecto Interco-SSH,<sup>4</sup> también dirigido por Sapiro, ampliamos ese estudio al conocimiento de otras “comunidades de inmigrantes”: títulos de CSH traducidos desde el inglés, alemán, italiano y portugués.<sup>5</sup>

Los números dan lugar a estimulantes paradojas; su interrogación invita a realizar múltiples investigaciones: indagar los valores estadísticos, proceder a su disección y análisis detallado, a todo lo que pueda haber detrás de los números, detrás de los libros. Ese es el objetivo de esta clase de investigaciones y del presente capítulo. Para dar continuidad a las necesarias ramificaciones de estas investigaciones, nos propusimos otras dos alternativas: por un lado es indispensable conocer la relatividad de Argentina como mercado de traducciones frente a las otras plazas fuertes de la edición en castellano: España y México. Esta investigación está en curso. De modo complementario iniciamos el registro de los autores argentinos de CSH traducidos en Francia. El presente trabajo expone los resultados de esta segunda experiencia.

## **I. Libros de autores franceses en el mercado editorial argentino**

El estudio de la traducción de ciencias sociales y humanas en la Argentina se inició con la investigación de autores franceses en-

4. Interco-SSH es el acrónimo de International Cooperation in the Social Sciences and Humanities: Comparative Socio-Historical Perspectives and Future Possibilities, nombre del proyecto multinacional coordinado por Sapiro y financiado por la Comisión Europea (FP7-SSH-2012-2. Proposal N° 319974) entre 2013 y 2017.

5. La investigación de la que se deriva este artículo fue financiada con fondos de Interco-SSH y de subsidios de dos fuentes nacionales: PICT-Foncyt (2016, proyecto n° 2859) y Secyt-UNC (2017).

tre 1990 y 2011. Los resultados arrojaron un número significativo de libros: 1660 títulos. Tal corpus fue diferenciado según disciplinas, temporalidad de los autores, editoriales, etc. Entre las disciplinas, por ejemplo, el psicoanálisis (33%) y la filosofía (28%) sumaban más del 50%. Psicoanalistas como Jacques-Alain Miller, Jacques Lacan o Eric Laurent tuvieron más de veinte títulos traducidos en el período. Entre los filósofos, Michel Foucault sumaba más de treinta obras, Derrida veinte, Gilles Deleuze diecisiete, etc. Las editoriales argentinas más representadas eran Nueva Visión (216), Paidós (170), Amorrortu (99), etc.; mientras que entre las editoriales de origen primaban algunas de las casas parisinas más prestigiosas como Gallimard, Flammarion, Seuil. También fueron analizados agentes intermediarios y políticas públicas de exportación cultural.

Pero para ponderar la significación del flujo de intercambios culturales entre Francia y Argentina a través de la materialidad de las traducciones de autores de CSH en el segundo país, había que avanzar en una investigación comparativa para contrastar el francés con otras lenguas fuente: inglés, alemán, italiano y portugués.

**Tabla 1: Traducciones de libros de CSH por lengua (mercado argentino, 1990-2011)**

<b>Lengua</b>	<b>Libros traducidos (excluyendo reimpressiones y reediciones)</b>	<b>Porcentajes</b>
Francés	1660	45%
Inglés	779	21%
Alemán	652	18%
Italiano	441	12%
Portugués	166	4%
<b>Total</b>	<b>3698</b>	<b>100%</b>

Como muestra la comparación entre lenguas, el hecho de que el inglés sea *lingua franca* de la ciencia contemporánea (Ortiz, 2009) no se refleja en su objetivación como lengua de origen de los autores más procurados por los editores argentinos en sus políticas de traducción. El predominio del origen francés duplica al de autores norteamericanos e ingleses juntos. En algunos años, verificamos que podían traducirse más libros del alemán o del italiano que del inglés. El análisis también mostró distintas configuraciones disciplinares entre las lenguas.

**Tabla 2: Porcentajes por disciplina y lengua**

<b>Disciplinas</b>	<b>Francés</b>	<b>Alemán</b>	<b>Italiano</b>	<b>Inglés</b>	<b>Portugués</b>
Filosofía	28%	41%	48%	18%	7%
Disciplinas "Psi"	33%	22%	9%	19%	6%
Historia	10%	4%	9%	12%	9%
Sociología	11%	4%	3%	10%	13%
Ciencias de la Educación	3%	3%	5%	10%	33%
Ensayo	5%	8%	2%	7%	9%
Derecho	1%	10%	12%	5%	7%
Ciencias Políticas	3%	6%	6%	7%	12%
Teoría y crítica literarias	3%	1%	4%	6%	2%
Economía	3%	2%	3%	4%	2%
<b>Total</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>

El amplio predominio de la filosofía en el caso alemán, por ejemplo, también se correspondía con el mayor porcentaje relativo de autores cuyos libros originales fueron publicados antes de 1900. Para la disciplina historia, se observó un porcentaje mayor de autores anglosajones; en ciencias de la educación, brasileños; etc. El cruce de variables revela distintos factores que explican los sentidos de los intercambios materializados en libros de CSH traducidos.

El primer referente empírico que se debe retener para comprender el lugar de una traducción, es decir su posición en un mercado cultural particular, son las editoriales. Son estas empresas de producción cultural (sus catálogos como sistema de representación primario de una marca) las que regulan el mayor conjunto de condiciones de existencia de los libros ofertados en un mercado. Así, la representación de los principales sellos editores argentinos arrojó el siguiente sistema de diferencias y de posiciones jerárquicas.

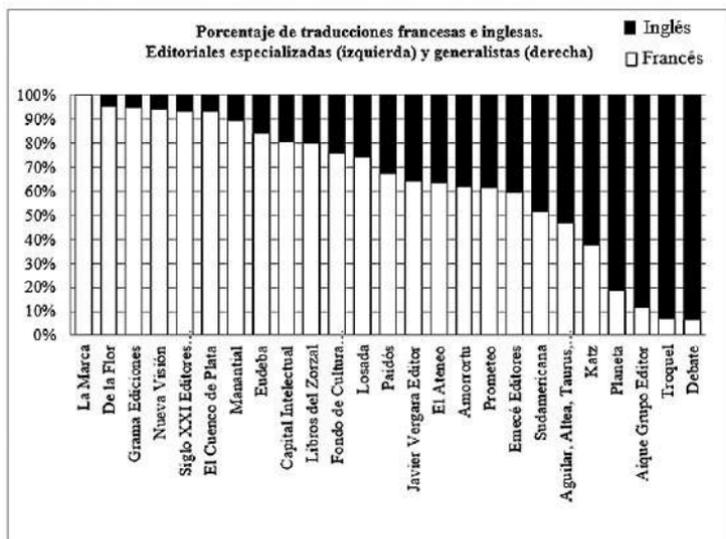
**Tabla 3: Las 25 editoriales con mayor número de traducciones**

Editorial	Alemán	Francés	Inglés	Italiano	Portugués	Total
Paidós	42	170	82	18	1	313
Nueva Visión	3	216	13	31	3	266
Amorrortu	13	99	61	19	--	192
Fondo de Cultura Económica	20	70	22	12	4	128
Losada	23	40	14	29	1	107
Prometeo	17	29	18	5	4	73
Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara	13	22	25	5	2	67
Katz	12	17	28	5	--	62
Manantial	--	53	6	--	2	61

Siglo XXI Editores		44	3	5	8	60
Eudeba	6	33	6	5	2	52
Sudamericana	11	16	15	7	1	50
El Cuenco de Plata	5	28	2	6	--	41
El Ateneo	3	21	12	2	2	40
Emecé Editores	2	22	15	--	1	40
Libros del Zorzal	4	24	6	3	--	37
Vi-Da Global	31	--	5	--	--	36
Lumen	2	5	10	17	1	35
Javier Vergara Editor	3	20	11	--	--	34
Hammurabi	19	1	5	3	3	31
Capital Intelectual	2	21	5	2	1	31
Alianza Editorial	11	7	8	2	1	29
De la Flor	1	22	1	4	--	28
Adriana Hidalgo	1	9	2	16	--	28
Biblos	9	9	5	3	2	28

No podemos extendernos en la interpretación del perfil de cada sello. Pero para que se obtenga una visión suplementaria del comportamiento de las editoriales, veamos lo que se observa al considerar las que publican más libros traducidos del francés y del inglés:

Figura 1

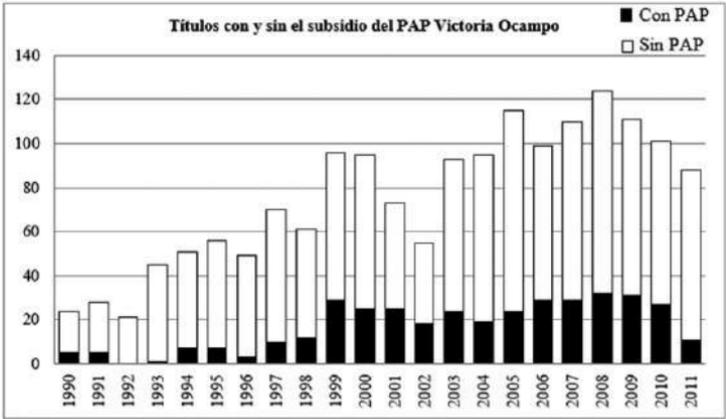


Las editoriales más prestigiosas, las más especializadas, las que mayor injerencia tienen en el mercado de las ciencias sociales y humanidades (también, como revela la tabla 3, las que más editan libros de estos géneros), tienden a traducir más libros del francés. Se concluye que este origen lingüístico-nacional es en sí mismo un factor de prestigio cultural para las editoriales. En cambio, hacia el polo de los agentes que más traducen del inglés crece el porcentaje relativo de editoriales generalistas, de sellos pertenecientes a grandes conglomerados de edición, es decir, empresas en las que priman decisiones financieras por sobre las apuestas simbólicas. Por volumen y por no especialización, el inglés se asocia pues con sectores más heterónomos del sub-campo definido por la edición de CSH en Argentina.

Los principales mercados nacionales de bienes simbólicos, con excepción de los anglosajones, en las últimas décadas han

incrementado las políticas públicas de exportación cultural. En el sector editorial, sobresalen las exposiciones en ferias internacionales de libros y los programas de apoyo a la traducción. En el ámbito académico, las políticas de becas, de movilidad internacional, de promoción de plazas académicas nacionales como centros de excelencia internacional.<sup>6</sup> En ese denso entramado de recursos y competencias internacionales, uno de los tantos factores que explican el gran dinamismo de la traducción de autores franceses en la Argentina es el Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo. En el período observado este fue el efecto estadístico de la acción de esta política pública:

Figura 2



6. Para un estudio de las estructuras del sistema científico y académico argentino, con especial atención a las CSH, véase Beigel y Sorá, 2018.

Figura 3



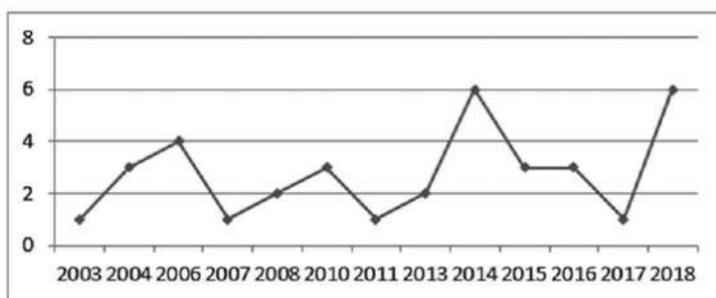
Aproximadamente un cuarto de los libros traducidos ha recibido apoyo del PAP. Ese subsidio puede complementarse con recursos del Centre National du Livre para la compra de derechos, etc. Los temas y los problemas sociológicos que se desprenden de la experiencia de investigación brevemente expuesta, son muy diversos y ya fueron abarcados en las citadas publicaciones previas. Como dijimos en la introducción, el principal experimento que resaltamos en este artículo es el contraste entre ambos sentidos de los intercambios franco-argentinos.

## II. Libros de autores argentinos en el mercado editorial francés

Para la construcción de la base de autores argentinos traducidos en Francia registramos información cruzada entre los datos disponibles en Electre, plataforma digital de información bibliográfica y servicios de los profesionales de la edición francesa, en el catálogo general de la Bibliothèque Nationale de France (BNF) y en catálogos de editoriales. También relevamos datos a través del contacto directo con autores. Al igual que para el corpus de introducción, el año base fue 1990, pero en este caso se extiende hasta

2018. Entre 1990 y 2002, sin embargo, solo hallamos dos títulos. Si los excluimos de la muestra y retenemos el período 2003-2018, las traducciones totalizan 36 títulos, es decir 2,4 por año. Ese promedio observa un ritmo irregular. En 2018 y 2014 se editaron seis traducciones cada año, en 2006 cuatro, en 2010 y 2015 tres, mientras que en 2005, 2009 y 2012 no apareció ninguna traducción.<sup>7</sup>

**Figura 4: Cantidad de títulos de autores argentinos de CSH traducidos y editados en Francia por año**



El escaso volumen de traducciones existente impide identificar criterios fiables para segmentar la serie y proceder a un análisis estadístico. Pero al analizar cada ítem (libro traducido), se pudieron observar algunos agrupamientos temáticos y formas de intermediación.

## 1. Una nación política

Entre los editores franceses el tema más procurado o atractivo para sus intereses parece ser la política. De sentido común, se

7. En 2014, Argentina fue el país invitado de honor en el *Salon du Livre* de París. En esas ocasiones se da un aumento considerable de las traducciones de autores del país invitado, especialmente en obras literarias.

puede afirmar que Argentina y Francia son culturas políticas análogas por la central significación que en un país y otro se le otorga a esta esfera de la vida social. El mercado editorial del país austral siempre ha sido una gran usina de libros sobre política, género que con mucha frecuencia produce *bestsellers* (Saferstein, 2016).<sup>8</sup> Entre las traducciones de autores argentinos al francés identificamos un conjunto de subtemas políticos.

- a) En primer lugar la dictadura militar, su combate y efectos. Uno de los libros editados en los años 1990 resulta prototípico de este género. Nos referimos a *Les Disparus d'Argentine: responsabilité d'une Église, martyre d'un peuple*, de Emilio Mignone (1922-1998). El autor era abogado y uno de los más renombrados exponentes de los organismos de DDHH. Fue presidente de la Asamblea Permanente por los DDHH y fundador del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Con traducción de Daniel Gilbert, fue publicado en París por Éditions du Cerf, cuatro años después del original en castellano.<sup>9</sup> Sobre la temática, La Fabrique publicó en 2006 *Pouvoir et disparition: les camps de concentration en Argentine* (traducción de Isabelle Taudière), y diez años después L'Harmattan editó *La mémoire des disparitions en Argentine: l'histoire politique du Nunca Más* (traducción de Guadalupe Deza). Pilar Calveiro, la autora del primero de esos títulos, es politóloga y reconocida como una de las académicas

8. Cristina Fernández de Kirchner, por ejemplo, lanzó su campaña para las elecciones presidenciales en la Feria del libro de Buenos Aires, donde el 9 de mayo de 2019 presentó *Sinceramente* (Penguin – Random House), un libro de 600 páginas que en menos de un mes vendió 300.000 ejemplares.

9. Francia ha sido un país que acogió a muchos exiliados durante la dictadura y desde allí se gestaron importantes movimientos de resistencia y protesta internacional. En términos editoriales, es un asunto que hunde su génesis en el contexto más crítico de la última dictadura militar argentina. Véase *Commission des droits de l'homme en Argentine*, 1978: 345.

micas de mayor renombre sobre las memorias de la dictadura. Lo mismo podría decirse de Emilio Crenzel, sociólogo, autor del segundo de esos títulos.

- b) A la trágica singularidad de la dictadura, las crisis que periódicamente asolan al país han hecho que el tema de mayor atracción en los últimos años haya sido la dimensión política de los movimientos sociales. En este conjunto temático se observan los siguientes títulos: en 2004 CNT-RP (Confédération Nationale du Travail - Région Parisienne) editó *Argentine: gé-néalogie de la révolte : la société en mouvement*, de Raúl Zibechi (traducción de Maria-Esther Tello y Frank Mintz); en 2006 Syllepse hizo lo propio con *Rébellions d'Argentine: tiers-état, luttes sociales et autogestion*, de Guillermo Almeyra, con traducción de Noëlle Groult y Mariana Sánchez. La misma editorial lanzó en 2015 *Occuper, résister, produire: autogestion ouvrière et entreprises récupérées en Argentine*, del antropólogo Andrés Ruggeri (traducción de Nils Solari). En 2011, Rue des Cascades publicó *Têtes d'orage: essais sur l'ingouvernable*, del economista Christian Ferrer (traducción de Pierre-Jean Cournet). En 2014, L'Harmattan publicó *La politique vécue: péronisme et mouvements sociaux dans l'Argentine contemporaine*, de la antropóloga Julieta Quirós (traducción de Antonio Werli y Sol Gil). Un año después por el mismo sello salió *L'Argentine, une république désolée: bouleversements politiques, 2001-2009*, de Hugo Quiroga (traducción de Chevrin, Coline).<sup>10</sup>

10. Raisons d'Agir obtuvo un subsidio del Programa Sur para publicar en 2019 *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, de Verónica Gago. Académica y militante, Gago es una de las principales referentes del pensamiento crítico ligado a las economías populares y el feminismo. Por su trayectoria intelectual y política, su obra se puede considerar una extensión contemporánea de las reflexiones emanadas de la crisis de 2001, los movimientos sociales y la crítica al capitalismo.

- c) En tercer lugar, identificamos un conjunto de libros en los que la política cobra mayor distanciamiento con relación a las experiencias de la historia reciente. Se destaca la publicación de *Révolution et guerre: formation d'une élite dirigeante dans l'Argentine créole* de Tulio Halperin Donghi (1926-2014), editado en 2014 por Éditions de l'EHESS, con traducción de Odile Begué Girondo. El autor es quizás el historiador de mayor renombre de la Argentina. Formado en Europa con Fernand Braudel, su carrera académica fue realizada desde 1971 en la Universidad de California, Berkeley. Otro libro de neta raigambre académica es *Entre la plume et le fusil : de l'intellectuel révolutionnaire en Amérique latine*, de Claudia Gilman, publicado por Delga en 2018, con traducción de Luis Dapelo. Doctora en letras y formada por Beatriz Sarlo, Gilman es una de las principales exponentes en el ámbito de la historia intelectual y literaria argentinas. Similar perfil puede considerarse para el libro *Servir Péron: trajectoires de la Garde de fer*, de Humberto Cucchetti, también publicado por una editorial universitaria; en este caso por Presses Universitaires de Rennes (2013, con traducción de Denis Rodrigues). Este título analiza las relaciones entre religión y política en la trayectoria del núcleo de militantes que rodeó al General Perón en sus años de exilio español, hasta su retorno al poder en 1973. Este subconjunto, en el que la política no es necesariamente derivada de traumas y crisis de la historia reciente, puede ser considerado superpuesto al siguiente conjunto bibliográfico.

## 2. Disciplinas y libros académicos

A seguir, reunimos libros netamente académicos, para los que las disciplinas demarcan el criterio más visible de diferenciación-valoración.

- a) En el campo de la filosofía (predominantemente política), los estudios traducidos incluyen varios libros. De Elias Palti, Delga editó *Vérités et savoirs du marxisme : réactions d'une tradition politique face à sa crise*, (2018, traducción de Luis Dapelo); de Daniel Alvaro, L'Harmattan publicó *Le problème de la communauté: Marx, Tönnies, Weber* (2018, traducción de Pascale Henry). Por el mismo sello en 2018 apareció *L'eugénisme social: configurations du pouvoir aux temps de la mort en vie*, de Daniel Frankel (traducción de Valentine De Boisriou). Luego tenemos dos libros sobre Jacques Rancière de autoría de María Beatriz Greco y también editados por L'Harmattan: *Rancière et Jacotot, une critique du concept d'autorité* (2007, traducción de Antonio García Castro) y *En dialogue avec Jacques Rancière: une autorité émancipatrice* (2014, traducción de Marie Bardet). De Dina Picotti, doctora en filosofía por la Universidad de Múnich y reconocida académica del ámbito porteño, se editó *La présence africaine en Argentine et dans l'identité latino-américaine* (Menaibuc, 2006, traducción de Mylène Siré).
- b) Del campo literario, la base registra títulos de Beatriz Sarlo y César Aira, dos de los mayores exponentes de la crítica contemporánea. De Sarlo, en 2017 Delga publicó *Sept essais sur Walter Benjamin; et une trouvaille* (traducción de Luis Dapelo). De Aira, Éditions de Corlevour sacó en 2014 *Alejandra Pizarnik: un pur métier de poète* (traducción de Susana Peñalva). En este terreno disciplinar aparece un tercer libro: *L'Orient au Sud: l'orientalisme littéraire argentin d'Esteban Echeverría à Roberto Arlt*, de Axel Gasquet (Presses Universitaires Blaise Pascal, Clermont-Ferrand,<sup>11</sup> 2010, traducción de Juliette Quillet).
- c) En el dominio de la ciencia política, L'Harmattan editó en

11. Al igual que el argentino, el mercado francés está altamente concentrado en la ciudad capital. Por lo tanto solo mencionamos el lugar de edición para los casos de los pocos títulos publicados por sellos que no son de la región parisina.

2003 *Empire & impérialisme: une lecture critique de Michael Hardt et Antonio Negri*, de Atilio Borón (traducción de Marie-Anne Dubosc). El autor es sin dudas uno de los académicos de mayor prestigio de la Argentina. El mismo origen disciplinar tiene Iván Schuliaquer, de quien la misma editorial editó en 2016 *Le pouvoir des médias : six intellectuels en quête de définitions: Vattimo, Canclini, Negri, Laclau- Boczowski, Vommaro* (traducción de Valentine De Boisriou).

- d) Finalmente, el ensayismo es representado por los dos autores que en toda la base tienen cierto carácter de clásicos: Jorge Luis Borges y Juan José Sebreli. Sin titulaciones académicas, son dos prototipos de las variantes de “intelectuales” dominantes en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. De Borges, en 2006 Éditions du Seuil publicó *Cours de littérature anglaise*, con traducción de Michel Lafon. De Sebreli, la editorial Delga publicó tres títulos (un cuarto aparecerá en 2019): en 2013 apareció *L'oubli de la raison* (traducción de Sébastien Camp); en 2015, *La trahison de l'avant-garde: l'art moderne contre la modernité* y en 2018 *Le vacillement des choses: sur Hegel et Marx*. Estos dos últimos libros fueron traducidos por Luis Dapelo, quien más traducciones de autores argentinos ha realizado.

### 3. Una cultura “psi”

De Argentina, el psicoanálisis es quizás la disciplina social que mayor reconocimiento internacional tiene, por lo que esta área de conocimientos también puede interpretarse como una fuente de pensamiento “autónomo”, es decir de naturaleza antes teórica que histórica o particular. Ese reconocimiento es singularmente arraigado entre psicólogos y académicos franceses. Es notoria la presencia de psicoanalistas argentinos en Francia y la circulación permanente de especialistas entre los dos países (Dagfal, 2009).

En este género hallamos autores “clásicos” como Marie Langer o León Grinberg, considerados como algunos de los fundadores de una escuela argentina de psicoanálisis. De Langer, en 2008 Éditions des femmes-Antoinette Fouque publicó *Procréation et sexualité: étude psychanalytique et psychosomatique* (traducción de Danièle Faugeras). De Grinberg, en 2018 Ithaque hizo lo propio con *Qui a peur du (contre-)transfert? Le transfert, le contre-transfert et la contre-identification projective dans la technique analytique* (traducción de Jean-Michel Assam).

### **Migraciones, judaísmo, exilios**

Marie Langer nació en Viena en 1910 y murió en Buenos Aires en 1987. Descendiente de acaudalados empresarios textiles de origen judío, estudió medicina y tempranamente psicoanálisis. Se exilió en Buenos Aires, tras su participación en la Guerra Civil Española, ciudad donde en 1947 cofundó la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). León Grinberg nació en Buenos Aires en 1921 y murió en España en 2007, país adonde se había exiliado tras el golpe militar de 1955. Aparte del alto porcentaje de psicoanalistas judíos, el origen “argentino”, como en el caso de Langer, puede ser cuestionado en nuestra base. Asimismo se puede decir que gran parte de la carrera de Grinberg fue realizada en Europa. Pero consideramos que la filiación de ambos a una escuela argentina de psicoanálisis es razón suficiente como para clasificarlos en relación a la producción cultural del país sudamericano. Como veremos más adelante con relación a cierto tipo de libros, el “hibridismo cultural” (Hannerz, 1997) solo plantea problemas de clasificación si se comprende la identidad (especialmente el origen nacional) como esencia o como estatuto jurídico. Inmigración, diásporas, exilios, fuga de cerebros atraviesan el centro de la historia cultural argentina.

En este campo disciplinar también se han editado libros de autores contemporáneos de reputación internacional, como Silvia Bleichmar. Su libro *Paradoxes de la sexualité masculine* fue publicado por PUF en 2010, con traducción de Elisabeth Lagache y Myriam Leibovici. La singularidad del profundo arraigo del psicoanálisis en la Argentina también granjea el interés por conocer su historia, tal como revela la edición de *Prométhée brûle encore: une histoire de la psychanalyse en Argentine : 1900-1960*, de Gilda Sabsay Foks (Sainte-Colombe-sur-Gand; editorial La rumeur libre, 2014, traducción de Nathalie Greff-Santamaria) e *Histoire de la psychanalyse en Argentine: une réussite singulière*, de Mariano Plotkin, editado por Campaigne Première (Société de Psychanalyse Freudienne) en 2010, con traducción de Anne-Cécile Druet. Otra vertiente de la psicología por la cual Argentina es reconocida es la psicología social, especialmente por la temprana obra de Enrique Pichon-Rivière (1907-1977), de quien la editorial Érès (Ramonville-Saint-Agne) en 2004 lanzó dos libros: *Le processus groupal* y *Théorie du lien; suivi de Le processus de création*.

#### **4. Feminismo**

Aunque en los segmentos tratados no hay dudas de que es muy escasa la representación numérica, fue posible hipotetizar sistemas mínimos organizados por criterio temático o genérico. Finalmente nos parece importante diferenciar también un binomio de libros que muy posiblemente indiquen un futuro micro-sistema de temáticas en las cuales la producción intelectual y académica argentina comienza a gozar de fuerte reconocimiento internacional. Nos referimos al feminismo, movimiento político-intelectual de singular dinamismo en el país sudamericano y que en la serie está representado por los títulos *Pionnières et scandaleuses: l'histoire au féminin* de Clara Obligado (J.-C. Lattès, 2008, con traducción de

Dominique Lepreux) y *L'oedipe noir: des nourrices et des mères* de Rita Segato (Payot & Rivages, 2014, traducción de Léa Gauthier).<sup>12</sup>

### III. Libros híbridos

El estudio de los flujos de intercambios aquí analizados cruza origen nacional de los autores, lengua, lugar y tiempo de la edición original y de la posterior traducción. El orden previsible de autores franceses traducidos en la Argentina y de argentinos traducidos en Francia se altera con la presencia de libros en los que tales características aparecen cruzadas, invertidas, mezcladas.

Nos referimos, en primer lugar, a textos de autores argentinos editados en Francia y que en ciertos casos aparecen con una versión castellana posterior. Se trata de investigaciones realizadas en instituciones académicas francesas, por lo general tesis doctorales. Veamos algunos ejemplos entre los títulos que, aunque excluidos de la base, hemos identificado. Entre sociólogos hallamos *Reinventer le marché? Les clubs de troc face a la crise en Argentine*, de Mariana Luzzi (L'Harmattan, 2004); *À quoi sert un économiste: enquête sur les nouvelles technologies de gouvernement*, de Mariana Heredia (La Découverte, 2014) y *La sécurité privée en Argentine: entre surveillance et marché*, de Federico Lorenc Valcarce (Karthala, 2011). Gabriel Entin, especialista en historia intelectual y filosofía política, es coeditor (junto a Thibaud Clément, Alejandro Gómez y Federica Morelli) de *L'Atlantique révolutionnaire. Une perspective ibéro-américaine* (Les Perséides, 2013). Del también historiador Pablo Ortemberg fue publicada su tesis *Rituels du pouvoir à Lima : De la monarchie à la République (1735-1828)* (Editions de l'EHESS, 2012). Heredia, Luzzi, Entin y Ortemberg tienen títulos de maestría y de doctorado por la

12. Por la trayectoria de la autora, el libro de Verónica Gago mencionado en la nota 11 también hace sistema entre las intelectuales del feminismo.

EHESS, mientras que Lorenc Valcarce por la Université de Paris 1 - Sorbonne.<sup>13</sup> Es evidente la ausencia de traductores en estas publicaciones francesas. Los mencionados autores tienen entre 40 y 50 años, es decir que su formación de posgrado en Francia es relativamente reciente, posiblemente entre finales de las décadas de 1990 e inicios de la década de 2000. Este subconjunto puede ser potencialmente muy extenso, con libros como *Lacan (Freud) Lévi-Strauss. Chronique d'une rencontre ratée*, de Carina Basualdo (Rosario, 1969 - París, 2017). Antropóloga por la Universidad Nacional de Rosario (1993) y doctora en psicología clínica por la Université de Paris VII - Denis Diderot (2003), el libro, editado por Le bord de L'eau en 2011, fue una versión de su tesis francesa.

Este segmento es de compleja interpretación. Como los libros editados en Francia no son el reflejo de una edición previa en Argentina, las huellas de esta clase de materiales son difusas. En algunos casos, otra versión del mismo libro fue adaptada para una edición castellana posterior. Es el caso, por ejemplo, de *Cuando los economistas alcanzaron el poder*, de Mariana Heredia, editado por Siglo XXI de Argentina un año después que la versión de su tesis publicada en *La Découverte*, o de *Lacan (Freud) Lévi-Strauss. Crónica de un encuentro fallido*, de Carina Basualdo, editado cinco años después de la versión francesa, en México por Epeele, la editorial de la École Lacanienne de Psychanalyse (con traducción de Manuel Hernández). Autor argentino, estudio francés, *traducción posterior al castellano* y edición en un mercado que puede no ser el argentino, casos de caracteres híbridos en ambos sentidos del flujo de intercambios simbólicos. Este grupo se ampliaría a obras de Julio Premat (Université Paris 8),<sup>14</sup> Juan Carlos Garavaglia (EHESS) y de muchos otros

13. Sobre la centralidad de Francia como país de formación de posgrado de los sociólogos argentinos, véase Blanco y Wilkis 2018. Esa cualidad también es significativa entre historiadores.

14. Julio Premat, por ejemplo, es autor de *Borges*. Saint-Denis, PUV, 2018.

investigadores, profesores o profesionales argentinos que trabajan o trabajaron en instituciones francesas.<sup>15</sup> Los libros franceses de argentinos formados o radicados en Francia muy posiblemente compondrían un conjunto más vasto que el de las traducciones de obras originalmente editadas en Argentina.

Apliquemos la reflexión inversa: ¿Cuántos libros de autores franceses de CSH fueron editados antes (o sólo) en la Argentina? En términos cuantitativos la cifra sería realmente marginal frente a los 1660 títulos que son traducciones de libros franceses originales. Pero, como veremos, su significación tiene una relevancia nada despreciable. Sus propiedades son disímiles con relación al conjunto que acabamos de describir. No hay dudas de que Argentina es un polo de gran relevancia en la traducción de libros de autores franceses. Pero al considerar al castellano como lengua, no se puede soslayar la histórica competición entre las plazas fuertes de ese mercado lingüístico: Madrid-Barcelona; Buenos Aires y México D.F. Veamos dos ejemplos. El primero es anterior al período abordado en este artículo y fue analizado en un trabajo previo, lo cual permite recuperar explicaciones genéticas. Entre 1969 y 1971, el filósofo y sociólogo José Sazbón dirigió en la editorial Nueva Visión una colección denominada Problemas del Estructuralismo. Fue una notable serie de doce volúmenes en las que aparecen textos de los más renombrados representantes de este paradigma, en todas las disciplinas sociales y humanísticas. De los doce volúmenes, solo uno fue la traducción de un libro: *The Structural Study of Myth and Totemism*, de Edmund Leach (Londres, Tavistock, 1967). El resto de los volúmenes de la colección reunía artículos dispersos en las revistas de mayor prestigio académico e intelectual de los años 60: *L'Homme*,

15. Otros *passeurs* con estas características son Juan David Nasio; Esteban Buch; Annick Louis; Axel Gasquet; Mariana Di Cío; Dardo Scavino; Miguel Benasayag; Sylvia Baron Supervielle; Graciela Villanueva (agradecemos la comunicación personal de Julio Premat).

*Linguistics, Le Temps Modernes, American Anthropologist, Aut-Aut, Annales*, etc. La explicación apuntó a que Nueva Visión ni ninguna otra editorial argentina o española podía competir en aquellos años con el prestigio de Arnaldo Orfila Reynal, de las editoriales mexicanas Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI, por las que salieron la mayoría de las obras de Lévi-Strauss, Lacan, Barthes, etc. (Sorá y Novello, 2018; Sorá, 2017). Ese estudio histórico tornó más nítida nuestra propia experiencia como *passeurs*: desde 2014, Gustavo Sorá dirige con Diego García la colección Entreculturas, en la editorial de la Universidad Nacional de Villa María (Córdoba). Allí fueron publicados libros de autores franceses que no existen en Francia. Por ejemplo, *Sociología de la internacionalización*, de Yves Dezalay y Bryant Garth, o *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*, de Gisèle Sapiro.<sup>16</sup> Se trata, como los libros de la colección de Szabón, de compilaciones de artículos. Esto permitía realizar apuestas de innovación intelectual al editar autores de punta en el escenario académico internacional contemporáneo, pero aún poco conocidos en el ámbito iberoamericano, sin pago de derechos de edición. Al inicio, inclusive, las traducciones fueron realizadas *ad honorem* por colaboradores de nuestro equipo de investigación. A medida que la colección aumenta su prestigio, la editorial incrementa la profesionalización: pago a traductores profesionales, compra de derechos de próximos títulos originalmente editados en Francia, etc.

Se puede postular que en este segmento de libros híbridos se expresan con mayor potencia la presencia de redes y mediaciones académicas contemporáneas. En el primer conjunto resaltan

16. También editamos *Naciones literarias. Una sociología histórica del campo literario*, de Joseph Jurt, suizo de origen pero francófono y estrechamente vinculado al Centro de Sociología Europea de la EHESS; y una versión abreviada de un libro de Sophie Noël: *La edición independiente crítica: compromisos políticos e intelectuales*. Próximamente aparecerán libros de Jean-Yves Mollier y de Anne Catherine Wagner.

agentes que por lo general cumplen roles muy significativos como *brokers* de la cultura argentina en Francia. En el segundo conjunto, argentinos que en su propio país se apropian de producción académica francesa como estrategia de innovación intelectual y de posicionamiento nacional-internacional. Si bien entre los libros híbridos no se pueden desconsiderar las formas del propio interés de los académicos franceses, las evidencias apuntan a un predominio del interés de argentinos por Francia o lo francés antes que lo inverso.

#### **IV. Algunas características de la inter-mediación**

En la caracterización individualizada de los 36 libros de la base, se observan tres autores con más de un título traducido: Sebrelí, Pichon-Rivière y Greco. Sobre los dos primeros ya hicimos alguna consideración. Sebrelí como “intelectual clásico” en el repertorio cultural argentino y Pichon-Rivière como precursor mundial de la psicología social. Por su carácter de autores de fuerte capital de reconocimiento fallecidos, en la base también marcan presencia Borges, Halperin Donghi, Langer, Grimberg y otros. María Beatriz Greco representa al otro conjunto de autores: intermediarios activos en los procesos de intercambio contemporáneos, arraigados en el medio académico. Greco, por ejemplo, es doctora en filosofía y ciencias sociales (París 8 y UBA). Se desempeña como docente e investigadora en las facultades de filosofía y de derecho de la UBA, y es reconocida en Argentina y Francia como autoridad en investigaciones sobre el ámbito pedagógico.

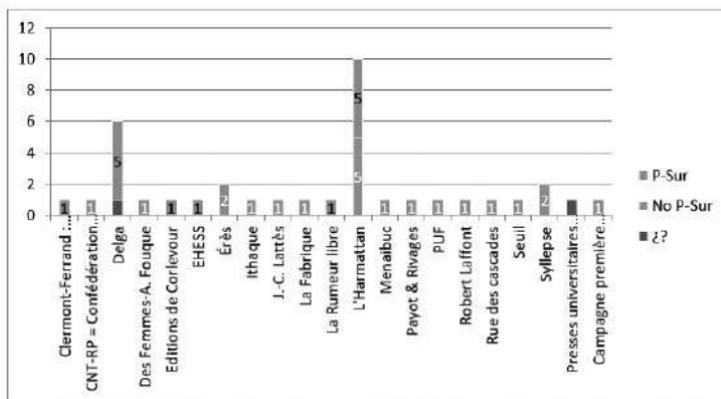
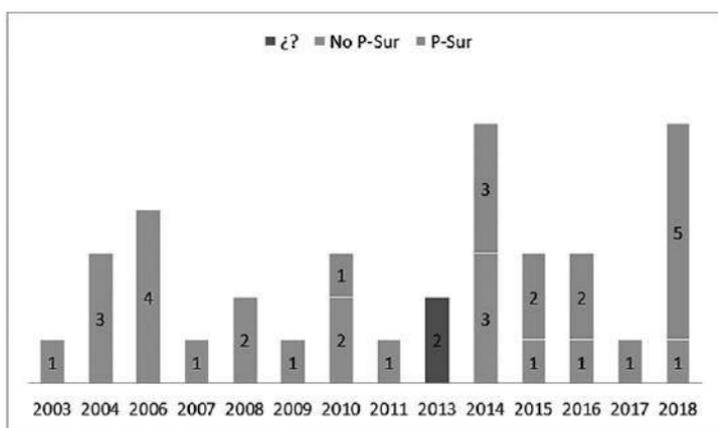
A los titulados en Francia cuyos libros aparecieron primero o solamente en este país, se agregarían otros autores, como el estudio sobre la militancia peronista del historiador Humberto Cucchetti, con doctorado y posdoctorado en la EHESS. Según la encuesta a los autores, en la mayoría de estos casos quienes mediaron para la edición francesa de sus libros fueron agentes del ámbito universi-

tario: directores, jurados de tesis, colegas cercanos, especializados en temáticas análogas a las del autor, en síntesis, agentes externos al mercado editorial. Este es un importante clivaje que demuestra que la traducción de libros extranjeros oscila entre dos polos. En un extremo, redes de relaciones personales (capital social-académico) movilizadas por el propio autor para ser traducido. Estos casos pueden incluir el pago de la traducción-edición. En el otro extremo hallaríamos mecanismos institucionalizados del mercado editorial: compra de derechos de edición-traducción, guiadas por estructuras de las empresas que publican y a través de prácticas editoriales regulares, como conexiones tejidas en ferias internacionales de libros (Sorá, 2013). No se trata de criterios puros, sino de factores predominantes. En todos los casos se podrían encontrar huellas de acciones personalizadas y de mecanismos institucionalizados, como compra de derechos. Pero sin dudas los intereses de la traducción son más institucionalizados cuanto más antiguos son los autores o las obras traducidas, como en los casos de Halperin Donghi o de Pichon-Rivière; también cuanto más prestigio tiene la editorial original (Siglo XXI, FCE, Paidós, etc.).

En toda traducción es posible hallar combinación de capitales académicos, sociales y editoriales. Estos últimos son fuertemente dependientes de la existencia o no de políticas profesionales y públicas para la exportación de productos culturales. Entre las primeras tendríamos, por ejemplo, las acciones gremiales para la participación de agentes de un mercado editorial en ferias internacionales de libros de otros países y, muy especialmente, el logro de invitaciones del país como invitado de honor en los principales eventos globales del sector (Villarino, 2014). Para el caso argentino, es importante señalar que en muy pocos momentos de la historia los editores y el Estado se articularon en tal sentido (Dujovne y Sorá, 2010). Ello fue especialmente dinámico entre 2009 y 2015, cuando Argentina fue país invitado de honor en algunas de

las ferias más importantes del mundo: Frankfrut, París, Bologna y Guadalajara. Fue en ese contexto que el Estado implementó el Programa Sur, subsidio a la traducción de autores argentinos. Como se observa a seguir, se trata de un factor de alto impacto en la regulación de los intercambios:

**Figuras 5 y 6: Cantidad de títulos por editorial (francesa) que recibieron subsidio del Programa Sur**



Las tablas muestran, por un lado, que el Programa Sur subsidió 14 de los 25 títulos de autores argentinos de CSH editados en Francia después de 2010. El apoyo estatal argentino fue especialmente utilizado por las editoriales que más han editado: 50% de los diez títulos publicados por L'Harmattan y 83% de los editados por Delga. El impacto ronda así el 60% de las traducciones de autores argentinos y es nítido en el fuerte crecimiento relativo que observan las traducciones por períodos: 0,15 títulos por año entre 1990-2003; 1,7 entre 2003 y 2009; 2,7 entre 2010 y 2018. En el caso de la traducción de autores franceses, el PAP – Victoria Ocampo distribuyó fondos para la edición de un cuarto de los títulos publicados en la Argentina (Sorá y Dujovne, 2017). La comparabilidad o dependencia de las traducciones con relación a esta variable de apoyo estatal debe ser relativizada en función del desigual volumen de las series. Pero en un caso y otro es posible afirmar que el aporte de fondos públicos se muestra como un componente de fuerte peso para sostener, diversificar y aumentar el flujo de traducciones de Argentina a Francia y viceversa.

En el repertorio de editoriales francesas, el espectro es muy diversificado. Hay editoriales de prestigio intelectual, como Seuil; editoriales universitarias como PUF, EHEES y las P.U. de Rennes y de Clermont-Ferrand; editoriales con fuerte capital simbólico en el medio intelectual, como La Découverte, La Fabrique y Raisons d'Agir. También hay editoriales de un polo de gran difusión como Laffont. Pero en términos estadísticos, prevalece sin dudas un espectro de “editoriales independientes-críticas”, cuyas características han sido ampliamente analizadas por Sophie Noël (2018). La editorial francesa que aparece con mayor cantidad de títulos de autores argentinos es L'Harmattan. A pesar del predominio académico de su catálogo, en Francia la reputación de este sello es controvertida. L'Harmattan, los editores independientes críticos y los pocos sellos generalistas de la serie son más expresivos en la edi-

ción de las temáticas políticas, mientras que hacia el polo de los libros de corte más académicos crece la proporción de las editoriales especializadas y universitarias. De modo global, se observa, como ya afirmamos, el predominio de las pequeñas editoriales independientes. Entre estas sobresale Delga, sello fundado en 2004 que se autodefine como especializada en CSH y comprometido con la investigación marxista y el movimiento comunista internacional. La mayoría de los títulos de autores argentinos que publicó son traducciones de Luis Dapelo, quien nació en Perú pero vive desde pequeño en Europa. Estudió Literatura Latinoamericana en Génova, donde defendió una tesis sobre el llamado *boom* de la narrativa latinoamericana. También realizó estancias de formación doctoral en la Universidad de Buenos Aires. Dapelo también traduce al italiano, es asesor editorial de Delga y todos los libros de autores argentinos que tradujo fueron incluidos en la colección *Amérique Latine*.<sup>17</sup> Como demuestra Noël, en el espectro de pequeños sellos de edición independiente-crítica es acentuada la combinación de capitales sociales y de capitales institucionalizados del medio editorial.

## Conclusiones

Se infiere que los autores argentinos de CSH ni por número ni por regularidad de algún indicador pueden ser interpretados como “un grupo” que observara alguna característica estable como *apuesta editorial francesa*. En otras palabras, ni el origen nacional argentino de los autores ni las temáticas son fuente de prestigio o

17. La colección *Amérique Latine* de Delga incluye títulos de José Carlos Mariátegui, una biografía de Hugo Chávez escrita por un periodista venezolano radicado en Argentina, un título de Rémy Herrera sobre figuras revolucionarias del continente y otro de Piero Gleijeses sobre las políticas cubanas en África del '59 al '76. Una colección importante del sello es *Histoire et Politique*. Muchos de estos títulos son publicados en ambas colecciones.

de ganancias para las empresas. Remarcamos esto, ya que en el flujo inverso, sí se observa una fuerte relación entre origen nacional (francés) como apuesta de alto rendimiento simbólico y monetario para las editoriales de mayor renombre entre las que publican ciencias sociales y humanidades en Argentina: Paidós, Nueva Visión, Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, Manantial, etc. Mientras que la visibilidad de conjunto de los autores argentinos en el escenario cultural francés es ciertamente negligible –salvo alguna que otra excepción como Borges o Sebrelí (no por nada autores que consideramos “clásicos”), o como Pichon-Rivière o Tulio Halperin Donghi–, para los autores más jóvenes y con mayor vinculación académica franco-argentina, la edición de un libro en Francia es, según respuestas de la encuesta, por sobre todas las cosas una carta de triunfo para sus credenciales académicas, principalmente en el propio país de origen. En otras palabras, estos libros franceses de autores argentinos representan principalmente, más allá del potencial interés entre lectores galos (dimensión no verificada y difícil de objetivar), un proyecto de los autores en sus estrategias de internacionalización y de legitimación en Argentina. En estos casos, las redes de relaciones personales de los autores parecen ser un factor más preponderante que las mediaciones profesionales del medio editorial. Es decir, con excepción del posible caso de la editorial Delga, los libros de autores argentinos no son procurados por los editores franceses y en la mayoría de los casos las editoriales argentinas parecen no tener como política sostenida la venta exterior de sus títulos de ciencias sociales y humanidades.

El conocimiento de las variaciones empíricas y del sistema de factores que explican la importación-exportación de libros académicos entre Francia y Argentina debería avanzar hacia agentes e instituciones que no fueron aún consideradas.<sup>18</sup> Más allá de la

18. Desde luego se deberán realizar muchas otras investigaciones complementa-

tradición –histórica valoración latinoamericana del “pensamiento francés” (Weinberg 2000)–, los libros de autores franceses en Argentina se benefician de múltiples apoyaturas institucionales y subsidios para la irradiación cultural: Institut Français, Alliance Française, Centros Franco-Argentinos en las universidades nacionales de Buenos Aires, Mendoza y Córdoba, etc. Es decir que intervienen efectos históricos de larga duración y estructuras que sin cesar renuevan una política francesa para el fomento de sus relaciones culturales internacionales. Más allá de las pequeñas cifras que ofrece el Programa Sur para la traducción de autores, Argentina no tiene políticas públicas de exportación del conocimiento académico y de sus productos (como los libros).

Tal como postuló Pierre Bourdieu (2002) en 1989, en la conferencia con la que nace la sociología de las relaciones culturales internacionales, los intercambios de bienes simbólicos entre lenguas y mercados nacionales no observan ningún trazo de *laissez faire*, *laissez passer*. Si traducimos este postulado al sentido común de los análisis culturales, veríamos que las ideas no fluyen por sus cualidades intrínsecas (certeza, grandeza, belleza, etc.). Lo que aquí demostramos es que no se puede disociar la retroalimentación permanente que se genera entre pensamiento y condiciones materiales de posibilidad para la actividad intelectual, académica, científica, entre las que la edición es manifestación suprema. En otras palabras, las estructuras materiales (recursos, instituciones, etc.) estimulan la producción académica francesa, inciden en el horizonte intelectual de su pensamiento, cimientan la histórica creencia de universalismo o grandeza de sus investigadores, tornan palpable su visión de la cultura como bien de excelencia exportable.

rias. Por un lado, un contraste entre las traducciones de autores de diversos países latinoamericanos. Por otro lado, ampliar el conocimiento de las traducciones de autores argentinos en otros mercados, especialmente de lenguas inglesa, alemana y portuguesa.

Ello es solidario con la valoración de los extranjeros sobre Francia, de sus medios académicos de CSH como lugar de formación, de las ideas de sus intelectuales y académicos como vectores de innovación teórica. Todo ello justifica que los autores franceses por lo general tengan alta legitimidad en un país como Argentina. Así como Francia es un polo muy procurado por sociólogos, historiadores, psicólogos argentinos para la formación de posgrado, también lo es como mercado cultural del que se pueden obtener más beneficios, como la edición de una tesis o la traducción de un libro argentino, para la afirmación de posiciones en el campo académico de origen.

Se concluye que los flujos cruzados dan lugar a productos (libros traducidos) con formas, funciones y valoraciones divergentes. Cuando se explican los factores que intervienen en los intercambios culturales internacionales, se disipan los ideogramas de teorías sobre la dominación cultural internacional que en años recientes interpretan la subordinación de culturas periféricas por el solo efecto del imperialismo metropolitano. Sin negar que los propios intercambios conlleven poderosos mecanismos de dominación simbólica, nuestra demostración ofrece un cuadro de relaciones sociológicas e históricas concretas y diversificadas. Solo la dialéctica de lo concreto-pensado es capaz de promover la *real-politik* a la que adherimos para promover relaciones culturales internacionales más equilibradas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Beigel, F. y Sorá, G.** (2019). Arduous Institutionalization in Argentina's SSH: Expansion, Asymmetries and Segmented Circuits of Recognition. En Ch. Fleck, M. Duller y V. Karady (Eds.), *Shaping Human Science Disciplines. Socio-Historical Studies of the Social and Human Sciences* (pp.327-360). Londres, Reino Unido: Palgrave Macmillan.

**Bourdieu, P.** (2002). "Les conditions sociales de la circulation internationale des idées". *Actes de la recherche en sciences sociales*, 145: 3-8.

**Bustamante Fajardo, M.** (2014). *L'UNESCO et la culture: construction d'une catégorie d'intervention internationale, du « développement culturel » à la « diversité culturelle »* (Tesis doctoral). École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.

**Casanova, P.** (2002). Consécration et accumulation de capital littéraire. La traduction comme échange inégal. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. 144, 7-19.

**Commission Nationale des Droits de l'Homme.** (1978). *Argentine, dossier d'un génocide*. París, Francia: Flammarion.

**Dagfal, A.** (2009). *Entre París y Buenos Aires: la invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

**Dujovne, A. y Sorá, G.** (2010). Un hecho de política cultural: Argentina en la República Mundial de la Edición. En AA.VV., *Argentina país invitado de honor Feria del Libro de Frankfurt 2010* (pp. 217-223). Buenos Aires, Argentina: Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto.

**Dujovne, A., Ostroviesky, H. y Sorá, G.** (2014). La traducción de autores franceses de ciencias sociales y humanidades en la Argentina. Estado y perspectivas actuales de una presencia invariante. *Bibliodiversity. Journal on Publishing in Globalization* (Dossier: Translation and globalization). 3, 20-30.

**Gheorghiu, M.** (2018). Entretien avec Afrânio Garcia Jr. Les frontières internationales des sciences sociales. Itinéraire d'un intellectuel collectif. *Psihologia Sociala*, 42, 21-52.

**Hannerz, U.** (1997). Fluxos, fronteiras, híbridos: palavras-chave da antropologia transnacional. *Mana. Revista de Antropologia Social*, 3 (1), 7-39.

**Heilbron, J.** (1999). Toward a Sociology of Translation. Book Translation as a Cultural World-System. *European Journal of Social Theory*, 2(4), 429-444.

**Molina Ordoñez, P.** (2017). 70-30. *Le Monde diplomatique-Cono Sur y las políticas de la prensa internacional* (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

**Noël, S.** (2018). *La edición independiente crítica. Compromisos políticos e intelectuales*. Villa María, Argentina: Eduvim.

**Ortiz, R.** (2009). *La supremacía del inglés en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.

**Ribas, N. de (Dir.)** (2007). Traduction(s), traducteurs et circulation des idées au temps des Révolutions hispano-américaines (1780-1824). *Histoire(s) de l'Amérique latine*, 7 (Dossier).

**Saferstein, E.** (2016). 'La década publicada'. *Los best sellers políticos y sus editores. Producción de libros, difusión de temas e intervención pública en el mercado editorial argentino (2003-2015)* (Tesis Doctoral). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

**Sapiro, G.** (2013). Le champ est-il national ? La théorie de la différenciation sociale au prisme de l'histoire globale. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 200, 70-85.

\_\_\_\_\_(2017). Globalización y diversidad cultural: los intereses de la circulación transnacional de los libros. En *Las condiciones de producción y circulación de los bienes simbólicos* (pp. 19-41). México D.F., México: Instituto Mora.

\_\_\_\_\_(2018). What Factors Determine the International Circulation of Scholarly Books? The example of Translations Between English and French in the Era of Globalization. En J. Heilbron, G. Sorá y Th. Boncourt (Eds.), *The Social and Human Sciences in a Global Perspective*. Londres, Reino Unido: Palgrave.

- Sorá, G.** (1996). Os livros do Brasil entre o Rio de Janeiro e Frankfurt. *Revista Brasileira de Informação Bibliográfica em Ciências Sociais*. 41, 3-33.
- \_\_\_\_\_(2002). Un échange dénié. La traduction d'auteurs brésiliens en Argentine. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. 145, 61-70.
- \_\_\_\_\_(2003). *Traducir el Brasil: Una antropología de la circulación internacional de ideas*. Buenos Aires, Argentina: Libros del Zorzal.
- \_\_\_\_\_(2013). El mundo como feria. In(ter)dependencias editoriales en la Feria de Frankfurt. *Comunicación & Medios*. 27, 102-128.
- \_\_\_\_\_(2017). *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Sorá, G. y Novello, A.** (2018). En los márgenes de Orfila. José Sazbón y el estructuralismo en Nueva Visión. *Prismas: Revista de Historia Intelectual*. 22, 211-220.
- Sorá, G., Dujovne, A. y Ostroviesky, H.** (2014). Une périphérie centrale. Traduction et édition en Argentine. En G. Sapiro (Dir.), *Les sciences humaines et sociales française à l'international: États-Unis, Royaume-Uni, Argentine* (pp. 111-143). París, Francia: CESSP – EHESS, Éditions de l'Institut Français.
- Villarino Pardo, M. del C.** (2014). As feiras internacionais do livro como espaço de diplomacia cultural. *Brasil/Brazil*. 27(50), p. 134-154.
- Weinberg, G.** (2000). El pensamiento francés en el Río de la Plata. *Le Monde diplomatique- Cono Sur*, 13. Recuperado de: <https://www.insumisos.com/diplo/NODE/1936.HTM>
- Wilkis, A. y Blanco, A.** (2018) The Internationalization of Sociology in Argentina, 1985-2015: Geographies and Trends. En J. Heilbron, G. Sorá y Th. Boncourt (Eds.), *The Social and Human Sciences in a Global Perspective* (pp. 215-241). Londres, Reino Unido: Palgrave.



# Las humanidades por-venir. Derivas de algunos datos estadísticos y de algunos “cuentos” (Argentina, 1958-2015)<sup>1</sup>

Analia Gerbaudo

Universidad Nacional del Litoral - CONICET

1. Me permito escribir estos agradecimientos no solo para evitar los olvidos, sino también porque se involucran, como en un “bucle extraño” (Hofstadter, 1979) con los temas que investigo. Se trata de temas que no hubiera podido sostener sin la conversación inteligente y amistosa con un conjunto de amigos y compañeros “del lado de acá”, como diría Julio Cortázar. A ellos son los que voy a mencionar. Quiero agradecer, entonces, a Sandra Contreras, Marisa Censabella, Cristian Molina, Luciana Martínez, Rossana Nofal, Graciela Goldchluck, Juan Ennis, Marcela Croce, Marcela Arpes, Alejandro Gasel, Ana Camblong, Raúl Antelo, Susana Scramim, Edda Hurtado y Martina López Casanova la posibilidad de haber presentado y discutido versiones preliminares del trabajo que ahora roza la etapa final; a Gonzalo Aguilar, Nora Catelli, Raúl Rodríguez Freire, Emilio Crenzel, Federico Lorenz, María Teresa Gramuglio y José Emilio Burucúa, las observaciones y comentarios realizados durante esas presentaciones. Este trabajo se desprende de una investigación dirigida por Gisèle Sapiro: se trató de un megaproyecto transdisciplinar que comprendió diferentes países (Argentina, Brasil, Francia, Italia, Reino Unido, Austria, Holanda, Hungría y Estados Unidos) y disciplinas (Sociología, Psicología, Filosofía, Economía, Letras, Antropología y Ciencias Políticas). En Argentina, Gustavo Sorá coordinó la investigación en todas las áreas y, a su vez, yo coordiné la relativa al campo de las letras. Le debo mi permanencia en esa tribu de antropólogos y sociólogos en especial a Alejandro Blanco, que me animó a continuar a pesar de mis desconciertos metodológicos iniciales. Necesito agradecer la paciencia de Gustavo Sorá, las devoluciones detalladas, agudísimas e inteligentes de Fernanda Beigel, las atinadas sugerencias de Ariel Wilkis y la conexión vía Mariana Heredia, con Claudio Benzecry: todos y cada uno de ellos aparecen, de modos variados, en la escritura de estos resultados. Finalmente, necesito agradecerle a Miguel Dalmaroni la confianza en la potencia de un trabajo transdisciplinar como el que despuntaba en mi presentación a una beca posdoctoral del CONICET: se trataba, entonces, de un tipo de construcción mirada con cierto desprecio y desconfianza desde buena parte del propio campo. La dedicación con que, sin haber sido mi director, me acompañó desde 2006 en prácticamente todas y cada una de mis decisiones profesionales se enmarcaban, a su vez, en un proyecto de país que apostaba a la institucionalización sostenida de la ciencia y de la educación y a la profesionalización de profesores e investigadores. En aquel país Dora Barrancos incorporaba las luchas de género en el seno del organismo más prestigioso de producción científica. Como en un bucle extraño, mis investigaciones giran, en buena medida, sobre esa historia.

## Breves consideraciones sobre esta presentación

Las conclusiones que este trabajo expone se derivan del análisis de un conjunto de datos estadísticos y de “cuentos” respecto de las dinámicas de institucionalización de las “letras”<sup>2</sup> en Argentina, entre 1958 y 2015, y de su internacionalización<sup>3</sup>. El período

2. La investigación sobre la institucionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos –subcampos (Bourdieu, 2001) que integran el campo de las “letras”– en Argentina y su internacionalización se realiza bajo mi coordinación. En la recolección de los datos participaron María Fernanda Alle, Pamela Bórtoli, Cintia Carrió, Daniela Gauna, Ángeles Ingaramo, Micaela Lorenzotti, Micaela Gudiño, Luisina Piovano, María Inés Rabasedas, Valentina Jara, Florencia Gietz, Sergio Peralta, Lucila Santomero, Ivana Tosti, Santiago Venturini, Carlos Leonel Cherri, Daniela Fumis, Daniel Gastaldello, Silvana Santucci, Gabriela Sierra, Cristian Ramírez, Verónica Gómez, Bruno Grossi, Hernán Hirschfeld y Patricia Torres. Parte de estos datos, así como también primeras síntesis parciales, están disponibles en línea, en libros digitales publicados en la página web del Centro de Investigaciones Teórico-Literarias (véase Gerbaudo, 2014). En setiembre de 2015 se integran al equipo Nora Catelli, Annalisa Mirizio, Max Hidalgo y Marta Puxan (Universidad de Barcelona): sus aportes, centrados en un *Estudio comparado de la circulación de la teoría y paradigmas críticos en España y Argentina: academias, conflictos y actores*, se condensarán en un volumen a publicarse en la página web del mismo Centro de investigaciones. Este volumen es el segundo de una serie de cinco: el primero, sobre institucionalización (véase Gerbaudo, 2014); los cuatro restantes, centrados en la internacionalización de cada uno de los subcampos referidos, es decir, se empieza por el de los estudios literarios (a editar por Analía Gerbaudo y Max Hidalgo), se sigue con el de los estudios lingüísticos (a editar por Lucila Santomero) y luego con el de los estudios semióticos (a editar por Daniel Gastaldello), para terminar con un análisis comparativo de morfologías y dinámicas (volumen a editar por Analía Gerbaudo, Max Hidalgo y Annalisa Mirizio). Estos libros digitales expanden la serie planificada al inicio de la investigación (véase Gerbaudo, 2014; Mirizio, 2016) que, actualmente, se sostiene desde dos marcos institucionales: por un lado, el Programa *La lengua, la literatura y otros bienes culturales en la escena internacional de circulación de las ideas*, que contiene al proyecto *Estudios lingüísticos, literarios y semióticos en Argentina: institucionalización e internacionalización (1945-2010)*, ambos financiados por la Universidad Nacional del Litoral; por el otro, el proyecto *Estudios literarios, lingüísticos y semióticos en la educación superior de Santa Cruz: institucionalización e internacionalización (1958-2015)*, financiado por la Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

3. Una vez concluido el proyecto INTERCO SSH (2012-2017), modificamos el pe-

se recorta entre dos “ciclos” (Beigel, 2016) de apoyo estatal a la ciencia y a la educación. El primer ciclo va desde 1958 hasta 1966, es decir, desde el año de fundación del CONICET (el más prestigioso organismo de investigación del país) y de EUDEBA (una de las editoriales universitarias que marcarán tendencia en los campos editorial e intelectual), hasta 1966, año del golpe de Estado liderado por Juan Carlos Onganía. El segundo ciclo va desde 2004 a 2015: durante estos años se desarrollan políticas de Estado que fortalecen y expanden tanto el sistema educativo como el científico a través de la creación de nuevas universidades públicas, la inversión en infraestructura, el aumento de la cantidad de carreras de doctorado y de becas del CONICET destinadas a realizar estudios doctorales en el país<sup>4</sup>, la repatriación e incorporación de nuevos científicos al CONICET, la promoción de la internacionalización, etc. Durante las últimas elecciones de 2015 triunfa una coalición de derecha que, apenas asume el gobierno, interrumpe estas políticas públicas (Sorá y Beigel, 2019).

En base a los datos recogidos podemos afirmar que a pesar de la desinstitucionalización, el trabajo precario, las migraciones, la diáspora y la dispersión disciplinar provocadas por la violencia política estatal (ya sea por causas ideológicas tanto como econó-

ródo propuesto por Sapiro: analizamos cómo se configura el campo de las letras entre dos momentos excepcionales para su institucionalización debido a las políticas públicas.

4. Según Fernanda Beigel, durante este último ciclo de expansión de la ciencia, Argentina había “revitalizado” su “antiguo rol” como “centro periférico”: las becas del CONICET, destinadas a estudiantes argentinos y extranjeros, combinadas con la oferta de carreras de doctorado “de calidad a costos mucho más bajos que otros países de la región” la convirtieron en un “polo de atracción para estudiantes latinoamericanos” (2016: 4). Este diagnóstico sobre el campo científico regional se complementa con otro sobre los campos literario, académico, intelectual, editorial y cultural (Rocca, 2009): la hipótesis de Argentina como “centro periférico” abre otra perspectiva de análisis en nuestro programa que, por el momento, suspendemos.

micas), no se interrumpe el desarrollo profesional de los agentes, cuya frecuente re-institucionalización paradójica se interroga en el marco estructural generado por políticas públicas científicas y educativas inestables.

En esta interrogación son indispensables dos conceptos: en primer lugar, la diferenciación derrideana entre el más o menos previsible “futuro” y lo “por-venir” (abierto a la emergencia insospechada del “acontecimiento”) que “solicita”<sup>5</sup> el alcance voluntarista de la “intervención” política (conservamos el término intervención con el alcance acotado que la partícula “nano” habilita: entre Avital Ronell y Mónica Cragolini, hablamos de “nano-intervenciones” de los agentes y/o, más concretamente, de “fantasías de nano-intervención” rozando, en todo caso, los riesgos de un voluntarismo-no-voluntarista).

El otro término, “política”, está tomado de la teoría que Eduardo Rinesi (2003) construye entre Shakespeare y Jacques Derrida en *Política y tragedia*. Allí la define como “la actividad o el conjunto de actividades desarrolladas en ese espacio de tensión que se abre entre las grietas de cualquier orden precisamente porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos ni satisface las expectativas que los distintos actores tienen sobre él” (p.23). Ese concepto atraviesa las conclusiones que, a partir de las dinámicas de institucionalización e internacionalización de las letras observadas en Argentina en el largo período recortado para nuestra investigación, resumimos en esta presentación.

De este nudo central de nuestra investigación se desprenden al menos tres problemas que, aunque brevemente, voy a retomar sobre el final. En especial por lo que los vincula a la agenda de discusión propuesta por los organizadores de este congreso celebra-

5. Uso el término “solicitar” en el sentido derrideano de cuestionar, poner en duda, hacer oscilar los fundamentos.

do, por cierto, en este instituto sobre cuyo nombre, configuración disciplinar y otros problemas que ahora traigo nuevamente a la conversación, discutimos junto a Adrián Gorelik en el primer *workshop* alrededor de las humanidades organizado por Sandra Contreras, en diciembre de 2017. Me refiero a tres puntos: 1) la relación entre ciencias sociales y humanas, articuladas de modo singular en este espacio institucional: el nombre del instituto es, en ese sentido, sintomático (término que uso en el prolífico sentido que Paco Vidarte ha sabido conferirle, entre Derrida y Lacan, como “lo que te cae”); 2) las decisiones tomadas por los agentes del campo al momento de escribir los resultados de investigación (lengua elegida, género y soporte); y 3) la posibilidad de formular teorías y categorías desde Argentina.

Me permito agregar que, a los efectos de poder desarrollar lo prometido en estas notas introductorias, envío a un artículo reciente (Gerbaudo, 2018a), disponible en línea y en acceso abierto, donde se condensan las decisiones metodológicas más importantes de esta investigación.

### **Síntesis de algunas de las conclusiones sobre institucionalización de los estudios literarios en Argentina. Derivas sobre su internacionalización**

Debido a la imposibilidad de incluir en un artículo los anexos con las 125 tablas y los 125 gráficos que recogen datos estadísticos sobre los procesos estudiados, así como tampoco los mapas que dan cuenta de los años de creación de las universidades públicas de Argentina, la localización de universidades con carreras de letras o, al menos, algunas de las entrevistas realizadas a los agentes; nos limitamos aquí a puntualizar ciertos aspectos de las conclusiones generales sobre la institucionalización de los estudios literarios en Argentina. Dichas conclusiones, por cierto, se expondrán con de-

talle en el ya citado libro en preparación junto a Max Hidalgo. Por otro lado, solo se mencionan algunas derivas de estas prácticas en las de internacionalización. Por lo tanto, ordeno la información siguiendo las cuatro dimensiones de análisis que guiaron el examen del proceso de institucionalización: enseñanza, investigación, publicaciones y organización profesional.

**Enseñanza:**

- a) Durante y entre las dictaduras, como consecuencia de las desinstitucionalizaciones causadas por la violencia estatal, los agentes crean “formaciones” (Williams, 1977). Estas formaciones se localizan fundamentalmente en los polos dominantes del campo (Buenos Aires, Rosario, Córdoba, se registra además una formación en Bahía Blanca) y permiten darle continuidad, en ocasiones, de forma subterránea, a líneas teóricas censuradas o no incluidas en las instituciones. Lo producido en ellas marca, a mediano y a largo plazo, tanto la agenda como las prácticas del subcampo de los estudios literarios en esas líneas y/o zonas cuyo desarrollo se ve interrumpido por las dictaduras.
- b) Paradójicamente, los agentes expulsados de las instituciones durante los tiempos de violencia política estatal terminarán fortaleciéndolas, en el caso de que estas los incorporen en otros momentos. Estas instituciones estatales aprovecharán los capitales simbólico, científico, cultural y social acumulados por los agentes ya sea en el exilio, ya sea en formaciones.
- c) Se observa una expansión institucional asimétrica entre los polos dominados y dominantes del campo. Un indicador de esa asimetría es la fecha de creación de las carreras de Doctorado.

### **Investigación:**

- a) La investigación en el área de letras es financiada, fundamentalmente, por las universidades y el CONICET. En mucho menor medida interviene la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, creada durante los años noventa.
- b) Ciertas líneas del subcampo de la investigación literaria no pudieron desarrollarse en marcos institucionales durante y entre las dictaduras y durante ciertos momentos del primer ciclo de la posdictadura<sup>6</sup> debido al control ideológico estatal. Otras líneas fueron abandonadas por los agentes debido a los efectos “normalizadores” (Foucault, 1971) provocados por el disciplinamiento estatal: la censura también llevó a la autocensura. El control ideológico estatal durante este primer ciclo de la posdictadura tuvo grados diferenciales según las instituciones y según los gobiernos que ocuparon el Estado.
- c) Las trayectorias de los agentes confirman la confluencia de líneas provenientes de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos hasta los años 80 (Ana María Barrenechea, Pezzoni). Si bien paulatinamente parecía imponerse la hiperespecialización, las trayectorias muestran: 1) líneas de investigación en zona de borde entre las ciencias humanas y sociales; 2) la posgraduación reciente y creciente en ciencias sociales de agentes graduados en letras; 3) el desarrollo de temas de borde entre los estudios literarios y los lingüísticos, entre los estudios literarios y los semióticos y entre los estudios literarios, los lingüísticos y los semióticos. Algunas de estas intersecciones se derivan de

6. Para los diferentes “momentos” del primer ciclo de la posdictadura, véanse Gerbaudo, 2016: 94-108; Antelo, 2016. Para el segundo ciclo, véase Gerbaudo, 2018b.

los capitales científicos adquiridos durante las internacionalizaciones forzadas (ya sea por la formación recibida en el extranjero, ya sea debido a las ofertas disponibles en el mercado de trabajo del país al que se migró); otras dan cuenta de tomas de posición respecto de cómo intervenir en la lectura crítica de los bienes culturales. En todos los casos se verifica la apropiación, “fiel porque infiel” (Derrida, 2001) de varias herencias: por un lado, la dejada por quienes trabajaron en la intersección de las ciencias humanas y las ciencias sociales antes de que las dictaduras obstaculizaran la continuidad de aquellos desarrollos; por el otro, la dejada por los “grandes profesores” de la posdictadura cuyas investigaciones también se inscribieron en zona de borde disciplinar. No es casual que entre los libros de autores argentinos más valorados por los agentes incluidos en esta muestra se imponen los firmados por estos “maestros” cuyos nombres se evocan entre el don y la deuda<sup>7</sup>.

### **Publicaciones:**

- a) Frente a la violencia política estatal, tanto ideológica como económica, se crearon formaciones que continuaron, por medios privados, desarrollos iniciados en espacios institucionales públicos.
- b) Las revistas culturales como las editoriales creadas en períodos de violencia política estatal constituyeron espacios de producción intelectual y de difusión de los resultados de dichas prácticas.

7. Dato arrojado por la siguiente pregunta realizada en la entrevista semiestructurada a 148 agentes: “¿Cuáles fueron los textos que hubiese deseado escribir? O dicho de otro modo, ¿cuáles fueron los textos que marcaron su trabajo o los que más ha admirado? ¿Por qué?” (Gerbaudo y Fumis, 2014).

- c) Las publicaciones culturales marcan la agenda de ciertas líneas del subcampo de los estudios literarios. Por ejemplo, la revista central para la crítica literaria argentina entre fines de los setenta y hasta bien entrado el siglo XXI fue *Punto de vista*, deliberadamente al margen de los protocolos de las publicaciones científicas. Alberto Giordano y José Luis De Diego reconocen que mientras existió, una de sus aspiraciones mayores era publicar en *Punto de vista*: “Hasta hace poco tiempo, cuando dejó de salir, mi máxima aspiración como crítico era publicar en *Punto de vista* (lo conseguí en cuatro ocasiones, y fracasé en otras tantas)”, confiesa Giordano (2011: 14). Por su parte, De Diego describe la revista como *el espacio de circulación deseado*: “soñábamos con publicar en *Punto de vista*” (2015). En ninguna de las 148 entrevistas recogidas en la muestra construida para esta investigación se otorga una valoración semejante a una revista científica. Se observa, como contrapartida, la valoración de revistas culturales de diferentes épocas (*El ojo mocho*, *Babel*, *Las ranas*, *El amante*, *Causas y azares*). En todos los casos, la valoración es congruente con las prácticas de los agentes, que alternan sus publicaciones en revistas científicas indexadas con la participación y/o la gestión de revistas culturales locales, editoriales independientes, sitios en línea como *Bazar americano* (continuación de *Punto de vista* en la web), *Informe Escaleno*, etc.
- d) Las fechas de creación de las publicaciones periódicas institucionales con impacto en la definición de la agenda del subcampo constituyen un indicador de la expansión institucional asimétrica.
- e) Apenas diez años después de la emergencia en Buenos Aires de la editorial *Eloísa cartonera* y del “arte post-crisis” (Giunta, 2009), en tres universidades públicas se crean edi-

toriales “cartoneras”: *La Sofía cartonera* se funda en 2012 en la Universidad Nacional de Córdoba; apenas un tiempo después se crea *Rita cartonera* en la Universidad Nacional de Rosario; y en 2015 se inicia el proyecto *Vera cartonera* en la Universidad Nacional del Litoral. Las tres editoriales son dirigidas por mujeres. Las dos primeras publican literatura: siguen la impronta del escritor Washington Cucurto que funda *Eloísa...* en 2003; la última, *Vera cartonera*, incluye divulgación científica y se instala en un espacio institucional compartido entre la UNL y el CONICET.

- f) Las publicaciones de los agentes muestran las tensiones del subcampo de los estudios literarios: por un lado, se verifica una tensión entre los protocolos del campo científico (Bourdieu, 1997) y los protocolos del campo artístico (Bourdieu, 1992, 2013) con sus respectivos *habitus*. Por el otro, se verifica una tensión entre dos culturas evaluativas institucionales correspondientes a dos instituciones diferentes: mientras que la universidad pone el foco de sus evaluaciones en la docencia, el CONICET pone el foco en las publicaciones en constante ajuste. Los efectos de esta “heterogeneidad estructural” (Beigel, 2014, 2016) se verifican en las prácticas de los agentes: más concretamente, en la lengua, género, soportes, formatos y circuitos elegidos para publicar. Por ejemplo, algunos agentes escriben solo en español (“una de las lenguas del conocimiento”, insiste Daniel Link); otros, más radicales, usan una variedad rioplatense atravesada por expresiones de las lenguas de los pueblos originarios y/o del registro criollo. Algunos agentes optan por el ensayo frente al *paper*. Frente a las publicaciones en revistas indizadas en línea, algunos agentes traducen a libro en papel sus textos de Facebook, sus blogs, sus diarios o sus notas de viaje: la mayoría de estos agentes

son o han sido investigadores del CONICET y ocupan posiciones dominantes en el subcampo, es decir, se trata de agentes con un capital simbólico acumulado que les permite sostener institucionalmente esta forma de activismo. Este activismo tiene consecuencias inocuas para el agente que pertenece solo a la universidad. Las consecuencias son de otro orden si el agente pertenece al CONICET, ya que el organismo aplica “criterios cada vez más internacionalizados” (Beigel, 2016) y transidos por la lógica de las ciencias naturales, tanto para la evaluación del ingreso como para la permanencia y ascenso en la carrera de investigador (véanse Beigel 2014, 2016). Si bien desde una posición menos radical en cuanto a los géneros, los agentes con trayectorias incipientes también publican libros en papel: se trata de un formato y un soporte importante en el espacio intelectual argentino y, especialmente, en el subcampo de los estudios literarios (posición expandida en el campo transnacional, véase Sapiro, 2018).<sup>8</sup>

### **Organización profesional:**

- a) Durante las dos últimas dictaduras se produce una “grieta” (Rinesi, 2003) entre, por un lado, el desarrollo profesional y la configuración de prácticas relativamente autónomas en ciertas líneas del subcampo, y por el otro, la institucionalización: los sitios “oficiales” detentores de prestigio (universidad, CONICET) no son reconocidos por buena parte de los agentes que consolidaron su legitimidad en formaciones y/o que debieron luego exiliarse.
- b) Si bien el trabajo precario es una constante en alguna eta-

8. Para la diferencia entre “espacio” y “campo”, ver Sapiro, 2009; Boschetti, 2009; Sapiro y Pacouret, 2015.

pa de todas las trayectorias de los agentes incluidos en la muestra, tiene marcas diferenciales en tanto responde a dos formas de violencia política estatal: la que se produce por efecto del terrorismo de Estado y la que se produce por efecto de las crisis económicas, resultado de la aplicación de políticas neoliberales.

- c) Entre los obstáculos al desarrollo profesional cabe destacar tanto la censura y la quema de libros durante las dictaduras como la falta de inversión estatal durante la posdictadura. Estos obstáculos son contrarrestados por la inversión personal de los agentes en bibliografía tanto como por la creación de formaciones destinadas a poner a disposición pública los materiales acumulados de modo privado.
- d) El desarrollo profesional de los agentes está atravesado por “culturas evaluativas” (Beigel, 2014) diversas, asociadas a las instituciones de pertenencia y/o a las formaciones de las que se participa o se ha participado. Más allá de que las universidades, desde la Reforma de 1918, hayan introducido la extensión y la investigación entre sus funciones, priorizan la docencia. Durante los años noventa se sanciona la Ley de Educación Superior (1995), se crean numerosas universidades privadas, la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria, o CONEAU (1996) y, paradójicamente, junto al desfinanciamiento estatal, se introduce un Programa de incentivo a la investigación que generó reacciones encontradas entre los docentes universitarios. En diferentes coyunturas, ante diferentes circunstancias, se detectan tensiones alrededor del desarrollo profesional institucionalizado. En muchas ocasiones los agentes manifiestan tomas de posición que trasladan lógicas de funcionamiento de las formaciones a las instituciones. En otras se combinan la idealización de la práctica, la

sacralización del campo y la resistencia moral<sup>9</sup> a advertir los condicionamientos que lo atraviesan.

## Notas sobre las “humanidades por venir”

En el invierno de 1998, el grupo que llevaba adelante la revista *Causas y azares* (entre otros, Ana Longoni, Alejandro Grimson, Carlos Mangone, Mariano Mestman) publica un “Cuaderno Bourdieu” compuesto por textos de Horacio González, Gonzalo Aguilar, Néstor García Canclini, Carlos Mangone, Katia Maria Pereira de Almeida, Jorge Elbaum y Gerardo Halpern. El Cuaderno incluye una entrevista a Bourdieu realizada dos años antes y una traducción del postfacio a *Homo academicus*. En el número anterior de la revista Ana Longoni la entrevistaba a Beatriz Sarlo y le transmitía su inquietud respecto de lo que habría motivado que ese texto de Bourdieu aún no se hubiera traducido al español: Sarlo le respondía que no veía allí nada más que razones de mercado: “ese es un libro de encuestas sobre la clase media alta francesa. No veo ninguna conspiración teórica” (1997: 21).

9. Derrida (1989) diferencia la “moral”, asociada a la “buena conciencia”, de la “ética”, asociada a la “responsabilidad”: para Derrida hay “responsabilidad” cuando hay “experiencia”, cuando se está ante una “aporía”, cuando se debe afrontar el riesgo de tomar una “decisión”. En esa línea se pregunta: “¿es posible una experiencia que no sea experiencia de la aporía?” (1996: 34). Para Derrida la moral se mueve en un plano de acción regulado por lo “conforme al deber” y a lo actuado por sujeción a la “ley” regulada por el “derecho” mientras que la ética supone afrontar una “decisión” que no se limita a “poner en marcha un saber determinable o determinante” o “la consecuencia de algún orden preestablecido” (1996: 37). Esta ética supone actuar desde la lógica de la *différance* (Derrida 1967, 1972), transida por la indecidibilidad. Mientras la “moral” supone “la buena conciencia como mueca de una vulgaridad complaciente”, “la forma segura de la conciencia de sí” (p.40), la “ética” ligada a la “decisión responsable” supone exponerse al “compromiso”, al “riesgo absoluto” (p.40): “Tal vez se podría sacar la conclusión de que la esencia de la decisión, aquello que la convertiría en el objeto de un saber temático o de un discurso teórico, debe permanecer indecible: para que haya, si es que la hay, decisión” (p.96).

No me distraje. Simplemente quiero reponer mínimas coordenadas de enunciación que me permitan hilvanar los puntos que quiero traer de aquel cuaderno con parte de las derivas de la investigación que muy sucintamente presenté en esta ocasión.

El primer punto está tomado de la “disculpa” que el equipo editorial inserta en la “Introducción” al “Cuaderno Bourdieu”, debida a la demora de dos años entre el tiempo de realización de la entrevista y su publicación: el equipo alude a “una serie de factores, propios de una publicación que sale cuando puede y cuando su grupo colectivo se hace un tiempo en medio del pluriempleo y las intervenciones sociales y políticas” (AA.VV., 1998: 14). Destaco este pasaje debido a que condensa marcas dominantes de las prácticas de los agentes involucrados con la institucionalización de las letras en nuestro país: hago referencia aquí a la precariedad y al pluriempleo.

El segundo punto está tomado del artículo que Gonzalo Aguilar escribe para el “Cuaderno...”. Tenía razón María Teresa Gramuglio cuando me advirtió, con tono entre agudo y admonitorio, respecto del uso que iba a hacer en esta investigación de las entrevistas, dadas las fluctuaciones que el paso del tiempo, entre otros factores, imprime al recuerdo. Gracias a su comentario, trabajo la entrevista como “cuento” (Gerbaudo, 2018c) y atiendo, justamente, a los énfasis, los solapamientos y a las continuidades y variaciones de las vueltas obsesivas sobre los mismos episodios. Doy este rodeo porque fue en la entrevista que Aguilar concede para nuestra investigación cuando evocó esa contribución al “Cuaderno...” de *Causas y azares* trayendo, en verdad, el subtítulo de su trabajo: “El antídoto [Bourdieu]”. En 2018, en la entrevista y durante un congreso sobre circulación de las teorías realizado en la Universidad de San Pablo, Aguilar recuerda esta expresión usada en un trabajo que había escrito veinte años atrás. Cito dos pasajes de aquel artículo. El primero explica el sentido dado a ese subtítulo, a esa conjetura, a esa toma de posición respecto de cómo investigar

sobre literatura. Vale aclararlo: se trata de una afirmación datada en 1998 y enunciada desde un polo dominante de un espacio periférico (en los polos dominados, lo que Aguilar observa como saturación en los noventa recién se produce bien entrado el siglo XXI):

La lectura de Bourdieu tiene, al menos para los investigadores de la literatura, el alcance de un antídoto. En un panorama en el que predomina la fetichización de 'la teoría', sus escritos me impactaron por la elaborada articulación de teoría y práctica metodológica que me resultó de gran utilidad a la hora de iniciar una investigación. Porque si bien Paul De Man habló de una 'resistencia a la teoría' (...), lo que se percibe con más frecuencia es una resistencia al método, en beneficio de una serie de especulaciones cuya característica es -en los peores casos- la "ausencia de toda referencia a una realidad empírica cualquiera" (Bourdieu, 1997b: 24). (Aguilar, 1998: 45)

El segundo pasaje, en verdad la segunda nota al pie de su escrito, plantea problemas y proyecta prácticas que muchos años después desarrollamos tanto desde mi proyecto individual en el CONICET como desde la mega-investigación de INTERCO SSH. Se trata de problemas teóricos, metodológicos, epistemológicos y políticos que este congreso pone en el centro de la discusión actual, entre las humanidades y las ciencias sociales. Dice un entonces muy joven Gonzalo Aguilar:

El problema es mucho más amplio y exigiría una discusión detallada de los programas de enseñanza, de los objetivos de diferentes carreras, el futuro de las diferentes disciplinas y de los inescrutables criterios de investigación y evaluación que aplica la Universidad de Buenos Aires, ámbito en el que desarrollo mis investigaciones como becario y docente (p.45).

Si bien no me siento autorizada a expandir mis conclusiones más allá de donde las llevé en los apartados anteriores, sí retomo una pregunta que me había permitido instalar en el ya citado panel junto a Adrián Gorelik. Se trata de una pregunta acerca de la configuración de las ciencias sociales y humanas en el espacio de producción de Argentina. Al respecto, quisiera insistir en algunos de los resultados de la investigación que presenté. Quisiera insistir, justamente, en las disputas que se leen en esos resultados. En las disputas entendidas como lugar de las grietas: palabra que pienso, junto a Rinesi, como el espacio de la intervención política en el sentido “nano” al que ya aludí buscando evitar todo voluntarismo o, en todo caso, arriesgando un pretendido voluntarismo-no-voluntarista.

Hay en las grietas un sitio para la nano-intervención que encuentra, justamente en las disputas, la dislocación de toda moral que se quiera hegemónica: no queda resto para la legislación (moral) respecto de las prácticas de la investigación y de la enseñanza de las letras porque lo que hay es disputa y conflicto. Disputas que atraviesan cada uno de los órdenes escudriñados: enseñanza, investigación, publicación, organización profesional.

La posición que se tome tendrá consecuencias, con mayor impacto en el campo cuando se desempeñe un rol de gestión y/o evaluación: conocer los cambios históricos y las tensiones alrededor de la institucionalización de las letras en Argentina (respecto de la interacción entre ciencias sociales y humanas en la definición de problemas de investigación; respecto del género, lengua y soporte elegidos para escribir los resultados de investigación; respecto de la posibilidad de formular teorías desde Argentina, etc.), pareciera ser una condición necesaria para evitar, fundamentalmente, la toma de decisiones fundada en la ignorancia. Ignorar la tensión entre los *habitus* del campo artístico y los del campo científico en la definición de las prácticas del sub-campo de los estudios literarios;

ignorar la marca de dos culturas evaluativas diferenciadas asociadas a las instituciones que desarrollan la enseñanza y la investigación (universidad y CONICET) en las ciencias sociales y humanas en general; ignorar la expansión institucional asimétrica entre los polos dominados y dominantes del campo, no pareciera contribuir a generar procesos evaluativos sensibles al complejo proceso de institucionalización de las letras en nuestro país. Un proceso atravesado por la discontinuidad de las políticas públicas de financiamiento a la ciencia y a la educación, por la precariedad, por el pluriempleo de los agentes, por las desinstitucionalizaciones forzadas por la violencia estatal, ya sea durante las dictaduras y/o como consecuencias de las políticas económicas que derivan en crisis. Los derroteros de los resultados que aquí más bien anuncio quedan abiertos, se sabe, a lo insospechado, a lo por-venir. De cualquier modo, ojalá que este diagnóstico, basado en patrones derivados de las prácticas de los agentes que han construido y construyen el campo, coopere en algún punto de las evaluaciones y proyecciones institucionales futuras.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV.** (1998). Introducción. *Causas y azares* 7, 13-14.
- Aguilar, G.** (1998). Todos los juegos el juego (una lectura de *Las reglas del arte*). *Causas y azares*, 7, 45-54.
- \_\_\_\_\_(2018a). Entrevista por Analía Gerbaudo. INTERCO SSH-EHESS / CAI+D-UNL.
- \_\_\_\_\_(2018b). Coloquio *A circulação de paradigmas críticos en Ibero-américa*. San Pablo: Universidade de Sao Paulo, Unión Iberoamericana de Universidades.
- Antelo, R.** (2016). Programa para un posgrado futuro. *El taco en la brea*, 3, 144-171.
- Beigel, F.** (2014). Publishing from the Periphery: Structural heterogeneity and segmented circuits. *Current Sociology*, 62(5), 617-625.
- \_\_\_\_\_(2016). El nuevo carácter de la dependencia intelectual. *Cuestiones de Sociología* 14. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&d=Jpr7340>
- Bourdieu, P.** (1992). *Les règles de l'art: Genèse et structure du champ littéraire*. París, Francia: Du Seuil.
- \_\_\_\_\_(1997). *Les usages sociaux de la science: Pour une sociologie clinique du champ scientifique*. París, Francia: INRA.
- \_\_\_\_\_(2001). *Science de la science et reflexivité: Cours du Collège de France 2000-2001*. París, Francia: Raisons d'agir.
- \_\_\_\_\_(2013). *Manet. Une révolution symbolique. Cours au Collège de France (1998-2000) suivis d'un manuscrit inachevé de Pierre et Marie-Claire Bourdieu*. Pascale Casanova, Patrick Champagne, Christophe Charle, Frank Poupeau and Marie-Christine Rivière, (Eds.) París, Francia: Raisons d'agir / Seuil.
- Boschetti, A.** (2009). La recomposition de l'espace intellectuel en Europe

après 1945. En G. Sapiro (Dir.), *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation (XIX<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècle)* (pp.147-182). París, Francia: La Découverte.

**Cragnolini, M.** (2014). Intervenciones en la cultura: La desaparición de lo "propio" y la cuestión de la comunidad. *IX Argentino de literatura*. Santa Fe: UNL.

**De Diego, J. L.** (2015). Consulta por Analía Gerbaudo. INTERCO SSH / CONICET / CAI+ D - UNL.

**Derrida, J.** (1967). *De la grammatologie*. París, Francia: Minuit.

\_\_\_\_\_ (1972). *Marges de la philosophie*. París, Francia: Minuit.

\_\_\_\_\_ (1989). Biodegradables: Seven Diary Fragments. *Critical Inquiry*, 15(4), 812-873.

\_\_\_\_\_ (1996). *Aporías. Morir -esperarse (en) "los límites de la verdad"*. Traducción de Cristina de Peretti. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

\_\_\_\_\_ (2001). A corazón abierto. En *¡Palabra! Instantáneas filosóficas* (pp.13-48). Traducción de Cristina de Peretti y Paco Vidarte. Madrid, España: Trotta.

**Foucault, M.** (1971). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Traducción de Aurelio Garzón. México D. F., México: Siglo XXI editores.

**Gerbaudo, A.** (2014). *La institucionalización de las Letras en la universidad argentina (1945-2010). Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento*. Santa Fe, Argentina: FHUC-CEDINTEL / UNL.

\_\_\_\_\_ (2018a). Los estudios literarios en Argentina y su internacionalización (1958-2015): el caso Brasil. *Saga*, 9, 264-298

\_\_\_\_\_ (2018b). Ante un segundo ciclo de la posdictadura. *El taco en la brea*, 6, 4-8.

\_\_\_\_\_ (2018c). El fuego, el agua, la biodegradabilidad. Apuntes metodológicos para un archivo por-venir. En P. O. Arán y D. Vigna (Comps.), *Archivos, artes y medios digitales. Teoría y práctica* (pp. 41-65). Córdoba, Argentina: Centro de Estudios Avanzados / UNC.

**Gerbaudo, A. y Fumis, D.** (2014). Esquema básico para biografías y entrevista semiestructuradas a los agentes del campo. En A. Gerbaudo, *La institucionalización de las letras en la universidad argentina (1945-2010)*

(pp.259-260). *Notas 'en borrador' a partir de un primer relevamiento*. Santa Fe: FHUC-CEDINTEL/UNL, 259.

**Giordano, A.** (2011). *Vida y obra: otra vuelta al giro autobiográfico*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo.

**Giunta, A.** (2009). *Poscrisis. Arte argentino después de 2001*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.

**Hofstadter, D.** (1979). *Gödel, Escher, Bach. Un Eterno y Grácil Bucle*. Traducción de Mario Usabiaga y Alejandro López Rousseau. Barcelona, España: Tusquets, 1998.

**Link, D.** (2015). Consulta por Analía Gerbaudo. INTERCO SSH / CONICET / CAI+ D – UNL.

**Mirizio, A.** (2016). *La relación Sur-Norte en los estudios literarios en España (1966-2010): Argentina como un caso de inversión de las dinámicas internacionales en la circulación de los discursos de la teoría*. Barcelona, España: Grupo Glicart.

**Rinesi, E.** (2003). *Política y tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*. Buenos Aires, Argentina: Colihue.

**Rocca, P.** (2009). *Revistas culturales del río de la Plata. Campo literario: debates, documentos, índices (1942-1964)*. Montevideo, Uruguay: Ediciones de la Banda.

**Ronell, A.** (2011). Entretien. *La faute à Mallarmé. L'aventure de la théorie littéraire*. Paris: Du Seuil, 290-296.

\_\_\_\_\_(2015). Derridémocratie. *Lignes*, 47(2), 301-309. doi:10.3917/lignes.047.0301.

**Sapiro, G.**(2009)(Dir.). *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation (XIX<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècle)*. París, Francia: La Découverte.

\_\_\_\_\_(2018). La circulation des sciences humaines et sociales en traduction: enjeux et obstacles à l'heure de la globalisation. *Tendencia editorial*, 13, 26-35.

**Sapiro, G. y Pacouret, J.** (2015). La circulation des biens culturels: Entre marchés, États et champs. *Guide de l'enquête globale en sciences sociales* (pp.68-93). París, Francia: CNRS.

- Sarlo, B.** (1997). Entrevista con Ana Longoni. *Causas y azares*, 6, 11-31.
- Sorá, G. y Beigel, F.** (2019). Arduous Institutionalization in Argentina's SSH: Expansion, Asymmetries and Segmented Circuits of Recognition. En Ch. Fleck, M. Duller y V. Karady (Eds.), *Shaping Human Science Disciplines. Socio-Historical Studies of the Social and Human Sciences* (pp.327-360). Londres, Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- Vidarte, F.** (2007). Derriladacan: contigüidades sintomáticas. Sobre el objeto pequeño j@cques. En C. de Peretti y E Velasco (Eds.), *Conjunciones: Derrida y compañía* (pp.105-136). Madrid, España: Dykinson.
- Williams, R.** (1977). *Marxism and literature*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.



**II.**

**Humanidades, universidad, crítica**



# Las humanidades y la Universidad

**Eduardo Rinesi**

Universidad Nacional de General Sarmiento

## 1.

No deja de haber algo de curioso y de interesante en la convocatoria que nos invita a pensar las humanidades por venir, las humanidades en relación con el porvenir, toda vez que una larga tradición tiende a situar el conjunto de saberes a los que solemos abarcar bajo este nombre de “humanidades” más bien mirando al pasado que al futuro, *por oposición*, incluso, a *otro* tipo o a *otro* conjunto de saberes, disciplinas y discursos que ha tendido siempre a presentarse, *contra* ese carácter antiguo y hasta conservador que detentarían casi constitutivamente las humanidades, como los saberes “nuevos” que había que construir y que abrazar. Sin necesidad de ir más lejos en el espacio ni en el tiempo, pienso en tres momentos en que se plantearon en estos términos algunos debates particularmente interesantes en el campo del pensamiento histórico, social, literario y político argentino.

El primero es el de la querrela, entre 1881 y 1882, entre el viejo historiador patricio Vicente Fidel López y el moderno historiador “positivista”, documentalista, *científico*, Bartolomé Mitre. Este *duelo*, como lo ha llamado Horacio González, es quizás, en efecto, un primer capítulo de una larga discusión sobre los modos de investigar y de escribir en la Argentina. En él, López asume un es-

tilo literario, dramaturgico, erudito casi hasta el capricho (como cuando sorprende con sus destrezas filológicas y con su buen manejo del griego y del latín) y por momentos, para usar una palabra suya, filosófico; mientras que Mitre, el plebeyo Mitre, actúa como el abanderado de un tipo de investigación histórica basada menos en relatos familiares o en fábulas antiguas que en documentos que él querría inapelables, menos en pretenciosas conjeturas que en la aplicación rigurosa de lo que llama “un sistema metódico de comprobación” de las legalidades sociales que quiere verificar. Contra el tipo de estilo de López, que sin forzar mucho las cosas podríamos llamar, para pensar lo que aquí se trata de pensar, “humanístico”, Mitre levanta el programa de la historia como una ciencia positiva. Sin importar aquí la discusión sobre hasta qué punto haya sido el propio Mitre fiel a tal programa, lo que es obvio es que la suya fue, como en su momento dictaminó Ricardo Rojas, la posición históricamente victoriosa en la contienda.

El segundo es el de la discusión entre el viejo hombre de letras, el viejo *gentleman escritor* –como decía David Viñas– que había sido el primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Miguel Cané, y el primer profesor de Sociología (esa ciencia social nueva, moderna, del futuro, a la que los viejos aristócratas del saber no podían mirar sin algo de recelo) de esa misma casa, Ernesto Quesada. Es interesante esta discusión, que, siguiendo una sugerencia de Oscar Terán (2008), podemos encontrar en el contrapunto entre dos discursos marcadamente programáticos: el de despedida del decanato del autor de *Juvenilia* y el de asunción de la cátedra de Sociología del moderno científico social formado en la lectura de Ferdinand Tönnies y de Georg Simmel y de Max Weber. Las letras contra las ciencias, pues, el elegante francés contra el potente alemán, y el siglo XIX contra el XX. De nuevo, las humanidades quedaban del lado del pasado, no del porvenir, que era todo de los nuevos saberes que se abrían

paso con su discurso del método, su sobria literalidad y su vocación por contribuir a la elaboración de políticas públicas capaces de integrar a las multitudes inmigrantes y forjar con ellas la base de una nación nueva.

El tercero es el de la disputa entre el viejo ensayo social crítico que desde los años 30 del siglo pasado venía siendo el género dominante de las intervenciones más potentes de los grandes escritores liberales (como Ezequiel Martínez Estrada) o nacionalistas (como Raúl Scalabrini Ortiz) y, de nuevo, esa disciplina que desde su nacimiento reclamó la condición de compañera de ruta de los procesos de modernización de las sociedades que era y es la sociología, y que, después de la experiencia de las generaciones de Quesada y de José Ingenieros, volvía ahora a probar suerte, de la mano de otro inmigrante italiano, Gino Germani, en un país al que el autor de *Política y sociedad en una época de transición* veía demasiado proclive a la “literatura de ideas” y poco dispuesto a trocar las especulaciones metafísicas sobre la sociedad por el esfuerzo de describir y explicar con rigor sus movimientos. El desprecio de Germani por los escritos de los autores que cité o de tantos otros cuyo estilo de pensamiento y de escritura venía a combatir, o la prolongación de ese ademán en la polémica entre su discípulo Eliseo Verón y el joven Juan José Sebreli, constituyen evidencias ostensibles, cualquiera sea el juicio que hoy puedan merecernos las obras de Germani, de Verón o de Sebreli, de este nuevo capítulo de la historia del debate entre las viejas humanidades y las nuevas ciencias sociales (véase Blanco, 2006) que aquí he tratado de plantear.

Son tres ejemplos, estos que acabo de ofrecer, de un movimiento general que ha permitido a las ciencias sociales levantar sus pretensiones de legitimidad sobre la base del argumento de su vocación empírica y del rigor científico de su método, por oposición al idealismo de las viejas humanidades a las que buscaban desplazar. En este esquema, entonces, las humanidades no quedaban

del lado del porvenir, sino más bien del lado del pasado, y las ciencias sociales empíricas se presentaban a sí mismas como las dueñas del futuro. A continuación me gustaría preguntarme qué balance podemos hacer hoy, a un siglo y medio, a un siglo y a medio siglo de los tres momentos de esta historia que acabo de recordar, sobre el presente de una civilización que busca y encuentra su propia comprensión en el lenguaje de las ciencias sociales empíricas, y qué déficits en esa misma autocomprensión hay que imputar al modo en que han sido relegados de ella los viejos saberes humanísticos.

## 2.

Es casi un lugar común clasificar los grandes cuerpos de pensamiento en el campo de las ciencias sociales partiendo de la distinción entre dos vocaciones diferentes: la de explicar las cosas y la de comprender a los sujetos, y entonces oponer dos grandes tradiciones, que suelen recibir los calificativos de *positivista* y de *hermenéutica*. La primera se asocia a la representación del mundo social como un conjunto de hechos objetivos cuyas causas hay que poder desentrañar. A eso lo llamamos *explicar*. La segunda se vincula con la idea del mundo social como un conjunto de acciones subjetivas cuyos *sentidos* para el sujeto o los sujetos que las llevan adelante hay que saber captar. A eso lo llamamos *comprender*. Cualquier estudiante de primer año de Sociología sabe que hay que poner a Émile Durkheim y a sus discípulos del lado de la primera de estas tradiciones, y a Max Weber y a los suyos del lado de la segunda.

Sabemos bien cuál es el problema de la primera de esas tradiciones. En 1968, Jürgen Habermas escribió un libro precioso, *Conocimiento e interés*, cuya preocupación por el objetivo de la emancipación humana como fin último del conocimiento testimonia el clima intelectual europeo de ese año tan intenso. En el comienzo mismo de ese libro, en su primera o segunda página, encontramos

una declaración de Habermas que tiene el más alto valor para nosotros. Este libro –escribe, en efecto, Habermas– está escrito *contra el positivismo*, porque el positivismo, agrega (y es este agregado el que me interesa), es la negación de la reflexión. Estamos en el corazón de la gran tradición crítica moderna. Porque lo que aquí quiere decir que el positivismo es la negación de la reflexión no es, por supuesto, que el positivismo sea la negación del pensamiento. El positivismo es una forma del pensamiento, y hasta una no carente de interés, pero una en que ese pensamiento no se siente obligado, como debería sentirse siempre para no ser necio, a volver sobre sí mismo, sobre sus propias bases o sobre sus propios fundamentos, a doblarse, a flexionarse sobre sí mismo para examinar su propio punto de partida, que es exactamente lo que quiere decir la palabra compuesta “re-flexionar”.

El asunto tiene su raíz en las preocupaciones del viejo Kant, que en un librito titulado *El conflicto de las facultades*, de 1798, las trasladó a una consideración sobre la cuestión universitaria, cuestión que filósofos contemporáneos como Jacques Derrida, de decisiva influencia sobre el espíritu de la convocatoria a este encuentro, o como nuestro colega chileno Willy Thayer, que le dedicó un precioso libro hace unos veinticinco o treinta años<sup>1</sup>, han estudiado en la ostensible estela de las ideas desplegadas por Kant en ese libro. Allí, el filósofo alemán, retomando la distinción que habita su breve texto “¿Qué es la ilustración?” entre un uso público de la razón, libre e irrestricto, y un uso privado de la razón, que es privado porque *está privado*, precisamente, de esa libertad, y que está privado de esa libertad porque el libre despliegue de la misma, en ciertas materias, podría poner en riesgo la estabilidad de la vida colectiva, señalaba que las tres Facultades que se llamaban “superiores”, que eran las de Teología, Derecho y Medicina, tenían

1. Véanse Thayer, 1996 y Derrida, 2010.

unos objetos de estudio y de enseñanza que estaban allá fuera, en el mundo, y que eran Dios, las leyes y los cuerpos, y que sobre esos asuntos, que eran de evidente interés público y correspondían al campo de las legítimas preocupaciones del poder soberano del Estado, esas Facultades no podían, no eran libres, para enseñar lo que se les ocurriera. Que el uso de su razón, en su enseñanza de esos temas, era pues un uso de la razón *privado*, porque estaba privado, precisamente, de esa libertad.

Así, el funcionamiento de las tres Facultades Superiores estaba signado por la heteronomía, y nadie que valorara el principio superior de la existencia y el mantenimiento del propio orden social podría encontrar en ello nada reprochable. Pero si la Universidad no reservaba algún pliegue interno de sí misma para poder pensar sin ningún límite ni regla eso que pensaba con todo tipo de límites y reglas en esas tres Facultades Superiores, el riesgo que se corría era que toda esa máquina de producción y transmisión de conocimiento que era y es la Universidad tuviera que plegarse a los designios de los poderes soberanos del Estado, volviéndose una institución dogmática y potencialmente cómplice de todas las tiranías. ¿Cómo conjurar ese peligro? Pues precisamente delimitando dentro de la propia institución una cierta zona donde la Universidad pudiera pensar con la más absoluta autonomía las cosas que ella misma pensaba –sin esa autonomía– en las tres Facultades mencionadas. Donde la Universidad pudiera pensar las condiciones en las que pensaba, saber las circunstancias en las que sabía, conocer las cláusulas de su propio conocer. Flexionar, como decíamos, su propio pensamiento, para examinar su punto de partida. Es decir –ya lo dije–, re-flexionar. Kant dio el nombre de Facultad de Filosofía a ese pliegue interno de la Universidad, a esa zona en la arquitectónica de la Universidad (tomo esta palabra con tortícolis, “arquitectónica”, del libro de Thayer que cité recién) encargada de llevar adelante este ejercicio. Así, la Facultad de Filosofía es la res-

ponsable, para Kant, de hacer la crítica de los modos en los que los poderes del mundo operan sobre los pensamientos que pensamos y los vuelven cómplices de su propio imperio.

Por supuesto, donde Kant escribe “Facultad de Filosofía” nosotros podemos traducir “Humanidades”, y así quizás empezar a respondernos, mirando a su pasado, la pregunta por su porvenir. La tarea de las humanidades, entonces, en una Universidad dominada por la vocación por describir el mundo y no por poner a ese mundo en el banquillo de los acusados, es la de ser fiel al impulso que, de Kant a Habermas, les asigna la tarea de pensar críticamente las categorías, las formas, las determinaciones con las que (también *dentro* de la propia Universidad) la época piensa. De hacer la crítica de lo obvio, del sentido común, de lo dado, de la ideología. Sin humanidades, o empeñándose en romper orgullosas, casi como una señal de su propia madurez o seriedad, sus últimos lazos con las humanidades, las ciencias sociales corren el riesgo de volverse necias, dogmáticas y cómplices.

### 3.

Lo que ahora me gustaría decir es que no deberíamos suponer que estamos a salvo de este riesgo en la zona de lo que hace un momento presenté como el otro gran estilo de trabajo dominante hoy en el campo de nuestras ciencias sociales, que es el que reivindica, *contra* la vocación por dar con las leyes que permitan determinar relaciones objetivas entre los hechos del mundo, la vocación por captar el sentido de las acciones mentado por los sujetos que las protagonizan. No sin algo de malicia, Silvia Sigal (2005) ha atribuido el auge de este tipo de investigaciones a la combinación entre las cada vez más apremiantes exigencias doctorales de las instituciones académicas y las restricciones financieras para el desarrollo de grandes trabajos empíricos sobre muestras poblacionales con

pretensiones de representatividad. En ese contexto, escribe Sigal en el prólogo a un libro de Denis Merklen, los investigadores de las últimas generaciones universitarias descubrieron el valor de lo cualitativo frente a lo cuantitativo, de lo micro frente a lo macro y de la comprensión frente a la explicación.

Ya dije que a veces se llama “hermenéutico” a este estilo de trabajo, pero también que semejante definición tal vez le chingue un poco. El tema es enorme, pero déjenme señalar muy rápido dos cosas. Una es una tendencia de cierto tipo de estudios *soi-disant* “comprensivos” que creen que comprender a otro es tomar nota de lo que ese otro nos dice sobre los asuntos sobre los que le preguntamos, y que creen que la tarea de la ciencia es lograr una adecuada *descripción* de lo que habita en la cabeza de esos otros a los que tratamos de comprender, lo cual solo nos garantiza no comprender, de verdad, nada de nada. Comprender lo que el otro piensa sobre lo que hace es solo una parte de la comprensión de lo que el otro hace. Y, por lo general, lo que importa del otro es lo que hace. Hay una parte de lo que el otro hace que el otro *no* comprende, y que es *nuestra* tarea comprender, si no queremos volvernos apenas escribas de las opiniones (ideológicas, alienadas, etc.) del otro. Perdón por la obviedad: Max Weber comprendió que los protestantes del norte de Europa se levantaron muy temprano, se acostaron muy tarde y en el medio no hicieron más que trabajar durante varias generaciones porque creían que estaban adorando a Dios, pero también comprendió que lo que esa gente estaba haciendo, cuando creían estar adorando a Dios, era otra cosa: fundar el capitalismo. Eso esa gente no lo sabía. Eso no puede salir de ninguna entrevista. No se trata, apenas, de *describir* lo que el otro comprende.

Lo otro: que la comprensión, como decía Lotman, es siempre una operación “de segundo grado”: se trata de comprender, *nosotros*, el modo en que los otros comprenden. No estoy diciendo lo mismo que dije recién: no estoy diciendo que se trate de comprender,

nosotros, lo que los otros hacen, sino que se trata de comprender, nosotros, el modo en que los otros comprenden. No solo de *transcribir* lo que los otros comprenden, sino de comprender, *nosotros*, por qué el otro piensa como piensa, qué determinaciones (ideológicas, históricas, culturales, de clase y de todo tipo) operan sobre los modos en los que el otro piensa. Porque no podemos, en nombre de la humildad ni de la objetividad, salir de escena. Al revés: la objetividad requiere, *no* que juzguemos, *no* que moralicemos, pero sí que no esquivemos el bulto de trabajar de intelectuales. Escribo esto preocupado por la entonación, comprensiva hasta la candidez y a veces hasta la complicidad, que advierto en algunos trabajos de sociología política aparecidos entre nosotros en este último tiempo. El camino de la *verstehen* no puede ser de una sola mano.

#### 4.

Dije hace un momento que cuando Kant escribe “Facultad de Filosofía” nosotros podemos traducir “Humanidades”. De hecho, es el ancho campo de los saberes que incluimos bajo esta denominación el que se enseñaba en aquella Facultad de la que hablaba el filósofo alemán, lo que no deja de ofrecernos algunas pautas para tratar de responder la pregunta por las tareas de las humanidades en nuestro presente y mirando a nuestro porvenir. Por un lado, las humanidades deben aportar a nuestras universidades y a nuestra cultura un conjunto de saberes que podemos llamar, con una expresión de Martha Nussbaum, “sin fines de lucro”. *Inútiles*. Inapreciables dentro de la lógica utilitarista que preside en general la determinación de la pertinencia o impertinencia de lo que se promueve que se investigue y que se enseñe en nuestras instituciones.

No reivindico esta vocación anti-utilitarista de las humanidades como un ademán más o menos insolente ni maldito, ni como la pretensión de una especie de derecho de los practicantes de las hu-

manidades a ser financiados por la comunidad para estudiar lo que se les ocurra sin tener que rendir cuenta de ello, ni mucho menos como una defensa corporativa de los practicantes de cierto tipo de disciplinas cuya estrechez de miras a veces los conduce apenas a deplorar el descuido relativo en que esas disciplinas son tenidas por las agencias de financiamiento del Estado y a demandar una porción más grande de la torta. No. Reivindico esta vocación anti-utilitarista de las humanidades como parte de lo que tenemos que pensar en el marco de un debate más amplio e importante, que se ha instalado entre nosotros en los últimos doce o quince años y que es necesario que no abandonemos en este tiempo oscuro que vivimos, que es el debate sobre lo que significa el postulado de la educación superior como un derecho humano universal. Como un derecho de los individuos *y también como un derecho de los pueblos*, como tempranamente supo exigir Ernesto Guevara en aquel formidable discurso en la Universidad de las Villas (2004: 147 y ss.), en Cuba, el 28 de diciembre de 1959, y como me parece que deben leerse tanto la primera frase de la Declaración Final de la Conferencia Regional de Educación Superior de Cartagena de Indias<sup>2</sup>, de 2008, como el texto de la reforma de la Ley de Educación Superior de nuestro país<sup>3</sup>, de 2015.

Quiero decir: que es porque la Universidad es un derecho del pueblo que es necesario que no descuidemos, en nombre de principios de una racionalidad técnica o económica muy estrecha, los saberes perfectamente inútiles a los que damos el nombre general de

2. “La Educación Superior es un bien público social, un derecho humano y universal y un deber del Estado” (Conferencia Regional de Educación Superior, 2008).

3. “El Estado nacional, las provincias y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, tienen la responsabilidad principal e indelegable sobre la educación superior, en tanto la educación y el conocimiento son un bien público y un derecho humano personal y social en el marco de lo establecido por la ley 26.206” (Ley N° 27.204, 2015, art. 1).

humanidades. Que la Universidad es un derecho del pueblo quiere decir, entre otras cosas, que la Universidad debe formar a los profesionales que el pueblo necesita e investigar sobre los problemas que los pueblos necesitan conocer para avanzar en el camino de su desarrollo, su realización y su emancipación. Hay que entender en un sentido amplio esta idea de *necesidad*. De hecho, la palabra aparece en el propio subtítulo del libro de Nussbaum: *por qué la democracia necesita de las humanidades*. Es que las humanidades son, en efecto, necesarias para los pueblos y para su organización democrática, en la medida en que son insustituibles, en el marco de lo que Nussbaum llama una educación para la formación de ciudadanía y no solo para el desarrollo económico, para ayudarnos a reflexionar sobre los problemas colectivos, reconocer a los otros e interesarnos por sus vidas, imaginar las respuestas posibles a una amplia variedad de preguntas fundamentales, que la humanidad viene haciéndose hace siglos, con más instrumentos que los que nos ofrecen los datos inmediatos de nuestra experiencia, identificar el bien común de nuestras sociedades por encima de todo particularismo, ampliar nuestros horizontes existenciales, intelectuales y morales.

Por otro lado, las humanidades deben cumplir esa función de re-flexión, de mirada crítica sobre el propio punto de partida de los pensamientos que pensamos en la Universidad, de *sus propios pensamientos*. Re-flexión: vuelta del pensamiento sobre sí, examen de sus propios puntos de partida. Lo que aquí quiero decir es que esos propios puntos de partida de los pensamientos que pensamos son, por un lado, puntos de partida *teóricos*: concepciones, paradigmas, teorías que debemos revisar permanentemente, y, por otro lado, puntos de partida *institucionales*. Pensamos en el interior de instituciones y es necesario que pensemos *a* esas instituciones como parte de las determinaciones que sostienen pero también limitan, sesgan, determinan la orientación y las posibilidades de nuestros

pensamientos. Un pensamiento crítico tiene que serlo también de los propios procedimientos y rutinas que enmarcan lo que pensamos y el modo en que pensamos, lo que escribimos y la forma en que escribimos, los rituales de los que participamos y las pleitesías que rendimos, muchas veces ya sin darnos cuenta, porque a todo eso lo naturalizamos y nos habituamos a ya no cuestionarlo, como si pertenecieran al orden eterno e inmutable de las cosas.

Es necesario entonces que nuestras humanidades también nos ayuden a (y tengan ellas mismas la capacidad para) realizar este movimiento re-flexivo sobre una cantidad de zonceras a las que es indispensable que podamos examinar críticamente sino queremos que todo lo que hacemos, pensamos y escribimos se vuelva parte de un aceitado mecanismo de neutralización, cuando no de asimilación e instrumentación. Me refiero a los imperativos de escritura que aceptamos, a los criterios de seriedad de lo que hacemos que no cuestionamos, a nuestra tendencia a suponer que el objetivo mayor de nuestros desvelos debería ser llegar a publicar un artículo, en un idioma distinto al que habla cotidianamente el pueblo que nos paga nuestros salarios de investigadores, en la *Very Important Anthropological Review* de Oklahoma, a nuestra grotesca disposición a usar el verbo “ser” para decir que *somos*, verbigracia, categoría 2 de un programa de incentivos que ha hecho mucho daño y que deberíamos animarnos a decir que hay que abolir de una buena vez (a abolir, no a cambiar por una versión aún peor, aún más ridícula, aún más jerarquizante y stupidizante), a nuestra aceptación de los criterios fuertemente jerarquizantes de nuestras relaciones y de nuestras vidas que nos hace suponer que “ser investigador” (es decir, tener nuestro nombre en la nómina de un organismo de financiamiento de la investigación) es mucho más digno e importante que ser docente, o que, si esta última desgracia viniera a caer sobre nuestras vidas, serlo en el posgrado es mucho menos degradante que serlo en el abominable “grado”, y así siguiendo.

Tengo que terminar. Quise decir cuatro cosas. Una: que las humanidades *deben* ser parte, y una parte importante, del porvenir de nuestra vida colectiva y de nuestras instituciones universitarias. Dos: que una de las razones por las que deben serlo es porque deben actuar de manera correctiva y crítica frente a la arrogancia de las ciencias sociales de vocación más ingenuamente positivista, *pero también frente a los desmayos de un pensamiento que pone bajo el signo de la comprensión la evidencia de su propia incapacidad para comprender*. Tres: que no podemos pensar en un sentido fuerte la idea de un derecho del pueblo a la universidad sin reivindicar la idea de una cierta gratuidad del tipo de saber propio de las humanidades. Y cuatro: que gratuidad no quiere decir descompromiso, y que parte del compromiso que, por el contrario, debemos exigirle a nuestras humanidades es el compromiso con la revisión reflexiva y crítica de los modos en los que se desarrollan en nuestras instituciones.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blanco, A.** (2006). *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Conferencia Regional de Educación Superior.** (2008). *Declaración Final de la Conferencia Regional de Educación Superior en América Latina y El Caribe*. Recuperado de <https://www.oei.es/historico/salactsi/cres.htm>
- Derrida, J.** (2010). *Universidad sin condición*. Madrid, España: Trotta.
- González, H.** (2012). *Lengua del ultraje: De la generación del 37 a David Viñas*. Buenos Aires Argentina: Colihue.
- Guevara, E.** (2004). *Obras Escogidas*. Santiago de Chile, Chile: Resma.
- Habermas, J.** (1989). *Conocimiento e interés*. Madrid, España: Taurus.
- Kant, I.** (2004). *El conflicto de las facultades*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Ley N° 27.204. Ley de implementación efectiva de la responsabilidad del estado en el nivel de educación superior. *Boletín Oficial de la República Argentina*, 9 de noviembre de 2015.
- Nussbaum, M. C.** (2010). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Sigal, S.** (2005). Prefacio. En D. Merklen, *Pobres ciudadanos: Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires, Argentina: Gorla.
- Terán, O.** (2008). *Vida intelectual en Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Thayer, W.** (1996). *La crisis no moderna de la Universidad moderna (Epílogo de El conflicto de las facultades)*. Santiago de Chile, Chile: Cuarto Propio.
- Viñas, D.** (1996). *Literatura argentina y política*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

# Humanidades: la universidad y lo público, la creación y la crítica

**Pablo Oyarzun Robles**  
Universidad de Chile

En lo que sigue me propongo hablar brevemente de dos asuntos que creo están ligados. Y hablaré de ellos principalmente desde mi propia experiencia, repartida desde hace ya muchos años en el trabajo académico, la dirección y gestión universitaria, la consejería nacional de investigación y la intervención en el espacio público. El primero de esos asuntos concierne a la situación actual de las humanidades en el contexto universitario y social prevalente; el segundo, a ciertas características y operaciones que serían distintivas de las humanidades. En ambos casos me interesa tener en consideración el contexto latinoamericano.

## 1. La universidad y lo público

Se podría empezar diciendo que la neoliberalización de la universidad —en el norte global o en el sur global, las diferencias pueden ser localmente relevantes, pero, a fin de cuentas, estructuralmente no del todo decisivas— ha puesto en entredicho el destino de las humanidades. Es el tópico del declive de las humanidades, que se ha dejado oír con insistencia en las décadas recientes. El punto es que esta amenaza, que se deja sentir intensamente en

tantos lugares, en América Latina, desde luego, toca a la entidad misma de lo universitario.

Por lo pronto, se trata de recursos: ¿cuáles son las credenciales que las humanidades pueden presentar en una institución que de manera creciente ha sido modelada por el mercado y el imperativo del crecimiento? Escasas, sin duda. Se podrá argüir que las competencias que requiere el crecimiento económico pueden ser fortalecidas o enriquecidas por una oportuna exposición a las humanidades, por ejemplo, en el sentido de que la versatilidad y las destrezas de comprensión e interpretación de situaciones complejas que promueven las humanidades son capacidades valiosas en los medios en que se desenvuelve la labor económica de punta, lo que ya es un viejo hallazgo de las grandes empresas. Pero eso es abdicación de lo que, más allá de los recursos, define a las humanidades.

Me parece pertinente preguntar —como pregunta de principio— si puede haber universidad sin humanidades, es decir, siempre en términos económicos, sin aquello que no tiene retorno más que marginal y no suficiente para su propio sustento. Si cabe pensar que no la haya es porque probablemente asistimos a un proceso de transición hacia otra cosa que la universidad, que podrá seguir llamándose igual por interés simbólico o mera inercia. El proceso ya lleva mucho tiempo y tiene como condición y fase primaria la conversión de la universidad en un aparato de normalización, legitimación y reproductibilidad del conocimiento, que es, en general, disociado de lo que llamaría la fuerza del conocimiento, el estatuto actual de lo universitario.

En este contexto, las humanidades, sobre todo si se refugian en prácticas que no llamaré tradicionales, sino conservadoras, se adaptan. Aquellas y aquellos jóvenes movidos por un deseo que busca desplegarse en la labor académica saben que si no se encarrilan pronto en el tren de las exigencias que les permitirían el ejercicio de esa labor, tendrán que buscar derroteros laborales varios,

algunos de ellos no apetecibles; pero la institución no acoge ese deseo, no tiene ojos para esas y esos deseantes, sus ojos están vueltos hacia dentro. Ingresan, ellas y ellos, entonces, en la factoría de la legitimación y la reproductibilidad, aunque, si el deseo prima, muchas veces sea a regañadientes. Esto es adaptación forzada, que a menudo es estimulada por sus propios profesores, olvidados de lo que los llevó a los asuntos a los que todavía quisieran entregarse, pero ya no saben cómo.

Sin embargo, las humanidades son, en la universidad, la insistencia de una disposición y una tarea que están en el fundamento mismo de lo universitario, si hemos de entender a este último como un lugar donde ejercer una voluntad no condicionada de saber y de saber en común de lo común en pro de lo común: son la insistencia de una incondicionalidad del conocimiento en indiscernible vinculación con las condiciones de existencia del cognoscente. Las potencias originales que les incumben son la singularidad como modo de comparecencia de aquello que las interpela cognoscitiva y críticamente, la pluralidad de formas que aquello asume, la contingencia de su inscripción temporal e histórica, la alteridad como signatura y la exterioridad como ámbito de existencia. Es lo que las humanidades aportan a la universidad como institución, magnitud histórica y modo de vida. En ese sentido digo que la cuestión de las humanidades es indisociable de la cuestión de la universidad.

Pero lo que las humanidades enfrentan hoy es el problema de su pervivencia como conocimiento modelador. Bajo la dictadura de la utilidad y la eficiencia, bajo el primado de los propósitos de crecimiento económico, y en un contexto en que la educación se concibe cada vez más acentuadamente como un negocio (es decir, como la venta de un servicio bajo la premisa de que este acarreará al consumidor ventajas comparativas relevantes de retorno económico y de ascenso social), el carácter no negociable o sub-negociable de las humanidades genera una obvia desventaja. Pero,

así como no se trata de inventar fórmulas de venta, tampoco se trata de defender, como suele hacerse, la radical inutilidad de las humanidades (vinculada o no a la defensa de la inutilidad del conocimiento como tal), lo que remata indefectiblemente en equívoco, sino de evidenciar la necesidad de un espacio de libertad irrestricta para su ejercicio. Este es esencialmente un espacio público, y un espacio de conversación.

Precisamente porque la suya es voluntad de saber en común de lo común y en pro de lo común, desde un comienzo pertenece a las humanidades como determinación esencial la vocación de lo público. La estructura epistémica de las humanidades es discursiva (a diferencia de una estructura basada en el cálculo) y el principio de articulación del espacio público es el discurso; comparten ambos el lenguaje natural como medio. Ambos nacen y renacen en la escena de la conversación de la comunidad.

La difícil pervivencia de las humanidades como forma originaria y ejemplar de pensamiento y conocimiento es solidaria del hecho hoy generalizado de una crisis de lo público. No hablo de la crisis que le es inherente: lo público es de suyo frágil en cuanto es el espacio de concurrencia de los intereses, las fuerzas y los poderes y de las capacidades para hacer del discurso su vehículo e instrumento. Hablo de la tendencia a una clausura de lo público bajo la forma paradójica de una absoluta y obscena publicidad.

En América Latina las humanidades —que no siempre han tenido necesariamente su sede en la universidad— han contribuido de manera decisiva a la construcción de la esfera pública de nuestras siempre problemáticas repúblicas desde sus mismos inicios. Este compromiso debería seguir determinando su ejercicio. Es un compromiso primariamente político y en esos mismos términos ha estado presente en la praxis de las humanidades en América Latina. Su asunto está siempre *afuera*, no recluido en el claustro. Una de las formas eminentes en que lo ha estado es el agenciamiento

de la educación. Y creo que esta es una necesidad hoy, de toda y todo aquel que se involucre en la praxis de las humanidades en cualquiera de las formas posibles: considerar la educación como tarea esencial.

Este compromiso político es un compromiso democrático que apunta a aquello que en lo humano es la potencia de lo común; no lo común como algo dado, sino como algo en el proceso de cuya (interminable) gestación se constituye (también interminablemente) lo humano: en la potencia de pensar más allá de los privados intereses, incluso de los privados intereses de lo que llamamos “humano” (en eso consiste, a fin de cuentas, pensar), en la potencia de interesarse por otras vidas y por el espesor que traen consigo, en la potencia de abrirse a la complejidad del mundo y de la existencia, en la potencia, en fin, de dejarse afectar por lo diverso, lo foráneo, lo irreductible.

## 2. La creación y la crítica

Son notorias las restricciones impuestas a las humanidades, a su ejercicio y desarrollo, por las formas dominantes del diseño, la organización y el financiamiento actual del trabajo académico, y por los criterios y requerimientos bajo los cuales se evalúa y reconoce el aporte de las disciplinas y de la investigación que se realiza en ellas. No son restricciones inocuas: tienen alcance epistémico. Basta para ello confrontar las características y condiciones propias de las humanidades con los parámetros que articulan hoy todo el trabajo científico: productividad, rendimiento, eficiencia, emprendimiento e innovación, junto a su soporte: el “capital humano avanzado”. Todo ello es tributario de lo que habría que llamar el *modo de producción* del conocimiento imperante en la época del capitalismo tardío, el modo neoliberal en su forma vigente: esos mismos parámetros son clara expresión de ese modo, así como

la “sociedad del conocimiento” no significa otra cosa que la total subordinación del conocimiento a las necesidades y exigencias de totalización del capitalismo.

Las humanidades no tienen su foco en la producción, sino en la creación. (El término puede adoptar un tufillo ideológico; lo empleo aquí por razones específicas que abordo de inmediato.) La producción se mide por su resultado y su rédito, de manera que la commensurabilidad entre el trabajo que se invierte en ella junto al tiempo que supone ese trabajo, por una parte, y, por otra, el producto que de ello resulta unido al retorno que conlleva es lo que determina a la producción como tal: su estructura es teleológica y económica. Se suma a esto decisivamente que la referida commensurabilidad asegura o por lo menos posibilita la replicación del proceso y una vez establecida ya no es necesario volver a ensayar operaciones para obtener el mismo resultado. En consecuencia, el éxito teleológico del proceso (el logro del resultado) no tiene solo efecto económico en cuanto a rédito, sino también en cuanto al proceso mismo y al tiempo que requiere.

En cambio, la creación (en un sentido amplio del término) tiene su medida en la variación, en la emergencia de la singularidad a la que se abre y que busca sin certeza ni garantía. Es trabajo, sin duda, concreto y material, que no carece de reglas y de operaciones aprendidas: desde este punto de vista nada parece diferenciarla de la producción y de hecho comparte con ella todos los elementos y las fases que se quiera mencionar. Y sin embargo su medida es lo que interrumpe y rompe la commensurabilidad. Por cierto, nada asegura que ocurra esa interrupción: en la contabilidad de la creación no es posible proyectar un haber, solo cabe presuponer un debe hasta que el tiempo, dado el caso, diga lo contrario. Por eso mismo, la variación que persigue el proceso creativo (y que solo puede darse a condición de no acosarla, de no buscarla empecinadamente donde se cree que está) no tiene un tiempo prefijado

ni previsible de presentarse y es perfectamente verosímil, en definitiva, que no se presente. La temporalidad de la creación es la del diferimiento, tanto, cuanto sea necesario para que se dé la variación: que puede no darse en absoluto. De ahí que en la economía de la creación hay un núcleo an-económico.

Esto explica el problema que presentan las humanidades ante los indicadores que rigen hoy por hoy la gestión universitaria y que tienden a asimilarla a la gestión empresarial. Si no se cuenta ni siquiera con indicadores de rentabilidad social (y esto todavía es mantenerse dentro de la lógica vigente), para qué hablar de aquello que precisamente es reacto al tipo de medición que implican esos indicadores maestros. La matriz y supuesto de estos es la estandarización; en las humanidades lo que cuenta es la variación y la divergencia, porque su objeto es variable y divergente.

Pero no se trata de rechazar de plano indicadores que dan cuenta del cumplimiento o incumplimiento de estándares y metas en rangos de inferior a superior a propósito de una determinada disciplina, una actividad académica o una organización. No se trata de eximirse de toda *normalidad* del conocimiento. Esta normalización y esos estándares son la regla y en esa calidad sirven al reconocimiento de la excepción. Ayudan, por contraste, a atender a la variación, a entender que en la divergencia se juega, precisamente, lo que llamamos “creación”, es decir, inventiva (en el sentido primario de hallazgo y ocurrencia), generación de nuevo conocimiento o de nuevas estrategias de conocimiento, desplazamiento de fronteras epistémicas, gestación y cuidado de la “obra”.

Las humanidades conservan la memoria de algo que cabría llamar un *estilo* que tiende a ser obliterado aceleradamente en las prácticas universitarias y formativas de hoy, incluso en las que les son más propias a ellas mismas. Mientras por doquier se impone el imperativo del conocimiento condicionado a resultados, y las humanidades también parecen llevadas a rendírsele, lo que en

ellas se hace no termina jamás de suprimir dos rasgos que les son esenciales: el *estudio* y la *conversación*. El estudio es celo, cuidado, ardor y pasión y esencialmente *atención*. La atención es acogida de las singularidades, de lo que se resiste a ser homologado, catalogado, categorizado, reducido a estándares y administrado según estos. Y la conversación consiste en dos cosas: en el trato frecuente con esas singularidades, que acostumbra a quien así se conduce a aprender de ellas precisamente lo que las singulariza; y consiste también en solicitar de las otras y otros similar atención y trato y compartir con ellas y ellos lo que de esa manera se aprende. En ambos rasgos está presente inseparablemente la función de la *crítica*.

La crítica, por cierto, siempre está vinculada, referida, dedicada y como destinada a algo otro, a su objeto, su asunto, como quiera que se lo llame. Pero no se limita a hacer la evaluación de su objeto. Crítica es un concepto polisémico. En su base, en todo caso, hay una *operación*. Es la operación del discernimiento, la percepción de la diferencia: la diferencia, digamos, que constituye como tal a su objeto. Por eso, la crítica no se limita a evaluar a su objeto: al discernirlo, al percibir la diferencia que lo constituye, explícita o implícitamente afirma lo que falta —o acusa lo que sobra. Afirma lo que falta: lo que falta en el objeto para su cumplimiento o bien la falta que devela el objeto en el mundo por su propia existencia. Pero también puede acusar lo que excesivamente sobra y eclipsa singularidades. Tómese como ejemplo lo que llamamos “humano”. La crítica de lo humano, que es un mandato originario de las humanidades, tiene que discernir todo aquello que sobre-determina sin cuestionamiento el sentido y la entidad de lo “humano”, llámese etnocentrismo, eurocentrismo, androcentrismo, antropocentrismo o humanismo, generando diversos tipos de exclusión.

La crítica —no se desconocerá el sesgo kantiano de lo que diré— concierne al límite y a la posibilidad (a partir de su condición), pero por eso mismo piensa y pondera a su objeto desde su

posibilidad (y lo que la condiciona) y *a la vez* desde su imposibilidad, su límite. En este doble discernimiento se abre a lo que se resiste a la clausura de lo sido y, al mismo tiempo, se abre a lo (aún) no existente. Es —diría, evocando a Marx y teniendo en mente a Spinoza— lo radical de la crítica.

Una expresión discursiva sustancial del estilo a que hacía referencia —y aquí estoy pensando específicamente en América Latina— es el *ensayo*, que no se presta dócilmente a los estándares e indicadores del patrón epistémico dominante, y es lejano y ajeno a la forma igualmente dominante del *paper*, que no solo determina un modo de comunicación del conocimiento, sino que se cifra en la homogeneización de comportamientos epistémicos y la reducción de la signatura expresiva a *lingua franca*. Tiene el ensayo la pasión de la contingencia y la singularidad, de lo irreductible. Es el *pathos* originario de las humanidades, que jamás pueden dar por sentado qué sea “lo humano”. La pregunta por lo humano que las moviliza —pregunta radicalmente crítica— es indisociablemente la pregunta por lo no-humano, no como condición excluyente, sino como condición inherente: no hay “lo humano” que no contenga como su condición (y, diré, su condición interna) lo otro-que-humano, lo no-humano.

Se ha dicho que “nuestra América es un ensayo”, pensando a la vez en las vicisitudes del así llamado “encuentro de dos mundos” y en la predilección por el género ensayístico en “nuestra América”. Creo que es posible decir que el ensayo es la forma privilegiada que asume el discurso de las humanidades en América Latina. Y es también la forma en que el discurso de las humanidades, dentro y fuera de la universidad, en estrecho vínculo con la sociedad y la política, ha contribuido a la construcción y vigilancia crítica del espacio público.

El debut del ensayo como forma se remonta al tardío siglo dieciséis y a los inicios del diecisiete y tiene a Montaigne y a Francis

Bacon como sus dos modelos originarios y señeros. Pero si “América es un ensayo”, *este ensayo* que es América es tal vez la forma precursora del ensayo, así como la primera emergencia o, si se quiere, la primera provocación de las humanidades, en la medida en que estas son conscientes de su cometido esencial.

América ha sido el mayor sismo de Europa, que provocó, en última instancia, la época a cuyas estribaciones aún pertenecemos: el Nuevo Mundo indujo lo moderno. La cuestión de lo humano, en cierto modo la indeterminación de lo humano estuvo persistentemente en su centro, desde el primer “encuentro”. Esa cuestión se encendió muy tempranamente, acarreado consigo sus razones bélicas, políticas, económicas, religiosas, morales y sexuales. Se podría considerar como escena paradigmática la junta o controversia de Valladolid (1550-1551), que opuso a Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda en un debate enardecido e irresuelto, no precisamente en torno a la naturaleza de los indígenas, sino acerca de su inferioridad, de la “guerra justa” que la Corona española emprendía en su contra y del legítimo derecho de los conquistadores a ejercer tutelaje sobre ellos. La célebre controversia fue, acaso, como una suerte de performance ensayística, el comienzo anómalo, paradójico y hasta irónico de las humanidades para la América india y para lo que con el tiempo se llamaría América Latina.

Y hoy, quizá con acrecentado énfasis, en el que reverberan ecos inmemoriales, lo humano como ensayo, si puedo decirlo así, testimonia su persistencia, su insistencia. Una y otra reclaman la responsabilidad de las humanidades.

# Historia de la transmisión crítica: un testimonio

**Nora Catelli**

Universitat de Barcelona

*“... porque el que enseña es deudor universal”.*

Baltasar Gracián, “Al lector”, *Agudeza y arte del ingenio* (1648)

*“Toda relación hegemónica es una relación pedagógica”.*

Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (1948)

## Humanidades del siglo XXI

Las humanidades del siglo XXI son porosas en dos sentidos: uno es filosófico. En estos años se ha hecho central una duda ontológica -característica de nuestro tiempo- acerca de la posibilidad de redefinir, ensanchar o borrar los límites de lo humano y lo no humano dentro de las modalidades de la existencia. Tales límites se han ampliado y difuminado a la vez. Su índole abarca tanto los debates en torno a la indefinición entre lo humano y lo animal como el estatuto mismo de la subjetividad y la conciencia.

Este primer sentido excede los alcances de mi reflexión, aunque reconozco sus efectos sobre la interpretación de los discursos de la literatura u otras artes.

Un exhaustivo ejemplo de tal efecto es la obra de Roberto Esposito, que en *Bíos: Biopolítica y filosofía* ([2004] 2006) parte de Michel Foucault -quien inauguró lo que hoy se denomina precisamente biopolítica-. Por un lado, Esposito revisa la propuesta de Foucault y la tradición filosófica vinculada a ese núcleo. Por otro, a través de su extenso y riguroso recorrido por el ideal eugenésico, lo culmina con sus conclusiones acerca del carácter único de la Shoah, en relación con la eugenesia. Propone, tras una extensa digresión teológica, la segunda consecuencia del proyecto genocida nazi: se trataría de un dispositivo inmunitario destinado a la “supresión anticipada del nacimiento”, a través del exterminio de diversas fracciones médicas o étnicas -minusválidos, judíos, etc.- consideradas como portadoras, en sus propias vidas, de la muerte de lo sano. Paradójicamente, ese dispositivo de liquidación preventiva estaba acompañado por la exaltación de la capacidad genésica del pueblo ario.

Al remontarse a los orígenes del discurso eugenésico, basado en los modelos de la degeneración decimonónica, Esposito recurre -como otros filósofos o críticos- a las obras más conocidas de Stevenson, Wilde o Bram Stoker. Atribuye así a la ficción literaria una suerte de virtud anticipatoria y le confiere aún un rasgo premonitorio, como si esas obras -*El extraño caso del Dr Jekyll y Mr. Hyde*; *El retrato de Dorian Gray*; *Drácula*- compusiesen un coro de Casandras para el porvenir, incluido el siglo XXI. En la página 203 concluye:

Traducir en realidades tales alucinaciones literarias será tarea de ese movimiento eugenésico, que, como un fuego purificador, ardió durante los primeros años del siglo XX por el mundo occidental (resistido sólo por la Iglesia Católica y el lissenkoísmo soviético).

Esposito no es el único en recurrir a las “alucinaciones literarias” como figuras anticipatorias. Encontraremos innúmeros ejemplos, en lecturas filosóficas actuales, de este uso de los textos literarios como archivo profético de las grandes mutaciones -biopolíticas- del siglo XX y del XXI, lo que convierte esas alucinaciones en relatos que pronostican, fantasean, desean o recuperan -todo a la vez- tipos arcaicos que constituyen un imaginario poderoso y, como imaginario, ambiguo en su acepción conceptual. No importa si los ejemplos hunden su composición en temas o motivos casi fijos y presentes en todas las tradiciones culturales. Tampoco si sus retóricas pertenecen a géneros populares; lo que interesa es atraer esas alucinaciones hacia el futuro: este brinda a esas lecturas un contingente figural flexible y adaptable. El rasgo dominante de un imaginario es, precisamente, su capacidad de transitar desde el presente hacia el pasado y arrastrar hacia el presente lo fantasmático, lo olvidado que alienta, los modelos perdidos de una experiencia cuyas claves se han ocultado pero que se reactivan en la experiencia de la aprensión que el presente nos produce (véase Belinsky, 2007; especialmente cap. 2, 3 y 9).

El segundo sentido de la porosidad de las humanidades de este siglo es de una índole en apariencia distinta y compete al distinto curso de la historia de los medios expresivos y retóricos en las artes de los siglos XX y XXI. Este será el asunto del que tratan mis observaciones: ¿hay unas prácticas críticas, lecturas, aproximaciones, observaciones, que respondan a esta historia de cambio radical de los medios expresivos de las distintas artes? ¿Que, en suma, se hagan cargo de la diferencia entre la evanescencia de los soportes de las artes visuales y, al revés, de la persistencia de la palabra escrita, características de esta época<sup>1</sup>?

1. Véase Luhman, [1995] 2005, especialmente pp. 475-504. Luhman desarrolla exhaustivamente y en todas las disciplinas, incluida la música, el alcance de mis escuetas preguntas.

## Humanidades de la palabra escrita

Debido a esta historia de cambio radical entre los medios expresivos y su crítica, me limitaré a las artes de la escritura. Por eso entiendo aquí el término crítica en un sentido estricto: de intervención, corte, separación, discriminación sobre los textos –literarios o no– y, además, lo hago, de manera muy limitada, dentro de la conciencia del lenguaje como estructura compleja y como forma. Porque creo que sólo los textos verbales, en cualquier soporte, conservan hoy una existencia independiente frente al discurso de la crítica. Y creo que, además, han ampliado su campo, ya que mantienen su control verbal sobre las artes visuales, dada la inmaterialidad u obsolescencia de los soportes y de los objetos mismos. Se ha impuesto en todas las artes, como nunca antes, la necesidad de la paráfrasis extensa, acentuada su importancia a partir de la evanescencia del objeto material. Nunca se habló y escribió tanto acerca de lo visual; y nunca, tal vez, lo visual se vio tan asediado por las instituciones y la circulación mercantil. Esgrimo aquí un libro de Nathalie Heinich, *Faire voir. L'art a l'épreuve de ses médiations* (2009) enteramente dedicado a los conservadores, comisarios de museos, autenticadores, tasadores, restauradores, compañías aseguradoras, subastadores, transportistas, etc. Ya no se trata únicamente de paráfrasis –una descripción, una hipotiposis, una écfrasis– de las obras (sean éstas virtuales, conceptuales, episódicas) sino de un trabajo –el de Heinich– que versa por completo sobre los actos económicos, mercantiles e institucionales que hacen ver las obras. Eso no sucede en las artes verbales, que se hacen todavía leer, no ver<sup>2</sup>.

2. “Lo que se realiza en *La palabra muda* es un rodeo filosófico de este resumen, y en su conclusión Rancière se apoya en Proust para efectuar un ejercicio de artes comparadas también reconocible. Afirma entonces la primacía del arte verbal sobre las manifestaciones visuales, ya que aquél no puede prescindir de su propia contradicción, que proviene de su estructura compleja desde el punto de vista

Por ello me voy a referir, monacalmente, a estas, a las que se hacen leer, las que suponen una prueba del carácter resistente de las artes verbales a su disolución; la lectura crítica es parte indisoluble de su estructura.

Por supuesto, no hay crítica virginal, no hay crítica sin vínculos con las leyes del mercado, pero estas no dominan del todo, como sí sucede en las artes visuales, la mediación institucional, que es la historia de su transmisión. Esta historia es, muy sencillamente, la secuencia reconocida de las lecturas a partir de las cuales accedemos a esa práctica. La secuencia justifica la existencia de la crítica, o sea, mi propia existencia ante la deuda universal que supone enseñar: el severo mandato del postridentino Gracián. La Contrarreforma fue, entre otras cosas, una nueva pedagogía.

### **La enseñanza de la crítica**

He enseñado sin la restricción de seguir la disciplina de una tradición nacional –no importa si obligatoria o no–. Ni siquiera la mía propia, que sin embargo me exijo a mí misma cuando escribo, porque no hay pensamiento sin localización. Aunque en la transmisión institucional, universitaria, tuve que enfrentarme con textos que podríamos llamar canónicos, lo hice desde un lugar no canónico. Ni mi situación, ni mi formación eran canónicas; y, al mismo tiempo, carecía de especialización.

de la articulación. Por ello, al revés de las artes visuales, conserva su enigma: al estar hecho de palabras incluye estratos cuyas relaciones pueden proponerse como aporías –semióticas, semánticas y retóricas, siguiendo la deconstrucción–, mientras que las artes de lo visible de nuestra época son artes seguras de hacer arte de todo. Al conseguir ese inquietante objetivo (este “arte de todo”): ‘termina por no manifestar más que su propia intención, aunque convierta esta manifestación en su propia denuncia. Entre el énfasis de la autoproclamación y el énfasis de la autodenuncia, un arte se ve en dificultades para forjar su capacidad escéptica’” (Catelli, 2019: 44).

Sostengo que esa enseñanza inespecífica es la deuda universal que todos nosotros debemos pagar aunque no podamos hacerlo. Y que no se puede hacer este pago más que despedazando esa deuda, o, mejor, admitiendo que la deuda es universal pero que quien enseña es particular. Convertir esa particularidad en tarea supone aceptar la más astringente de nuestras prácticas, la más ingrata: la lectura detenida, la *close reading*, el comentario de texto o como quiera llamarse. El futuro de las humanidades, aquello de lo que trata este encuentro, depende de esa detención y de la historia de esa detención. Por supuesto, esa historia es al mismo tiempo individual e institucional; o, mejor, la práctica individual es la única manera, creo, de no vaciar la institución.

## **Un episodio de mi deuda universal: La serie del asalto de lo inanimado en Proust, Schmidt y Di Benedetto**

### **1.**

He enseñado muchos Marcel Proust: según Ramon Fernandez, Samuel Beckett, E. R. Curtius, L. Spitzer, etc. Además de W. Benjamin, de H. Painter, de G. Deleuze, de V. Nabokov, de Thibaudet, de Blanchot, de Barthes. He usado la extraordinaria guía de Jean Yves Tadié. El libro de Antoine Compagnon (1988) quiso ordenar lo vivo y lo muerto en la crítica de Proust. Tal vez no posee la riqueza que yo encontraba en los maestros previos. Pero, sin duda, es la máxima autoridad actual en *Le Coté de Germantes*, ya que lo editó nuevamente en La Pléiade.

Puesto que lo enseñé muchos años, advertí, en esos cursos, que Proust nos deja ciegos, por cansancio, por exceso de densidad sensual, por saturación. Esos tramos de cegueras son necesarios, casi vitales, para su lectura. Por ello voy a centrarme en un episo-

dio de mi deuda universal, que es, a la vez, el caso personal de una de mis cegueras en la lectura de Proust.

Un día, hace poco, recorrí, otra vez, para una clase, las páginas ochenta y dos a ochenta y cinco de *Le côté de Germantes*, del Volumen II de *À la Recherche du Temps Perdu* en edición de la Pléiade de 1954. Me asombró no haber detectado hasta ese momento su rareza, su extraño alejamiento del proyecto central de la novela. Recordé vagamente haber leído a Jean-Pierre Richard comentando esas páginas<sup>3</sup>. Y tras mucho esfuerzo, porque no encontraba la cita, la encontré y la incluyo aquí: él había visto, desde otro ángulo, una disonancia, en esas páginas, que las hacía muy poco afines al proyecto general.

Antes de que ocurra esa disonancia el texto se exhibe en la visita de Marcel al cuartel de Robert de Saint Loup en Doncières. Para llegar a frecuentar a la duquesa de Guermantes, Marcel se somete durante días a la compañía de Saint Loup, primo de la dama, y a la de sus oficiales. Durante páginas y páginas asiste a las vacuas conversaciones de esos oficiales, que sueñan con una guerra del siglo XIX cuando está por llegar la primera guerra del siglo XX.

Entonces, en esta relectura, me encontré con ese fragmento cuya rareza nunca había advertido y que me arrancó de todas mis aproximaciones anteriores a las autoridades críticas que lo ro-

3. “À la limite le dehors, ou du moins sa valeur de liberté, pourra s’inclure dans l’espace maintenu du dedans par une sorte de manipulation interne des parois (paredes). Ainsi, dans l’hôtel de Doncières, les dimensions de la chambre peuvent varier selon le désir de l’occupant par une simple modification de la place des loisons intérieures, une ouverture ou une fermeture des portes. Ou bien on s’arrangera pour que la paroi soit faite d’espace même, d’ouverture, et à la limite de vent : c’est le cas paradoxal de la paroi d’air mobile, tactile, soufflée par le foyer tout autour du dormeur de la chambre d’hiver. On voit la variété de réponses que le paysage proustien peut apporter à la double postulation nécessaire du dedans et du dehors (postulation d’ailleurs inégale, inéquilibrée, et toute dominée ici par le tropisme de l’intimité). Ainsi que la souplesse, la ressource de toute cette combinatoire (imaginaire)” (Richard, 2011: 92).

dean. Marcel es un gran roedor, el gran roedor de aquello social que parece venerar. Se aproxima desde abajo, con admiración, a los personajes que venera, en apariencia; sólo así se entiende el fingimiento soterrado de admiración falsa con que se deleita en las conversaciones vacuas de los militares, que él y sus lectores proyectan contra la verdadera guerra que está por llegar. Pero cuando está cerca de los pedestales los despedaza lentamente, con delección, hasta llegar al cuerpo de los personajes. Quizá sea el más cruel de todos los inclementes predadores de la representación de la vida del siglo XX.

Como no hay lugar en el cuartel que sea cómodo, Marcel se ve obligado a volver a dormir al hotel vacío y tiene miedo de estar solo (leo según la traducción de Pedro Salinas y José María Quiroga Plá). Aquí empieza la extrañeza. Llega al hotel y se siente aprensivo, teme la soledad:

Ahora bien; me había engañado. No tuve tiempo de estar triste porque ni un instante estuve solo. Es que del antiguo palacio quedaba un sobrante de lujo [...] que despojado de toda afectación práctica, había cobrado en su ociosidad una especie de vida. (Proust, [1920] 1966: 92)

El personaje Marcel invierte aquí la ecuación de la memoria involuntaria que rige el conjunto de su obra. Como no hay costumbre, porque el espacio del hotel es nuevo, tampoco hay episodios de reminiscencia, de rememoración. La novedad da vida al hotel vacío y suprime el mecanismo de toda la novela por el cual cuando Marcel entra a recintos conocidos puede pensar en otras cosas porque únicamente dedica a la habitación ya frecuentada la mera costumbre y así el pensamiento puede ser un ejercicio ante lo nuevo. En toda la obra, como observaron casi inmediatamente Ramon Fernandez o Samuel Beckett, la disociación entre hábito y pasión

del pensar necesita de la costumbre de los espacios conocidos que produce, claro, el desasosiego de la disociación, condición *sine qua non* para el conocimiento –el auténtico pensar– que luego producirá el acto de la escritura. Así sucede en todos los momentos de acceso de memoria involuntaria. Pero no aquí, en estas pocas páginas. Aquí Marcel se fusiona consigo mismo.

¿Cómo lo hace? Empobreciendo sus recursos expresivos, cayendo en una especie de regresión retórica. Exactamente durante dos páginas y media desarrolla una pauta inesperada de representación: en lugar de moverse humanamente él, los objetos se humanizan. Los pasillos van y vienen, los cuartos vacíos rondan en torno del suyo, como “fantasmas subalternos”, tan “reales como una colonia de personas asistidas de una vida silenciosa”, las habitaciones corren en torno del gran salón “innumerables, asombradas, huyendo en desorden”, los cortinones “hacen entrar un silencio”, los muros, como si fuesen personajes, ciñen una habitación con fuerza, una galería se inclina y le rinde su homenaje, y una pared le habla, en discurso directo: “ahora hay que volver atrás, pero ¿sabes?, estás en tu casa”. Un mueble acota algo en discurso indirecto, y un gabinetito lo mira azorado.

Concluye Marcel: “las puertas, al abrirse” triplican lo que muestran y le hacen gustar a su mirada “el placer de la extensión a par del de la contemplación” y añaden, al “placer de mi soledad, que permanecía inviolable y dejada de estar encerrada, el sentimiento de la libertad<sup>4</sup>” (Proust, [1920] 1966: 92-95).

Aquí fue dónde detecté, muy tardíamente, una refutación formal y una regresión genérica. Refutación: este Marcel en el hotel desconocido es un desvío, una alteración del mecanismo de la memoria involuntaria que rompe, creo, la gran secuencia construc-

4. He encontrado poco escrito sobre este tramo de la vida de Marcel, aparte de la mención exquisita de J. P. Richard. Ver Miguét, 1999.

tiva de los episodios de memoria involuntaria tal como los captó Beckett. Aquí, al revés, la ausencia de hábito o costumbre –Marcel está en un lugar nuevo, desconocido, que su hábito no ha aprehendido– hace que no sea posible la experiencia de la memoria involuntaria. Pero, y eso es lo más importante, tampoco se da la vivencia de lo siniestro, de lo no familiar: puesto que no hubo nada familiar, nada es no-familiar. Aunque a pesar de que, al principio, la enumeración de la danza de las cosas (puertas, muebles, cortinas, pasillos, cuartos) parece ir hacia lo *Un-heimlich*, esa temblorosa desazón no se produce.

Además de detectar esta refutación de su propio mecanismo, de aquel que marca su proyecto, que es la memoria involuntaria, veo una regresión: Proust retrocede hacia la tradición de la literatura fantástica (Marcel habla de “experiencia feérica” un poco más adelante), hacia la juguetería del “Soldadito de plomo” de Andersen (no soy la primera en observar los usos de Proust respecto de Andersen); hacia *Bleak House* de Charles Dickens, la casa sin ángulos rectos y agresivas ventanitas, con salones lleno de ecos. Recordemos que Dickens convierte el testamento de los Jarndyce en voz de lady Dedlock muerta. Proust retrocede hacia las personificaciones más convencionales (generalmente de animales o máquinas, mientras que aquí son solo de muebles y de *domus*), en las que la antropomorfización está al servicio de algo entre el carnaval y la alegoría, a través de los juguetes locos, los autómatas y los aparatos de reproducción del sonido que ya fascinaban a Dickens. En esta regresión se da un movimiento singular: ese asalto y esa metamorfosis de lo inanimado a lo animado no nos lleva, como he dicho, hacia lo siniestro de Freud. Al contrario, nos aparta de lo siniestro y nos lleva hacia la experiencia de la libertad, incluso hacia la sensación de una cierta beatitud: algo completamente inesperado en ese doblar de campanas, en ese continuo *memento mori* que es la obra de Proust. Lo extraordinario es que este doble efecto (refuta-

ción y regresión) se logra con una notable parvedad de recursos: la mera acumulación de verbos de movimiento y de verbos que requieren una intención son en este caso atribuidos a lo inmóvil: corredores, ventanas, cortinas, cuartos y muebles, pasillos y hasta paredes que hablan.

¿De dónde sale esta energía casi demente, lograda con procedimientos tan conocidos, tan convencionales? ¿Qué promueve este trabajo de inversión clásica de lo animado y lo inanimado, este excesiva euforia de la libertad en contraste con la estrechez expresiva que produce el bullicioso delirio de los objetos? ¿Qué anomalía es ésta? Qué o quién le impulsó a Proust, en medio de la escritura de la *Recherche*, este atajo hacia el cuento andersoniano o hacia la bruma gótica y fantástica de los volúmenes y arquitecturas alucinatorias de *Casa desolada*? Por supuesto, no tengo una respuesta, porque la historia de la transmisión crítica es la historia de la ausencia de respuestas. Esto impone la obligación de mostrar que esa ausencia se registra mediante el oficio crítico que se ejerce entre el azar de las lecturas y la tentación de armar series; en este caso, la serie de la rareza de este módico recurso que Proust impulsa hacia sí arrastrándolo desde el pasado (Andersen, Dickens, etc.).

## 2.

Porque este primer episodio de mi ceguera inauguró una serie de la deuda, que, en mi propia experiencia, me llevó de Proust a Arno Schmidt, leído en castellano. La historia de nuestros exquisitos lectores de Schmidt es conocida, de Julio Cortázar a Luis Chitarroni; las traducciones francesas de los años sesenta fueron, creo, de las más tempranas dentro de la difícil recepción de Schmidt fuera de su orbe lingüístico.

El ejemplo de Schmidt está en unas –también– pocas páginas. Pertenecen a *Momentos de la vida de un fauno* ([1953] 1978) (de la

trilogía de *Los hijos de Nobodaddy*, con traducción de Luis Alberto Bixio). En medio de uno de los grandes bombardeos finales de los Aliados sobre Alemania el narrador y su mujer quedan, por el estallido de los proyectiles, a merced de los objetos, los edificios y el fuego durante seis horrrisonas páginas de aterradora eficacia:

El armario me atacó con un golpe que apenas logré contener con el puño y sus puertas tornaron a castigarme [...]. Las casas con todos sus cristales rotos rompieron a reír a mandíbula batiente, como locas, [...] La noche aplaudía alborozada con sus atronadores puños cargados de explosivos [...]. Un árbol señalaba hacia nosotros con monstruoso dedo y de pronto se puso a tambalearse para cerrar a nuestras espaldas la jaula de sus ramas [...]. Un alto polvorín se despojó de su cuero cabelludo con invisible escalpelo y su cerebro descubierto se esparció en agitadas llamaradas [...]. Una catedral de un tembloroso color amarillo vociferaba en medio de la noche surcada por violáceas franjas [...]. Un tanque subterráneo de combustible se liberó con una sacudida [...], se levantó una gran nebulosa que infló el vientre y con su cabeza de torta lanzó un ruidoso eructo antes de ponerse a reír a carcajadas [...]. Qué cosa, ¿no? ([1953] 1978: 162-163)

La función de la inversión retórica en Proust es causar euforia, librar a Marcel de la cárcel melancólica de la oscilación entre el hábito y el saber. En Arno Schmidt parece más bien un trance, una alucinación que quiere someter la desmesurada máquina de guerra a una mucho más soportable traducción de la destrucción a una dimensión mimética humanizada, que se pierde definitivamente y para siempre durante esos bombardeos. Nadie puede soportar esa escritura más que unas pocas páginas.

Lo que enlaza a Proust con Schmidt es que en los dos hay una moral del recurso, una economía de la antropomorfización, una

exigencia casi de infantilización de la experiencia. Por supuesto, no tengo con Schmidt la misma familiaridad distante que tengo con Proust aunque, para los eruditos franceses, probablemente sea una familiaridad *manquée*. Pero incluso en las traducciones francesas de Schmidt, que datan de 1963, las páginas que comento conservan los tonos y modulaciones verbales de la alucinación y el trance tardíamente expresionista.

### 3.

Proust y Schmidt, por fin, con Antonio Di Benedetto. “El abandono y la pasividad” es un cuento de 1958 que ha sido estudiado y comentado con precisión, entre otros, por Julio Premat: el cuento es breve, como saben, y se limita a lo que les pasa a las cosas, la ropa, la ventana, en una habitación, cuando alguien abandona y cuando alguien abandonado, tiempo después, vuelve. Un abandono y una impotencia. Se ha considerado este cuento un experimento. El propio Di Benedetto incluye en su introducción a los *Cuentos completos* una irónica observación acerca de las discusiones en torno del surgimiento del objetivismo. Quiero moverme hacia otro ángulo, el que une a Proust con Schmidt y con Di Benedetto. Es el ángulo de los verbos que animan lo inanimado:

Una bocanada de luz se derramó en el cajón de la ropa y fue ahogada [...] el despertador mantuvo la guardia [...] El vaso, repentinamente, alarga su sombra, una sombra liviana y traslúcida, como hecha de agua y cristal, luego despacio, la contrae, y más tarde, con cautela, la extiende de nuevo, pero con otro rumbo. (Di Benedetto, 2006: 187)

Y así se mantiene la danza de las cosas, como en Proust o en Schmidt, durante unas dos páginas y media, hasta que sabemos

que vuelve un personaje, vuelta que deducimos porque es de noche pero de pronto alguien prende una luz, que emerge de los filamentos de una bombilla. Aunque aquí lo humano ronda, la escritura, no obstante, persiste en fijarse y refugiarse en la animación de lo inanimado:

Las cosas, opacas bajo el polvo, recuperan volumen y diferenciación. Uno de los zapatos que avanzan sobre ellas, va sobre el papel a corregir rugosidades; únicamente a ensuciar.

(Di Benedetto, 2006: 189)

Hay un humano, pero el recurso se fija en el zapato, no en el pie. ¿Cuál es la dosificación de la animación de lo inanimado en Di Benedetto? Ésta es la pregunta más difícil. ¿Es necesario responderla? Sólo puedo sugerir que lo que me interesa no es la intención –territorio siempre ignoto– sino el sentido de la dimensión histórica de la serie. En los tres se da el mismo esfuerzo de reducción del relato a un procedimiento convencional, más propio de la fábula que de la novela moderna; aunque, en los tres, al servicio de distintas concepciones del género y la forma. En los tres encontré, por ese coqueteo con la fábula, un horror ante lo humano, aunque al servicio de concepciones muy distintas, vivas pero no similares. Ese procedimiento convencional, clásico, de antropomorfización de lo inanimado está al servicio de ideas muy distintas de la representación de lo humano y sus límites. Pero, en los tres casos, contiene el mandato de la detención en la lectura.

Distinguir esas distintas concepciones es lo que marca la relación pedagógica entendida, según Gramsci, como una relación hegemónica, no en un sentido sencillo, sino de relación recíproca entre los sujetos que leen en distintas posiciones respecto del poder.

En este caso, del poder respecto del archivo de conocimientos y recursos de lectura; sobre todo, de memoria de las lecturas.

La memoria exige detención; la relación hegemónica se daría en el tiempo y el espacio de esta detención. Intento demostrar, en la serie de Proust, Schmidt y Di Benedetto, que la transmisión de esa memoria tiene que ver con el futuro de las humanidades que aquí nos reúne. Tiene que ver, para mí, al menos en las artes de la palabra, con una cierta necesidad de pagar la deuda impagable, y hacerlo en el acto de transmisión de la historia de la crítica. Una de las obligaciones de esa transmisión es detectar los asedios que rodean las humanidades. Podemos así reordenar las funciones de lo que Esposito llamó “alucinaciones literarias”.

Acaso esas alucinaciones no sean únicamente figuras anticipatorias. Como vemos en esta serie de inversiones entre lo animado y lo inanimado, tal vez constituyan felices o, al menos, libres, festivos o desesperados retornos a formas que, más allá de la porosidad de las humanidades, brindan una fortaleza –la del imaginario– que resiste los asedios del carácter instrumental, documental, no autónomo o confesional que hoy se atribuye a las artes.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Belinsky, J.** (2007). *Lo imaginario: Un estudio*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Catelli, N.** (2019). Los críticos como bricoleurs: unas observaciones. En M. Siskind (Ed.), *World Literature, Cosmopolitanism, Globality-Beyond, Against, Post, Otherwise.*, Berlín, Alemania - Boston, Estados Unidos: De Gruyter. Este trabajo es una versión impresa de la conferencia presentada en el V Congreso Internacional Cuestiones Críticas celebrado en Rosario los días 17, 18 y 19 de octubre de 2018.
- Compagnon, A.** (1988). *Poussin entre deux siècles*. París, Francia: Seuil.
- Di Benedetto, A.** (2006). *Cuentos completos*. Edición al cuidado de Jimena Néspolo y Julio Premat, Introducción de Julio Premat. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo.
- Esposito, R.** ([2004] 2006). *Bíos: Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Heinich, N.** (2009). *Faire voir. L'art à l'épreuve de ses médiations*. Bruselas, Bélgica: Les Impressions Nouvelles.
- Luhman, N.** ([1995] 2005). *El arte de la sociedad*. Traducción de Javier Torres Nafarrate et al. Barcelona, España: Herder.
- Miguet, M.** (1999). Le séjour à Doncières dans *Le Côté de Guermantes* : avant-textes et texte. *Semen*, 11 (en línea). Recuperado de: <http://journals.openedition.org/semen/2855/>
- Proust, M.** ([1920] 1966). *El mundo de Guermantes*. Traducción de Pedro Salinas y José María Quiroga Plá. Madrid, España: Alianza.
- Richard, J.-P.** (2011). Proust et la demeure. *Littérature*, 164(4), pp. 83-92.
- Schmidt, A.** ([1953] 1978). *Momentos de la vida de un fauno*. Traducción de Luis Alberto Bixio. Madrid, España: Fundamentos.

## **III.**

### **Humanidades y profesionalización**



# **Las fronteras de la universidad y la transmisión de las humanidades y las ciencias sociales: una incursión en los debates recientes y en el devenir de la profesión académica**

**Sandra Carli**

Universidad de Buenos Aires - CONICET

## **1. El debate sobre las humanidades y las ciencias sociales**

El debate sobre las humanidades y su vigencia en la escena contemporánea condensa una serie de cuestiones que competen tanto al estatuto de lo humano como al devenir de la universidad. El supuesto fin o declive se ha expresado, entre otros fenómenos, en la tendencia al desfinanciamiento de los programas de humanidades en las universidades, analizado en particular en el caso de Estados Unidos (Nussbaum, 2005, 2010), y en el auge de las carreras de economía, finanzas, ingenierías en sistemas, entre otras, en la oferta privada de educación superior en América Latina. Mientras se descalifica a las humanidades por una supuesta baja empleabilidad y se las asocia al tiempo pasado, las nuevas carreras abrirían horizontes laborales, ligadas a un futuro promisorio. Sin embargo, ni ha decaído el interés estudiantil por las carreras de humanidades, ni el trabajo en el capitalismo global puede ser pensado fuera de los márgenes de incertidumbre y de las contingencias que arrebatan la vida humana y afectan a todas las profesiones, aunque sin

negar por ello el peso creciente de la economía financiera neoliberal en su precarización.

Pero en el debate necesario sobre las humanidades uno de los tópicos claves se refiere a las transformaciones del estatuto de lo humano y los desafíos de la transmisión universitaria ante los cambios tecnocientíficos y la revolución virtual-digital, la generalización de las redes sociales y las nuevas formas de acceso y gestión del conocimiento. La misma noción de transmisión, cuyo significado nos retrotrae a la ilustración moderna, requiere ser revisada, en tanto tiene las huellas de una visión universalista del conocimiento y de una relación saber-poder propia de la autoridad cultural exclusiva del profesor, con su impronta de clase, racial y androcéntrica.

Frente a la expansión de las tecnologías de la información y la comunicación en la universidad, las respuestas han sido diversas. José Luis Brea supo captar de manera singular las tensiones y dilemas que provocan las redes y memorias informatizadas en el fin de la “forma ‘psicologizada’ de darse el saber” (Brea, 2004, p.140), centrada en la figura del profesor, con la consecuente crisis de la idea de *bildung* y de formación integral del estudiante. En lugar de una mirada nostálgica, afirma la existencia de una “exteriorización progresiva de los saberes” (p.141), la emergencia de un “comunismo del conocimiento” (p.141), que requiere prestar atención a “la coexistencia de hablas particulares en su radical heterogeneidad” (p.143) a partir del proceso de informatización. Emergería entonces una “universidad del disentimiento” (p.143), con una mayor tolerancia al disenso y complejidad de los sistemas interpretativos.

Otros autores como Aldo Mazzuchelli postulan que la dispersión informativa del mundo digital y el exceso de conexiones a partir de la forma derivante del hipertexto “harían inaudible la sabiduría encapsulada en la laboriosa construcción narrativa” de los temas de las humanidades (Mazzuchelli, 2015, p.29). Mazzuchelli

plantea insistir en la estructura de los problemas y en la conservación y transmisión de una tradición, de un acervo, de un canon. La visión alerta frente a la diversa experiencia intelectual de las generaciones que se encuentran en el aula universitaria, pero es posible suponer que la construcción narrativa, sea en la escritura o en la enseñanza de las humanidades, no se abandone sino que, en todo caso, deba producirse con nuevas formas; la idea misma de sabiduría merece ser debatida.

La discusión acerca del canon es de vieja data. Desde el diálogo entre la historia, la literatura y los estudios culturales, Dominik LaCapra ha señalado la necesidad de una relación sensible con los textos, que no se reduzca a lo documentario y a los contextos de los mismos, sino que debe incluir “los papeles del compromiso, la interpretación y la imaginación” y el “diálogo recreativo con el texto” a partir de las inquietudes del presente (1998, p.245-6). Para Boaventura de Souza Santos, en cambio, sería necesario “desfamiliarizar la tradición canónica” a partir de una nueva “ecología de saberes” (2010, p.42). Si bien estos planteos no refieren en particular al impacto de las tecnologías sobre la enseñanza de las humanidades, reconocen que este debe ser problematizado a partir de las experiencias del tiempo presente.

Resulta evidente que los cambios tecnoculturales han institucionalizado una nueva forma de gestión del conocimiento, a partir del despliegue del capitalismo académico y sus énfasis puestos en la productividad, que no puede sustraerse de la nueva razón del mundo del neoliberalismo. Como señalan Laval y Dardot, esta ha dado forma a una subjetividad financiera que prioriza lo contable. La generalización de las bases informáticas como soportes en los cuales quienes ejercen la investigación científica deben rendir cuentas (*accountability*) ha potenciado un tipo de evaluación tendiente a la cuantificación de las publicaciones (*papers*), restando valor a otras prácticas de conocimiento, no cuantificables.

Esas prácticas, que suelen ser nombradas como transferencia de conocimiento, coproducción de saberes o prácticas de intervención, asumen diversos significados según los escenarios del debate. Mientras en el campo científico las políticas del actual gobierno han tendido a descalificar la ciencia básica, con un particular impacto sobre las humanidades y las ciencias sociales, a favor de la llamada ciencia aplicada, generando un amplio movimiento de resistencia de investigadores e investigadoras, becarios y becarias (véase Carli, 2018); en los estudios críticos sobre el pensamiento moderno de la ciencia desde perspectivas decoloniales, la defensa de una visión del conocimiento como intervención en la realidad y de la interdependencia entre conocimientos científicos y no científicos, está en auge (De Souza Santos, 2010, p.36), buscando vincular más estrechamente el campo académico con organizaciones y movimientos sociales.

Pero las humanidades y las ciencias sociales se han visto reconfiguradas no sólo desde afuera sino “desde adentro”, a partir de la metamorfosis del conocimiento académico y las transformaciones producidas en las prácticas de lectura y escritura en la universidad. Se torna evidente en las aulas universitarias y fuera de ellas, en la coexistencia de estilos y experiencias generacionales disímiles respecto del conocimiento (su cultivo y disfrute, su apropiación y transmisión). Cabe abrir la pregunta sobre la incidencia en las aulas de la mayor ponderación de la investigación a partir de la expansión de las políticas y la evaluación científica, en detrimento de la valorización de la docencia. Sin embargo, podemos estimar que se produce una nueva sinergia entre investigación y docencia, a partir de explicar los procesos de “fabricación del conocimiento”, es decir, las herramientas teóricas, los procedimientos metodológicos, en suma, la cocina de la investigación, desnaturalizando y dotando de materialidad e historicidad al conocimiento que se enseña.

Diego Tatián sostiene que la cultura humanística es una forma de vida que consagra el tiempo a una cierta materia, las palabras, y que entabla en la biblioteca “una interlocución con otros que ya no están pero dejaron marcas (la escritura entre otras)”. El estudio sería también una forma de vida, definida como la actividad de “escuchar, mirar, leer, pensar, hablar, escribir, preguntar, dudar interpretar, hacer algo consigo mismo, hacer algo con otros, ser afectado por el mundo de cierta manera” (2017, p.81-2). Desde estas definiciones, los cambios tecnológicos que atraviesan los modos materiales de producción, circulación y transmisión de las humanidades, pero también la experiencia estudiantil con ellas, no serían un obstáculo, sino en todo caso un desafío para comprender las nuevas prácticas de lectura y escritura signadas por la revolución digital, la relevancia de la cultura visual, la resignificación de la oralidad, entre otras, circunstancias todas ellas que reconfiguran las prácticas de estudio. La preocupación por la lógica derivante del hipertexto que señalamos antes, en plena proliferación y coexistencia de distintos tipos de saberes, conocimientos y prácticas, parece convertir al aula universitaria en un espacio de experimentación en el que la docencia deviene un oficio cada vez más relevante.

La pregunta que se abre no refiere solamente, como sostiene Tatián, al para qué de las humanidades y las ciencias sociales para las nuevas generaciones, con el objeto de convertirlas en un conocimiento común, no exento de secretos, a la vez que propio y singular; sino a cómo se están coconstruyendo en la interacción cotidiana en el espacio universitario y en el espacio público más amplio. Si, como sugiere De Souza Santos, las prácticas de conocimiento se producen hoy en diversas escalas espaciales y temporales, no solo la intersubjetividad asume un papel clave como esfuerzo para comprender la radical historicidad de los saberes y su renovada actualidad, sino también la traducción intercultural.

## 2. Las fronteras de la universidad

Los debates acerca de la vigencia de las humanidades y las ciencias sociales son convergentes con la erosión y reconfiguración de las fronteras de la universidad. La noción de frontera es polisémica, remite a distintos significados: umbral, límite, puerta, contacto, intercambio, bienvenida, hospitalidad, transgresión; funciona como referente empírico pero a la vez como noción teórica, con usos metafóricos. Si la globalización alentó la experiencia de la ubicuidad, al mismo tiempo agudizó la partición de territorios, por lo cual no debe ser pensada como lugar de cruce y diálogos, sino como espacio de desigualdades y conflictos crecientes (Grimson, 2011).

Preguntarse por las fronteras de la educación superior y en particular sobre las de la universidad pública requiere en primer lugar reconocer algunas tendencias del presente.

El espacio global de la educación superior ha experimentado una serie de transformaciones en su oferta institucional, que excede la clásica diferenciación interna del sistema institucional entre universidades públicas y privadas, tamaño y tipo de universidades. Si los procesos de privatización de la educación superior se han desplegado en las últimas décadas en América Latina de manera notable, avanzan hoy los fenómenos de transnacionalización a través de la educación virtual. Se ha producido la expansión de una “universidad radicalmente fragmentada” a partir de la proliferación de la industria del aprendizaje a través de internet, lo que conlleva la deconstrucción de la universidad investigadora como lugar, comunidad e institución. La universidad online coexistiría con la universidad autónoma liberal de elite (disciplinar) y la emergencia de la universidad popular (saberes y prácticas, conocimiento/acción, otras formas de enseñar) (Facer, 2014).

En América Latina, se verifica por un lado en la tendencia a

los *Massive Open Online Courses* (MOOC) como en el caso del convenio de la Universidad Nacional de Córdoba con la plataforma de internacional *edX* para dictar cursos online, que ha sido objeto de críticas. Pero también el desarrollo de alternativas populares. Las universidades públicas dirigidas centralmente a la formación de profesionales coexistieron con las llamadas universidades populares, promovidas por el socialismo, en las primeras décadas del siglo XX. Se produce en las últimas décadas la reactivación de aquel tipo de experiencias, a partir del surgimiento de nuevos tipos de universidades, entre otras la Universidad Popular de los Movimientos Sociales, promovida por De Souza Santos (2006), y las universidades interculturales indígenas en diversos países.

Si en el espacio de la educación superior, que parece no tener fronteras, existe una notable heterogeneidad institucional que requiere analizar la coexistencia de lógicas académicas, corporativas y mercantiles; cabe notar que también se han producido mutaciones del conocimiento universitario. Por un lado, una difuminación de las fronteras entre la ciencia y los demás campos de la sociedad y entre sociedad y mercado (Muller y Young, 2014), y por tanto entre información y conocimiento, que refiere a un rasgo del neoliberalismo; por otro, la erosión de fronteras entre disciplinas da lugar a escenarios postdisciplinarios, cuando las instituciones universitarias están organizadas según disciplinas/carreras, y no son tan comunes las formas departamentales. Perla Aronson (2007) destaca que el pasaje del “saber qué” propio de la universidad al “saber cómo” del mercado laboral (exigencia de resultados, formación de habilidades, capacidades técnicas) implica una tendencia a la desdiferenciación y desespecialización del conocimiento y consagra, a partir del interés de los gobiernos, el conocimiento transdisciplinar, ligado con el modo de la triple hélice. Más que el aporte renovador desde el punto de vista teórico y metodológico que supuso el contacto entre humanidades, ciencias sociales y ciencias exactas,

se borrarían singularidades disciplinarias a favor de la impronta aplicada de los saberes.

Por último, es necesario situar la creciente inestabilidad y ambivalencia de los sujetos universitarios. Se están produciendo cambios notables en la profesión académica, por la mayor regulación del trabajo académico a partir de la exigencia de rendición de cuentas, la industrialización del conocimiento, y la imposición de ritmos de productividad, afectando en particular a las mujeres universitarias en tanto se reconfiguran las fronteras entre la esfera pública y privada (Carli, 2016). La profesión académica oculta la heterogeneidad interna de los planteles universitarios, con diversas dedicaciones a la docencia y la investigación, pero también distintas figuras universitarias que corresponden a diversas etapas de la universidad. Cabe mencionar también las tendencias globales a la deslegitimación de las acreditaciones universitarias, el antintelectualismo y la emergencia de las figuras del *manager*, *coach*, experto, voluntario, en las políticas y discursos de los gobiernos, que conlleva la desjerarquización de las profesiones universitarias, portadoras de saberes legítimos para el desempeño en las instituciones del estado, del mercado y de la sociedad civil (Carli, 2017).

También se reconoce una creciente inestabilidad y ambivalencia en la cultura estudiantil. La creciente relevancia de la condición juvenil provoca una mayor pluralidad de fenómenos y experiencias identitarias a partir de dimensiones sexogenéricas, sociales, raciales, y no solo generacionales, que colocan a la universidad como una institución, entre otras, sin dejar de ser un espacio de expresión y acontecimientos juveniles en el que nuevas hablas que desestabilizan la lengua institucional, potenciadas por la cultura de la conectividad y la sociabilidad online, se combinan con las clásicas presencias y manifestaciones en el espacio público (Carli, 2012). Las fronteras de la universidad se erosionan y es posible re-

conocer la circulación e intercambio de saberes entre universidad, política, medios, cultura juvenil y popular.

Frente a estas tendencias que afectan y atraviesan a la educación superior, el conocimiento universitario, la profesión académica y la cultura estudiantil; la formación en humanidades y ciencias sociales tiene particulares desafíos por delante.

### **3. La formación en humanidades y ciencias sociales: entre la educación y la política**

¿Cuáles son los desafíos de la formación universitaria frente a las nuevas visiones sobre el estatuto de lo humano, que erosionan la idea de humanidad que les dio origen? ¿Cómo repensar la tarea de la docencia, frente al giro productivista que atraviesa la profesión académica, y las nuevas demandas y experiencias de la cultura estudiantil-juvenil? ¿Qué estrategias políticas, institucionales y culturales debe diseñar la universidad para enfrentar el problema de la fragmentación universitaria y la descalificación neoliberal de sus saberes y disciplinas?

Ante la pérdida de potencia de la formación universitaria en la atención y resolución de las problemáticas contemporáneas, se reitera la propuesta de recuperar la relación entre saber y emancipación. Marina Garcés (2014) sostiene que el paradigma de la innovación (el estado como promotor del mercado de competencias, talentos, patentes) ha dejado atrás el de la revolución digital, y que frente a ello es necesaria una nueva ilustración radical, que renuncie tanto a la nostalgia como a la promesa de la tecnoutopía, recuperando la capacidad de la humanidad para aprender de sí misma. En el mismo sentido se encuentra la propuesta de “desmoldar” a las universidades del pensamiento ortopédico dominante y la razón indolente (De Souza Santos, 2010, p.81), que implicaría identificar prácticas no oficiales que acontecen y circulan en las mismas.

Pero en el corazón del debate se encuentra la cuestión del lazo con el saber y con qué tipo de saber, si debe ceñirse a la genealogía de la disciplina, a su canon, o moverse en un repertorio abierto de saberes. Si la propuesta de De Souza Santos de una ecología de saberes insiste en la apertura a otros ámbitos, podríamos pensar que es posible generar articulaciones abiertas aun en el derrotero disciplinar prototípico en nuestras universidades públicas, reconociendo las preguntas e intereses convergentes con otras disciplinas en contextos históricos particulares. Si la historia de las disciplinas humanísticas y sociales permite comprender las circunstancias de los procesos de humanización moderna, con sus luces y sombras; los desafíos del tiempo presente, signado por complejas formas de deshumanización, sugieren nuevas incursiones en lo que LaCapra denomina los “textos de la tradición”, así como la exploración de los territorios colindantes de las disciplinas (Becher, 2001).

Frente a las tendencias globales que intentaron convertir a la cultura moderna de las humanidades en un constructo anacrónico (aun cuando se multiplicaron los archivos del siglo XX, el patrimonialismo y la cultura de la memoria), uno de los desafíos de la formación universitaria es que las humanidades y las ciencias sociales devengan en un reservorio cultural y académico apropiable por las nuevas generaciones. La tentación conservadora siempre está presente, aun cuando pugnar por la protección institucional de este reservorio sigue siendo necesario en la Argentina. Lo que me interesa enfatizar es la invitación a una navegación en las bibliotecas modernas a partir de una nueva experiencia del mundo, a dejarse afectar por textos y experiencias del pasado y del presente, tanto por parte de profesores/as como de estudiantes.

Desde la docencia es preciso pensar entonces en los procesos de selección y modos de contacto con saberes a partir de problemáticas del presente. La disponibilidad de los bienes de conocimiento, en plena expansión de los repositorios digitales y acceso

online a los textos, deja de ser el problema acuciante, aunque no esté cancelado, para serlo más bien las maneras en que compartimos, intercambiamos, damos visibilidad, interrogamos, repertorios textuales en distintos soportes y a través de diversas prácticas de lectura y escritura. ¿Cómo transitamos o ponemos en contacto las profusas bibliotecas personales, paraíso personal de viejas generaciones de profesores y profesoras, y las bibliotecas virtuales-digitales de las nuevas generaciones, de tal manera que sean espacios de una aventura colectiva que ponga en juego diversas sensibilidades y formas del compromiso intelectual, pero que también alienten la implicación social? ¿Qué tipo de implicación sería? ¿Cómo se expresa en particular en las diversas disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales?

El contacto con esos bienes a través de las prácticas de lectura y escritura, pero también de la conversación ampliada, puede potenciarse a partir de la capacidad de introducir una perspectiva histórica que presente los contextos históricos de producción de conocimiento y dote de historicidad los saberes, considerando sus múltiples temporalidades. En este sentido, desde la historia intelectual, LaCapra ha reflexionado sobre la recepción estudiantil de los textos y la sensibilidad del vínculo con la historia. Pero también sobre el giro narrativo en la transmisión universitaria y el valor de un procedimiento pragmático y no teórico para la selección de textos, que posibiliten “pensar con ellos” en la enseñanza.

A partir de la propuesta de un repertorio abierto de saberes, es posible explorar diverso tipo de reservorios y textos de las humanidades, que promuevan tanto la exploración de la memoria como de la imaginación pública. Me refiero a textos biográficos (de personas, instituciones, colectivos sociales, movimientos culturales), que invitan a abreviar en el pasado para favorecer identificaciones, filiaciones, genealogías; a obras singulares de los patrimonios bibliográficos de las humanidades y las ciencias sociales, para acceder

al conocimiento de autores y al derrotero de las disciplinas; pero también a los textos que documentan el presente, que permiten atender el devenir de los acontecimientos y explorar coyunturas.

Trabajar con diverso tipo de textos puede aproximar a la universidad a las dinámicas que se producen en el espacio público. En el marco de una notable expansión global y local del movimiento de mujeres, las problemáticas vinculadas con el género y la diversidad sexual, han provocado un inusual interés por la historia del feminismo, dentro y fuera del espacio universitario. La revisión de las trayectorias de mujeres feministas, sus demandas y luchas, sus biografías y escritos, se convierte en un sendero para explorar las conexiones entre escenarios históricos y problemáticas del presente. Pero también propicia nuevos intercambios de saberes entre la academia, el periodismo y el activismo. La noción de movilización del conocimiento (Naidorf y Alonso, 2018) es una categoría útil para auscultar los usos y usuarios del conocimiento académico, y en este caso para reconocer los desplazamientos de los saberes de las humanidades y las ciencias sociales por diversos ámbitos.

La experimentación de nuevos modos de conocer y el reconocimiento del valor de diverso tipo de saberes es un desafío de la formación universitaria, siempre concentrada en la legitimación del conocimiento vinculado con la investigación científica en sus diversas modalidades y estilos. Trabajar con diversos tipos de textos (del pasado y del presente) supone, desde otra perspectiva, prestar atención a su circulación y a las transmutaciones que sufren: del aula a las redes, del archivo del investigador a la clase magistral, de la conversación erudita a la entrevista periodística, del taller de educación popular al organismo donde se diseña una política pública. La democratización de los saberes de las humanidades y las ciencias sociales implica el reconocimiento de saberes no universitarios, tal como han insistido los estudios poscoloniales y otras corrientes de pensamiento, procedentes de la cultura po-

pular, la cultura indígena, entre otras fuentes. Pero sobre todo valorando lo cotidiano como lugar de enunciación (De Souza Santos, 2010: 80). Potenciar la interfase entre saberes diferentes, que en forma no oficial coexisten en la propia experiencia universitaria, puede permitir profundizar en una perspectiva político-académica crítica y programática, a partir de una escucha atenta al habla cotidiana en la vida universitaria.

En este sentido, la figura del viaje, tan recurrente en la historia intelectual y en los estudios biográficos, adquiere significación para pensar el tránsito cotidiano de lo conocido a lo desconocido. Si el viaje de conocimiento pone en contacto a distintos sujetos y lugares, situaciones y experiencias, invariablemente conlleva la mixtura de saberes y puede activarse en la formación universitaria de modos diversos. La ciudad puede ser sitio de nuevas exploraciones, tan afectada por tendencias mercantiles globales y a la vez plena de memorias, pero también la universidad pública con sus tradiciones persistentes y sus novedades epocales.

En la formación universitaria es preciso cada vez más moverse en las fronteras de las disciplinas; si las mismas se han erosionado, es factible alentar convergencias y reconocer intereses comunes. Ello no supone diluir especificidades en un territorio transdisciplinar que borre objetos, formas de abordaje y lenguajes especializados, sino multiplicar los puntos de vista y ensayar comparaciones y traducciones.

Por otra parte, se trata de ir más allá de la exploración genealógica/arqueológica de los saberes para pensar en el vínculo entre conocimiento y acción social, tal como enseña el pragmatismo y, desde una perspectiva política, de buscar nuevos lugares para los saberes adquiridos (Puiggrós, 2003). Construir lugares para los saberes supone potenciar la colaboración de las humanidades y las ciencias sociales con modelos de desarrollo que promuevan nuevas experiencias de humanización.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aronson, P.** (2007). La globalización y los cambios en los marcos de conocimiento. ¿Qué debe hacer la universidad? En P. Aronson (Coord.), *Notas para el estudio de la globalización*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Becher, T.** (2001). *Tribus y territorios académicos: La indagación intelectual y la cultura de las disciplinas*. Barcelona, España: Gedisa.
- Brea, J. L.** (2004). La universidad del conocimiento y las nuevas humanidades. *Estudios Visuales* (2), 133-154.
- Carli, S.** (2012). *El estudiante universitario: Hacia una historia del presente de la universidad pública*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- \_\_\_\_\_(2016). Deconstruir la profesión académica: tendencias globales y figuras históricas. Una exploración de las biografías académicas de profesoras universitarias. *Revista Propuesta Educativa* (45), 81-90.
- \_\_\_\_\_(2017). Management público, conservadurismo y reocupación estatal: el lugar de las universidades públicas. En D. Filmus (Comp.), *Educación para el mercado. Escuela, universidad y ciencia en tiempos de neoliberalismo*. Buenos Aires, Argentina: Octubre.
- \_\_\_\_\_(2018). Las ciencias sociales en debate. En torno a la enunciación y politización del discurso científico. *Revista Fermentario* 1(12), 89-104.
- De Souza Santos, B.** (2010). *Para descolonizar Occidente: Más allá del pensamiento abismal*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO-Prometeo.
- Faccer, K.** (2014). “Más allá de la degradación y el elitismo: ¿un nuevo futuro para la universidad popular autónoma?”. En A. Gewerc (Coord.), *Conocimiento, tecnologías y enseñanza: políticas y prácticas universitarias*. Barcelona, España: GRAO.
- Garcés, M.** (2017). *Nueva ilustración radical*. Barcelona, España: Anagrama.

- Grimson, A.** (2011). *Los límites de la cultura: Críticas de las teorías de la identidad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Labal, C. y Dardot, P.** (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona, España: Gedisa.
- LaCapra, D.** (1998). Repensar la historia intelectual y leer textos. En E. J. Palti. (Ed.), *“Giro lingüístico” e historia intelectual* (pp. 237-293). Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Latour, B.** (2012). *Cogitamus, Seis cartas sobre las humanidades científicas*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Mazzuchelli, A.** (2015). Crítica o cremanística: cinco aspectos convergentes en la situación actual de las humanidades. *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación* (1), 21-32.
- Muller, J. y Young, M.** (2014). Disciplinas, competencias y la universidad. En A. Gewerc (Coord.), *Conocimiento, tecnologías y enseñanza: políticas y prácticas universitarias*. Barcelona, España: GRAO.
- Naidorf, J. y Alonso, M.** (2018). La movilización del conocimiento en tres tiempos. *Revista Lusofona de Educación*, 38, 81-95.
- Nussbaum, M.** (2010). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Puiggrós, A.** (2003). *El lugar del saber: Conflictos y alternativas entre educación, conocimiento y política*. Buenos Aires, Argentina: Galerna.
- Tatián, D.** (2017). “Apuntes sobre la vida de los estudiantes y el estudio como forma de vida”. En *Lo interrumpido. Escritos sobre filosofía y democracia*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Las cuarenta.



## Universidad, formación profesional y educación en las Humanidades

**Eduardo Zimmermann**

Universidad de San Andrés

La convocatoria a este Congreso hace referencia al tópico “crisis de las humanidades”, refiriendo al recurrente cuestionamiento al valor científico y la utilidad social de los conocimientos que las disciplinas humanísticas producen. Como bien se señala, ese tipo de cuestionamiento ha servido muchas veces como una ventana de oportunidad para pensar no solo la defensa de un campo disciplinar específico sino también una redefinición del lugar de las humanidades en la sociedad, y de lo que las humanidades pueden producir.

Hace más de medio siglo, José Luis Romero sugería un camino posible para llevar adelante esa reflexión, cuando desde el rectorado de la Universidad de Buenos Aires situaba a las Humanidades en el centro de una tradición educativa generalista que debía ser rescatada como alternativa al profesionalismo estrecho que había marcado la educación superior argentina:

Puesto que nuestras universidades se han esclerosado adoptando la forma de una mera yuxtaposición de escuelas profesionales, contra el profesionalismo es contra lo que resulta más urgente combatir cuando se piensa en la renovación de la

Universidad. Ha pasado la época en que parecía sensato y propio del sentido común afirmar irónicamente que la lectura de Platón o Shakespeare no era “práctica” ni contribuía a formar, por ejemplo, un buen agrónomo. La estrechez del planteo salta hoy a la vista, y a nadie se le oculta que un buen agrónomo, como un buen médico o un buen arquitecto, solo puede hacerse con un hombre de buena y correcta formación integral. ([1956] 2004: 382)<sup>1</sup>

La observación crítica de Romero se engarzaba efectivamente en una larga línea de argumentos críticos de un tono similar que para ese momento se habían acumulado ya a lo largo de varias décadas.

### **El papel de las Humanidades en la historia de las universidades argentinas**

Ya durante las últimas décadas del siglo diecinueve se había instalado el debate sobre el carácter excesivamente profesionalista de la Universidad de Buenos Aires, y sobre la necesidad de rescatar dicho ámbito para el cultivo de la ciencia y la investigación desinteresada. Como sabemos, la incorporación de las humanidades a los claustros universitarios y la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896 formaron parte de ese ambiente. En particular, se hizo cada vez más fuerte la demanda por la participación de las universidades en la creación de un nuevo cuerpo de conocimientos sobre los problemas argentinos, fuesen estos históricos, literarios, políticos, económicos o sociales. En ese proceso parti-

1. Para distintas posiciones sobre la evolución de esa tradición humanística en la política educativa argentina desde fines del siglo XIX véanse los trabajos de Juan Carlos Tedesco (2003) y de Inés Dussel (1997).

ciparon activamente algunas de las figuras más relevantes de la vida intelectual y universitaria del fin de siglo: Juan Agustín García, José Nicolás Matienzo, Rodolfo Rivarola, y Ernesto Quesada, entre otros. Del mismo modo, la creación de la Universidad Nacional de La Plata, impulsada por Joaquín V. González, significó otro paso en esa búsqueda de “una universidad científica para una sociedad reformada” (Roldán, 1993: 101).<sup>2</sup>

A la par de ese proceso de renovación institucional universitaria, las formas de sociabilidad cultural argentina también producían una renovación que apuntaba a una nueva valoración de los estudios humanísticos. Uno de los rasgos más señalados del proceso de modernización de la sociedad argentina a fines del siglo diecinueve es el surgimiento de un “campo intelectual” de creciente autonomía, en el que las figuras del escritor profesional y del intelectual “moderno” reemplazaron gradualmente a la del letrado tradicional. Progresivamente, la profesionalización y especialización de los distintos campos establecieron una más clara demarcación, tanto de las distintas áreas entre sí, como de estas actividades y la órbita estatal.

Para algunos, pueden reconocerse los inicios de este largo y complejo proceso en la primera generación romántica argentina, la llamada Generación del '37, que ha sido adecuadamente descrita como la primera que pudo concebir su lugar en la sociedad en términos “modernos”, esto es, en términos de autonomía frente a los poderes constituidos. Sin embargo, es indudable que fue en el cambio de siglo, y sobre todo en las primeras dos décadas del siglo veinte, cuando ese proceso de “división del trabajo intelectual” cobró un renovado impulso.<sup>3</sup>

2. Véase también Buchbinder, 1997: 21-33; y Buchbinder, 2005: 60-68.

3. Para el papel cumplido por la generación del '37, véase Myers, 1998. Una interpretación ya clásica sobre la modernización y profesionalización de los escritores, la constitución de un campo intelectual, y el surgimiento de nuevas formas de so-

Ese nuevo espacio mantuvo durante todavía bastante tiempo fronteras más bien difusas, y en su interior los intelectuales continuaron ocupando, simultáneamente, por su condición de letrados, el papel de administradores del Estado, escritores, formadores de opinión, y publicistas, en muchos casos, sin abandonar el ejercicio de sus profesiones de abogado o médico. En 1896, Paul Groussac resumía contundentemente esa situación, al reclamar el trazado de una frontera más precisa en torno a las labores intelectuales: “¿Por qué no penetra en los países de habla española esta noción, al parecer tan sencilla y elemental: que la historia, la filosofía y aun esta pobre literatura representan aplicaciones intelectuales tan exigentes por lo menos, aunque no tan lucrativas, como las del abogado o del médico, *no siendo lícito entrarse por sus dominios como en un campo sin dueño o predio común?*” (citado en Bruno, 2005: 70; mi subrayado).

Halperin Donghi apuntó dos rasgos de ese doble proceso de transformación del campo cultural y de construcción institucional universitaria. Por una parte, un proceso de absorción por el cual la nueva Facultad de Filosofía y Letras se nutrió primero de “aficionados a menudo brillantes” que habían operado como precursores de los campos disciplinares que ahora encontraban una inserción institucional más sólida, para luego hacer lugar a quienes encontraban la profesionalización de esos campos como un desarrollo esperable:

Diez años más tarde a esos *gentlemen and scholars* iban a agregarse otros estudiosos que podían ya ver en una vocación por las humanidades algo menos excepcional, para los cuales ella

ciabilidad entre los intelectuales argentinos de comienzos del siglo veinte en Altamirano y Sarlo, 1983. Para una mirada comparativa sobre similares experiencias en Hispanoamérica véase Ramos, 1989.

no se identificaba ya, románticamente, con una fatal marca del destino, era tan solo una razonable preferencia por ciertas actividades intelectuales que requerían una seria formación técnica. (Halperin Donghi, 2002: 80-81)<sup>4</sup>

Por otra, la manera en la que ese proceso convergió con el despertar de una nueva concepción de la labor universitaria, crítica del profesionalismo (entendido como la simple “adquisición de unas cuantas técnicas cuya posesión daba prestigio y provecho”), y que veía como necesaria no solo la construcción de un ámbito institucional propicio para el despliegue de los conocimientos humanísticos, sino también la integración de ese proyecto con el del desarrollo de las ciencias, objetivo que Halperin atribuye al ingreso de las corrientes positivistas y científicas en las Facultades de Derecho y Medicina en la década del Noventa.

En paralelo a esa contribución del positivismo a la nueva valorización de la actividad científica como parte de la misión universitaria, encontramos una mirada distinta en el análisis que José Manuel Estrada dedicara al papel que las Humanidades debían cumplir en la educación superior argentina. Coincidió con la crítica generalizada al excesivo profesionalismo, pero proyectaba sobre las humanidades una nueva misión: formar una nueva clase dirigente y apaciguar las peligrosas pasiones que la democratización social podía desatar:

¿Para qué sirve una Facultad de Humanidades? ¿Para qué? Preguntadlo a todas las naciones civilizadas y sólidas. Para formar la clase directriz de la sociedad, la que suministra hombres aptos al gobierno de los Estados, la que por su ascendiente moral y la superioridad de su inteligencia imprime carácter y direc-

4. En el mismo sentido, Buchbinder, 2005: 61-62.

ción a los pueblos. (...) Agrávase el peligro social a medida que la constitución política sea más democrática. Toda multitud es grosera. Por eso los gobiernos democráticos entrañan el riesgo de degenerar en bárbaros. El riesgo es muy real: y mientras más se amen las instituciones democráticas, más necesario es apercibirse de su existencia, y más urgente arbitrar su correctivo. (Estrada [1888] 1904: 458)

Como agudamente apuntara Oscar Terán, las diferencias en esas miradas revelaban que la valoración del papel de la investigación y las preocupaciones por la presencia de las humanidades en los claustros universitarios se insertaban en el enfrentamiento de la naciente “cultura científica” argentina con la tradición de la crítica estético-literaria. Para una parte de la elite intelectual, el problema a resolver residía en las dificultades que la sociedad argentina encontraba para el desarrollo de un proceso genuinamente civilizatorio. Desde esta perspectiva, no solo las masas inmigrantes sino también las elites nativas se hallaban en urgente necesidad de una “cepillada” en términos de la educación en las conductas, en el refinamiento y la respetabilidad.<sup>5</sup> Para otros, la clave estaba en los nuevos conocimientos que guiarían la acción estatal como instrumento de cambio. Esos nuevos saberes no podían ni debían quedar en manos de intelectuales que no tuvieran afiliación al mundo universitario. Sería en ese ámbito donde algunas de las batallas respecto al status de esos nuevos conocimientos serían libradas entre los representantes de estos grupos; por ejemplo, entre Ernesto Quesada, primer profesor titular de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, como enérgico defensor de las nuevas ciencias

5. Para algunas consideraciones en torno a ese particular afán en pos de la distinción de parte de la elite argentina del período, véanse Korn, 1983; y Devoto y Madero, 1999. Para las tensiones entre la “cultura científica” y la crítica estético-literaria, Terán, 2000.

sociales; y Paul Groussac y Miguel Cané escépticos detractores de los méritos de estos nuevos saberes y sus portadores.<sup>6</sup>

Por otra parte, esta nueva cultura científica debía orientarse a la solución práctica de los problemas *nacionales*. Esto jugaba una parte importante en la estrategia de justificación de los defensores de las nuevas disciplinas: el conocimiento de la realidad nacional debía encabezar la agenda de investigación de las mismas, así como su orientación metodológica (Buchbinder, 1997: 28-30; Bertoni, 1992).

### **Las humanidades y la orientación de las universidades argentinas de hoy**

Como sugiere la cita de Romero presentada al comienzo, las tensiones entre el profesionalismo, la investigación científica, y el papel de las humanidades en la enseñanza universitaria no solo no desaparecerían sino que irían en aumento, a pesar de los fuertes sacudones que el movimiento de la Reforma universitaria de 1918 generaría, sin lograr alterar en profundidad esos rasgos caracterizadores que Romero apuntaba como determinantes del carácter de la universidad argentina a mediados del siglo veinte.

Transcurrido otro medio siglo, la situación no parece haberse transformado demasiado, si tomamos en cuenta el agudo balance de la situación de la universidad pública realizado muy recientemente por Eduardo Míguez (2018). Uno de los temas analizados en el libro de Míguez es precisamente la continuidad del problema de “la programación académica”. Aquí, el autor coincide con muchos de los diagnósticos ya citados, al recordarnos que, efectivamente, “la matriz inicial de nuestra enseñanza universitaria es básicamente decimonónica, de corte profesionalista”. Pero a esa

6. Véanse Cané, 1919; Groussac, 1896; y Quesada, 1905.

tradición heredada, observa Míguez, se le ha sumado una vertiente contraria que genera otros problemas, la del excesivo academicismo al momento de pensar los planes de estudio de licenciaturas como primer grado universitario. Bien señala el autor:

La formación de un físico o un antropólogo es concebida como la de alguien íntegramente capacitado para desarrollar la disciplina. En las instituciones más prestigiosas, la formación académica es sólida y extensa, y por lo tanto, de larga duración. El problema es el destino laboral de alguien que ha cursado una carrera que en teoría dura cinco años pero en la práctica se extiende a más de siete. La investigación y la docencia universitaria parecerían ser el mercado laboral específico, y por cierto, demasiado restringido. Desde luego, en los hechos, el verdadero mercado laboral es la docencia en la escuela media, lo que plantea otros problemas. (78)

A comienzos del siglo veintiuno muchos de los problemas que presenta la universidad pública se vinculan a esa estructuración de la programación académica, tironeada entre el profesionalismo y el academicismo: la duración de las carreras, la rigidez de los planes de estudio, los índices de deserción, las limitadas salidas laborales de los graduados, etcétera.

El carácter mismo del proyecto universitario queda borroñado por esa ambigua oscilación entre el polo profesionalista y el la valoración académica: “estamos ante una universidad que bascula entre la formación de profesionales y el academicismo, y corre el peligro de no lograr consistencia plena en ninguno de los dos propósitos” (84).

Es en este punto donde nuevamente la presencia de las humanidades en la educación superior puede integrarse a un modelo generalista, que ofrezca no tanto el fomento de cada una de las

disciplinas clásicas que conforman ese campo, sino su entrecruzamiento y aprovechamiento interdisciplinario, en un modelo de formación básica universitaria menos estrechamente definido de los modelos profesionalistas y academicistas vigentes. Ese tipo de modelo educativo se ha expandido con mucha más fortuna en el resto del mundo que en América Latina, donde solo muy recientemente han aparecido algunas experiencias de ese tipo.

Tradicionalmente han existido una serie de principios sobre el papel que estos modelos debían cumplir en la promoción de ciertos valores cívicos y comunitarios, algunos de los cuales, como vimos, fueron expresados en la Argentina desde fines del siglo diecinueve: ¿Nos prepara la educación superior para ser miembros plenos de nuestra comunidad y aspirar a participar en el mejor desarrollo de la misma, no solo a través de la excelencia en el comando de conocimientos técnicos sino también en la preservación y transmisión de valores comunes que hagan posible una genuina noción de *ciudadanía*? Del mismo modo, se ha insistido más recientemente, ese conocimiento de un legado cultural común puede extenderse al “cultivo” de un sentido de pertenencia global y a la transformación de esos estudiantes y graduados en personas capaces de interpretar y enriquecer ese legado cultural común, con nociones de tolerancia, pluralismo y respeto por la diversidad (Nussbaum, 1997 y 2010).

Por otra parte, las transformaciones en las economías y los mercados de trabajo, gradualmente empiezan a señalar la necesidad de multiplicar este tipo de programas, de menor duración en el grado inicial, de un contenido más generalista que apunte más al desarrollo de ciertas capacidades que a la acumulación de conocimientos fijos, y que otorgue flexibilidad y capacidad de adaptación a distintas salidas laborales. Un estudio reciente llevado adelante por un consorcio de organismos vinculados a la administración de recursos humanos en los Estados Unidos interrogó

a más de 400 empleadores de ese país sobre lo que consideraban eran las más importantes habilidades básicas para el éxito entre los nuevos ingresantes al mercado laboral, incluyendo graduados universitarios. Según el informe, una amplia mayoría de los entrevistados incluye la expresión escrita, la comprensión de textos, conocimientos de matemática y de ciencia, y dominio de lenguas extranjeras, como habilidades y conocimientos básicos “importantes” o “muy importantes”. Por ejemplo, el “pensamiento crítico” (92.1%) y la “comunicación escrita” (93.1%) aparecen como habilidades valoradas por encima del “liderazgo” (81.8%) o “aplicaciones de tecnología informática” (81.0%) en los graduados universitarios (The Conference Board et al., 2006).

Por otra parte, la capacidad de adaptación a distintas trayectorias profesionales aparece también en el horizonte, dadas las fuertes señales que marcan altas tasas de rotación entre distintos trabajos en las generaciones más recientes. Para el caso de los Estados Unidos, un estudio del Departamento de Estadísticas Laborales señala que los trabajadores nacidos en el llamado “baby boom” (1946 a 1964) tienen un promedio de 10.8 trabajos distintos entre las edades de 18 y 42 años, y casi dos tercios de esos trabajos fueron llevados adelante entre las edades de 18 y 27 años (United States Department of Labor, 2019). Obviamente esos datos no son extrapolables a las situaciones de desarrollo económico y transformaciones estructurales de los mercados de trabajos en la Argentina, pero tampoco pueden descartarse como completamente ajenas a nuestra realidad.

Tal como se ha mencionado, esa preocupación por la preservación de la enseñanza en las humanidades en la educación superior a través de modelos de formación generalista quedó tradicionalmente asociada a la educación en “las artes liberales” que se afianzó en el mundo anglosajón<sup>7</sup>.

7. Los casos emblemáticos todavía vigentes en los Estados Unidos son los progra-

De modo similar, en Europa, el proceso de unificación de la educación superior puesto en marcha con el acuerdo de Bolonia de 1999 ha fijado entre sus objetivos el desarrollo de principios similares: una estructura de dos ciclos, grado y posgrado, el primero con una orientación generalista y el segundo con mayor especialización, enfatizando la necesidad de desarrollar habilidades, aptitudes y destrezas, más que la adquisición de conocimientos y promoviendo la idea de “educación a lo largo de toda la vida” (*lifelong learning*).

Tomando en cuenta esos antecedentes, desde el inicio de sus actividades en Buenos Aires, hace treinta años, la Universidad de San Andrés incluyó en sus programas de licenciatura el requisito de un ciclo inicial común de 12 materias (que equivale a tres semestres de cursos sobre planes de estudio que oscilan entre ocho y diez semestres en total) en el que los estudiantes de todas las carreras cubren contenidos de distintas áreas de Humanidades, Ciencias Sociales, Matemática y Lógica, y Ciencias Físico-Naturales.

En segundo lugar, desde hace seis años ofrece una Licenciatura en Humanidades que, además de incorporar esos doce cursos del ciclo inicial, incorpora en su plan de estudios una estructura de veinte cursos más distribuidos entre las áreas de Filosofía, Historia, Letras, Artes, Escritura y Oratoria.

La experiencia de estos años ha sido sumamente positiva, si bien marcada por rasgos particulares de la institución: una escala comparativamente pequeña, sostenida por un programa de becas muy ambicioso (más del treinta por ciento de los estudiantes

mas dictados por la Universidad de Chicago (<https://collegeadmissions.uchicago.edu/academics/commoncore.shtml>), y la Universidad de Columbia (<http://www.college.columbia.edu/core>), que aún mantienen el formato de un curso generalista en artes liberales en sus *colleges*, y, en una versión más radical, el St. John's College, cuyo programa está íntegramente diseñado en torno a la lectura y discusión de los “Grandes Libros” (<http://www.stjohnscollege.edu/>).

reciben alguna forma de beca o asistencia financiera) lo que ha permitido atraer muy buenos estudiantes de prácticamente todas las provincias del país y de muy diversas trayectorias socio-económicas familiares. Las experiencias de los graduados, tanto en sus trayectorias académicas posteriores como en su inserción en los distintos mercados laborales, en el país y en el exterior, han confirmado que los principios de ese modelo generalista inicial, lejos de menoscabar la formación profesional en las distintas licenciaturas, las han fortalecido.

Nuevamente, las características de la Universidad de San Andrés son particulares, distintas en su escala, organización interna, composición de cuerpos de gobierno, etcétera, de las de instituciones universitarias públicas; pero la capacidad de experimentación en este modelo alternativo le ha permitido acumular conocimientos que pueden ser tomados en cuenta también por estas instituciones a la hora de repensar la estructura de los programas de formación universitaria inicial.

Finalmente, el programa ha servido también como marco para explorar los desafíos más recientes planteados a las humanidades: su significado, su legitimidad ante las propuestas que los distintos poshumanismos han lanzado en los últimos años (Davis, 1997; Braiddotti, 2008). También aquí, el modelo de una educación generalista en el nivel de grado ofrece una buena oportunidad para presentar a los estudiantes desafíos conceptuales que exceden por mucho a los que puede plantear una estrecha formación profesional.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Altamirano, C. y Sarlo, B.** (1983). La Argentina del Centenario: Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. En C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Argentina: CEAL.

**Bertoni, L. A.** (1992). Construir la nacionalidad: Héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, III, 5, 77-111.

**Braidotti, R.** (2013). *The Posthuman*. Cambridge, Reino Unido: Polity Press.

**Bruno, P.** (2005). *Paul Groussac: Un estrategia intelectual*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de San Andrés.

**Buchbinder, P.** (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

\_\_\_\_\_(2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

**Cané, M.** (1919). El espíritu universitario y el método científico. En Cané, M., *Discursos y conferencias*, 32. Buenos Aires, Argentina: La Cultura Argentina.

**Davis, T.** (1997). *Humanism*. Londres, Reino Unido: Routledge.

**Devoto, F. y Madero, M.** (1999). Introducción. En F. Devoto y M. Madero (Dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo II, 5-13. Buenos Aires, Argentina: Taurus.

**Dussel, I.** (1997). *Currículum, Humanismo y Democracia en la Enseñanza Media (1863-1920)*. Buenos Aires, Argentina: CBC UBA / Flacso.

**Estrada, J. M.** ([1888] 1904). Las Humanidades. En J. M. Estrada, *Obras Completas*, vol. XI, 456-460. Buenos Aires, Argentina: Cia. Sudamericana de Billetes de Banco.

- Groussac, P.** (1896). La paradoja de las «ciencias sociales». *La Biblioteca*, 2(1), 309-320.
- Halperin Donghi, T.** (2002). *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Korn, F.** (1983). La gente distinguida. En J. L. Romero y L. A. Romero (Eds.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, vol. 2, 45-55. Buenos Aires, Argentina: Editorial Abril.
- Míguez, E.** (2018). *Crítica (y reivindicación) de la universidad pública*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Myers, J.** (1998). La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas. En N. Goldman (Dir.), *Nueva Historia Argentina (III). Revolución, república, confederación (1806-1852)*, 383-443. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Nussbaum, M. C.** (1997). *Cultivating Humanity. A Classical Defense of Reform in Liberal Education*. Cambridge, Estados Unidos: Harvard University Press.
- \_\_\_\_\_ (2010). *Not for profit. Why democracy needs the humanities* Princeton, Estados Unidos: Princeton University Press. Traducción al español: *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Quesada, E.** (1905). La Sociología: Carácter científico de su enseñanza. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 3, 213-251.
- Ramos, J.** (1989). *Desencuentros de la modernidad. Literatura y política en el siglo XIX*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Roldán, D.** (1993). *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*. Buenos Aires, Argentina: CEAL.
- Romero, J. L.** ([1956] 2004). La Reforma Universitaria y el futuro de la universidad argentina. En J. L. Romero, *La experiencia argentina y otros ensayos*, 376-387. Buenos Aires, Argentina: Taurus.
- Tedesco, J. C.** (2003). *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Terán, O.** (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*.

*Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

The Conference Board, et al. (2006). *Are They Really Ready to Work? Employers’ Perspectives on the Basic Knowledge and Applied Skills of New Entrants to the 21st Century U.S. Workforce*. Recuperado de <https://files.eric.ed.gov/fulltext/ED519465.pdf>

United States Department of Labor; Bureau of Labor Statistics (2019). *Number of Jobs, Labor Market Experience, and Earnings Growth: Results from a National Longitudinal Survey*. Recuperado de: <http://www.bls.gov/news.release/nlsoy.htm> (última actualización consultada, 22 de agosto de 2019).



# Ética profesional y enseñanza del derecho, en el marco de sociedades desiguales

**Roberto Gargarella**

Universidad Torcuato Di Tella - CONICET

## Introducción

En este brevísimo texto, quisiera plantear dos tipos de cuestiones relacionadas con la ética profesional del abogado. La primera cuestión, la más importante y la que primordialmente me interesa presentar, tiene que ver con las dificultades morales que plantea, para el ejercicio de la profesión, el hecho de que la misma se desarrolle en el marco de sociedades injustamente desiguales. Dicho contexto, sin dudas, plantea desafíos especiales para la práctica del derecho (y también, como veremos, para su enseñanza), y genera interrogantes inquietantes para quienes lo ejercen. Emergen allí, en efecto, preguntas relevantes para la profesión, como las siguientes: ¿Qué deberes tienen los abogados, en un marco social definido por la existencia de graves injusticias? ¿Cómo deben responder los que practican el derecho, ante las demandas de asistencia de quienes se benefician o aprovechan de las desigualdades existentes? ¿Cómo deben actuar ante las angustias de quienes más padecen las injusticias sociales prevalecientes?

En este escrito, me ocuparé de realizar algunas primeras indagaciones a este respecto. Sobre el final del mismo, procuraré mos-

trar –también de modo muy resumido– de qué forma problemas de ética profesional como los generados por la presencia de injustas desigualdades, se alimentan y refuerzan a partir del modo en que se enseña el derecho en tal tipo de sociedades. Los problemas que plantea la enseñanza del derecho en sociedades desiguales nos referirán, según veremos, a la presencia de un indeseable, preocupante, círculo vicioso entre el modo en que se ejerce el derecho, y el modo en que se lo enseña.

### **Cuestiones generales de ética profesional**

Como ocurre con otras disciplinas pertenecientes al campo de las humanidades, el derecho tiene entre sus objetivos centrales el de servir al otro. En particular, al derecho le interesa impedir la ocurrencia de injusticias, o dar remedio a las consecuencias que tales injusticias generan.

Podríamos hablar de una *moral general* dentro de la que se mueve el derecho, y que involucra principios básicos, compartidos por aquel junto con otras disciplinas. Entre tales principios podríamos mencionar el de tratar a todos con igual consideración y respeto; no mentir; ayudar a los que sufren graves dificultades; etc. Dentro de esa primera, amplia esfera, podemos situar luego una esfera más pequeña, integrada en este caso por principios más específicos, relacionados con la moral propia de la profesión de abogado –la *ética profesional*–. Dentro de esta esfera más específica podemos reconocer principios como que no se condene a inocentes; actuar de buena fe; procurar justicia en la resolución de conflictos; etc. El artículo 10 del *Código de ética* publicado por el Colegio de Abogados de la Capital Federal, en la Argentina, incluye dentro de esos deberes profesionales particulares, por ejemplo, “utilizar las reglas de derecho para la solución de todo conflicto, fundamentado en los principios de lealtad, probidad y buena fe”; o el de que

el abogado procure su “permanente capacitación profesional”. Definida esta esfera propia de la actividad profesional del abogado, podemos concentrar nuestra atención, ahora, en una tercera esfera, todavía más estrecha que las dos anteriores, contenida en ellas, y referida específicamente al *vínculo entre abogado y cliente*. Dentro de esta esfera más limitada podemos encontrar, típicamente, referencias a los deberes de lealtad que tiene el abogado hacia su cliente. En este sentido, y por ejemplo, podemos hacer mención a los deberes definidos dentro de un *Código de ética* como el recién citado, y que incluyen por ejemplo los establecidos en el artículo 19, de “decir la verdad a su cliente, no crearle falsas expectativas, ni magnificar las dificultades, o garantizarle el buen resultado de su gestión profesional y atender los intereses confiados con celo, saber y dedicación”; o de “poner en conocimiento inmediato de su cliente las relaciones de amistad, parentesco o frecuencia de trato con la otra parte, o cualquier otra circunstancia que razonablemente pueda resultar para el cliente un motivo determinante para la interrupción de la relación profesional”.

Una vez que hemos distinguido estas tres esferas, conviene llamar la atención, enseguida, acerca de los conflictos que –previamente– van a suscitarse entre los deberes definidos por una esfera y los definidos por alguna de las otras. Es dable esperar, por ejemplo, la emergencia de conflictos entre los deberes de lealtad que el derecho define entre el abogado y su cliente, y los deberes definidos por principios generales de justicia. Así también, resulta esperable que se produzcan tensiones entre los deberes de fidelidad profesional, y el principio que indica que no deben condenarse inocentes. Del mismo modo, no es extraño que se produzcan desavenencias y tensiones entre el deber de no mentir que tiene el abogado, y el derecho que tiene el cliente a no auto-incriminarse. Las preguntas que nos generan estos conflictos son innumerables, y de enorme importancia en la mayoría de los casos. Podemos pre-

guntarnos, por ejemplo, si es correcto que el abogado dedique sus esfuerzos a trabajar por una causa que puede implicar –en caso de que su desempeño sea exitoso– que una violación de derechos graves resulte libre de reproches jurídicos. ¿Hasta dónde puede llegar el abogado, en la defensa de su defendido? En particular, corresponde que nos planteemos interrogantes como los siguientes: ¿Qué debe hacer el abogado si sabe que la persona para la que trabaja ha cometido una falta grave? ¿Debiera entregarla? ¿Contribuir a su condena? ¿Hacer lo posible para que el reproche jurídico sea el menor? ¿Procurar directamente que su cliente no sea condenado?

### **La abogacía al servicio de la impunidad del poder**

Resulta claro, por lo examinado hasta aquí, que hay muchas cuestiones de ética profesional que involucran preguntas de difícil respuesta. En lo que sigue, de todos modos, me interesará situar preguntas difíciles como las mencionadas, dentro de un contexto social, político y económico particular. Conforme anticipara, me interesará estudiar de qué modo temas como los referidos se despliegan en países como el mío –la Argentina–, distinguidos por la presencia acuciante de injusticias graves. En definitiva, procuraré reflexionar sobre los problemas que se suscitan a partir de la relación abogado-cliente en contextos sociales y políticos marcados por la existencia de injustas desigualdades.

Tal vez convenga comenzar este análisis con una observación general como la siguiente: en sociedades definidas por la injusticia social, aquellos que cuentan con más dinero (muchas veces, de modo injustificado) pasan a gozar al mismo tiempo del privilegio de poder pagar a los mejores abogados. Esta situación tiende a provocar que las cabezas jurídicas más notables de la comunidad queden al servicio de los más ricos. Tales abogados procurarán “obtener” tales casos, y ganarlos del modo en que sea posible, abandonan-

do todo cuidado o atención especial hacia la situación de los más postergados. De hecho, la contracara habitual y más importante de este tipo de fenómenos (la asociación creciente entre dinero y abogados exitosos) es que los que cuentan con menos dinero (y, muchas veces, con mayores o más urgentes necesidades) no puedan acceder a los abogados más habitualmente exitosos dentro de la profesión. Dichos abogados, “naturalmente”, van a concentrar sus esfuerzos en la protección y defensa de los más adinerados. Mientras tanto, los ciudadanos más pobres, aunque pudieran querer lo mismo que sus pares más ricos –esto es, ser asistidos por los abogados más exitosos en el fuero–, carecen de la posibilidad efectiva de contratarlos. Por razones como las señaladas, las causas vinculadas con los destinos de los miembros más desaventajados de la comunidad tienden a quedar, esperablemente, en las manos de los peores abogados (eventualmente, tales causas van a quedar a cargo de competentes pero habitualmente sobrepasados, abogados del Estado). Como consecuencia de estos fenómenos, tan comunes como injustos, nos encontramos de manera común con dos principales resultados, ambos gravosos para el ejercicio de la profesión. Por un lado, y gracias a las destrezas y/o influencias de los abogados que los asisten, los miembros más poderosos de la comunidad van a tender a sortear con éxito los desafíos jurídicos que enfrentan, no obstante la gravedad de las faltas que puedan haber cometido. Por el otro lado, y recíprocamente, los miembros de los grupos más desaventajados, más allá de la gravedad de las faltas en las que pudieran (o no) haber incurrido, van a tender a terminar en la cárcel, procesados o condenados. Para decirlo brutalmente, el resultado típico del ejercicio del derecho en comunidades socialmente injustas, es el de *impunidad para los más ricos y condena para los más pobres*. Se trata de un fenómeno que, finalmente, parece propio de una mayoría de las sociedades que conocemos: sociedades esencialmente multiculturales, heterogéneas, que exhiben

poblaciones carcelarias cada vez más amplias, pero esencialmente homogéneas, en términos sociales.

## **Enseñanza del derecho e injusticia social**

El otro eslabón de esta cadena de dificultades del que quisiera ocuparme, con igual brevedad, es el que se relaciona con la enseñanza del derecho. Según entiendo, la enseñanza del derecho es parte creadora y reproductora (a la vez que producto) de las injusticias sociales relacionadas con el derecho: es solo una de las varias fuentes de alimentación de tales injusticias, pero en todo caso una fuente importante. Para expresar el tipo de problemas en el que estoy pensando, quisiera aludir a dos temas principales, vinculados con la enseñanza del derecho en sociedades desiguales. Dichos temas se relacionan con *quiénes enseñan el derecho*, y con *qué es lo que se enseña en las facultades de derecho*, en tales contextos.

El primer problema que quisiera abordar se relaciona con quiénes enseñan el derecho en países marcados por desigualdades injustas, como la Argentina. Un hecho importante que debe ser destacado, en relación con las personas que quedan a cargo de la enseñanza del derecho en tales ámbitos, se refiere a la habitual ausencia de una academia jurídica independiente. Este problema –como veremos, un problema generador de varios otros– se relaciona con cuestiones tales como la falta de profesores de tiempo completo; un sistema de educación pública desfinanciado; y la carencia de fondos y apoyos –económicos y de otro tipo– destinados a subvencionar la investigación jurídica independiente. Tales situaciones inducen a la mayoría de los abogados a convertirse en abogados practicantes; a la vez que tornan más difícil el desarrollo de una reflexión crítica sobre los modos en que se ejerce y aplica el derecho. En efecto, dentro de contextos como el descripto, en donde casi todos los abogados litigan, y quienes enseñan también

lo hacen, la cultura jurídica tiende a ser más complaciente que crítica. Ello es así, fundamentalmente, porque quienes litigan no se sienten especialmente motivados a objetar las decisiones de jueces contra los que luego podrían encontrarse litigando. Dicha situación suele implicar, también, la promoción de camadas de profesores deferentes con las autoridades a cargo del poder decisorio. Y es que, cuando un abogado desempeña su papel como docente y doctrinario del derecho, se ve desalentado o poco motivado a criticar a quienes más tarde puede llegar a enfrentar en su desempeño diario como abogado litigante.

En líneas generales, el hecho de que la enseñanza del derecho se encuentre básicamente monopolizada por abogados litigantes, tiende a afectar la calidad y valor de esa enseñanza. Ello es así, en primer lugar, porque los litigantes encuentran incentivos muy fuertes para dedicar sus mayores energías a la actividad profesional que les asegura el sustento. Esto es lo que ocurre, de hecho, cuando el ejercicio de la profesión redunde en ganancias muy altas, mientras que la docencia (y en particular la docencia de tiempo parcial), casi sin excepciones, se encuentra muy mal pagada. Dentro de este marco, la opción de poner en riesgo el bienestar de la propia familia, o la salud o la educación de los hijos, en nombre de una actividad tan mal pagada como la docencia, parece irracional y moralmente inaceptable.

Los rasgos que suelen caracterizar a la enseñanza, dentro de contextos como el citado, tienden a ser todos muy poco atractivos. Suele ser habitual que nos encontremos, entonces, con una enseñanza fundamentalmente dogmática; una enseñanza poco crítica en relación con la práctica jurídica dominante; una enseñanza que va a centrarse de modo muy especial en las habilidades que el litigante aprende y desarrolla cotidianamente en su práctica; una enseñanza positivista, relacionada con la “mera” aplicación del derecho; una enseñanza que no va a estar informada, normalmente,

por los últimos desarrollos avanzados por la doctrina; una enseñanza que, más bien, va a tender a reproducir los saberes adquiridos por los profesores a cargo, en sus años de estudiantes de derecho; una enseñanza en donde cada disciplina (i.e., derecho penal, derecho comercial) va a tender a focalizarse en la pequeña porción de conocimiento que le resulta propia (i.e., el Código Penal; el Código de Comercio), descuidando los vínculos de cada una de esas áreas particulares con el resto del derecho.

Lo dicho no significa, por supuesto, que no haya un enorme valor en que el profesorado, en todo o en parte, conozca de cerca el ejercicio práctico del derecho; ni mucho menos significa decir que la práctica del derecho no deba enseñarse. Lo que se pretende señalar, más bien, son los indeseables riesgos generados por una enseñanza del derecho que descuida la teoría, la reflexión más abstracta, el pensamiento crítico. Lo que se objeta, finalmente, es la falta de una formación continua, sistemática, de vanguardia, teórica, abstracta, en la mayoría del profesorado.

En estos casos comunes de una enseñanza del derecho defectuosa –una enseñanza, insisto, dogmática, poco crítica, atrasada, ligada fundamentalmente a la práctica– la formación jurídica de los futuros abogados se resiente. Dicha enseñanza descuida o relega (en el mejor de los casos, a algún curso aislado) cuestiones fundamentales –más teóricas y abstractas– relacionadas, por ejemplo, con el razonamiento judicial y probatorio; la interpretación constitucional; la filosofía del derecho; la teoría de la democracia; las teorías de la justicia; la ética profesional, etc. Ramas de la enseñanza centrales y prioritarias, como las señaladas, resultan de ese modo confinadas a los márgenes, como si fueran lujos que el derecho puede darse solo excepcionalmente, o extravagancias reservadas para gustos sofisticados o docentes exóticos dentro del profesorado.

Resulta también habitual, en tales contextos, que la enseñanza del derecho asuma un compromiso de neutralidad “boba”, im-

posible o ficticia: el derecho –se nos dice– no debe tomar partido; el derecho debe concentrarse en el caso concreto; el derecho no debe ejercerse de un modo “ideologizado”. La enseñanza del derecho se concentra entonces en la tercera de las esferas arriba mencionadas, es decir, en la esfera relacionada con el ejercicio activo de la profesión (abandonando, por tanto, toda preocupación por las cuestiones más teóricas y abstractas).

Previsiblemente, dentro de contextos como el descripto, las autoridades a cargo de la carrera de derecho tampoco realizarán mayores esfuerzos para que el estudiantado se instruya o reflexione acerca de los problemas sociales acuciantes que definen la práctica en tales comunidades (por ejemplo, no resultará prioritario, dentro de tal contexto, el desarrollo de las “clínicas jurídicas”, que aparecerán como otro “lujo” inexistente o marginado, en una mayoría de facultades). Esperablemente, dentro de ese marco, los futuros abogados no aprenderán habilidades particulares, ni cultivarán disposiciones especiales, destinadas a poner fin a las injusticias sociales existentes, o a mejorar la suerte de los más necesitados.

En resumidas cuentas, en contextos de injusticia social, como los aquí examinados, el ejercicio de la profesión tenderá a orientarse a la protección de las personas con mayor poder, dinero e influencia (con las previsibles consecuencias negativas, ya apuntadas, sobre la suerte de los más desaventajados); mientras que la enseñanza del derecho, en lugar de organizarse para resistir o hacer frente a tales desafortunados eventos, tenderá a reforzar y reproducir su acontecimiento.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Colegio Público de Abogados de Capital Federal. (1987). *Código de ética*. Recuperado de <http://www.cpacf.org.ar/formularios/codigoetica.pdf>

**IV.**

**Políticas en las humanidades**



## **Historia de una relación conflictiva: Las mujeres y las humanidades**

**Dora Barrancos**

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de Quilmes - CONICET

Nos hemos acostumbrado a la presencia de las mujeres en las humanidades y de hecho, si se analiza la composición del sistema científico y académico de la Argentina, hoy día hay más oficiantes mujeres que varones en esas disciplinas. Pero la saga de constitución de los saberes en este vasto dominio revela una enérgica segregación, una falta de reconocimiento de la condición femenina durante la mayor parte de su historia. Aun en los ambientes universitarios parece de sentido común que la discriminación sufrida por las mujeres se dio de manera más acentuada en las mal llamadas “ciencias exactas y naturales” –la idea de exactitud en la ciencia se revela absolutamente inexacta, valga el pleonismo. Sin embargo, bien observado el fenómeno, tal vez fuera mayor la exclusión de las mujeres en las humanidades, porque a lo largo de los tiempos pudo haber cierto reconocimiento a determinadas oficiantes de las ciencias naturales cuya bravura hizo que merecieran algunas líneas de atención, tal vez con ocasión del descubrimiento de alguna especie. Las humanidades han sido muy reacias al reconocimiento de las oficiantes mujeres, sus campos han resistido la consideración de sus contribuciones, resulta incontestable que la enorme mayoría de las que se desempeñaron en el campo de las

humanidades quedaron relegadas, cuando mucho, a los zócalos. Voy a referirme especialmente a la condición femenina y su exilio de las humanidades, y centraré el foco en tres campos específicos, la literatura, la filosofía y la historia.

## **Mujeres en las orillas de la literatura**

Para Walter Ong (1987) las posibilidades de escritura de las mujeres siguieron siendo en gran medida solo el manuscrito ya que estaban impedidas de acceder a la imprenta. Narrar, sobre todo como referencia biográfica, se constituyó en una competencia para sortear la dura experiencia del sujetamiento a medida que se hizo más ostensible el régimen patriarcal. Si bien estas pudieron escribir a lo largo de los tiempos, dependió de las habilitaciones de la lecto-escritura, y no hay dudas de que especialmente en lugares en que se extendió el beneficio de la educación pudieron surgir narrativas de mujeres. Prusia fue un área privilegiada por el mayor número de alfabetas debido a la Reforma protestante, a la nueva teología impuesta por Martín Lutero que sostenía la libre interpretación de los textos bíblicos, circunstancia ineludible para todas las criaturas humanas. El siglo XVIII fue singularmente expansivo, más allá de la propia Prusia, con salones literarios a cargo de mujeres y escritoras que ensayaban su propio nombre en la autoría. Y esta circunstancia fue común a todos los países de Europa.

Todo indica que se expandieron las novelas autobiográficas escritas por mujeres desde entonces. Linda Clark (2008) ha sostenido que en Inglaterra había al menos seis mujeres entre los principales veinte escritores en ese siglo, pero deben recordarse al menos a antecesoras como la audaz Aphra Benn. Penelope Aubin, Eliza Haywood y Charolte Turner Smith pudieron publicar en aquel país antes de la virada del siglo, y en la misma época se destacaba en el área alemana Sophie Von La Roche, y Betje Wolff y Aagje De-

ken en Holanda para citar solo algunos países. Ya al final del XVIII, algunas escritoras tomaron la estrategia de poner seudónimos de varones para amparar su producción, y en algunos casos tuvieron que ocultar cualquier identidad para sortear el ludibrio. Tal lo que ocurrió con la célebre Jane Austen, cuyos libros fueron firmados sin consignar siquiera alguna autoría. La portada de su primera novela, *Orgullo y prejuicio*, solo dice: “Una novela en tres partes escrita por una dama”.

Es evidente que se tendió a una menor habilitación de las plumas femeninas en letras de imprenta a medida que transcurría el siglo XIX, pues es bien conocido que este significó una vuelta de tuerca patriarcal en proporciones no vistas antes. No puede sorprender que las nuevas escritoras procuraran máscaras masculinas para publicar sus textos, y que George Eliot escondiera a Mary Ann Evans, su verdadera identidad. Durante un tiempo, Mary Ann había escrito artículos periodísticos con su nombre, pero para dar rienda suelta a la inclinación literaria hacia lo ficcional se decidió por el seudónimo masculino. Su novela *Middelmarch: un estudio de la vida de provincia*, un retrato de singular plausibilidad sobre caracteres y costumbres, se publicó en 1874 y es hoy considerada como una de las mejores obras de la literatura inglesa. Sin embargo, Eliot no reputaba bien la escritura a cargo de mujeres, pensaba que había un déficit en su creación y que tal vez no merecieran la impresión en tinta. Escribió *Silly Novels by Lady Novelists*<sup>1</sup> con el ánimo de criticar las novelas escritas por mujeres, coincidiendo así con la falta de consideración por la condición femenina de su tiempo.

En Francia, George Sand fue sin duda la mujer más destacada en las artes literarias. Como es sabido, el seudónimo escondía a Amantine-Aurore-Lucile Dupin, una figura singular, determinada

1. Hay traducción castellana: Eliot, G. (2008). *Las novelas tontas de ciertas damas novelistas*. Madrid, España: Impedimenta.

y libre. Había sido educada con severas reglas por su abuela en un lugar de provincia, se casó, tuvo dos hijos, se divorció y no le faltaron compañías masculinas célebres, basta recordar en la nómina a Alfred de Musset y Frédéric Chopin. “En aquella época, una mujer que fuera activa intelectualmente estaba cometiendo una transgresión enorme”, sostiene Sandra Vasconcelos (2015). “Las que se atrevían a publicar usando sus propios nombres recibían muchas críticas, porque estaban extrapolando el papel asignado para ellas. La mayoría terminaba usando seudónimo porque no quería exponerse públicamente” –agrega Vasconcelos. Pero en el siglo XIX publicar anónimamente se volvió menos común; por lo general la narrativa se imprimió con nombres propios, aunque la gran mayoría de las mujeres adoptaron seudónimos y buena parte de estas lo hicieron con nombres masculinos. La escritura se profesionalizó, las novelas se volvieron un género respetable y resultó más difícil para las mujeres tener autoridad cultural para firmar libros de ficción, afirma Susan Lanser. Fue necesario ganar respetabilidad usando seudónimos de varón, y eso hicieron las hermanas británicas Charlotte, Emily y Anne Brontë, quienes publicaron sus libros con los nombres de Currer, Ellis y Acton Bell respectivamente. “Había muchas restricciones y expectativas sociales en relación a las mujeres, sobre la forma en que debían escribir y los temas sobre los que podrían hablar, y además era muy común que críticos y lectores asumieran que sus libros eran siempre autobiográficos”, explica Lanser. “Por eso, si hubiera algún elemento sexual cuestionable en las novelas, o considerado poco apropiado para una dama de la sociedad, ellas serían juzgadas. El pseudónimo era también una manera de proteger la vida personal” (Costa, 2018). Las barreras eran humillantes porque “el trabajo de escritora era considerado “indecente” – asegura María José Guerra Palmero– “y solo se permitía si la mujer cumplía con los imperativos de lo doméstico previamente” (2009: 276). Más cerca del siglo XX, las mujeres toda-

vía siguieron optando por esconderse bajo nombres de varón como forma de obtener reconocimiento en el propio campo en donde era decisiva la condición masculina. La instrucción en materia de letras estaba dominada por los varones en todas las latitudes, y había una considerable mengua de valor de la producción literaria femenina, un tratamiento de conmisericordia con algunas excepciones. Tal vez quien más se empujó en la lucha por el reconocimiento, e hizo una saga en la novela y en el ensayo en defensa de la contribución de las mujeres, fue Virginia Woolf, bien entrado el siglo XX. Su texto precursor en materia de reconocimiento del desempeño femenino en actividades que le permitieran sobrevivir, sobre todo inherentes a la creación intelectual, se tituló *Un cuarto propio*, y el centro de esa gran operación discursiva gira en torno de la novela. De hecho, la cuestión planteada por la autora es la relación entre las mujeres y ese género literario, lo que le permite discurrir con indiscutible agudeza sobre las manifestaciones patriarcales en la sociedad inglesa. El alegato que desnuda los obstáculos que deben sortear las mujeres se hace todavía más sólido en su segundo gran libro *Tres Guineas*, pródigo en azuzamientos que fomentan la independencia económica femenina, un acicate memorable para alcanzar todas las formas de autonomía. Y le debemos una prodigiosa modernidad con la propuesta de alteración de los sexos. ¿Acaso no es su *Orlando* una treta de intercambios de género para que se le otorgue reconocimiento a un texto de la protagonista?

Para Hans Mayer (1977) “la mujer, el homosexual y el judío” constituyen la “historia maldita de la literatura” en su pasaje del siglo XIX al XX. El autor destaca la capacidad de resistencia que había que mostrar para hacer frente a las hostilidades de los detractores, en general los medios especializados. Pero no debe pensarse solo en los primeros años del XX como marcados todavía por la casi imposibilidad de que las mujeres conmoviera a la crítica cultural. En la escena argentina no puede sorprender que en los años

cuarenta los autores que publicaban en *Sur* –sin duda el medio literario más empujado de la época– fueran en su enorme mayoría varones, con esporádicas firmas femeninas aunque una de estas fuera la mismísima Victoria Ocampo. En fin, el reconocimiento a las escritoras demoró mucho tiempo; hace muy poco (2012) el diario “La Nación” publicaba los diez nombres más destacados de nuestra literatura. Ni una mujer en ese ranking.

### **Exiliadas de la filosofía**

La Filosofía se empeñó en concepciones que tornaban a la mujer el muñón de lo masculino, una imposibilidad de sujeto completo, una segunda naturaleza, ya que se trataba de un ser decididamente secundario, cóncavo pero incontinente. Esto se tramitó desde la Grecia clásica y se encuentra en Platón y Aristóteles, en el despliegue de la filosofía en Occidente, pero tuvo consagración en la historia de la filosofía moderna. Las mujeres quedaron ausentes en las problematizaciones y desde luego en la producción, y la filosofía iluminista amplió el soterramiento.

Sin embargo, en el siglo XVII, Gilles Ménage –abogado, eclesiástico y gramático francés– tal vez impactado por el porte intelectual de las mujeres que trataba, se dedicó a escribir una suerte de diccionario revelador de su producción. En su obra *Historia de las mujeres filósofas* –de acuerdo a Rosa Rius Gatell, quien la introduce en nuestra lengua–, la preocupación dominante es la de hacer conocer una nómina de las contribuyentes conspicuas más que la de interpretar sus posiciones, que aparecen ordenadas según diversas escuelas, aunque es evidente que no pocas se ubican en diferentes vertientes. Para Rius Gatell, uno de los motores de la iniciativa de Ménage fue su persistente experiencia de interacción con mujeres muy cultivadas, entre las que se destacan Madame de Sevigné –Marie de Rabutin-Chantal– y Madame de La Fayette –Marie-Made-

leine Piochet de la Vergne-. Los intensos intercambios mantenidos con estas no sugieren otras alternativas de trato –se ha insinuado el amatorio–, sino la inscripción común en un mundo erudito, el deleite cifrado en la experiencia intelectual. Una de sus máximas expresiones fue en Francia el famoso salón de Rambouillet y su notable *chambre bleue*, que reunía en París a lo más granado de la civilización de inicios del XVII. El espacio fue diseñado por Madame de Rambouillet –Catherine de Vivonne, marquesa de Rambouillet–, que también fue su sostenedora, la regente de un mundano círculo exclusivo al que concurría *Ménage*. La segunda mitad del siglo XVII aparece con una cierta inflexión patriarcal, varias obras se refieren a la significación femenina, entre ellas *De l'égalité des deux sexes* de Puollain de la Barre. Es de esta época el empleo del término “preciosas” para identificar a las mujeres que perfeccionaban su ilustración en los salones literarios. *Ménage* escribió su obra en latín, aunque eran muy pocas las mujeres que podían leer en esa lengua, y la dedicó a quien consideraba la más culta de su época, Anne Le Fèvre Dacier, “la más sabia de las mujeres actuales y del pasado” – dice en su prefacio. Es que Anne tenía una formación sobresaliente, era filóloga, traductora de Marco Aurelio y de Homero, su inteligencia era admirada por muchos varones. La historia de *Ménage* presenta a sesenta y cinco filósofas distribuidas en las siguientes orientaciones: escuela incierta, platónicas, académicas, dialécticas, cirenaicas, megáricas, cónicas, peripatéticas, epicúreas, estoicas, pitagóricas. A menudo, como he señalado, los nombres cruzan estas categorías, y rescato algunas de las filósofas: Hipo, Aristoclea, Cleobulina – cuya presentación tiene cierto detalle, y ocurre lo mismo con la más conocida Aspacia. Hipatia se lleva una singular referencia, lo mismo que la académica Cerella. Entre las peripatéticas se recupera a “la hija de Olimpodoro”, entre las epicúreas se registra a Temista y Leoncio, y aunque señala las dificultades para ubicar a estoicas, muestra a Porcia, a Arria, a

Teófila. Entre las pitagóricas localiza a Temistoclea, a Teano –con quien Pitágoras tuvo hijos–, a Timica. Ménage recupera a las filósofas cuyos aportes zozobraron en el pasaje hacia la modernidad, un despliegue que exilió a la condición femenina de la disciplina.

No puede sorprender que Hanna Arendt volviera la mirada sobre una mujer de fines del siglo XVIII, Rahel Vernhagen Von Ense, judía como ella, a la que suponía filósofa mientras a ella misma todavía la incomodaba asumirse como tal. En ese ensayo, destinado a poner en valor la contribución de Rahel –quien a fines de aquel siglo sostuvo uno de los primeros salones literarios en Prusia, al que concurrieron importantes figuras de la cultura–, redundan en consideraciones acerca de su desempeño intelectual, aunque asediado no solo por las circunstancias de su condición judía. Para Guerra Palmero (2009) la elección de Rahel por parte de Hanna, en 1933, para examinar sobre todo sus dotes como filósofa, escritora prolífica de misivas –resulta singular la realización intelectual a través de miles de cartas que intercambió sobre todo con varones–, tenía que ver con una suerte de identificación, pues ella misma procuraba ser reconocida en un campo disciplinario donde la producción femenina resultaba “anómala”. Recuperar a Rahel significaba una reivindicación de la inteligencia y la prosapia de que eran capaces las mujeres. Lo cierto es que en esa época Émile Bréhier publicó en Francia su *Historia de la Filosofía*, una obra de fuste que pretendió incluir generosamente a muy disímiles autores, pero en los varios volúmenes de esa empresa no figura ningún aporte femenino. Seguramente quien restó con agudeza la completa desconsideración de la filosofía hacia las mujeres fue Luce Irigaray, y lo hizo especialmente en *Espéculo de la otra mujer*, una singular tentativa de mostrar la estructuración patriarcal del conocimiento filosófico a lo largo de los tiempos. La defenestración de lo femenino por parte de la filosofía occidental alcanza en esta obra momentos de notable clarividencia, el análisis resulta incisivo e incontestable.

Quizás un anticipo que obró como una forma compensatoria de la segregación de las mujeres al ingreso del siglo XX fue la encarada por el sociólogo formalista Georg Simmel –sin duda le debe mucho a su esposa, la filósofa feminista Gertrude Kinel, que empleó el seudónimo de Marie Louise Enckendorff, autora entre otros libros de *Vom sein und vom haben der seele: aus einem tagebuch* (1922) y *Kindschaft zur Welt* (1927). La posición de Simmel quedaba resumida en dos términos dicotómicos: Externalidad masculina vs. internalidad femenina. El despliegue mayor hacia la objetivación como cometido masculino, no podía compararse con el giro hacia el interior, hacia la procreación y el cuidado, a cargo de las mujeres, circunstancias que las hacía partícipes de una entidad común: el verdadero sujeto de la metafísica. Esta conclusión de Simmel pudo haber tenido proyecciones en los círculos formativos de la disciplina, porque dada la conformación de las esferas pública y privada, y las consiguientes relaciones entre los sexos, no cabía duda acerca del forzado repliegue femenino en el cóncavo doméstico. Eran sus atributos hacia la interioridad, la escasa contaminación con la externalidad –aspecto este que dominaba en los varones–, lo que hacía preferencial la impregnación metafísica en las mujeres. No obstante, ese señalamiento no entusiasmó a los oficiantes del saber filosófico y solo a mediados del XX, con la nueva insurgencia feminista y sus reclamos frente a la segregación y el obligado ostracismo, se perfilaron los primeros reconocimientos a las filósofas, aunque no deberíamos relegar el amigable texto precursor de Gilles Ménage.

### **La historia exonera a las mujeres**

Alguna vez (Barrancos, 2015) me he ocupado de modo pormenorizado de la contribución realizada por Bonnie Smith en su notable libro *The Gender of History: Men, Women, and Historical Prac-*

*tice*, en el que realiza un examen formidable de las concepciones, herramientas y rituales de la historia como disciplina surgida en el siglo XIX. Desde luego, antes del establecimiento de la historia adscripta al canon racional, hubo una miríada de narrativas históricas, pero las grandes modificaciones que llevaron al surgimiento de los saberes especializados, según una rigurosa prescripción de las vías racionales del conocimiento, solo se impusieron con las transformaciones iluministas entre los siglos XVIII y XIX. He sostenido que “la enseñanza de la historia pasó a significar una determinada selección de las vocaciones masculinas entre ciertos estratos sociales, inclinaciones que se tornaron aún más misóginas en los ciclos de preparación, y es necesario recordar que la escuela media también les estaba vedada a las jóvenes” (2015: 86). Smith relata las circunstancias de exoneración de las mujeres, el clima a menudo violento que se imponía en los ambientes académicos donde transcurría la enseñanza de la historia debido a los enfrentamientos de los grupos, y particularmente al desprecio que había por la inteligencia de las mujeres.

Pero entre los hallazgos de Smith se encuentra la descripción de dos órdenes institucionales clave para el desarrollo de la historia, tales son el archivo y el seminario. La historia de elaboración racional que daba cuenta de los acontecimientos del pasado distinguió al archivo como una estructura inexorable para autorizar la configuración de los relatos. Los datos se guardaban en los archivos, y hasta los sentimientos de quienes los hurgaban pasaban por liberarlos de su clausura, de modo que estos constituyeron la clave para la profesionalización de la historia. Sin duda, los archivos eclesiásticos constituían un enorme depósito –de aquilatada temporalidad– que administraba la Iglesia, pero lo que sobrevino fue la necesidad de preservar y darle cierta monumentalidad a los datos que constituían la materia para la memoria del Estado-Nación. Los archivos pudieron organizarse en diversos lugares, aunque debe

señalarse la centralidad de algunos emplazados en el corazón gravitante de los territorios; su unanimidad consistió sin embargo en la imposibilidad de que los transitaran las mujeres. Lugares por lo general asociados a lo sombrío y con características inconvenientes para aquellas, llenas de acechanzas, los archivos eran la meca de la profesionalidad. Se correspondían casi especularmente con la propia disciplina y sobre todo con las formas de enseñanza que transcurrían también en ambientes vedados a las mujeres. Es probable que algunas jóvenes acompañadas de parientes pudieran visitar lugares de emplazamiento de telescopios, pero muchísimo menos ocurría que las muchachas asomaran la nariz por las aulas donde se dictaban clases de historia. Smith narra la violencia que a menudo devenía en los claustros donde solía haber enfrentamientos de bandos, y una exultante misoginia.

Además del archivo, la piedra angular de la profesionalidad fue el seminario. Este instituto preclaro en la formación de jóvenes historiadores se constituía a partir de una absoluta arbitrariedad del profesor que seleccionaba entre sus alumnos a aquellos que avizoraba con más condiciones y méritos para emularlo. En la experiencia de los territorios alemanes, el seminario refería a una relación privilegiada en la que el profesor pasaba conocimientos, preferencias tópicas, y a menudo secretos y no solo académicos, a un selecto grupo que por lo general le rendía devoción y que se reunía en su casa particular. Este discipulado privado tenía mayores posibilidades que el resto de hacer camino en la profesión y, en general, en la vida pública. Lo mismo ocurría en el área anglosajona, pero Smith revela que el seminario en este caso transcurrió sobre todo en el mismo *locus* universitario. Este aspecto más público del dictado de cursos de historia no equivalió a desafiar las normas de procedimiento por las que se seleccionaba a un grupo meritocrático. Es de imaginar las rivalidades existentes entre los diferentes seminarios, que no significaban otra cosa que una marcada com-

petitividad acerca de la influencia de las cátedras, de las apuestas a determinadas consagraciones y la postulación de ciertos delfines que se adueñarían de las cátedras con ese marcado sentido sucesorio que prevaleció hasta bien entrado el siglo XX –y que tal vez no se haya extinguido por completo. El seminario confería una aspiración de poder que subrayaba las posiciones jerarquizadas y no solo en las casas de altos estudios. La historia y sus oficiantes estaban inmersos en juegos de intereses conectados con la arena política, salvo raras excepciones. El saber histórico, sus riendas y sus efectos se consagraban a una entrañable misoginia, y debe interpretarse como un prisma patriarcal.

La escuela romántica se caracterizó por un esfuerzo en morder los términos de la exclusión, habida cuenta de sus motivos antiiluministas, su comunión con las vías de la emoción y su rescate de ciertas márgenes. No puede dejar de mencionarse a Jules Michelet y sus intuiciones acerca de la composición sexuada de la historia, una revelación que de algún modo chocaba contra las pretendidas interpretaciones desencarnadas que se producían. Le debemos a Michelet (2004) un notable –y en gran medida perdurable–, escudriñamiento sobre la figura de “la bruja”, cuya persecución es el producto del racionalismo destructor del equilibrio entre razón y naturaleza. Pero donde se puede apreciar la argumentación de nuestro autor sobre la condición femenina es en el estudio de recuperación de las mujeres que actuaron en la Revolución francesa (*Les Femmes de la Révolution*, 1854), en el singular estudio *Du prêtre, de la femme et de la famille* (1845) y en sus dos obras de divulgación *L’amour* (1859) y *La femme* (1860)<sup>2</sup>, que guardan clara sintonía entre sí. De modo sucinto se concluye que hay una exaltación de la mujer, a quien considera absolutamente superior a cualquier varón dada sus características impolutas, y a la que debe proteger-

2. Para las versiones castellanas de esas obras, véanse las referencias bibliográficas.

se y preservarse de cualquier contaminación. Michelet cree que es justamente por esa probidad excelsa que tienen por esencia las mujeres que hay que evitar que sean alcanzadas con los detritos de la vida política. La paradoja consiste entonces en que hay que evitar que las mujeres se contaminen con el ejercicio vil de la política. Y aunque no limita la posibilidad de que las mujeres se desempeñen en actividades económicas, prevalece la idea de que en todo debe haber un sublime cuidado a su condición. Desde luego, podían las mujeres desarrollar conocimientos en historia, pero subrayaba que era imprescindible la firmeza de una guía certera –y cabe pensar en él mismo en esa función–. Michelet daba instrucciones a los varones para que trataran con absoluta delicadeza a las esposas, que no llevaran los trajines y los problemas al hogar, y que este pudiera constituirse sobre una casa acogedora rodeada de un jardín donde florecieran las rosas... De cualquier modo, Michelet llegó al umbral de una reversión del estereotipo, pero no pudo traspasarlo.

Por otro lado, en el texto de Smith, la autora nos propone ir al encuentro de las mujeres que fueron obligadas a ser historiadoras aficionadas. Relegadas del oficio profesional, no fueron pocas las que se lanzaron a narrar la historia desde una óptica que no gozaba de las consideraciones académicas. En esa galería, que llega a casi una cincuentena de nombres, se destacan Madame Germaine de Staël<sup>3</sup>, una de las mujeres más controvertidas, inteligentes e ilustradas de su tiempo, autora de textos novelados. Pero sus dotes

3. Su nombre de nacimiento fue Anne-Louise Germaine Necker (1766-1817), hija del banquero Jacques Necker, ministro de Luis XVI, y de Suzanne Curchod. Fue educada con mucho esmero por su madre, una consagrada sostenedora de salones literarios. Se casó con el embajador sueco, el Barón Erik Magnus Staël von Holstein y tuvo tres hijos. En la Revolución estuvo cerca de Talleyrand, y luego se enemistó con Napoleón Bonaparte, que la obligó a exiliarse. Fue una mujer de notable autonomía, lo que suscitaba toda suerte de condena moral. Proudhon estuvo entre quienes la sancionaron por su independencia sexual y le destinó el concepto misógino de “pornocracia”.

como historiadora se revelan en *Considérations sur les principaux événements de la Révolution française* –obra en tres tomos aparecida en París, en 1818, y en la que relató lo ocurrido entre 1780 y 1815. Para Staël la historia que se realizaba estaba impregnada del “espíritu de partido”, era aviesa en la interpretación porque abandonaba la objetividad. Como he dicho en otro lugar, su escritura estaba “menos abonada por la documentación rigurosa, [pero] su interpretación sobre los actores y sus móviles fortalece la idea de la agencia política, de la naturaleza política de los hechos, pero con un involucramiento personal que parece *corpóreo* y al servicio de sus íntimos convencimientos” (Barrancos, 2015: 90). En efecto, Staël denunciaba la partidización de la narrativa histórica, pero al mismo tiempo proponía una suerte de entrega integral, con inteligencia y con los sentimientos, para esclarecer los acontecimientos.

En la galería de las aficionadas aparece otra figura, la de Mercy Otis Warren (1728-1814), quien hizo la investigación sobre la revolución independentista norteamericana en la que participó gran parte de su familia y publicó –fueron mil trescientas páginas–, como *History of the Rise, Progress, and Termination of the American Revolution*. Mercy había escrito usando seudónimos hasta que se decidió por su propio nombre. Conocía de cerca buena parte de los acontecimientos bélicos y, aunque su obra resultó muy discutida, al menos fue facilitada su circulación. Tal vez haya una carga subrayada de subjetividad en su pluma, pero en todo caso esta es más transparente que las pretendidas páginas “objetivas” que confeccionaban los varones profesionales de la Historia.

Una de las más prolíficas fue Cristina Trivulzio (1808-1871), nacida en un hogar burgués italiano y que al casarse muy joven con el príncipe Emilio Barbiano de Belgiojoso obtuvo título nobiliario, de modo que nuestra autora será conocida como Cristina Belgiojoso. Aunque su matrimonio pareció de conveniencia –como era común en el XIX–, todo indica que fue una mujer libre y que no tuvo

impedimentos por parte del marido para cultivar sus manifestaciones autónomas. Fue conspicua adherente de los liberales carbonarios y evidenció pasión militante por el mazzinismo, con decidida actuación en la expulsión de las fuerzas austríacas de ocupación de su patria. Perdió buena parte de su fortuna y tuvo que exiliarse en París. Allí se ganó la vida como costurera, pero no dejó de escribir; y continuó haciéndolo en Turquía, país al que debió trasladarse por algún tiempo. Entre sus textos se encuentra *Etude sur l'histoire de la Lombardie dans les trente dernières années, ou les causes du défaut d'énergie chez les Lombards*, de 1846. Se ocupó de *La vie intime et la vie nomade en Orient* en la *Revue de Deux Mondes*, en 1855, en donde ensaya un análisis de las relaciones de sometimiento de las mujeres. Belgiojoso se dedicó a indagar también la vida de las mujeres en *Della presente condizione delle donne e del loro avvenire*, en 1866.

Para Bonnie Smith hay un elemento común que atraviesa a estas historiadoras de márgenes, obligadas a investigar por fuera de los circuitos académicos, carentes de la formación que beneficiaba a los varones. Según el análisis de esta autora, la enorme mayoría estuvo condicionada por las experiencias traumáticas, las rupturas y las desventuras, pero no referidas tanto a la situación personal –muertes, abandonos, despojos–, sino a los ambientes sociales y políticos, a las modificaciones súbitas de sus respectivos contextos, a los quebrantos traídos por guerras y otros cataclismos. Las mujeres que narraron historia no fueron seguramente convencionales en el apego a reglas y métodos, pero constituyeron puntos de vista que con certeza deberían ser tenidos en cuenta por una revisión completa de la historiografía.

## Conclusiones

Las mujeres en las humanidades no fueron pocas, pero soterradas por el peso de las autoridades masculinas regentes en

cada una de las disciplinas. Solo un error de percepción puede haber asignado a las “ciencias exactas y naturales” el privilegio de haber presidido la exoneración de las mujeres en los registros de sus actividades. Todavía queda mucho por examinar acerca de las cuotas de segregación femenina en los diversos órdenes académicos, pero cabe hipotetizar que resulta equivalente la atronadora desconsideración de las mujeres. Decididamente, las humanidades no fueron una plaza amigable, y aunque ya hayan perdido mucho de su empeño de ciudadela patriarcal, hay que terminar de ocuparla. Conviene admitir que a las oficiantes no se nos antoja ser hegemónicas, apenas queremos justicia en el reconocimiento y paridad de celebración.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Barrancos, D.** (2015). Género, sociedad e historiografía. *Cuadernos del Ciesal*, 12(14), 82-100.

**Bréhier, É.** (1988). *Historia de la Filosofía*, Madrid, España: Tecnos.

**Clark, L.** (2008). *Women and Achievement in Nineteenth-Century Europe*. New Approaches to European History. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

**Costa, C.** (2018, 24 de noviembre). Las escritoras que tuvieron que usar pseudónimos masculinos y ahora serán leídas con sus nombres verdaderos. *BBC News*. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-46293652>

**Guerra Palmero, M. J.** (2009). Hanna Arendt sobre Rahel Varngahen: A propósito de marginaciones existenciales. *Boletín Millares Carlo* (28), 271-288.

**Irigaray, L.** (2007). *Espéculo de la otra mujer*, Madrid, España: Akal.

**Lanser, S.** (2013). Gender and Narrative. En Peter Huhn et al., *Living Handbook of Narratology*. Hamburgo, Alemania: Hamburg University Press, 2013. Recuperado de <http://www.lhn.uni-hamburg.de/article/gender-and-narrative>

**Mayer, H.** (1977). *Historia maldita de la literatura: La mujer, el homosexual y el judío*. Madrid, España: 1977.

**Ménage, G.** (2009). *Historia de las mujeres filósofas*. Traducción de Mercé Otero Vidal, introducción y notas de Rosa Rius Gatell. Barcelona, España: Herder.

**Michelet, J.** (1861). *El Amor*. Barcelona, España: Librería de El Plus Ultra.  
\_\_\_\_\_(1885). *El Sacerdote, la mujer y la familia*. Barcelona, España: Jané Hermanos, editores.

- \_\_\_\_\_(1985). *La mujer*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_(2004). *La bruja: Un estudio de las supersticiones en la Edad Media*. Madrid, España: Akal.
- \_\_\_\_\_(2010). *Mujeres de la Revolución*, Madrid, España: Trifaldi.
- Ong, W.** (1987). *Oralidad y escritura: Tecnologías de la palabra*. México D. F., México. Fondo de Cultura Económica.
- Smith, B.** (1998). *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice*. Cambridge, Estados Unidos: Harvard University Press.
- Vasconcelos, S.** (2015, 25 de junio). Entrevista de E. Graneto. *Literatura fundamental* [Lista de reproducción de Youtube]. San Pablo, Brasil: UNIVESP. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=zSAyjwWT384>

## **Humanidades, ciencias sociales y política científica**

**Mario Pecheny**

Universidad de Buenos Aires - CONICET

**Luca Zaidan**

Universidad de Buenos Aires

Los insumos y los recursos necesarios para desarrollar una labor científica, así como una política clara capaz de orientar dicha práctica, escasean hoy en la Argentina. El malestar que esta carencia produce en quienes tenemos como oficio la investigación en ciencias sociales y humanas, está a la vista. Si bien las causas más evidentes del malestar al que nos referimos pueden encontrarse en la decisión gubernamental de desfinanciar las áreas de ciencia y técnica, nuestro malestar presenta un carácter más complejo, que remite a procesos profundos y estructurales. No solo refiere al ajuste presupuestario y la degradación de las condiciones del trabajo intelectual en nuestro país, sino también y sobre todo al desarrollo aparentemente incontenible de una apuesta por la productividad, situada a su vez en un contexto global más amplio, en una época a la que nos referimos como tiempos sombríos. La mixtura entre la apuesta por la productividad neoliberal (como sea que se defina ésta) y las amenazas autoritarias (los tiempos sombríos) producen un ataque muy poderoso contra las humanidades y ciencias sociales. No nos queda otra que resistir.

En 1965, cuando los autores de este texto y la mayoría de sus eventuales lectoras y lectores todavía no habíamos nacido, Jürgen Habermas desplegó en *Conocimiento e interés* una distinción entre tres tipos de ciencias: las empírico-analíticas, las del espíritu o hermenéutico-históricas y las emancipatorias. La distinción cincuentenaria de Habermas permite ubicarnos en el malestar de hoy.

Las ciencias empírico-analíticas incluyen los modos de hacer ciencias sociales de cuño positivista. Estas ciencias replican el formato inductivo de las ciencias de la naturaleza y comparten los rasgos de cierta autocomprensión consagrada de la filosofía como un saber que es *primus inter pares*. Aspiran a un ordenamiento lógico de proposiciones, a un saber nomológico, a construir y contrastar enunciados nomotéticos a partir de una actitud de control o dominio técnico. Desde una posición objetivante y neutralmente valorativa de la relación de conocimiento, establecen un vínculo inescindible entre razón y conducta, entre conocimiento y actividad instrumental. La actividad social cuya forma es coherente con este tipo de ciencias es, entonces, el trabajo o la acción instrumental, cuyo principio rector se orienta a la manipulación técnica posible (Habermas, 1982 p.142-143) en una racionalidad de medios y fines.

Las ciencias del espíritu o histórico-hermenéuticas, “las humanidades” en la jerga del CONICET, se sitúan en la esfera de las interacciones mediadas por el lenguaje cotidiano. Ellas buscan y suponen la comprensión práctico-vital, intentando proveer interpretaciones que permitan la inter-acción entre los sujetos, dirimiendo las distancias culturales. La actividad social cuya forma se corresponde con ellas es el lenguaje, el intercambio simbólico, y su principio rector es uno *práctico* en tanto está dirigido a salvaguardar una praxis: la acción comunicativa (Habermas, 1982, p.182-183).

En esos años sesenta que culminarían en el quizá sobrevaluado mayo de 1968, Habermas nos presenta un tercer tipo de cien-

cias, las ciencias emancipatorias. Dichas ciencias no tienen nombre en la jerga actual del CONICET. Las ciencias emancipatorias, valga la redundancia, persiguen la emancipación o, mejor, la autorreflexión como condición de la emancipación. Es decir, se inscriben en la lógica de la crítica de la ideología, de los dogmatismos, de las conciencias sobre las condiciones hipostasiadas, y pretenden contribuir a la liberación de las formas objetivas y subjetivas de dominación (Habermas, 1982, p.210). Marxismo y psicoanálisis, y las apuestas por sintetizar o combinar ambas formas de conocimiento, son ejemplos de esas ciencias que buscan la liberación de los sujetos.

La taxonomía habermasiana recién restituida encuentra hoy una distancia mayor respecto del contexto epistemológico que la que detentaba al momento de su primer desarrollo. Medio siglo más tarde, y bajo la hegemonía de la forma neoliberal del capitalismo, se vuelve necesario revisar estos tipos de ciencia, no para descartarlos de plano, sino por el contrario con el objetivo de reflexionar a partir de ellos respecto de los cambios acontecidos en el quehacer científico global y en el nuestro propio.

Las ciencias empírico-analíticas, las consagradas en prestigio y en instrumentos institucionales de validación, ya no se juzgan por la medida en que logran dominar la naturaleza, por su éxito técnico en el largo plazo, sino por su aplicación y utilidad inmediatas. Muy inmediatas y muy ligadas a la utilidad económica para el corto plazo. Han sido teñidas de un *como si*. El discurso neoliberal de sentido común *all'uso nostro* sobre la utilidad de la ciencia y la técnica produce y reproduce visiones premarxistas, prefeministas, preposestructuralistas, incluso pre neutralidad valorativa sobre el conocimiento; todas visiones ingenuas sobre la construcción incremental del conocimiento. La evaluación estandarizada y cortoplacista propia del neoliberalismo plantea tensiones de objetivación de las prácticas científicas y su vínculo con las políticas basa-

das en evidencias: no hay cuestionamiento de las políticas, pues no se cuestionan los procesos de la producción de evidencia, ni qué evidencias se consideran válidas. Por ello mismo la tensión no es una carga específica de las ciencias sociales y humanidades, sino de toda la ciencia básica, también de la exacta y la natural en tanto se salen de la satisfacción inmediata.

Las ciencias histórico-hermenéuticas se encuentran, por su parte, en una doble tensión: Primero, en tensión con las ciencias empírico-analíticas, que con todo y a pesar de todo determinan el juego de lenguaje científico: proveen las reglas del método, el tipo de evidencia, hasta el formato del *paper*, de la tesis, del *curriculum vitae*. Los formatos deseables y los formatos estándar de la evaluación son más ergonómicos para las empírico-analíticas que para las hermenéutico-históricas. La estandarización del formato *paper* y de otros formatos valorados (incluido el libro, por ejemplo) autorizan más a determinadas disciplinas que a otras, y algunas maneras de practicarlas son más premiadas que otras. En este contexto vemos hoy la pugna de otros saberes por ingresar a la ciudadanía científica, prácticas y formatos híbridos o *border*: por ejemplo la *performance*. La cuestión de formatos, de objetivaciones reconocidas, es un problema grave, científico e intelectual, para nuestras ciencias sociales y humanidades. A nuestra ciudadanía científica le cuesta aceptar los formatos que no están escritos en Word y guardados en PDF.

Segundo, las ciencias histórico-hermenéuticas están en tensión con la interpelación desde la utilidad inmediata. Lo práctico deviene técnico, y las objetivaciones medibles son para las humanidades aún menos ergonómicas que para las otras ciencias.

A esta doble tensión de las ciencias hermenéutico-históricas (con las empírico-analíticas por un lado, con la utilidad o aplicación inmediata por otro) se le superpone un sesgo estructural de subordinación: la tensión entre disciplinas racionales-masculinas,

duras, y las disciplinas feminizadas, *littéraires*, blandas.

Lo dicho hasta aquí no intenta situar la pretensión de utilidad de la producción de conocimiento exclusivamente en los discursos neoliberales. La pregunta por la utilidad de aquello que hacemos no proviene solo de los profetas del ajuste, sino también de grupos y corrientes que los enfrentan. Existe un cuestionamiento populista de la in-utilidad, que se expresa en la proliferación –incluso en el seno de la universidad pública– de un anti-intelectualismo plebeyo, así como de una impugnación militante en el contexto de las disputas acerca de quién puede hablar de manera autorizada sobre algún tema o problema social (en la lógica del testimonio basado en la experiencia, en el cuerpo, en la identidad, incluso en el sufrimiento).

Estas demandas a las que nuestras tareas están sometidas dan cuenta de una época, de un momento en el que investigar, dar clases, pensar e intervenir son prácticas que, en su deber de echar luz, se encuentran paradójicamente acechadas por la oscuridad.

En *Nosotros, los refugiados*, un texto escrito en 1943, Hannah Arendt (2008) cuenta la experiencia de los judíos apátridas que, por no ser ciudadanos de ningún Estado, carecen de su derecho a tener derechos, se vuelven superfluos y, como escribe sin ironía la autora, terminan siendo llevados a campos de internamiento por los amigos y a campos de exterminio por los enemigos. Es un texto de una potencia extraordinaria: habla de ella y de los suyos, en plena oscuridad. “Tiempos sombríos”, decía Arendt (1990), son tiempos en los cuales el ámbito público se oscurece y el mundo se vuelve sospechoso y poco confiable. Es un modo de conceptualizar contextos históricos en los que a muchas y muchos les tocó vivir (Arendt es pre lenguaje inclusivo, y habla de hombres, aun cuando incluya entre los mismos a Rosa Luxemburgo), de describir ese contexto; pero también remite a un estado del cuerpo desde el cual leemos a esas figuras o –tal vez, incluso– un estado del cuerpo

desde el cual escribimos y pensamos nosotras y nosotros hoy, por ejemplo acerca de las condiciones que nos tocan en América Latina para dar clase e investigar sobre sexualidad, lo que es a su vez parte de las políticas sexuales.

En tiempos sombríos estamos permanentemente confrontados a dilemas éticos, no dilemas abstractos o intelectuales –o por lo menos no principalmente abstractos–, sino dilemas sobre cómo actuar, cómo responder a las acciones de los demás, cómo evaluar y tomar partido ante lo que los demás hacen a cada momento, en cada interacción. Uno de los dilemas de los que habla Arendt (1990) al referirse a Lessing (pp.13-42) es acerca de la actuación pública o el repliegue privado, acerca de juzgar o suspender el juicio, acerca de asumir identidades políticas y actuar en función de ellas, o camuflarse en el genérico humano. He aquí un ejemplo concreto y banal, como el mal: un amigo brasileño, gay, le dijo a su padre que si ganaba cierto candidato, quizá él se viera obligado a irse del país; el padre le respondió “y bueno”. ¿Cómo juzgar? ¿Qué hacer, en un caso así? Y lo más importante, ¿cómo vivir en el mismo mundo y en el marco de esas relaciones cuando padre, alumna, docente, vecina, aceptan y alientan modos de vivir que suponen un mundo o aspiran a un mundo donde no hay lugar para nosotras, para nosotros, o para otras y otros que no somos nosotros pero son nuestros amores, amistades, o aun nuestros enemigos, que tienen derecho a estar en este mundo?

Pensemos la siguiente postura de Arendt:

(...) Durante varios años consideré que la única respuesta correcta a la pregunta: ¿quién eres tú? era: una judía. Esa sola respuesta tomaba en cuenta la realidad de la persecución.

(...)

Al decir, “una judía” ... solo reconocía un suceso político a través del cual el hecho de pertenecer a este grupo pesaba más

que todas las otras preguntas sobre la identidad personal (...).  
(1990, p.28)

Y, a continuación, sigue una de nuestras sentencias preferidas de Arendt: “uno solo puede resistir bajo los términos de la identidad que es objeto de ataque” (1990: 28-29). Hoy nos atacan por nuestro género, por nuestra pertenencia a la universidad pública, por nuestra sexualidad, por el sistema público de salud, por pelear por los derechos humanos. En esa identidad quizá sin nombre debemos lograr identificar la identidad de resistencia en estos tiempos. Pero ¿cómo? ¿Cuáles son nuestras opciones?

Recordemos un fenómeno relacionado sobre el que también hace referencia Arendt en el texto que estamos citando: la emigración interna. Se trata de un fenómeno particular, es como si uno no perteneciera más al país en que vive, como si emigrara al ámbito interior, a la invisibilidad del pensamiento y el sentimiento.

(...) En esas épocas tan oscuras, tanto dentro como fuera de Alemania la tentación era muy fuerte, frente a una realidad al parecer insoportable, cambiar el mundo y el espacio público por una vida interior, o simplemente ignorar dicho mundo en favor de un mundo imaginario “tal como debería ser” o tal como lo fue alguna vez. (Arendt, 1990, p.29)

Los tiempos sombríos, expresión que Arendt tomó de Bertolt Brecht, es además una imagen evocadora, identificable tanto en su generalidad como en las particularidades de cada uno y cada una. Tiempos personales, pero sobre todo tiempos colectivos. Por eso la problemática tarea es la de cómo resistir a dejarse expulsar del espacio público, a la tentación de recluirse en el fuera del mundo sea cual fuere este (a veces es una reclusión relativamente cómoda, como la del clóset o la situación del paria consciente del

que hablaba Arendt). No dejarse expulsar del espacio público (de la política, de la academia) es una manera de no deshumanizarnos, de continuar con una vida que, por el solo hecho de vivirla, pone en evidencia su carácter frágil y precario; a la vez que esas mismas carencias dejan expuesta la posibilidad (la necesidad) del derecho a una vida digna de ser vivida.

(...) Es cierto que en los “tiempos de oscuridad” la calidez, que es el sustituto de la luz para los parias, ejerce una gran fascinación sobre todos aquellos que se sienten tan avergonzados del mundo tal como es que quisieran refugiarse en la invisibilidad. (Arendt, 1990, p.26)

En oposición a una suerte de vuelta al clóset sexual y político, clóset intelectual, la cálida alternativa es hacer política, es hablar y actuar, es seguir apostando por la vida aun cuando la muerte esté ahí, acechando. Por eso es un tiempo de política, que es crudamente también política sexual. Solo podemos resistir en los términos del ataque.

Los tiempos sombríos suelen ser de crisis política y económica, pero también suelen ser de desestabilizaciones o intentos de reordenamiento posdesestabilización sexual y genérica. La película *Cabaret* lo ha mostrado magníficamente: la restauración política también es restauración sexual, o quiere serlo (y también es obscena, pero eso es otra cuestión).

No se trata, en estos tiempos, de configurar como blancos de ataque derechos determinados, sino que es el propio derecho a tener derechos lo que es cuestionado. Son construidas, una vez más, categorías de población como superfluas; proceso que precisa también de la movilización de afectos, del odio dirigido hacia aquellas categorías que se construyen. De nuevo somos testigos de la paradoja que atraviesa y constituye al Estado (con estado de derecho):

es condición de posibilidad del derecho a tener derechos, y perversamente, es a la vez –invadido por la fuerza o por la legalidad de los votos– el que activamente expulsa, segrega, estigmatiza.

Tiempos sombríos son, además, tiempos de presente continuo: no pasado (no hay memoria), no futuro. Quienes trabajamos sobre VIH, por ejemplo, sabemos de la importancia subjetiva de recomponer la experiencia de futuro como condición de posibilidad de vivir el presente. Estos tiempos obliteran tal posibilidad, estableciendo un umbral de atemporalidad que hace parecer las condiciones actuales como inmutables. Esto da pie a pensar otro punto, otro afecto, el del miedo.

Marguerite Yourcenar escribió en una de sus novelas, *Alexis o el tratado del inútil combate*, que “nada nos acerca tanto a otros seres como el tener miedo juntos” (2000, p.31). Nos atrevemos a responderle a la Yourcenar que “depende”. Puede ser, lo hemos visto con los familiares de desaparecidos en la dictadura, con las madres contra la impunidad de la violencia institucional, o en el movimiento de personas viviendo con VIH; pero también, como mostrara Arendt, el miedo a menudo anula los vínculos entre los hombres, los apretuja, los aprisiona. El miedo también invita al repliegue.

Si la estética de Lessing, en contraste con la de Aristóteles, considera hasta el temor como una variedad de piedad, la piedad que sentimos por nosotros mismos, la razón es tal vez que Lessing está tratando de librar al temor de su aspecto escapista para rescatarlo como una pasión, es decir, como un sentimiento en el cual nos vemos afectados por nosotros mismos al igual que en el mundo nos vemos afectados por otras personas. (Arendt, 1990, p.16)

Asimismo, para considerar otro de sus riesgos, decía Norbert Lechner en los años noventa:

Los miedos son fuerzas peligrosas. Pueden provocar reacciones agresivas, rabia y odio que terminan por corroer la sociabilidad cotidiana. Pueden producir parálisis. Pueden inducir al sometimiento. Los miedos (como el miedo al sida) son presa fácil de la manipulación. (1998, p.182)

Estos tiempos sombríos que vivimos hoy en América Latina (y no solo en ella) pueden comprenderse en una doble desestructuración que produce incertidumbre y demanda de un ordenamiento o reordenamiento que adopta tanto un carácter nostálgico, uno, como crítico, otro: la desestructuración posmoderna, capitalista tardía, neoliberal y la desestructuración incipiente de las jerarquías de género heteropatriarcales. Nostálgica: Joaquín Sabina cantaba “no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió”. Y María Elena Walsh “quien no fue mujer ni trabajador piensa que el de ayer fue un tiempo mejor”. O hay mala memoria. En todo caso, en la intersección de ambas desestructuraciones civilizatorias se rompen espacios, tiempos y relaciones. El neoliberalismo y las revoluciones de género, ambos, desestructuran el orden tal cual fue vivido durante décadas: el modelo desarrollista del capitalismo y el orden patriarcal de las jerarquías de género. En ese mar embravecido estamos nadando.

El malestar al que estamos sometidas y sometidos no se configura sin más como una exterioridad, sino que necesita de la reiteración de prácticas -nuestras- para su reproducción. A las tensiones entre tipos de conocimiento, a las tensiones con la pretensión de utilidad inmediata, y a la jerarquía excluyente de formatos objetivados, se suma el malestar derivado propiamente de la subjetivación neoliberal. El neoliberalismo ha sido capaz de confeccionar un imaginario atomizante, que internaliza en el inconsciente colectivo el principio rector de la competencia. Tomar conciencia

de los modos de subjetivación propios de la forma neoliberal de producción capitalista es necesario si pretendemos aminorar de alguna manera el malestar que nos invade. Sin embargo, y a la vez, debemos tomar conciencia de otro aspecto de nuestra posición en la sociedad. Hoy muchas y muchos padecemos todos los males del capitalismo, del neoliberalismo, de las tensiones cruzadas que fueron evocadas más arriba, es cierto, pero desde el privilegio. En estos tiempos sombríos, nuestro privilegio no es solo que tenemos trabajo y salario, y realizamos además el trabajo que elegimos, sino que frente a los dilemas éticos constantes que impone el contexto del capitalismo neoliberal, todavía contamos con espacios públicos en el seno de los cuales intercambiar con nuestros pares para pensar colectivamente sobre tales dilemas. No es sino en la identificación simultánea de las causas de nuestro malestar y de nuestra posición de privilegio que podremos reflexionar, quizás con éxito, acerca de formas de resistencia.

En tiempos sombríos, estamos. En tiempos sombríos, quienes estamos en una situación de privilegio tenemos un compromiso mayor. Nos atacan, sí. Duramente, es verdad. Pero seguimos siendo privilegiados y privilegiadas. En tiempos sombríos debemos más que siempre seguir haciendo lo que hacemos, teoría y política. Es nuestro deber. Más que eso, es nuestro trabajo incluso mantener la existencia de los espacios públicos, que son condición necesaria para que las acciones sean eficaces y las palabras significativas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Arendt, H.** (1990). *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona, España: Gedisa.

\_\_\_\_\_(2008). We refugees. En H. Arendt, J. Kohn y R. H. Feldman (Eds.), *The Jewish writings* (pp. 264-274). Nueva York, Estados Unidos: Schocken Books.

**Habermas, J.** (1982). *Conocimiento e Interés*. Madrid, España: Taurus.

**Lechner, N.** (1998). Nuestros miedos. *Perfiles Latinoamericanos*, 13, pp. 179-198.

**Yourcenar, M.** (2000). *Alexis o el tratado del inútil combate*. Madrid, España: Alfaguara.

## Número y representación. Un argumento sobre la analogía colonial y las ciencias humanas<sup>1</sup>

Alejandro De Oto

Universidad Nacional de San Juan - CONICET

Quisiera evocar parcialmente, para dar el tono apropiado, el título de un libro de Simon Critchley (2004), el cual define el espíritu de fondo de mi intervención esta tarde: *Very little, almost nothing*. El simple hecho de hacer algunas preguntas sobre la relación entre colonialismo, conocimiento, representación y número puede evocar bibliotecas enteras, pero es una evocación que rutinariamente ha funcionado de modo subrepticio, en sordina, en segundo plano. En ese sentido, el título, que en el original describe otras cosas, me resulta apropiado para introducir preguntas discretas sobre la relación en juego. Y aunque lo que obtengamos sea quizás muy poco, casi nada, continúa siendo un problema.

La mayor parte del tiempo damos por hecho que cada movimiento en las ciencias humanas da por resultado una ampliación en el alcance de los conocimientos producidos. Por una suerte de *ethos*, que probablemente se remonte a los momentos en que se le demandaba a los saberes sobre lo social mayor grado de formalización

1. Este texto está inspirado y es, al mismo tiempo, una deriva del artículo “La analogía colonial” de mi autoría, publicado en *Tábula Rasa* (2018).

y, en cierto sentido, mayor previsibilidad metodológica, persiste la idea de que es preciso ensanchar los alcances de nuestras prácticas de conocimiento y que eso, de por sí, es esencialmente positivo.

Esta suerte de conciencia genealógica se sirve con mucha facilidad de las nociones más arraigadas de cambio social e histórico que han poblado el/los discurso(s) de las ciencias humanas por más de un siglo, y que se sitúan metonímicamente en diversas escenas de las prácticas sociales. Se sirven también de lo que llamaría *horizontes emancipatorios*, que con mayor o menor visibilidad, ordenan los modos de conocer en arreglo a objetivos. Objetivos que pueden presentarse tanto como extensas construcciones donde se privilegian las conexiones de conceptos, categorías y materiales dentro de un mismo dominio discursivo, o como demandas que provienen de esferas relativamente indiferenciadas de la vida social que conforman universos de sentido precisos. Por ejemplo, demandas por hacer explícita la utilidad de estos saberes, su función social, económica, etc. Cada una de esas demandas funcionan como zonas estables que al final del día presentan su caso frente a las ciencias humanas y estas deben responder.

En tal marco uno podría defender, por ejemplo, la figura del ensayo frente a la del *paper*, o una expresión más concentrada en las formas rutinarias de los proyectos de investigación, sus protocolos expresivos, etc.; y en cada caso podría hacer evidente o no la operación cultural emergente, las subsunciones que se producen y los modos en que, de alguna manera, oscurecemos nuestra propia práctica. Creo que aquí hay un problema de primer orden. A saber, que oscurecer nuestra práctica no es algo que ocurra solo como podría ocurrir en aquellos desarrollos que se orientan por fines (una literatura militante y cosas por el estilo), sino también un oscurecimiento de la propia práctica en el orden de la epistemología y sus filiaciones contextuales. Lo que oscurece nuestra propia práctica se vincula también con las zonas no reflexionadas de los discursos

disciplinarios, metodológicos y epistemológicos. En un punto se trata de la costumbre que produce una retórica de los fines, pero también una retórica de la utilidad y una retórica que afirma en la huella multiseccular de Terencio el Africano que “nada de lo humano nos es ajeno”, como si en la operación misma de enunciarlo estuvieran ya todas las garantías en juego. En ese plano, conviene proceder con Stuart Hall (2010) y la imagen inversa, es decir, pensar sin garantías.

En cualquier caso, cada vez que sintagmas como «cambio metodológico», «crítica epistemológica», «teoría crítica» y un largo etcétera, se hacen presentes, todos sabemos las contraseñas de entrada al mundo que evocan. Se trata de una re-configuración de los archivos, de los conceptos y categorías que los atraviesan, producen y organizan. Y sabemos también que toda esa tarea supone representación y que ello es inevitable.

Muchas de las renovaciones o movimientos críticos en un sentido extenso son conectivos, otros organizan conjuntos a partir de agregaciones y, la mayoría de las veces, lo que ocurre es la suma de estos dos procesos. Piensen por ejemplo en los primeros *Annales*, de la historiografía francesa, aquella de Marc Bloch y Lucien Febvre. Allí la función era doble. A la par que se le demandaba a la historiografía una incorporación a los saberes vinculados con la vida, se propiciaban los contactos interdisciplinarios porque el objeto se había tornado complejo. El problema persistente, sin embargo, fue que a lo complejo del objeto se le agregó una conciencia cada vez más explícita de la complejidad del contexto, el cual dejó de ser un mero lugar de referencia, el escenario en el que los eventos ocurren, para comenzar a jugar un papel creciente en el plano constructivo de la trama de conceptos y categorías.

Siempre me ha parecido difícil dar cuenta de esto sin caer en formas ritualizadas de explicación que suelen ser las más accesibles pero no sé si las más acertadas. Creo que, en realidad, dentro

del dispositivo que configuran las humanidades no resulta satisfactorio el relato de un auto perfeccionamiento metodológico y epistemológico ocurrido como una suerte de proceso interno, de desenvolvimiento de sus propios procedimientos y protocolos. Tampoco resulta satisfactorio, claro está, una mera exterioridad donde el referente, devenido objeto auto constituido, da las pistas sobre cómo debe proceder el saber que lo explica. Lo que pretendo señalar es que no sería una suerte de historia interna de los procedimientos de una o varias disciplinas volviendo inteligibles sus acciones, como por ejemplo, la metodología, lo que nos permite entender cierta capacidad ampliada de los discursos de las ciencias humanas por dar cuenta de lo real, en la configuración que ello asuma. No cabe duda, claro está, que algo de ello está presente, pero es clave el contexto que dichos discursos enuncian y aquel en el que lo enuncian. En esa dirección, la discusión de un asunto teórico y metodológico implica describir los modos en que se distribuyen funciones sociales y culturales en el recorte de los discursos llamados «ciencias humanas o humanidades», al mismo tiempo que es allí donde ocurre la figuración o prefiguración de un contexto donde ese recorte se vuelve significativo. La función social representada, por caso, sería resultado de ese tejido preciso.

Así, las dimensiones que organizan un archivo<sup>2</sup> y el conjunto de preguntas asociadas implican la presencia de esa función social asignada muchas veces por defecto por medio de una imagen lábil de contexto. Por ello hay que huir de toda simplificación en este punto porque, lo repito, son contextos producidos en la operación específica del recorte de discursos llamados «humanidades, ciencias humanas». No hay pre-existencia contextual alguna pero sí hay obligación de volver inteligible el contexto en que ocurre y que hace ocurrir el conocimiento.

2. Sugiero para este debate el texto de Mario Rufer (2016).

Tales contextos reciben muchas formas y en ocasiones se han traducido como analogías que organizan de fondo las referencias y la inteligibilidad de las categorías, de los conceptos y de las historias que contamos en las ciencias humanas. La mayor parte de las veces esas analogías provienen del mundo del conocimiento científico o de actividades intelectuales con un alto grado de formalización, como en el orden de las artes, lo que hace claramente visible lo que llamaría el “efecto de arrastre”. Cuando cumplen el papel de analogías no solo otorgan inteligibilidad al espacio donde acontecen sino que validan los términos del espacio de origen, digamos.

Los ejemplos conocidos del juego, del teatro y del texto son útiles al respecto porque transportan sus claves al pensamiento social. Todos conocemos el clásico ensayo de Clifford Geertz ([1980] 1991) que exploraba a principios de los años ochenta del siglo XX los procesos de re-figuración del pensamiento social. Un argumento central era que frente al fenómeno de dispersión de los lenguajes en las prácticas de conocimiento se asistía a cruces inesperados, tanto en los modos expresivos como en el empleo de recursos que en otros tiempos hubieran sido considerados como conocimientos de segundo orden. Tal es el caso de las analogías.

Yo no estoy interesado en discutir la profundidad de la analogía como dimensión del conocimiento (Stepan, 1986) y sus capacidades explicativas frente a otras formas. Me interesa, por el contrario, puntualizar dos o tres cosas concretas. La primera de ellas es que a las analogías que detectaba Clifford Geertz se le puede sumar con mucha facilidad la que produce el colonialismo. La segunda, que el colonialismo desplegado no como caso de estudio sino como proceso epistemológico tiene consecuencias de fondo para el tipo de saber que producimos y, la tercera, que el rasgo más concreto de esas consecuencias reside, precisamente, en el orden de las representaciones que organizan las preguntas por los otros,

por las tareas de las disciplinas, de la filosofía por caso. Son consecuencias en el plano del número y de la cualidad.

En lo que resta trataré de hacer más inteligibles estos problemas. Con respecto a cómo y por qué el colonialismo puede ser entendido como una analogía equivalente a las otras, diré que es preciso señalar que los estudios sobre el colonialismo en sus configuraciones históricas no son una novedad. El problema, para decirlo rápidamente, nunca fue ese. Por el contrario, lo que enfrentamos aquí es si es posible proyectar las formas de relación que se producen en los colonialismos históricos y volverlos análogos a los procesos de definición de las categorías y conceptos en el pensamiento social. Es decir, si es posible poner esa afectación en el centro de la escena.

Se me ocurren como evidentes dos tipos de afectaciones. La primera que implica considerar las historias coloniales como objeto de conocimiento cuyas reglas y procesos pueden extrapolarse a universos simbólicos y prácticos, como la práctica de las ciencias humanas o las humanidades en general, por ejemplo. La segunda, que esas historias son relevadas desde coordenadas que les son exteriores a las lógicas de relación que producen. Para decirlo más claro, si se estudia el colonialismo como una etapa del desarrollo capitalista, una cuestión que atraviesa dos terceras partes de la discusión sobre la relación modernidad y colonialismo en la teoría social, la capacidad por parte del «objeto» de afectar ese estudio es tendencialmente cero. Sin embargo, hay una segunda afectación, menos evidente quizás, y que se produce en el plano epistemológico, ya que decir «colonialismo» no es simplemente definir un concepto sino abrir un abanico que comprende la producción completa de lo que llamamos cultura contemporánea. Allí quedan menos certezas acerca de la posibilidad de sostener alguna exterioridad con respecto a tal «objeto» sin que se afecte la estabilidad ontológica de conceptos y categorías de las ciencias humanas. Este

ha sido y sigue siendo un proceso fuertemente condicionado por la lógica del «sí, pero...». Es decir, una lógica que admite el riesgo que implican para la trama epistemológica ciertos temas, problemas y enfoques, «pero» no ve otra forma que seguir produciendo del mismo modo en que lo está haciendo.

Lo que resulta más o menos evidente desde la misma época del ensayo de Geertz es que el tipo de producción relacionado con el colonialismo pasó de ser considerado una dimensión secundaria de un proceso histórico global (entiéndase europeo, etnocentrado) hasta convertirse en una clave central en la conformación y producción de subjetividades. Ese cambio, que en muchos sentidos fue subrepticio, emancipó, por decirlo de un modo reconocible, varios planos. El más importante es que ya no se trataba de la confirmación de una temática nueva sino de nuevas filiaciones y comparaciones. Por ejemplo, si se acepta en general que los colonialismos históricos producen tres movimientos reconocibles, del modo en que los narra V. Y. Mudimbe –la dominación de los espacios físicos, la reforma de la mente nativa, la inclusión de las historias económicas locales en la perspectiva occidental (1988: 2)–, es posible imaginar con relativa facilidad que, análogamente, la producción de conocimientos sigue las mismas reglas. En ese sentido, la analogía revierte no solo sobre los procesos estudiados sino sobre la forma de conocerlos.

Ese sería el punto exacto donde el fenómeno de arrastre se vuelve razón metodológica y epistemológica. Permítanme ser más explícito. Intento decir que la amplificación de la dimensión colonial en los procesos históricos y sociales contemporáneos afecta la naturaleza de la organización de esos saberes y cuestiona sobre todo la forma en que en ellos se configura lo que de manera genérica denominé «el archivo». Tal afectación se produce también, creo, en los siguientes niveles. Uno, central, que pregunta por la dirección de estos procesos, por su génesis pero sobre todo por su

desenvolvimiento, y por las borraduras/tachaduras en juego. (Esa reforma de la mente nativa no es sino eso). Un segundo, que en cierta forma hace mimesis de las relaciones coloniales en el espacio del conocimiento que lo explica (justo allí es donde se hace más visible el problema de la analogía en varias dimensiones). Por último, un tercero que se pregunta sobre el volumen de la información procesada y las figuras conceptuales destinadas a representarla.

En escritos liminares de la crítica al colonialismo de varios pensadores del Caribe, que son los que mayoritariamente trabajo, se vuelve evidente este problema. Aimé Césaire, por caso, pone en primer plano el problema de la representación en varios escritos. Desde *Discurso sobre el colonialismo* ([1955] 2006), pasando por la “Carta a Maurice Thorez” ([1956] 2006), una magistral crítica del asimilacionismo del Partido Comunista francés, y por el poema “Le verbe Marroner” ([1955], 1983), en cada una de esas escenas hay una doble advertencia: al mismo tiempo que se marca el territorio para una lucha política y cultural se lo hace mostrando los límites de las representaciones metropolitanas y la poca fiabilidad de sus sistemas de referencia. El primero de los textos, *Discurso sobre el colonialismo*, entre otras cosas es un alegato directo sobre el agotamiento representacional de las políticas coloniales tramado en el modo de una crítica civilizatoria. El segundo, más directamente vinculado a la práctica política militante es una renuncia en forma de crítica cultural al marxismo metropolitano al tiempo que el tercero, el poema, es un alegato directo contra las demandas estético-políticas de la función que debe tener el arte, y en especial la función del soneto, en relación con la conciencia proletaria, que Louis Aragon pretende universalizar. Césaire la resiste en tanto la experiencia del poema en las Antillas es una experiencia colonial que no encuentra traducción alguna en la propuesta de Aragon que no sea el borramiento o, al igual que con Thorez, el asimilacionismo. Por su parte, Fanon es extremadamente lúcido con res-

pecto a todos estos límites. El diferendo que sostiene con ellos se puede ver con claridad meridiana en su demoleadora crítica de la dialéctica, en los términos que la propone Sartre con respecto a la negritud, en el capítulo V de *Piel negra, máscaras blancas* ([1952] 2009), que enuncia ya desde el mismo título del libro el estado ruinoso de la representación racializada del colonialismo, hasta las páginas finales de *Los condenados de la tierra* ([1961] 1994), en donde con carácter de urgencia política, moral y vital, llama a establecer una nueva realidad cerebral de la humanidad, un nuevo mapa, para enfrentar los confinamientos de cuerpos y experiencias que el colonialismo y sus sistemas de representación impusieron sobre las personas (290).

Los ejemplos se multiplican y vale la pena mencionar alguno más. Uno de ellos podría ser *Poética de la relación* de Édouard Glissant (2017) que, al pensar el problema de “la relación”, inaugura una apuesta por el escenario de la creolización<sup>3</sup> donde el movimiento es la clave de un flujo que impide las jerarquías y procede, del mismo modo que el concepto de “mundualidad”, rizomáticamente. O incluso hagamos saltos temporales y tomemos nota de las declaraciones recientes de J. M. Coetzee, que desafían ciertas mitologías arraigadas acerca de lo que permiten expresar o no algunos idiomas en términos casi civilizatorios con su opción consciente por el español en las primeras ediciones de sus próximos libros<sup>4</sup>. O en Chinua Achebe, y la poderosa saga desde tiempos precoloniales a los poscoloniales, desde por ejemplo, *Las cosas se deshacen* hasta

3. Para un despliegue sistemático y bien fundado sobre la creolización como alternativa epistemológica y metodológica a las perspectivas multiculturales y en la saga del pensamiento caribeño y fanoniano, ver de Jane Anna Gordon (2014).

4. Varios periódicos en sus secciones literarias han relevado esta noticia. Los tratamientos difieren marcadamente mostrando, por otra parte, lo que se juega en las políticas lingüísticas. Como referencia general, por ser la nota más descriptiva, véase <https://www.nytimes.com/es/2018/06/04/coetzee-sudafrica-espanol/>

el satírico *A Man of the People*, donde despliega un conocimiento del poder pre y poscolonial no sujeto a las lógicas esencialistas de los discursos civilizatorios.

En suma, los formatos varían, del poema al manifiesto y del manifiesto al ensayo filosófico-cultural (en cada caso vale la pena pensar que no están allí para cumplir una suerte de deuda con el campo de conocimiento sino como intervenciones políticas desde estéticas específicas), pero todos suman a la evidencia de que el orden propuesto por las teorías histórico-sociales modernas y los despliegues disciplinarios no hacen sino funcionar como una «práctica colonial».

La consecuencia, a mi juicio, del fenómeno de arrastre de la analogía colonial a las ciencias humanas es que las describe como máquinas coloniales que producen diferencias y, por lo tanto, otorga enorme relevancia al problema de discutir las representaciones involucradas en las categorías y conceptos que actúan sobre esas diferencias. Al mismo tiempo, ofrece las herramientas para el desmote de los dispositivos que funcionan como máquinas de alterar.

Sabemos que los colonialismos históricos son procesos que producen diferencias y las estabilizan por medio de distintos dispositivos. En el espacio del discurso, para evocar a Homi Bhabha, esas diferencias se estabilizan en un modo de conocer que siempre es del orden de lo fijo, inmutable, pero al mismo tiempo repetido (1994 [2002]). La figura del estereotipo allí es crucial porque normaliza el conocimiento de los otros al mismo tiempo que los vuelve estables desde una dimensión ontológica. El tránsito desde esta advertencia acerca de cómo proceden los discursos coloniales hacia los discursos de las ciencias humanas no está libre de escollos, pero la virtud de la analogía, si hay una, es que produce una equivalencia entre historia y procesos de conocimiento, ambos descritos como coloniales, pero incorpora la crítica en el camino. Pensemos,

por ejemplo, en una contextualización histórica de largo alcance y lo que ello implica, en el sentido de que en las historias modernas, casi todas las formas de autoafirmación de un sujeto, sus legitimidades y supuestas singularidades ocurren en relación con los procesos coloniales, sea por comparación, por occlusión u omisión. Pensemos ahora, por qué habría de ser diferente en las representaciones usuales con las que nos movemos en nuestros saberes. Pensemos, por ejemplo, acerca del siguiente problema expresado en esta secuencia de preguntas: ¿qué define una categoría de análisis histórico, social y cultural que no advierte el contexto que produce ni aquel en el que enuncia? ¿En dónde y cómo cesa un modo de representar cuando esa advertencia no está presente? ¿Cuánto es cuánto en el problema concreto del número que en cada cambio epistemológico se anuncia? ¿Cómo cuenta una categoría o un concepto? ¿Qué cuenta y qué asigna a un sujeto o a varios?

La analogía colonial, en un pliegue que en muchos sentidos resulta inédito y en una escala apropiada al campo donde se despliegan los saberes de lo social, ha imitado el modo subrepticio en que las subjetividades se transformaron en las experiencias de los colonialismos históricos, poniendo de relieve que no hay garantías en ningún retorno de y a pasados estables y horizontes despejados con respecto a la representación. Lo que hay es una advertencia ineludible, a menos, claro está, que la violencia prime. Una advertencia que se podría sintetizar de esta forma y que no debiera leerse como una ética sino como un problema histórico y epistemológico: nada de lo humano me es ajeno, pero nada de lo humano debería reinscribir un humanismo universalizante. Antes, más bien, es preferible pensar que nada de lo humano es siquiera abordable sin revisar cómo se representa y cómo se cuenta.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Achebe, Ch.** ([1958] 1975). *Las cosas se deshacen*. La Habana: Arte y Literatura.
- \_\_\_\_\_([1966] 2001), *A Man of the People*. Londres: Penguin.
- Bhabha, H.** (1994). *The Location of Culture*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Césaire, A.** ([1955] 1983). Le verbe “marronner” / à rené depestre, poète haïtien (1955). En *The Collected Poetry*, compilado por Clayton Eshleman y Annet Smith, 368-371. Berkeley, Estados Unidos: University of California Press.
- \_\_\_\_\_([1955] 2006). *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal Ediciones.
- \_\_\_\_\_([1956] 2006). “Carta a Maurice Thorez”, en Césaire, Aimé, *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal Ediciones: 77-84.
- Critchley, S.** (2004). *Very Little, Almost Nothing. Death, Philosophy and Literature*. Londres, Reino Unido: Routledge.
- De Oto, A.** (2018). La analogía colonial. *Tabula Rasa*, (29), 19-36. doi: <https://doi.org/10.25058/20112742.n29.02>
- Fanon, F.** ([1952] 2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid, España: Akal Ediciones.
- \_\_\_\_\_([1961] 1994). *Los condenados de la tierra*. Trad. de Julieta Campos. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Geertz, Clifford.** ([1980] 1991). Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social. En C. Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, 63-77. Barcelona, España: Gedisa.
- Gordon, J. A.** (2014). *Creolizing Political Theory: Reading Rousseau*

through Fanon (*Just Ideas*). Nueva York, Estados Unidos: Fordham University Press.

**Hall, S.** (2010). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. E. Restrepo, V. Vich y C. Walsh (Eds.). Popayán, Colombia: Envió Editores.

**Mudimbe, V. Y.** (1988). *The invention of Africa. Gnosis, Philosophy and the Order of Knowledge*. Blomington/Indianápolis, Estados Unidos: Indiana University Press.

**Rufer, M.** (2016). El archivo: de la metáfora extractiva a la ruptura poscolonial. En M. Rufer, y F. Gorbach, (*In*)disciplinar la investigación. *Archivo, trabajo de campo, escritura*, 160-186. México D. F., México: Siglo XXI Editores.

**Stepan, N. L.** (1986). Race and Gender: The Role of Analogy in Science. *Isis: A Journal of the History of Science*, (77), 261-277.



V.

**(Pos)Humanismos, (Pos)Humanidades**



# Animales y mujeres en el camino de la deconstrucción de las humanidades en el posthumanismo

Mónica B. Cragolini

Universidad de Buenos Aires - CONICET

Se ha señalado muchas veces, en la historia del pensamiento occidental, que el hombre es una enfermedad de la naturaleza: ese modo de la existencia que, para instaurarse como dueño y señor de lo viviente generó, con el orden de la cultura, un ámbito de *hybris* apropiadora, intrusora y devastadora de todo lo que es. Zarathustra señala que la tierra es una piel, y esa piel tiene enfermedades, y una de ellas es el hombre (Nietzsche, 1980, *KSA IV*: 168). Si pensamos en las humanidades, claramente se han conformado desde una idea del hombre como enfermedad de la tierra, ya que el modelo de sujeto que les dio nacimiento, con *Salutati*, implica rescatar lo humano desde todo aquello que “no poseen” (o en esa época se consideraba que no poseían) las otras formas de vida animal: oratoria, cultura, historia, moral, gramática (Cragolini, 2012b). Ese modelo de subjetividad se erigió a sí mismo en la época moderna desde una “autotelia autodefictica” (Derrida, 2008: 115) que se asume como soberana, es decir, con poder de vida y de muerte sobre todo lo que es.

En las humanidades, esa figura soberana está considerada, desde el siglo XIX, de manera crítica y deconstructiva: las huma-

nidades son las que pueden autocriticarse tal vez de manera más radical que las otras disciplinas pero, al mismo tiempo, son las más fuertemente fundadas sobre ese modelo de sujeto antes indicado, fundación que les ha dado el privilegio de considerarse en un escalón superior al resto de las disciplinas, en una suerte de tarea de vigías de los órdenes de fundación de las demás. Con esto quiero señalar que, si existe un lugar en el que esa autotelia autodeíctica se hace patente, es en el ámbito de las humanidades y, dentro de las humanidades, de manera pregnante, en la disciplina a la que me dedico: la filosofía.

Más allá de las distinciones naturaleza/cultura, presentes en las caracterizaciones que hice al inicio, creo que hoy en día podemos hablar de la comunidad de lo viviente y encarar el pensamiento en torno a ella a partir de la idea de posthumanidades, entendiendo por tales los modos de plantear nuestro saber y nuestro pensamiento atendiendo a la necesidad de deconstrucción del modelo de subjetividad que sustenta nuestras disciplinas.

Por ello, quisiera plantear la problemática de dicha deconstrucción desde la proximidad contaminante de dos cuestiones epocales: las luchas feministas y el problema de la animalidad. En este sentido, creo que la transformación que están produciendo los movimientos feministas en el ámbito de lo socio-cultural, pero también en los distintos campos disciplinarios, no puede sino reconocer el vínculo feminismo-animalismo. Porque de lo que se trata es de comprender el aspecto fálico y sarcófágico de la violencia que se expresa en el dominio del otro al que se considera más débil, sea mujer, niño o animal.

Es decir, se trata de evidenciar el carácter masculino del sujeto, para patentizar la necesidad de la comunidad de luchas del feminismo y del animalismo, y la crítica de paradigmas fálicos en los ámbitos disciplinarios (comenzando por la noción misma de disciplina, que supone siempre ese vigía y vigilante antes aludido

en la tarea de las humanidades, vigía y vigilante que se autoerige en tal posición).

Las primeras feministas, como narra Carol Adams (2010: 204 y ss.), eran vegetarianas. Y si bien en esta actitud existía sobre todo una rebeldía con respecto al lugar adjudicado a la mujer en la cocina, también estaba presente la resistencia al modelo gastronómico masculino, que consistía básicamente en la ingesta cárnica, con los prejuicios con respecto a la necesidad de “más fuerza” (lo que puede leerse como más virilidad) para el hombre, obtenible a partir de la carne y la sangre de los animales. La visión de los cadáveres en la Gran Guerra, señala también Adams, llevó a las feministas a una asociación carne-guerra que debe ser tenida en cuenta. Las ontologías de guerra (pienso en Rosenzweig) se nutren justamente de la carne ofrendada en nombre de los grandes ideales.

Me gustaría hacer una breve referencia, en primer lugar, a un autor que en los fines del siglo XIX advirtió la necesidad de transformación de los derechos, y asoció diversas luchas desde la comprensión de esa violencia estructural a la que antes hice referencia.

### **Henry Salt y el “quizás” de los derechos**

Henry Salt es un pensador militante socialista que planteó la necesidad de extender la idea de humanidad a otras especies animales. En su *Animals' Rights: Considered in Relation to Social Progress*, de 1892, Salt recuerda de qué manera irónica el autor de la *Vindicación de los derechos de las bestias*, la obra que respondió a la *Vindicación de los derechos de la mujer*, de 1792, de Mary Wollstonecraft, señalaba que si se seguían afirmando derechos, pronto éstos se extenderían de la mujer a los animales, y de éstos, a los vegetales y minerales. Más allá de la discusión en torno a si se puede considerar a Wollstonecraft una feminista *avant-la-lettre*, tema sobre el que existe mucha literatura, me interesa recalcar una de las di-

versas reacciones ante el libro, que fue aplaudido y criticado tanto por hombres como por mujeres. El profesor de filosofía Thomas Taylor, neoplatónico traductor de textos de Platón, de Aristóteles y del orfismo, publicó esta sátira antes aludida, la *Vindicación de los derechos de las bestias*, en la que se burló del intento de otorgar derechos a las mujeres, señalando que entonces habría que extender los derechos a los animales, y, en el futuro, a los vegetales y a las piedras.<sup>1</sup> Salt responde a esta extensión de derechos que pretende plantearse como absurda con la expresión “Quizás”, indicando que cada época sabe cuáles son los derechos que han de conquistarse. En ese sentido, para él, la humanidad del hombre está comprometida en el tema de la defensa de los animales: si es terrible la suerte de los oprimidos, también lo es la de los opresores, ya que se degradan en su humanidad al oprimir. Por ello, sostendrá Salt, la idea de humanidad ya no se puede limitar al hombre, sino que, así como se extendió en otro momento a los salvajes y esclavos, ahora (él está escribiendo en los fines del siglo XIX) se está extendiendo a los animales. Y considera que la idea de democracia supone esa extensión de derechos. Por ello, concluye indicando que su libro no es un llamamiento *ad misericordiam*, sino un mensaje dirigido a aquellos que consideran que “el gran avance del mundo, a través de todas las edades, debe medirse por el aumento de la humanidad y la disminución de la crueldad” (Salt, 1894: 104)<sup>2</sup>.

La esperanza socialista de Salt con respecto a un futuro con menor violencia, o con menos crueldad, resulta conflictiva porque

1. Quisiera aquí señalar que la equiparación entre hombres y mujeres a la que apunta Wollstonecraft (2005: 55-56) se vincula con la igualdad en la razón, y ella sostiene explícitamente que es por esa razón que el hombre tiene preeminencia sobre los animales y que puede alcanzar estados por encima del bienestar animal.
2. La frase, en realidad, es una cita extraída de *Some Talk About Animals and Their Masters* (1873), del ensayista victoriano Arthur Helps: “It appears to me that the great advancement of the world throughout all ages, is to be measured by the increase of humanity and the decrease of cruelty.” (p.195)

es justamente el “aumento de humanidad” el que permite la devastación del mundo. El sintagma “aumento de humanidad” implica para Salt reconocer la violencia estructural en el tratamiento de animales y humanos, mientras que, por el contrario, la humanidad ha aumentado esa violencia en nombre del progreso tecnocientífico. Si analizamos el “avance de la civilización” se puede considerar que dicho avance se halla ineluctablemente unido a un empeoramiento de las condiciones de vida de los animales, y de los humanos considerados animales, entre ellos, más allá de las discriminaciones étnicas, religiosas y culturales, mujeres y niños en general. La industrialización que utiliza como recurso a la materia viviente, que hizo eclosión desde fines del siglo XIX con los mataderos, con la conversión de la muerte del animal en objeto de una cadena de montaje, con la repetición que elimina la singularidad y que “naturaliza” lo repetido, borrando entonces la muerte de los animales del horizonte de sentido, se hace patente en la época de la organización biopolítica en la manipulación genética y en otros procesos que suelen ejercerse con mayor ensañamiento en niños y mujeres.

### **Las humanidades, hacia dónde, entonces: la carne**

Analizando la violencia del humanismo, Patrice Rouget (2014) señala que el humanismo metafísico es la única ideología consensual, la que puede reunir a las posiciones más diferentes, que terminan confluyendo en la idea de lo humano como separado, y superior a lo animal. El humanismo metafísico implica que lo humano se diferencia del resto por su asociación a una entidad supernatural, que trasciende lo material.<sup>3</sup> Esa asociación implica, de

3. Rouget sostiene el lugar de la categoría de animal: la realidad se ha dividido en diferentes épocas de manera ternaria (dioses, humanos y animales) aproximando al hombre más o menos a Dios. En la época actual el hombre está más cercano del concepto de lo divino; si bien Dios ha sido desplazado, su lugar categorial es

alguna manera, concederle solo al humano la capacidad de devenir y perfeccionarse, lo que se les retacea y niega a los animales, que generalmente son pensados como “terminados” o regularizados en el instinto: esto supone negarles toda posibilidad de ser posibles,<sup>4</sup> y toda alteridad.

Como los animales, las mujeres han sido pensadas desde la regularización, determinadas por sus “edades biológicas”, sus períodos de fertilidad, sus procesos menstruales, su producción de hormonas, leche, o sentimientos. Esta consideración de lo femenino, que sigue vigente por naturalizada, supone una aproximación mujeres-animales desde la cuestión de la carne.

La cuestión de la carne: lo que quieren olvidar y superar los humanismos, paradójicamente, desde la ingesta sarcofágica. Las humanidades, en tanto basadas en un humanismo metafísico, son sarcofágicas. Porque el modelo de sujeto que las funda no solo es masculino, padre, ley, propietario y soberano, sino que también detenta la “virilidad carnívora”, la que, según creo, es la virtud por excelencia en el biocapitalismo.<sup>5</sup> La virilidad carnívora es el ejercicio de la autoridad del sujeto en su paradigma androcentrado, que vive devorando y al mismo tiempo negando (por su asumida “superioridad sobre lo viviente”) la carne. La carne resulta dúctil para la autoridad del sujeto: se puede regularizar mediante procesos operativos de extracción a nivel industrial. La vida es sometida a esos procesos extractivos en la organización biopolítica biocapitalista: me refiero al saqueo biótico en los países biodiversos, a los patentamientos de formas de vida, a la continua extracción de los así llamados “recursos” para la humanidad.

ocupado por el humano, que se aleja así más y más del animal.

4. Recuerdo que Deleuze en *La logique du sens* señala la perversión del otricidio presente en la “ficción Robinson” como modo del odio a los posibles.

5. Para este tema, remito a Cragolini, 2012b.

Por ello, la tarea de deconstrucción de las humanidades en la época del posthumanismo no puede sino pensarse en términos de lucha común (y cuando digo lucha, me refiero tanto a la militancia de escritura como a la militancia activista) de defensa de las mujeres y de los animales, lucha que va en la dirección de una política (por venir) hospitalaria con los modos de vida diversos en la comunidad de los vivientes.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adams, C.** (2010). *The Sexual Politics of Meat: A Feminist-Vegetarian Critical Theory*, Nueva York, Estados Unidos: The Continuum International Publishing Group Ltd.
- Cragnolini, M. B.** (2012a).. Virilidad carnívora: el ejercicio de la autoridad sojuzgante frente a lo viviente. *Revista Científica de UCES, Universidad de Ciencias empresariales y sociales*, 16(1): 45-51. Recuperado de <http://dspace.uces.edu.ar:8180/dspace/handle/123456789/1460>
- \_\_\_\_\_ (2012b). Las humanidades en la época del posthumanismo. *Espacios de crítica y producción* (48), 10-14.
- Derrida, J.** (2008). *El animal que (luego) estoy si(gui)endo*. Trad. de C. de Peretti y C. Rodríguez Marciel. Madrid, España: Trotta.
- Helps, A.** (1873). *Some Talk About Animals and Their Masters*. Londres, Gran Bretaña: Strahan & Co.
- Nietzsche, F.** (1980). *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bänden*. Herausgegeben von G. Colli und M. Montinari, Berlín, Alemania: Walter de Gruyter/Deutsche Taschenbuch Verlag.
- Rouget:** (2014). *La violence de l'humanisme: Pourquoi nous faut-il le persécuter les animaux*. París, Francia: Calmann-Levi.
- Salt, H.** (1894). *Animals' Rights: Considered in Relation to Social Progress*. Nueva York, Estados Unidos: Macmillan & Co. Recuperado de <http://www.animal-rights-library.com/texts-c/salt01.pdf>
- Wollstonecraft, M.** (2005). *Vindicación de los derechos de la mujer*. Edición de M. Lois González. Madrid, España: Istmo.

## ¿Qué es el pueblo? ¿Qué son las plantas? El “plantón móvil” de Lucía Monge

Víctor Vich

Pontificia Universidad Católica del Perú

Retomemos, una vez más, una viejísima pregunta: ¿Qué es el “pueblo”? Hoy sabemos que no es una unidad y que ya no puede localizarse solo en una condición social o en una determinación específica. Sabemos ya que no existe un sector revolucionario de por-sí y que no hay una clase social predestinada a cumplir esa función. Hoy el pueblo ha dejado de ser un presupuesto estable y, más bien, parece ser algo en permanente construcción. Digamos que el pueblo es siempre el movimiento para construir el “pueblo”.

Podríamos formular, inclusive, una pregunta mucho más radical. ¿Es el pueblo algo que se constituye solo con personas o es algo que podría incluir lo “no humano”? Este interrogante surge a partir de los recientes cuestionamientos que vienen sufriendo las ciencias sociales (y el conocimiento en general) al notar que la modernidad planteó una escisión radical entre el mundo humano y no humano a pesar de que existen innumerables hechos que los conectan o, mejor dicho, de un conjunto de mediaciones que han sido invisibilizadas (y reprimidas) por el discurso moderno (Latour, 2007; Descola, 2012).

Se ha dicho, por ejemplo, que el “agujero de ozono” o el llamado “calentamiento global” son hechos simultáneamente natu-

rales y sociales, es decir, son hechos que deconstruyen la oposición naturaleza/cultura porque ambos no pueden ser entendidos solamente como “exteriores” a la humanidad o como efectos propios de las acciones humanas. Hoy es casi un consenso científico que la producción de conocimiento requiere observar la mutua constitución e interdependencia de la naturaleza con la cultura. “Lo humano”, sostiene Latour, “no puede ser captado ni salvado sin que le devuelvan esa otra mitad de sí mismo, la parte que le corresponde a las cosas” (2007: 199).

Desde ahí, ¿cuáles deberían ser entonces los nuevos sujetos de la política? De alguna manera, el proyecto de Lucía Monge comenzó a constituirse a partir de intuiciones de este tipo. Egresada de artes plásticas de la Universidad Católica, sus permanentes caminatas por la ciudad le hicieron notar, no solo la ausencia de áreas verdes sino la condición absolutamente precaria de las pocas existentes. “¿Qué ocurriría si las plantas pudieran expresar cómo se sienten? ¿Qué harían las plantas si pudieran manifestarse?” La repuesta –su respuesta– apareció al instante: “Sin duda, saldrían a marchar para exigir mejores condiciones de vida”, se dijo enfáticamente.

El “plantón móvil” es una intervención urbana que se ha realizado en cuatro oportunidades en la ciudad de Lima y consiste en promover la ocupación de las calles por un conjunto de árboles, plantas y flores que han decidido reclamar una vida digna y promover, con su presencia, la ampliación de verde urbano. Se trata de una manifestación que consigue articular a distintos tipos de ciudadanos (vecinos del barrio, profesionales diversos, activistas, jardineros, entre otros) pero, sobre todo, a distintos tipos de plantas (molles, taras, flores, yucas, vetiver) que existen en la ciudad.<sup>1</sup>

1. Luego del “Platón móvil” las plantas regresan a sus lugares de origen o a ocupar lugares nuevos en la ciudad: al “Parque de la muralla” en el centro de Lima, al ba-

Todos se reúnen en un punto acordado y, proveídos de pequeños vehículos de transporte (carritos de supermercado, bicicletas, patinetas, sillas de ruedas, etc.) inician una gran marcha por alguna avenida de la ciudad. Hasta el momento las plantas han marchado por el centro histórico (2010; ilustraciones 1 y 2), por la avenida Larco en Miraflores (2011; il. 3), por Barranco (2012; ils. 4 y 5) y por el centro de Lima nuevamente (2014; ils. 6 a 11)<sup>2</sup>.

Decir que las plantas “han marchado” no es una construcción puramente literaria, vale decir, no es una prosopopeya, esa figura retórica mediante la cual se le atribuyen propiedades humanas a los animales o a los elementos de la naturaleza. No. La convocatoria (realizada a través de varios medios, pero sobre todo, a partir de un “evento” en facebook) intentó ser muy explícita al respecto. Se ha tratado de construir a las plantas como agentes actantes y, por lo mismo, de cuestionar ese estereotipo que las considera “menos vivas” porque no se mueven y no caminan. El objetivo consiste en promover la participación de los ciudadanos para que sirvan de transporte a las plantas y le presten ese servicio por unas horas. De hecho, el “plantón móvil” se diferencia de un “corso” comercial, de una comparsa cultural o de una procesión religiosa, porque es un acto que muestra a las plantas como actores políticos en el devenir mismo de las políticas públicas de la ciudad. Su ejecución visibiliza un tipo de problemática que refiere simultáneamente a problemas naturales como políticos. La propia artista lo ha explicado de esta manera:

La idea es que en la ciudad las plantas están todo el día arrimadas a un costado, la gente les tira basura, las mocha, los alcal-

rrio de “La balanza” en el distrito de Comas, a un parque de la zona conocida con el nombre de “Alto Perú” en Chorrillos e inclusive al local de la policía ecológica. 2. Uno de los videos sobre el plantón móvil en la web es este: <https://www.youtube.com/watch?v=a3s2dZRTUcw>

des las cortan de noche, son la última rueda del coche y ellas tienen que aguantar todos estos atropellos y quedarse ahí plantadas. La idea es darles un poco de pie para que puedan salir y tomar las calles como reclamando un lugar en la ciudad. Y el efecto visual que queremos lograr es el de un bosque que camine por la ciudad. Imagínate que estás en la ciudad como la ves todos los días, con los edificios, los micros, con todo, a una velocidad y de pronto pasa un bosque caminando. Esa es la idea principal.<sup>3</sup>

Como puede notarse, la visualidad conseguida resulta realmente impactante. Podríamos decir, nuevamente, que la marcha consigue deconstruir la gran división moderna entre “cultura” y “naturaleza” para generar una nueva articulación entre los seres humanos como ciudadanos y las plantas como nuevos actores políticos en el orden social. Aquí, en efecto, lo social ya no refiere solo a “lo humano” sino que pasa a incluir al mundo natural. Teorizando este derecho a aparición en la esfera pública, Judith Butler ha señalado lo siguiente:

Hablar de lo que está vivo en la vida del ser humano es ya admitir que hay modos de vida humana que están unidos a otros no humanos. Es más, la conexión con la vida no humana es indispensable para lo que llamamos vida humana. O para decirlo en términos hegelianos, si lo humano no puede ser tal sin su antítesis, entonces lo inhumano no solo es esencial para lo humano sino que forma parte de su misma esencia. (Butler, 2017: 48)

3. Una entrevista a la artista puede encontrarse en: <https://www.youtube.com/watch?v=uSqrDsGFUrU>

Por su naturaleza, por su estructura, por su epistemología, el “Plantón móvil” cuestiona entonces la condición central del sujeto moderno.

Expliquémonos más: digamos que, en esta intervención, las plantas “se salen” de su lugar habitual, vale decir, rompen la disciplina moderna que las ha enclaustrado en la “pura naturaleza” y retornan al mundo social para desestabilizar una condición asentada de la realidad. De hecho, podríamos sostener que la idea misma de lo social queda reformulada. Si ya sabemos que, para constituirse, cualquier grupo humano necesita producir un “exterior” que le permita forjar su propia cohesión interna, aquí las plantas retornan para nombrar una crisis en el orden social y emerger como aquello que no tuvo parte en la constitución del mundo moderno. Se trata de una articulación de sujetos y plantas a fin de hacer pública una demanda y reconquistar derechos perdidos.

Lo cierto, sin embargo, es que las plantas aparecen como algo más complejo: son, además, el agente que establece una demanda, un reclamo, aquello que posibilita la construcción de una nueva identidad y de nuevas relaciones entre distintos agentes sociales. Laclau (2005) ha explicado bien que la noción de “el pueblo” se va construyendo como unidad a partir de la producción de un conjunto de demandas que dan cuenta de los antagonismos que estructuran a la sociedad y que son los que pueden llegar a activar determinados cambios políticos. Es gracias a la producción de demandas (y a su inserción en una red de “equivalencias” y “sustituciones”) que el “pueblo” puede irse constituyendo como algo opuesto al poder.

En ese sentido, podríamos afirmar que el “plantón móvil” trata de representar (y de constituir) la formación de una identidad política mucho más amplia en la sociedad donde las plantas deberían ser parte de un nuevo bloque popular. Ellas aparecen como el “objeto parcial” que encarna una crisis del sistema y proponen, desde ahí, algún tipo de resolución política. En esta intervención,

en efecto, las plantas se convierten en el símbolo “de la plenitud ausente de la comunidad” y salen a la luz para desafiar un estado de la realidad (Laclau, 2005: 280).

Notemos, al mismo tiempo que, en esta intervención, las palabras no se hacen presentes y no hay grandes oradores que den cuenta de la razón de la protesta. Para Judith Butler, la aparición es casi suficiente. “La asamblea ya habla antes de pronunciar una palabra” pues “la propia reunión es significativa más allá de lo que en ella se diga”. Se trata, en suma, de una representación sin palabras, pero cargada de mucha expresividad (2017: 16, 171).

Ahora bien, con motivo de la realización en Lima, en diciembre del 2014, de la *Conferencia Mundial de las Partes de la Convención Macro de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático* (COP), el “platón móvil” volvió a realizarse en la ciudad de Lima.<sup>4</sup> Esta nueva versión tuvo, sin embargo, una particularidad. Lucía Monge, la artista que lo había ideado, se encontraba fuera del país y no pudo estar presente. Sin embargo, ello no fue un impedimento para que las plantas volvieran a salir a marchar pues una red de activistas consiguió sacar el evento adelante más allá de la presencia de la artista. Digamos, entonces, que en esta ocasión la constitución del pueblo también quedó reformulada sin el mando de una cabeza visible: se formó una “multitud” más allá la idea del líder.

¿Cómo concebimos los límites entre lo humano y lo no humano? El “platón móvil” plantea un cuestionamiento de las maneras en las que esa frontera ha sido definida y es una intervención que se apropia del espacio público para promoverlo como espacio compartido con las plantas. De hecho, los seres humanos somos tan

4. Se trató, sin embargo, de una conferencia deslucida a razón de un gobierno cargado de contradicciones respecto de sus políticas ambientales. Pocos meses antes, y a presión de poderosos “lobbys”, el presidente Ollanta Humala aprobó un conjunto de medidas que fueron conocidas como el “paquetazo ambiental”.

materiales como las plantas y las plantas son organismos tan vivos como nosotros. Esta es una intervención que promueve la emergencia de un “pueblo” mucho más amplio.

El pueblo, lo sabemos bien, es una categoría que alude a una poderosa idea de igualdad social que debe ir formándose a partir de la toma de conciencia de sus faltas, de sus derechos y de la necesidad de articulaciones con distintos actores sociales. El “pueblo” es una categoría que quiere nombrar a una nueva unidad política, pero una que debe estar siempre abierta y en permanente construcción. Hoy necesitamos ampliar el concepto de lo popular a partir de la conciencia de que la historia ya no debe ser simplemente la de los seres humanos, sino también la de su interrelación con las de las cosas naturales (Latour, 2007: 122).

Repitamos entonces: lo popular es aquello que surge de una demanda y aspira a tener derechos. La naturaleza quiere también ser parte del pueblo en la medida en que sus derechos son vulnerados. La nueva acción política requiere entonces de la articulación múltiple. El pueblo debe ser siempre un *devenir* pueblo.

Hoy sabemos que el arte peruano ha dejado de construir al “pueblo” y que ha optado solo por representar a “poblaciones”, vale decir, a sujetos individuales que luchan por sobrevivir (Mitrovic, 2019). Luego de la crisis del movimiento social de las décadas de los setenta y ochenta, y de los partidos políticos asociados con él, lo popular en el Perú se descentró y se individualizó al extremo. Hoy el pueblo se ha vuelto solo el emprendedor individualizado y al arte no le ha quedado más espacio que representarlo de esa manera como en las notables series de Roberto Huarcaya tituladas “Los ambulantes” (1991 y 2011) o en los espléndidos dibujos que Miguel Aguirre dio a conocer como “Tipos de Lima” (2011).

Esta, sin embargo, es una intervención que opta por retomar una vieja voluntad política, pero a partir de una nueva estrategia performativa: su interés radica en construir otra cartografía, un

nuevo mapa destinado a repensar las condiciones en las que colectivamente habitamos el mundo. El pueblo, para ella, es aquello que ha dejado de tener poder, pero que podría recuperarlo si se organizara políticamente. El pueblo es el significante que nombra la posibilidad de vivir de otra manera, más allá de los imperativos hegemónicos. La poderosa articulación de sujetos y naturaleza que el “Plantón móvil” pone en escena emerge como el intenso desafío de la nueva vida en común que debemos construir en este nuevo milenio.



*Plantón móvil, Centro Histórico de Lima, 2010*



*Plantón móvil*, Centro Histórico de Lima, 2010



*Plantón móvil*, Miraflores, Lima, 2011



*Plantón móvil, Noche en blanco, Lima, 2012*



*Plantón móvil, COP 20, Lima, 2014*



*Plantón móvil, COP 20, Lima, 2014*



*Plantón móvil, COP 20, Lima, 2014*

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Butler, J.** (2017). *Cuerpos aliados y lucha política: Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Descola, Ph.** (2012). *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Laclau, E.** (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Latour, B.** (2007). *Nunca fuimos modernos: Ensayos de antropología simétrica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Mitrovic, M.** (2019). *Extravíos de la forma: vanguardia, modernismo popular y arte contemporáneo en Lima desde los 60*. Lima, Perú: Arquitectura PUCP.
- Unda, M.** (9 de abril de 2015). ¿Existe el pueblo? *La línea de fuego*. Recuperado de: <http://lalineadefuego.info/2015/04/09/existe-el-pueblo-por-mario-unda/>

# Lo inhumano en lo humano

**Juan Bautista Ritvo**

Universidad Nacional de Rosario

## 1.

Jean-François Lyotard escribió un libro titulado *Lo inhumano*, que podría juzgarse simplemente de divulgación inteligente –cosa que indudablemente es– si no fuera porque las preocupaciones más acuciantes del autor atraviesan cada una de sus páginas.

El punto central de sus indagaciones reside en la experiencia de lo sublime, intensamente elaborada desde la perspectiva de la *Crítica del Juicio* de Kant.

¿Cómo comprender que lo sublime –dice Lyotard– digamos provisoriamente el objeto de la experiencia sublime sean aquí y ahora? ¿No es, al contrario, esencial a ese sentimiento hacer alusión a algo que no puede mostrarse o, como decía Kant, presentarse (*dargestellt*)? (Lyotard, 1998: 95)<sup>1</sup>

Sabemos que en Kant el sentimiento de lo sublime vivifica el ánimo (Kant, 2003, en particular: 280 y ss.; §49) porque sobrepasa

1. Vale la pena considerar, entre otros textos del mismo autor, sus *Leçons sur l'Analytique du sublime* (Lyotard, 1991).

a la naturaleza liberándolo, simultáneamente, de las constricciones mecánicas del régimen empírico de asociación mental. Sentimiento complejo y casi inaferrable que se desliza inevitablemente hacia el territorio de la diseminación retórica y del mito, hecho de atracción y de repulsión, de fascinación y de retracción, que nos presentan algo inaudito: el brotar de pensamientos indeterminados que exceden los límites de la palabra dicha y que son fuente de un nuevo decir, ahora impulsado por lo que no se presenta en la presencia, de lo que se *des-presenta en la presencia*, para emplear el lenguaje de Eugen Fink<sup>2</sup>. Todo el libro de Lyotard gira en torno a esas palabras que ya se nos han vuelto familiares; la alianza íntima del pensar con el sufrir, de lo inhabitable en lo habitable, de la donación de lo inasible, de lo inaudible en lo audible, como una percepción que puede yacer en lo no percibido.

Este sentimiento, sin duda inquietante, es, no obstante, protector, y no precisamente porque engañe, al contrario; mucho más que el tono propio de la belleza es capaz de levantar una barrera eficaz frente al *horror*, debido a que, *con la ausencia de presencia en el interior de la misma presencia, se **anuncia** una experiencia última e inasimilable*.

Se trata, en primera instancia, de la crueldad humana que goza con la *inermidad* del prójimo, y sobre la cual Freud dijo inapelablemente:

En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y un objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo

2. Fink ([1966] 1974: 65) opone la *presentación* (*Vergegenwärtigung*), a lo que llama *Entvergegenwärtigung*, traducido por Didier Franck como *des-présentation*: como lo que se presenta (aquí Franck se equivoca al verter *re-présentation*, es presentación a secas en tanto es homólogo a *Darstellung*: exhibición, puesta en escena, etc.) en un camino de despresentación, de retirada a la oscuridad del pasado ya no vivido.

sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo (Freud, [1930] 2004: 108).

(Freud habla de “tentación”; si la tentación se tornara constantemente acción cumplida, el mundo sería un mundo sadiano; *id est*, imposible...)

Si algo aprendimos de Kant es que el suyo es un idealismo crítico y no absoluto; lo es en la medida en que el examen de la condición de posibilidad se asienta siempre en un *Faktum*, en un hecho generalizable y sin fundamento; en una necesidad de hecho tan irrebasable como injustificable.

Kant pensaba en el *Faktum* de la consciencia moral; no la negamos, e incluso la consideramos un límite efectivo frente a la crueldad, cuya naturaleza última se nos escabulle, como se nos escabulle la diferencia entre comienzo y génesis, entre principio y origen.

Más allá de la crueldad, cuyo perfil humano es aun reconocible puesto que ella reconoce una *dignidad* que hay que volver *indigna*, un valor que hay que degradar para la consagración plena del resentimiento, podemos situar el *odio puro*. La teología y la ética han encontrado un nombre englobante para esta dimensión: el Mal, que escribimos con mayúsculas, quizá porque no sabemos cómo ceñir semejante dimensión, o también porque intentamos darle un énfasis no racional.

Sea como sea, el término “Mal” que ahora entrecomillo, parece abarcar niveles sin duda conectados pero que son diversos: la perversidad individual, la acción de humillación y de sometimiento a servidumbre que un colectivo ejerce sobre otro, y los actos de genocidio.

La generalización a que ha sido sometido el genocidio tuvo como consecuencia la supresión de las diferencias entre el sometimiento y la aniquilación de colectividades.

Mas si queremos tomar un caso paradigmático y de fatal nitidez, es posible mostrar una de las condiciones fundamentales de la acumulación histórica del capitalismo; me refiero, claro está, a la destrucción de las comunidades agrarias que tenía por objetivo ampliar el dominio terrateniente, a la vez que libraba mano de obra abundante y barata para la naciente manufactura industrial. Desde luego, como dijo Marx, el capitalismo advino con sangre y fuego; mas, en este caso como en tantos otros similares, hablar de motivación económica resulta muy cuestionable. “Motivación”, es un término de la psicología que deja de lado la acción recíproca de los miembros de los grupos entre sí; prefiero hablar de *impulso* para denotar que la crueldad, que indudablemente está presente en el desmantelamiento de estas comunidades, es una crueldad inducida: cada uno de los participantes de la expoliación debe estar a la altura de la exigencia anónima que incumbe a todos, aunque nadie se haga responsable de ella, porque el orden económico y el político coaccionan de manera imperiosa.

Me comporto despiadadamente porque el otro hace lo mismo y, en definitiva, acumular riquezas es el fundamento invocado por todos con plena mala fe.

En cambio, uno de los rasgos más estremecedores del genocidio, consiste en su carácter *antieconómico*: *es el odio en su mayor pureza, el odio que no solo busca la inermidad del otro, sino borrarlo de la faz de la tierra aun al precio de perjudicar la propia economía.*

Es por eso que la expresión tan difundida, “la banalidad del mal”, a la que alguien, inspirado, replicó invocando “la banalidad del bien”, resulta sospechosa. Sin duda, el nazismo, para tomar este ejemplo inevitable, dispuso de un aparato técnico-administrativo que parecía reducir la *Shoah* a una contabilidad obsesiva, documentada por un lenguaje estremecedoramente burocrático; no obstante, sin el sustento del odio extremo y grupal, jamás podría haberse llevado a cabo.

El fin último del exterminio, punto en el cual fracasó, consistía no solo en la eliminación física de las víctimas; también había que sumir su memoria en el olvido del olvido, como si jamás hubiesen existido judíos o gitanos.

Y es lo que explica la reiterada acción de colectivos neonazis contra las lápidas de los cementerios judíos: hay que matar la memoria de los muertos, suprimir un nombre, eliminar la fecha de nacimiento, suprimir la fecha de fallecimiento.

## 2.

Las sociedades humanas se constituyen en torno al hecho universal de la *segregación*. No hay organización colectiva que no se sustente en esta operación.

Pero hay más. En una de las clases de su seminario, Lacan dijo: “...Todo lo que existe está fundado en la segregación y en primer término la fraternidad” (1981: 121).

No hay posibilidad de hermanarse en los valores, en los ideales para un colectivo cualquiera, sin que emerja lo que muy bien expresa un neologismo francés: *frerocité*, la ferocidad que hermana a quienes repudian juntos un objeto execrado y que está ligada íntimamente al cuerpo de cada uno, al cuerpo que se quisiera limpio de impurezas para alcanzar, finalmente, la cifra persecutoria del cuerpo inmaculado del Rey, el cuerpo de la soberanía constituido así en el reverso de una violenta expulsión.

Es curioso: la famosa tríada “libertad, igualdad, fraternidad” deja en sombras al tercer término de la lista, el más problemático, caracterizado por una *igualdad desigual*, desigual e inestable; igualdad desmentida por las desigualdades celosamente combatidas, bien distinta de la igualdad de derechos y obligaciones propias del régimen liberal-democrático, que entra en perpetua tensión con la igualdad desigual, hecha de celos y de sacrificios y de resentimi-

mientos. Es la igualdad resentida de los iguales que cercenan la pretensión de cualquiera a destacarse del resto, de tal manera que vuelven a engendrar la figura fantasmática del *trepador al filo de la traición*. Hermandad y traición constituyen un dueto inescindible.

Pero, ¿cuál es la naturaleza de lo segregado? Es preciso distinguir el concepto de segregación de otros con los cuales guarda sin duda relación: *explotación, opresión*.

El de explotación es un concepto económico y remite a la apropiación del excedente económico; “opresión” es un vocablo que define, de manera predominante, aunque sin duda más vaga, la significación política del que es *discriminado* e incluso *apartado* de beneficios, sean estos de la naturaleza que sea.

La distinción de tales nociones no es una pedantería académica ni un gusto particular por las abstracciones. De hecho, sabemos que cierta exigencia de univocidad termina por volverse absolutamente estéril cuando elude las situaciones límites de la existencia humana. Pero por eso mismo, es preciso no confundir la polivalencia inevitable de los enunciados con la mera confusión.

Voy a dar, una vez más, la fórmula simplificada de la segregación: basta que *dos cualesquiera* se identifiquen con un *tercero* erigido en líder (cuyo liderazgo puede ser o burocrático o carismático; en el primer caso es la función la que determina al agente; en el segundo ocurre exactamente al revés) para que surja inevitablemente un *cuarto* segregado. Este cuarto es residuo, *phármakon*, algo que es puesto afuera bajo las formas múltiples de negro, pobre, judío, gitano, disminuido, loco, traidor, miserable o cualquiera de las formas que proyectan *afuera* algo maléfico e *interno*<sup>3</sup>; ciertamente

3. El *phármakon*, conforme a su etimología, que lo convierte a la vez en remedio y enfermedad –es obvio que en el cuerpo del texto yo acentúo solo el último aspecto, tan obvio como que enfermedad y remedio forman parte de un *quiasma* explosivo–, este objeto sordo, maldito, se sostiene como provocador y sostenedor del *diferendo* que forma la parte más notable de la comunicación humana. Tal como

el prójimo ofrece la materia oscura y la ocasión para la proyección, pero el segregante, que es explosivamente *prójimo de sí mismo*, expulsa, gracias a su proyección, la abyección que existe en él bajo la forma de un desmentido; desmentido que nosotros mismos hacemos diariamente para negar algo tan evidente, tan universal, tan constitutivo.

Desde luego, esta forma de la segregación propia de la masa, en el sentido freudiano de la expresión, situada entre la discriminación, absolutamente corriente, y el exterminio de una población o etnia, felizmente excepcional, es lo suficientemente universal como para admitir formas muy variadas, porque se aplica a una orquesta de cámara, mas también a un grupo de edad o a una corporación sindical o a un movimiento político.

Y así como hay movimientos de masas absolutamente letales, hay también formas relativamente benignas y que incluso, manteniendo la segregación dentro de límites estrechos, atemperados sus efectos por reglas democráticas, pueden preservar, de modo inestable, el valor de la dignidad humana.

Es en este punto que quiero terminar invocando los análisis y los preceptos de Kant en su *Metafísica de las costumbres*, que instituyen un verdadero *a priori material* que en muchos respectos recitifica el formalismo ético que siempre se le atribuye - y con razón.

En § 24, segunda parte de la *Doctrina ética elemental*, justamente cuando discurre sobre los “Deberes de virtud hacia los demás”, establece una rica analogía entre el mundo físico y el moral. Entre

lo señala Lyotard, el diferendo implica un conflicto que no puede ser zanjado de forma equitativa ante la falta de una regla unívoca de justicia: los colectivos se enfrentan, muchas veces de manera criminal, para poseer un objeto con frecuencia irrisorio aunque cargado en extremo de propiedades fetichistas. El diferendo hace que el encadenamiento de frases se convierta en un problema político en la medida en que siempre está en juego una apuesta: los humanos apostamos en y por el diferendo. Seleccionar y combinar frases se liga, a veces con insidia, otras a cielo abierto, al litigio intersubjetivo (véase Lyotard, 1983).

los seres racionales se produce un vínculo que obedece tanto a la *atracción* como a la *repulsión*.

En virtud del principio del *amor recíproco* –dice Kant– necesitan continuamente *acercarse* entre sí; por el principio del respeto mutuo que se deben, necesitan mantenerse *distantes* entre sí; y si una de estas dos grandes fuerzas morales desapareciera, la nada de la inmoralidad, con las fauces abiertas, se tragaría el reino entero de los seres morales, como una gota de agua. (Kant, [1785] 2008: 449-450)

Kant ha comprendido, casi como nadie, que estamos ante un problema de extrema complejidad, algo que indudablemente excede estas notas, pero no nuestras preocupaciones más profundas.

Es preciso defenderse de la destructividad del prójimo con la convicción de que esa misma fuerza destructiva es la que hay que sublimar transformándola en lo que Hegel había llamado el corazón de la vida, la *negatividad*.

Quiero decir: si puedo negar lo que me niega, si puedo apropiarme de una destructividad que me compulsa y hacer de ella un acto de realización, si puedo rechazar el rechazo que reina en la segregación, acogiendo la substancia disforme y a la vez espléndida de la vida; si puedo instalarme en el vertiginoso e inestable cruce entre la destructividad que desmorona y la negatividad que, como decía Hegel, posee la seriedad, el dolor, la paciencia y el trabajo que aporta la luz necesaria, entonces quizá podríamos encontrar una salida, siquiera sea provisoria, inevitablemente precaria, a la pesadilla de la historia.

Esta salida, ya se sabe, no está a disposición de todos; más bien vale para pocos. Quizá sea esta la razón de que entre la macrohistoria y la microhistoria existan tan notorias diferencias de ritmo, intensidad y, sobre todo, de valor moral.

Tomada en las peripecias de los individuos y de los pequeños grupos donde cada cual tiene nombre propio y función imprescindible, no conmutable, la vida ofrece una riqueza, novedad y sorpresas que disminuyen progresiva e ineluctablemente a medida que nos aproximamos con la lente del teórico a las grandes masas, donde todo se mueve en circuitos que no son ajenos al azar, indudablemente, pero en los cuales la amenaza repetitiva de las grandes líneas de la opresión y del sometimiento adquieren el aspecto de la pesadilla.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Fink, E.** ([1966] 1974). *De la phénoménologie*, París, Francia: Minuit.

**Freud, S.** ([1930] 2004). El malestar en la cultura. En S. Freud, *Obras completas*, tomo XXI (pp. 57-140). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

**Kant, I.** ([1785] 2008). *La metafísica de las costumbres*. Madrid, España: Tecnos.

\_\_\_\_\_[[1790] 2003]. *Crítica del discernimiento*. Madrid, España: Mínimo Tránsito.

**Lacan, J.** (1981). *El Seminario*, volumen XVII, “El reverso del psicoanálisis”. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

**Lyotard, J. F.** (1983). *Le différend*. París, Francia: Minuit.

\_\_\_\_\_(1991). *Leçons sur l'Analytique du sublime*, París, Francia: Galilée.

\_\_\_\_\_(1998). *Lo inhumano*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.

# Vislumbres de un futuro útil y enaltecedor para las humanidades

**José Emilio Burucúa**

Universidad Nacional de San Martín

*A la memoria de Cristina Godoy y Eduardo Hourcade*

Al recordar a Cristina y Eduardo, pensé que debería comenzar esta alocución con algunas disquisiciones acerca de la teoría de la historia, pero enseguida me retraje porque sería una forma equivocada de homenajearlos. Ellos conocían a fondo no solo esa teoría, sino la historiografía universal y la filosofía de la historia. Quien les habla, en cambio, no es más que, según diría un Horacio tergiversado: “Porcus Empiricorum orto”. Me temo haber quedado siempre prisionero de las redes del empirismo y del trabajo con la materia concreta del tiempo y del espacio. La inmersión en las fuentes ha sido lo mío: escritos éditos e inéditos, objetos –los libros y su materialidad, cuadros, edificios, esculturas, instrumentos–, y a menudo los paisajes, signo de mi deuda constante con la geografía. Por ello, me gustaría atenerme hoy a las que han sido búsquedas e investigaciones prácticas de un historiador cultural, quien quiso responder a preguntas simples sobre el pasado, interrogantes acotados; desde Galileo y la perspectiva hasta los elefantes y su posición en la historia africana. De tales casos quisiera extraer algunas

lentes para escudriñar el futuro de la historiografía y sus irradiaciones a los *studia humanitatis* en general.

A pesar de la *petitio principii* no filosófica que acabo de hacer, creo sensato remitirme a las preguntas básicas de Kant y del Iluminismo para ordenar la búsqueda (Hannah Arendt me guía en este aspecto): ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar?, ¿qué es el ser humano?

1) Atraído como estaba hacia el fin de los años sesenta por la figura inmensa de Leonardo y las condiciones sociales del genio, mi carrera arrancó con un estudio sobre historia del conocimiento matemático del Renacimiento. El tema de la perspectiva, punto de encuentro de las altas artes liberales e intelectuales del *quadrivium* y el arte manual del dibujo, nudo inesperado de la revolución científica en la primera modernidad, fue el asunto al que dediqué más de una década de trabajo. Porque la perspectiva de los artistas parece haber sido el primer saber lógico, de base matemática, construido a partir de una práctica visual que consistía en fijar el punto de vista, observar las cosas a través de una ventana imaginaria y reproducir su aspecto en un dibujo, para generalizar luego principios y leyes del mundo visible, de su aprehensión y representación. Di entonces con una carta de Galileo, dirigida al gobierno de Venecia en agosto de 1609, donde el hombre de ciencia presentaba su anteojo astronómico como un producto de las “recónditas especulaciones de perspectiva” [Fig. 4]. No los aburriré explayándome sobre el desarrollo de la investigación. Les ruego que acepten las conclusiones, fundadas en el hecho de que, cada vez que Galileo debía defender la validez cognitiva de los datos sensibles que matematizaba, recurría a las realizaciones asombrosas de los pintores, capaces de reconstruir nuestra experiencia visual del mundo a partir de su sometimiento a la matriz geométrica de la perspectiva.

Si había, para el Florentino, una prueba palmaria de la fertilidad y la verdad cognitivas que llevaba consigo la convergencia de lo intelectual y lo empírico, esa prueba era el éxito ilusorio y estético de la perspectiva [Fig. 1, 2, 3]. Más tarde, una ausencia en las grandes colectáneas de fuentes sobre tal recurso del arte de Occidente me llamó la atención: la ciencia hispánica apenas figuraba en las antologías con un texto tardío, el *Museo y Escala Óptica* de Antonio Palomino, publicado entre 1715 y 1724 [Fig. 5]. Lo primero que había que hacer con el fin de dar una buena explicación del fenómeno consistía en averiguar si la obra de Palomino había sido realmente una excepción. Dos años tardé en reunir una veintena de textos de los siglos XVI y XVII, producidos en España, Portugal y México, en los que la perspectiva era un asunto importante desde el punto de vista de la práctica artística y de la teoría estética. Completé enseguida el panorama con obras del XVIII, posteriores al *Museo y Escala Óptica*, en los que intelectuales y artistas españoles demostraron ir a la par del resto de sus colegas europeos (cabe mencionar el hallazgo de un manuscrito del Deán Funes en el Archivo General de la Nación). No obstante, es necesario decir que la teoría hispánica de la *vexata quaestio* recalca el aspecto ilusorio, finalmente engañoso, del artificio perspectivo. Por lo que, en segundo lugar, me pregunté si acaso hubo, hasta bien entrado el siglo XVIII, un obstáculo gnoseológico, social e ideológicamente elaborado, que dificultara el acogimiento del núcleo básico de la nueva ciencia, formado por la alianza indisoluble entre matemática e investigación empírica, en las tierras bajo el dominio hispánico. Una vez más, pude hacer responsable a la aristocracia y al clericalismo españoles de ese retraso, o a la debilidad secular de su burguesía tras la derrota de los Comuneros de Castilla. Sin embargo, entiendo que esta panoplia de temas histórico-científicos me conectó con asuntos más actuales como, por ejemplo, la nueva física de Einstein y Planck y el problema de cómo representar su descripción de la intimidad de la

materia. Las obras colosales de dos historiadoras del arte, Svetlana Alpers y Linda Darlymple Henderson, me mostraron que, si en los albores del mundo moderno, parecería que las artes abrieron el camino hacia la síntesis de intelecto y sensibilidad que constituyó la base de las ciencias nuevas, en el caso de la revolución científica del siglo XX habría ocurrido lo contrario, es decir, relatividad, espacio-tiempo tetradimensional, indeterminación cuántica, habrían inspirado a los artistas la experimentación con los espacios y tiempos creados o aludidos por las figuraciones artísticas, desde el cubismo de Picasso y Gris hasta el suprematismo de Malevich o el surrealismo de Matta Echaurren. Diría que el análisis de las relaciones entre las artes y las ciencias en las sociedades occidentales es una de las maneras paradigmáticas que asume el debate entre determinismos sociales y determinismos lógicos e inmanentes en el desarrollo de las formas del conocimiento (cf. Alexander Koyré, Steven Shapin y Simon Schaffer, Giancarlo Nonnoi, Michael Baxandall). La mundialización de la ciencia lógico-empírica, matemático-experimental, según querramos llamarla, desde comienzos del siglo XX y sobre todo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, ha convertido el tema de la autonomía radical de la evolución científica y tecnológica en un elemento básico, inevitable, del debate en torno a los poderes futuros del conocimiento entre todos los pueblos de la Tierra. Es probable que se requiera plantear una nueva alianza entre las ciencias y las artes para sortear los peligros latentes en aquella autonomía indetenible del progreso cognitivo y técnico. Me atrevería a afirmar que, hasta la irrupción de la computadora doméstica y de escritorio, los investigadores del campo de las humanidades hemos sido bastante ignorantes en todo cuanto se refería a los fenómenos principales estudiados por la ciencia contemporánea y luego convertidos en máquinas de fabricación humana. Las nuevas generaciones, familiarizadas con la intimidad de los dispositivos informáticos y atentas al más mínimo desplie-

que de las posibilidades de la inteligencia artificial y de la realidad virtual, estarán en mejores condiciones de las que estuvimos nosotros para hacer frente al diálogo imprescindible entre las ciencias naturales, las ciencias sociales y las artes, en el camino de la búsqueda de mecanismos de control social sobre las fuerzas productivas que hemos desatado. Les recuerdo que David Ricardo, John Stuart Mill, Carlos Marx, Max Weber, Antonio Gramsci, Paolo Rossi conocían muy bien el funcionamiento de las máquinas agrícolas e industriales de su tiempo, el trabajo de los laboratorios y gabinetes científicos.

2a) Aclaro que sobrevolaré apenas la primera dimensión de la praxis, esto es, la de la acción material y técnica propiamente dicha, la del trabajo material de la humanidad, por más que, insisto con el personaje de Leonardo, los talleres de las artes me atrajeron durante muchos años. En el caso del Vinciano, junto a Nicolás Kwiatkowski seguí los caminos abiertos por Giuseppina Fumagalli y Martin Kemp; en cuanto a los talleres de la pintura andina en tiempos coloniales, cuyos misterios quise desvelar junto a Héctor Schenone, mi maestro, he de decir que ahora es enorme la cantidad de información e interpretación que ha producido Gabriela Siracusano al ocuparse de los pigmentos, los minerales, los tejidos, los muros, las maderas que sirvieron de soporte de las obras artísticas en tiempos virreinales. Al mostrarnos cada paso de los procedimientos por los que los artífices del Alto Perú convirtieron sus colores y materiales en vectores de significados y símbolos, tanto cristianos cuanto arcaico-americanos, su labor historiográfica ha confluído con la que llevaron a cabo los nuevos sociólogos e historiadores de la edición de libros, de la lectura entendida como una práctica material y mental, situada en tiempo y espacio. Pienso en los trabajos de Don McKenzie, Armando Petrucci, Roger Chartier, Guglielmo Cavallo, Graciela Batticuore,

Fernando Bouza o Ana Mosqueda. Todos ellos han mostrado de qué manera, en los campos de las prácticas culturales, individuos, clases y comunidades entrelazan y determinan mutuamente sus acciones o sus apropiaciones de lo material e inmaterial que ellas mismas poseen y producen. Las redes de transmisión de tales fenómenos son inmensas. Los historiadores y sociólogos que acabo de mencionar han hecho gala de habilidad superior en los pasajes de escalas, de lo local a lo global, pero nos han enseñado también el valor del trabajo científico sobre lo delimitado y concreto que nos permite ejercer luego las comparaciones y genealogías de larga duración o de grandes distancias. Desde estos puntos de vista, me permito criticar la Global History y los Global Studies de hoy, que cada vez se alejan más del contacto directo con las fuentes al no poder definir sus corpus con claridad y mucho menos dominar la multiplicidad de lenguas en que los testimonios se han vertido, la multiplicidad de estilos de su escritura o de su exteriorización estética. Claro que también existen contraejemplos magníficos de éxito en cuanto a la dialéctica, al juego pendular de lo local-global, en obras monumentales como *Women on the Margins: Three Seventeenth-Century Lives*, de Natalie Zemon Davis, o la *Storia Notturna. Una decifrazione del sabba*, de Carlo Ginzburg.

2b) Quisiera explayarme mejor acerca de una segunda dimensión de la praxis, que podríamos identificar con la acción moral y política de un historiador o de un *scholar humanitatis*. Entiendo que lo nodal de esa actividad es el tema de la búsqueda de la verdad, resumido por Tácito en su famosa sentencia *Vitam impendere vero*. Pero ha habido un combate entre historiadores y filósofos del lenguaje en torno al estatuto de la verdad que viene de lejos. Es muy antigua la polémica entre quienes creen en un mundo exterior al pensamiento o a la semiosis, que estas funciones del sujeto descubren cada vez con mayor desenfado a medida que el tiempo pasa,

y quienes creen que, en última instancia, solo conocemos cuanto nuestra mente es capaz de construir con las huellas inestables del mundo en nuestra experiencia psico-social, individual y colectiva. ¿Buscamos o construimos la verdad? Tucídides planteó con lucidez tales cuestiones, no solo en la introducción de su *Historia de las guerras del Peloponeso*, sino a lo largo del relato cada vez que juzgó imprescindible hacerlo para enraizar en hechos psicológicos y sociales genéricos la verosimilitud de las emociones vividas y de las decisiones adoptadas por los protagonistas del drama.

La evidencia puesta en juego, decía nuestro historiador, es mejor que la de los poetas, quienes exageran la importancia de sus temas, o la de los cronistas en prosa, quienes están menos interesados en decir la verdad que en atrapar la atención de su público, cuyas autoridades no pueden ser controladas y cuyos asuntos, debido al paso del tiempo, están casi perdidos en las corrientes sospechosas de la mitología. Podemos proclamar, en cambio, que usamos la evidencia más llana y que alcanzamos conclusiones razonablemente justas, si consideramos que nos ocupamos de la historia antigua. [...] No fue fácil descubrir la verdad: testigos oculares diferentes dan informes distintos de los mismos acontecimientos, al hablar con la parcialidad de uno u otro lado o bien sobre la base de sus recuerdos imperfectos. Puede ocurrir que mi historia sea menos fácil de leer debido a la ausencia de todo elemento mítico en ella. (I, 21-22)

Al ocuparse de la guerra civil en Corcira, ocurrida en el 427 a.C., Tucídides señaló el colapso consiguiente del lenguaje y extrapoló esa catástrofe semántica a todos los enfrentamientos internos y violentos de las *póleis* griegas. Para él, la violencia de los partidos hizo explotar las relaciones entre palabras y hechos, instaló el fanatismo e invirtió las valoraciones morales:

Para ajustarse a los cambios de los acontecimientos, también las palabras hubieron de cambiar sus significados habituales. Lo que se solía describir como un acto impensado de agresión fue entonces considerado una forma del coraje que cualquiera podía esperar en los miembros de un partido; pensar en el futuro y esperar pasó a ser simplemente otro modo de decir que alguien era cobarde; cualquier idea de moderación fue solo un intento de disfrazar la propia carencia de virilidad en el carácter; la habilidad para entender una cuestión desde todas las perspectivas posibles significaba que uno era totalmente incapaz de actuar. (III, 82 b)

El historiador desnuda la realidad social que alimentaba semejante desacople entre lo real y lo dicho:

El amor del poder, que operaba mediante la codicia y la ambición personal, era la causa de todos esos males. [...] Ningún partido actuaba por motivos bien pensados; despertaba mayor interés quien pudiera producir argumentos atractivos con el fin de justificar las acciones más desgraciadas. (III, 82 e)

La mentira había calado hondo en las almas de los griegos:

Como resultado de tales convulsiones, hubo un deterioro general del carácter en todo el mundo griego. [...] La polis se dividió en dos campos ideológicos hostiles y cada lado veía al otro con sospecha. Como final del estado de las cosas, ninguna garantía podía darse que resultase confiable, ningún juramento prestarse que las personas tuvieran temor de quebrar; cada cual había llegado a la conclusión de que no tenía esperanza el aguardar que algo fuera estable y entonces, en lugar de sentir

confianza hacia los demás, todos consagraban sus energías a impedir el ser lastimados por los otros. (III, 83)

Solo la anomalía de la guerra perpetua había convertido a la falsedad en el temple básico de la sociedad humana.

En una postura diametralmente opuesta, consecuencia probable de la derrota de Atenas en la contienda del Peloponeso y de las responsabilidades que los aristócratas atenienses achacaron al partido democrático, Platón comprendió y propició el uso de mentiras por parte de los poderosos en busca del mantenimiento feliz del Estado. En el libro III de la *República*, el filósofo consideraba una buena cosa el inculcar en los ciudadanos, sobre todo entre los artesanos y campesinos que vivían bajo el gobierno de los sabios y soldados, la idea de que los dioses habían colocado metales en la sangre de los hombres. El oro circulaba por las venas de los gobernantes, la plata lo hacía por las de los defensores, el bronce y el hierro por las de los trabajadores, pero muy bien podía suceder que, en alguna ocasión, el oro fuera introducido en la sangre de los dominados, de manera que ellos también aspiraran a mostrarse sabios y ser capaces de mandar en la sociedad. Estas expectativas servirían para alimentar ilusiones de los gobernados respecto de las potencialidades de sus hijos y aceptar en consecuencia el orden político. Preguntábase Platón: “[...] ¿cómo nos ingeniariamos para hacer creer una noble mentira a los gobernantes, en primer término, o, por lo menos, a los demás ciudadanos?” (III, 414 b-c; 1978: 288). La mentira política platónica preservaba la paz y la felicidad del Estado.

Desde la Antigüedad, historiadores y filósofos nos hemos debatido entre los polos expuestos por Tucídides y Platón, lo cual no quiere decir que los primeros hayamos mantenido siempre nues-

tras posiciones al lado de Tucídides (los escritores de la terrible Historia Augusta proveyeron varios ejemplos en contrario) y mucho menos que los segundos hayan seguido al filósofo de la Academia (Spinoza, por ejemplo, hizo del derrumbe de las ilusiones y de la condena de la mentira las condiciones de posibilidad de una vida buena y feliz). No obstante, parecería que lo propio de su oficio, que consiste en compulsar los hechos y los relatos con la pretensión de desvelar la verdad de lo acontecido en el pasado, condujo particularmente a los historiadores a desconstruir los relatos de las hegemonías y echar luz sobre los mecanismos de ocultamiento o distorsión consagrados por la política. Es decir, mostrar que todo constructivismo exige una operación de desenmascaramiento que reinstala el realismo historiográfico. La obra de Machiavelli es uno de los mejores exponentes de la aplicación del método y de sus consecuencias gnoseológicas.

En los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, el Florentino se ocupó de las instituciones religiosas que Numa Pompilio introdujo en la Roma primitiva para beneficio y progreso de la ciudad-estado. Pues sobre la religión se apoyó el buen orden, sobre éste la buena fortuna y así, sucesivamente, nacieron los acontecimientos felices de las empresas romanas. Porque, para Machiavelli, “la observancia del culto divino es la razón de la grandeza de las repúblicas mientras que el desprecio del mismo lo es de su ruina” (I, XI; 1971: 83). Pero, claro está, Numa necesitó fundar tales preceptos sobre una ficción: “simuló tener relaciones con una Ninfa [Egeria], quien le aconsejaba todo cuanto él debía de aconsejar al pueblo; y todo nació del propósito de instaurar un orden nuevo e inusitado en aquella ciudad, mas [Numa] dudaba de que su autoridad no bastase” (82). De manera que el historiador Machiavelli ha realizado un trabajo doble: por un lado, desenmascará la mentira original y, por el otro, demostró hasta qué punto la religión es un

*instrumentum regni* imprescindible a la hora de fundar un estado. Sus lectores sabemos ahora que, en las cuestiones de estado, tras las religiones se oculta con frecuencia la impostura y que, al mismo tiempo, si el orden instaurado es justo, su mantenimiento exige el culto de una devoción y de una piedad, equivalentes al temor de Dios pero tributadas, en verdad, a los principios de constitución de la república merced a los cuales somos seres civiles. Sobre este descubrimiento, Machiavelli asentó su crítica radical contra la Iglesia de Roma, por cuanto, “detrás de los infinitos inconvenientes y desórdenes” que ella había provocado en Italia, se perdieron las virtudes que inculca la piedad al punto de que la religión auténtica se extinguió y, con ella, la posibilidad del bien colectivo (I, XII; 1971: 84). En consecuencia, el procedimiento historiográfico concebido como desvelamiento, es decir, como búsqueda de la verdad compleja encerrada en los procesos sociales, desnuda la ficción a la par que comprende la naturaleza y los límites de su aplicación política. Interrumpo aquí el recorrido, que debiera de llevarnos al *verum-factum* de Giambattista Vico y a *Sobre la verdad y la mentira en un sentido no moral*, texto de Nietzsche de 1873:

¿Qué es la verdad entonces? Una multitud móvil de metáforas, metonimias y antropomorfismos: en síntesis, una suma de relaciones humanas, poética y retóricamente intensificadas, transferidas, embellecidas, que, tras un largo uso por parte de un pueblo, parecen fijas, canónicas y vinculantes. ([1873] 1974: 91)

En los años sesenta, los *scholares humanitatis* creíamos que había una verdad más allá de nuestra mente, que podía ser dialéctica, por supuesto, pero que lo era porque lo real material tenía esa organización de la tesis, la antítesis y su superación. En el presente, esos mismos *scholares* no debemos rehuir el desafío nietzscheano,

es más, debemos aceptar que la verdad puede asumir la forma de una metáfora desgastada y, aun cuando nos resulte improbable una resolución tajante acerca de si la verdad se construye o se busca, el futuro habrá de plantearse una y mil veces la cuestión. No obstante, por mi parte, me animo a sostener desde ahora que, si el riesgo paradójico del realismo es el alimento de una verdad relativa que funciona en última instancia a la manera de una ilusión ideológica, el riesgo del constructivismo es lisa y llanamente la mentira.

3) El interés por la iconografía de los santos en América, que me inculcó Héctor Schenone, me condujo a hurgar papeles de los procesos de canonización de varios religiosos del Nuevo Mundo, San Francisco Solano, entre ellos, el franciscano que predicaba con la música de un extraño monocordio, confundido muchas veces con un violín. La canonización implicaba entonces mucho más que la apoteosis de un modelo o de un ejemplo humano de virtudes. La santidad permitía que brillase el bien en medio de la humanidad, que las sombras del mal permaneciesen sojuzgadas. Para los católicos que vivieron antes de las revoluciones modernas, tal acantonamiento de la oscuridad solo era posible porque la religión, vivificada gracias a los santos, instalaba bienes aprehensibles merced al intelecto, la sensibilidad y las emociones en medio de los seres humanos, con el objeto de protegerlos e infundirles la esperanza, ilusión quizá vana pero consoladora, de una victoria definitiva sobre el dolor y la muerte entendidos como instrumentos del diablo. La idea de que el demonio era el dueño real de los destinos de la humanidad, tal cual lo había representado, por ejemplo, un vitral deslumbrante del siglo XIII en la catedral de Estrasburgo, debía ir acompañada por la noción de un bien tangible, asociado con la existencia de los santos, si se aspiraba a que la historia tuviese un sentido. En 1762, Bartolomé Sánchez de Feria, teólogo, médico y matemático, publicó en Madrid (imprenta de Miguel Escribano),

una biografía de nuestro santo: *Compendio de la Vida, Virtudes y Milagros del Apóstol del Perú San Francisco Solano [...] con notas y reflexiones críticas sobre los principales sucesos de la Historia*, “no equivocando lo natural con lo sobrenatural” (Sánchez de Feria, 1762: IX-X). El caballero de Feria se deslizó hacia una historiografía crítica, centrada en la exposición de las preces morales, las “heroicidades” de Francisco Solano que se habían manifestado sin necesidad de atribuirle falsos milagros en su vida o, especialmente, más allá de ésta (IX). Por cuanto la santidad dejaba de ser rescate perpetuo del mundo de las manos de Satanás, para convertirse en forma humana de la verdad. Bartolomé Sánchez argumentaba que la historia que escribía se había liberado de “patrañas [...] multitud de acaecimientos mal calificados, que han dado motivo a algunos Herejes a despreciar cuanto sobre este particular miran escrito” (I) y se comprometía con la única santidad creíble, es decir, la vinculada a la verdad:

Pues ¿cómo puede ser para gloria de Dios, crédito de la Fe, y ejemplo de los Fieles, lo que aborrece Dios, celebra el Infierno, y sus secuaces, detestan los Santos, y abomina la misma piedad? La mentira tiene su centro en el Infierno, y la verdad en el Cielo: la piedad, bajo cuyo título indiscretamente se suponen milagros, es esencial compañera de la verdad. ¿Qué credibilidad puede recibir la Religión de la mentira, que detesta con tantas veras? (II)

El proceso moderno de la secularización ha sido definido de muchas maneras: desplazamiento de la religión del centro de la vida social, desencantamiento del mundo, reclusión paradójica de la trascendencia en lo recóndito de las conciencias, vuelco del espíritu de la sensibilidad hacia la construcción de un futuro nuevo y posible. En sus *Recuerdos de provincia*, Sarmiento nos ha dado varios ejemplos estupendos del fenómeno, ligados a la pintura colonial y

a las ideas apocalípticas: 1) El relato de cómo sus hermanas consiguieron, para escándalo de doña Paula, quitar del salón de la casa de San Juan las figuras de santos, pinturas de los tiempos de la colonia tardía, y mandarlas al dormitorio, donde “como objetos de religión” podían ser mejor veneradas. Así lo mandaba el buen gusto de 1830 pero, cometido el desaguisado, la madre de Sarmiento “se hincó llorando en presencia de los [santos] para pedirles perdón con sus oraciones” ([1850] 1970: 110). O el episodio protagonizado por el tío fray Miguel Albarracín quien, según parece, era lector entusiasta del libro milenarista del jesuita Lacunza y hubo de rendir cuentas ante el tribunal de la Inquisición a comienzos del siglo XIX. “Lo que es digno de notarse –acota Sarmiento– es que, pocos años después de producidos los milenarios, apareció la revolución de la independencia de la América del Sur, como si aquella comezón teológica hubiese sido solo barruntos de la próxima conmoción” (36). Tal vez cabría pensar la secularización, al menos en su primera etapa, en términos de un ataque a la realidad del Demonio y a la idea de que la Bestia es dueña del mundo y de la historia. Algo de ello ha explorado Charles Webster en su libro iluminador *De Paracelso a Newton. La magia en la creación de la ciencia moderna* (Webster, 1988: 134-182); solo así, la escatología habría podido transmutarse en expectativa de la revolución y del progreso inmanentes. Claro que Hobbes encontró, en la cuarta parte del *Leviatán* dedicada al “reino de la oscuridad” (IV, 44, 334), el sitio donde se alojaba el mal absoluto que el Diabolo había encarnado hasta entonces: el fondo del alma humana. Las manifestaciones del mal radical en el siglo XX han sido la mejor prueba de que Hobbes estaba en lo cierto acerca de quién ocuparía el vacío dejado por la muerte de Satanás. Por desgracia, me temo que los modernos no hayamos sido capaces de construir una nueva teodicea. Todas sus sustituciones han resultado fallidas. Es probable que allí se encuentre el motivo de la des-secularización acelerada de nuestros días. Tal como buscamos

en las fuentes de la Ilustración el reemplazante del mal radical y nos topamos con Hobbes, quizá sea prudente hurgar en ese mismo campo el punto de apoyo sobre el cual levantar una teodicea secular sólida, una teodicea de la inmanencia, esto es, capaz de dar una respuesta razonable y esperanzada a la pregunta que formuló Iván Karamazov sobre el sufrimiento absurdo de los inocentes. ¿Acaso la clave estaría en la carta LXXIII que, a finales de noviembre de 1675, Spinoza envió a Oldenburg a propósito de la grandeza humana insuperada de Jesucristo<sup>1</sup>? En las conversaciones que tuve con mi querido Héctor Schenone, siempre a partir de vírgenes, cristos y santos en pinturas y otras imágenes, él, un creyente sincero, profundo y militante, solía terminar con una exhortación para que me animase a contestar, aunque fuera sobre la base de mis dudas e incredulidades difusas, la pregunta de Karamazov. En eso estoy porque ahora exploro si acaso hubo algún eslabón entre el famoso pasaje de Heródoto sobre Cresos y la configuración completa de una vida en la muerte, y el relato de san Lucas acerca de los peregrinos de Emaús. Dejo esto para otra ocasión. No obstante, en el futuro de las humanidades, la respuesta a Karamazov habrá de convertirse en una necesidad obsesiva. No tengo dudas al respecto.

4) Paso así a la última pregunta de Kant sobre la naturaleza del ser humano. Querría contestarla, paradójicamente, a partir de una inmersión en los límites últimos de lo humano: la masacre y el genocidio, temas a los que Nicolás Kwiatkowski y yo dedicamos diez años de nuestras carreras académicas. Pero comienzo por la reseña de una experiencia personal. El martes 30 de julio de 2013, me dediqué a revisar los grandes cilindros, sembrados en varios lugares prominentes de Berlín (los alrededores de la Puerta de Brandebur-

1. Agradezco a Sergio Corinaldesi, quien llamó mi atención sobre el texto de Baruch Spinoza.

go, Wittenberg Platz, Alexander Platz, la estación del Jardín Zoológico, etc.), sobre los que se pegaron las fotos y las biografías de 145 judíos, habitantes de Berlín, quienes se habían visto obligados a abandonar la ciudad entre 1933 y 1938. “Éramos vecinos”, tal el título de la muestra urbana. La escritora Nelly Sachs, el compositor y pianista Ilja Bergh, los pintores Ludwig Meiner y Lotte Laserstein estuvieron entre los exiliados forzosos. Me tocó particularmente el “álbum” de la familia Landsberger, sobre todo una imagen, tomada en diciembre de 1938 antes de que el padre, Richard, abandonase el país, tras su paso por el campo de Sachsenhausen [Fig. 6]. Richard y su esposa Johanna se miran y sonríen, en los extremos de un arco formado por los hijos Kurt, Inge y Gerd. Solo Gerd mira al padre y también sonríe con espontaneidad, como signo inconsciente de cariño. Kurt dirige los ojos al fotógrafo y más allá, presiente, teme. Inge se conecta con su madre, es casi una réplica de ella, parece resignada. Todos exhiben una dignidad y una elegancia en el vestir que no nos dejan atisbar la larga hostilidad que los acosa: corbata llevan los varones, peinados pulcros se han hecho las mujeres. Richard luce el pañuelo de rigor en el bolsillo superior del saco. La exposición me reinstaló en un consejo de Carlo Ginzburg sobre la necesidad de estudiar los retratos fotográficos del siglo XX, en busca de una verdad objetiva que se cuele entre los artilugios del artista operador de la máquina.

Tenía algo de tiempo en aquel julio de 2013 y saqué entonces del equipaje unos papeles que me reservaba para estudiar en Buenos Aires. Se trataba de un corpus de fotos de víctimas del Gran Terror staliniano de 1937-38, publicado por *Le Monde* el 6 de marzo de 2013, y un libro de imágenes captadas por el artista polaco Tomasz Kizny entre 1998 y 2002 en los subterráneos de Moscú, Varsovia, Berlín, París y Nueva York, *The Passengers*, publicado por el Wissenschaftskolleg zu Berlin (WiKo) en 2008 con una introducción

excelente de Luca Giuliani (el fotógrafo fue fellow del WiKo en el año académico 2006-2007). En el primer caso, fue el propio Kizny quien rescató los retratos de los archivos rusos, intentó reconstruir esas biografías hechas añicos y las completó con fotos de los lugares de detención, del gulag, de los sitios de eliminación de los prisioneros, inhumación o destrucción de sus restos. Comienzo por el libro y me permito traducir varios pasajes del texto de Giuliani, que me fueron de mucha ayuda. Luca destaca que las imágenes de *Los Pasajeros* no solo implican un fotógrafo que se desplaza de un lado al otro del globo, sino que representan seres humanos en movimiento, en un tipo de tránsito que, no por ser habitual en las ciudades modernas, deja de poseer cualidades extrañas. Giuliani dice a propósito: “Los pasajeros de subte son [...] una constelación colorida de individuos que se encuentran, brevemente en la misma situación. [...] comparten un espacio apretado pero, de todos modos, intentan mantener las distancias. No saludan cuando entran en el tren y tampoco dicen adiós cuando se bajan. El contacto visual intenso se considera invasivo. Los pasajeros no se familiarizan los unos con los otros, permanecen anónimos.” Para sacar sus fotos, Kizny hubo de quebrar esos hábitos del subte e intentó establecer en principio algún tipo de comunicación simpática entre él y el pasajero que le interesaba retratar. Enseguida se presentaba al interpelado, explicaba en qué consistía su proyecto y mostraba algunas de sus obras. Los interlocutores pierden así su anonimidad, su aislamiento y desaparece la indiferencia recíproca. Kizny registra los nombres y las ocupaciones de sus criaturas de arte. Consigue instalar una situación inesperada y estimulante en el subte. Fotógrafo y retratado “crean un espacio en el que la distancia y la intimidad son principios compatibles en lugar de antitéticos, un pequeño milagro.” Las personas captadas por la cámara “devuelven la mirada de un fotógrafo desconocido que se les acercó de manera cautelosa y amigable, sin pisotear los límites de su privacidad. Sin embargo,

estas imágenes no son idílicas en absoluto: muchas muestran caras tristes pero, en ninguna de ellas, el fotógrafo ha proyectado la duda más mínima acerca de la dignidad humana de cada retratado.” Las fotos de Kizny “poseen algo reconfortante y liberador: la vida de estos individuos continúa, todos están en movimiento”. El propio Giuliani sabe del otro proyecto de Kizny, el referido a las víctimas de las purgas soviéticas a finales de los '30, y puede confrontar las fotos de los prisioneros con las de los seres libres, pasajeros del subte. Paso entonces al lote de retratos publicados en *Le Monde*.

Son las efigies de los detenidos por orden del régimen de Stalin, momentos antes de ser juzgados y, en la casi totalidad de los casos, condenados a muerte. Giuliani escribe: “Las fotografías de la represión estatal muestran personas que están completamente a merced de una fuerza exterior y que pueden anticipar su propia muerte violenta: su culpabilidad se tiene por establecida y nadie en la prisión se ocupa de su dignidad o de su futuro.” 750 mil soviéticos fueron ejecutados (1600 por día a lo largo de quince meses) y 800 mil, enviados al gulag, entre 1937 y 1938. Intento hacer una clasificación de lo que trasuntan esas caras y registro nombres, profesiones, fechas. Orgullo afirmativo de saberse humano (e inocente) a pesar de todo: Nikolai Vassilievitch Abramov (?-1937), brigadista del koljoz de Lukerino [Fig. 7]; Dimitri Ivanovitch Chakhovskoi (1861-1939), filólogo jubilado [Fig. 8]. Orgullo e integridad resignada: Gavriil Bogdanov (?-1937), campesino condenado al exilio, fue luego obrero en Moscú, fusilado por haber criticado abiertamente el régimen [Fig. 9]; Semion Nikolaievitch Kretchkov (1876-1937), sacerdote de la iglesia ortodoxa de la aldea de Bykovo [Fig. 10]. Horror: Aleksei Grigorievitch Jeltikov (1898-1937), cerrajero [Fig. 11]; Vassili Lvovitch Vassiliev (1801-1939), jefe de seguridad en el Kremlin [Fig. 12]; Vassili Ananievitch Kapranov (1891-1937), director adjunto de establecimientos azucareros [Fig. 13]. Cólera inquisitiva contra los

verdugos: Anna Moisseievna Bitter (1900-1937), profesora de geografía [Fig. 14]; Evguenia Iouzefovna Belina (1906-1937), traductora de prensa [Fig. 15]. Sorpresa y, tal vez, simulación de seguridad: Fiodor Ivanovitch Eikhmans (1897-1938), jefe de la oficina de códigos secretos y de criptografía de la NKVD [Fig. 16]; Nina Aleksandrovna Torskaia (1893-1938), miembro del Partido Comunista y de la Alta Corte de Justicia [Fig. 17]. Belleza e inocencia casi angelical: Guer-mogen Makarevich Orlov (1918-1938), estudiante de historia en la universidad de Moscú [Fig. 18]; Aleksei Ivanovich Zakliakov (1915-1937), peón de granja [Fig. 19]. Los sempiternos “loquitos en Cristo”, epítome del pueblo ruso y sus sufrimientos: Serguei Ivanovich Vassiliev (1909-1938), aldeano semianalfabeto, carpintero en la fábrica de cartones de Sviblovo [Fig. 20]; Marfa Illinitchna Riazantseva (1866-1937), aldeana semianalfabeta, campesina jubilada [Fig. 21]. Pero, ¿se trataba solo de fotos sacadas con fines de identificación de los detenidos y sentenciados? ¿Alguien revisaba a posteriori esos retratos? ¿Beria? ¿El mismísimo Stalin? Si así era, me temo que el efecto profundo, no simulado, en esos hombres monstruosos no distaría mucho del que las fotos ejercen hoy sobre nosotros. Es verdad lo dicho por Giuliani, nadie, ni los propios retratados, se ocupaban ya de su futuro, pero la dignidad, la dignidad se impone a cualquier observador que los mire merced a la mirada que les es devuelta. Es cierto que, al contrario de los Pasajeros, ellos no “están en movimiento”, ni “la vida de estos individuos continúa”, pero nuestras vidas sí lo hacen, después de haber sido golpeadas por el desafío de lo que expresan sus ojos, la apuesta de seguir viviendo, nosotros, tras haber compartido el vislumbre del hiato insondable que ellos vieron cuando los fotografiaban. Las reflexiones de Giuliani me resultaron preciosas para comprender por qué, a pesar de la complicidad de quienes capturaron las imágenes con el poder que destruía a esos seres humanos, las fotos de las judías eslovacas y húngaras en el bosque de abedules de Birkenau, toma-

das por Walter y Hoffmann de las SS, son documentos de la más alta dignidad humana: en la foto 183 del álbum de Lilly Jacob, Gerti Mermelstein de Mukacevo observa a la cámara con el miedo esencial que solo una niña siente. Setenta años más tarde, acogemos y cumplimos, desesperados, su pedido de poder seguir “en movimiento”.

Fotos tomadas en la playa, en Dakar [Fig. 22, 23, 24], y una película rodada por Gabriel Veyre, del equipo de los Lumière, en Namó (Vietnam) en 1900, podrían servir para hacer visible lo que insinúa. Y las tomo del horizonte afroasiático por una interferencia que ya mismo mencionaré. Una frase de Lacoue-Labarthe en *La fiction du politique: Heidegger, l'art et la politique*, libro publicado en 1987, fue el equivalente de una trompada, que recibí en la cara en pleno proceso de repensar el papel de las humanidades en el futuro inmediato: “el nazismo es un humanismo en tanto que se basa en una determinación de la *humanitas*, más poderosa a sus ojos, es decir, más efectiva, que cualquier otra” ([1987] 2002: 111-112). “¿Verdad o locura?”, se preguntaba mi amigo Osvaldo Tcherkaski. Se nos apareció entonces una cita de Claude Lévi-Strauss, devastadora, por cuanto colocaba nuestra más cara tradición en el estrado de los criminales. En un artículo de *Le Monde* (21 de enero de 1979), Lévi-Strauss decía que el humanismo, salido de la tradición judeo-cristiana del Renacimiento y del cartesianismo está involucrado “en todas las tragedias que hemos vivido, en principio con el colonialismo, luego con el fascismo, por último con los campos de exterminio.” Este conjunto de catástrofes:

[...] no se inscribe en una oposición o contradicción respecto del pretendido humanismo bajo la forma en que nosotros lo practicamos desde hace varios siglos, sino que es casi su prolongación natural, al punto de que preocuparse del hombre

como tal y hacer de él el valor más sagrado, implicaría inevitablemente, debido a una monstruosa dialéctica de las Luces, conducir a la humanidad a oprimirse a sí misma, a abrirle el camino de la auto-opresión y la auto-explotación, precisamente porque el hombre occidental (asi lo llama Lévi-Strauss, pero hoy podríamos ser más explícitos y llamarlo el varón blanco, burgués, capitalista), al arrogarse el derecho de separar radicalmente la humanidad de la animalidad, abrió un ciclo maldito que haría retroceder sin pausa la frontera de la humanidad, apartaría a los seres humanos de otros seres humanos y reivindicaría, en provecho de minorías siempre más restringidas, el privilegio del humanismo, corrompido inmediatamente después de haber nacido. (Lévi-Strauss, 1979: 12; traducción propia)

Aquí pretendo terminar. En esta apelación paradójica a romper ya los cercos de nuestras humanidades para convertirlas en algo nuevo, quizás desconocido hasta hoy en la historia del pensamiento occidental (pero presente en la tradición indostánica sin duda y en la *Historia de Genji*, escrita por la dama Murasaki en los años 1000-1002 de nuestra era), las ideas de Philippe Descola, discípulo de Lévi-Strauss, nos salen al paso. Descola ha señalado cuatro regímenes ontológicos en los que la historia colocó a las relaciones entre el ser humano y la naturaleza: animismo, totemismo, analogismo y naturalismo. Este último, elaborado en Europa a partir de la revolución científica del siglo XVII y hegemónico en el mundo entero hasta finales del siglo XX, produjo una tragedia sin paralelo en la evolución de la humanidad: por un lado, llevó el conocimiento de la naturaleza y de la psique y el poder transformador de la criatura humana a extremos ni siquiera vislumbrados en los milenios pasados; por el otro, provocó la catástrofe ecológica en cienes, aparentemente indetenible. Junto a Nicolás Kwiatkowski, pre-

tendemos ocuparnos del asunto a través del sesgo de una historia natural y simbólica de los elefantes. Hemos llegado al momento en que, durante la segunda mitad del siglo XIX, al socaire de la expansión africana del capitalismo y de su forma más devastadora, el colonialismo, el comercio de marfil se convirtió en el motor perverso de la incorporación del África subsahariana a la economía mundial [Fig. 25, 26]. Masacres de seres humanos y masacres de animales, en particular de elefantes, han sido concomitantes en un grado tal que nunca hubiéramos sospechado. Por eso, me permito imaginar para las humanidades del porvenir una suerte de humanimalismo o humaninaturalismo que habría de ser trans-humanista, de seguro, racional pero sobrecargado de emoción, necesariamente, como preludio de las reconciliaciones femenino-masculino, animal-humano, naturaleza-cultura.

Pero para terminar, más que el mundo de las imágenes prefiero el mundo de las palabras a la hora de especular sobre los mecanismos de una reconciliación. [Lo que cito a continuación] es un poema de Manuel Machado a la memoria de su hermano y de su madre, fallecidos en Francia y sepultados en Collioure a muy pocos días de huir de España en 1939. Un verso de Antonio es el bajo continuo del poema.

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera!

¿Qué tiene este verso, madre,  
que de ternura me llena,  
que no lo puedo decir  
sin que el corazón me duela?

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera!

¿Qué tienen, madre, qué tienen  
estas palabras que suenan  
tan adentro de mi pecho  
y tan lejos y tan cerca...?

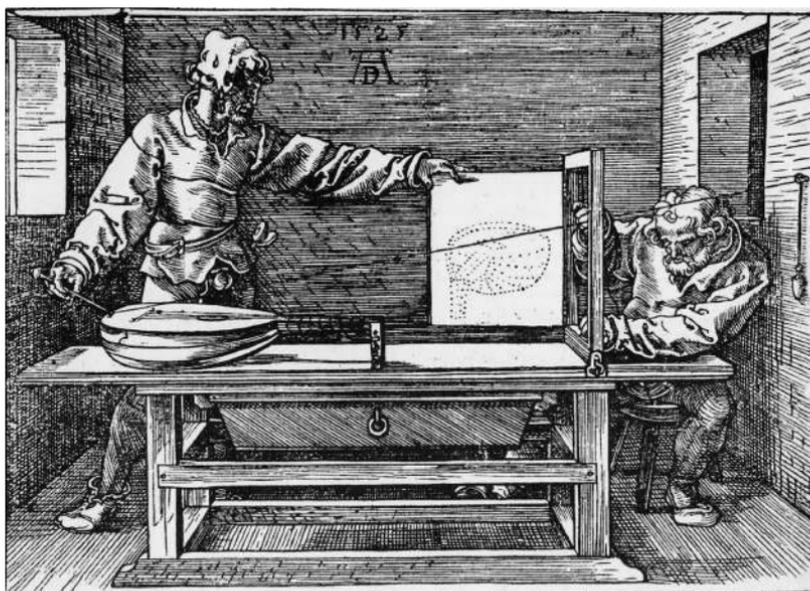
¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera!  
¿Qué dicen sin decir nada...?  
Sin contar nada, ¿qué cuentan?  
De estas palabras sencillas  
¿Qué puso Antonio en las letras?

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera!  
Cuando en mis labios las tomo  
y hasta mis oídos llegan...  
¿Por qué lloro sin consuelo?  
y por qué lloro sin pena?

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera!



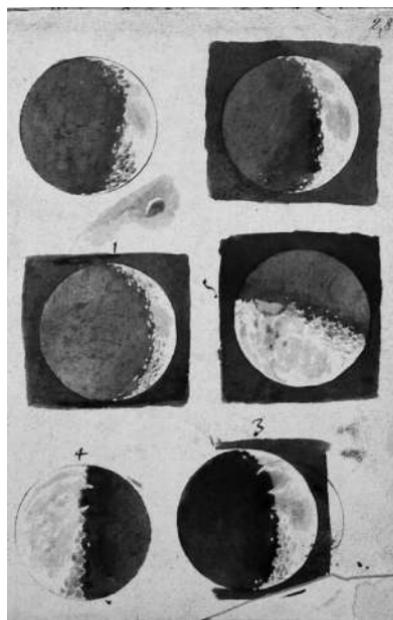
[Fig. 1] Alberto Durero, *Máquina de perspectiva* (1525)



[Fig. 2] Alberto Durero, *El Modo de Extracción* (c. 1530)



[Fig. 3] Giovanni Battista Vignola, *Máquina de perspectiva* (1583)



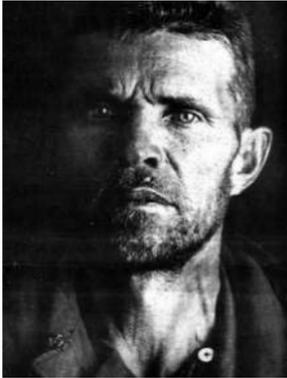
[Fig. 4] Galileo Galilei, *Dibujos de la Luna* (1610)



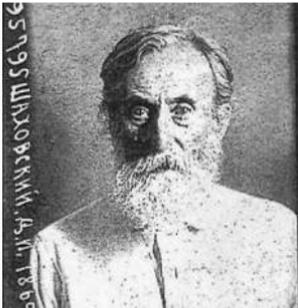
[Fig. 5] Antonio Palomino, grabado perteneciente al primer tomo de *Museo pictórico y escala óptica* (1715)



[Fig. 6] La familia Landsberger (1938)



[Fig. 7] Nikolai Vassilievitch Abramov (?-1937)



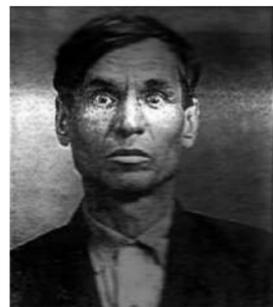
[Fig. 8] Dimitri Ivanovitch Chakhovskof (1861-1939)



[Fig. 9] Gavriil Bogdanov (?-1937)



[Fig. 10] Semion Nikolaievitch Kretchkov (1876-1937)



[Fig. 11] Aleksei Grigorievich Jeltikov (1898-1937)



[Fig. 12] Vassili Lvovitch  
Vassiliev (1801-1939)



[Fig. 13] Vassili Ananievitch  
Kapranov (1891-1937)



[Fig. 14] Anna Moisseievna  
Bitter (1900-1937)



[Fig. 15] Evguenia Iouzefovna  
Belina (1906-1937)



[Fig. 16] Fiodor Ivanovitch  
Eikhmans (1897-1938)



[Fig. 17] Nina Aleksandrovna  
Torskaia (1893-1938)



[Fig. 18] Guermogen Makarevich Orlov (1918-1938)



[Fig. 19] Aleksei Ivanovich Zakliakov (1915-1937)



[Fig. 20] Serguei Ivanovich Vassiliev (1909-1938)



[Fig. 21] Marfa Illinitchna Riazantseva (1866-1937)



[Fig. 22] Playa de Dakar (I)



[Fig. 23] Playa de Dakar (II)



[Fig. 24] Playa de Dakar (III)



[Fig. 25] Comerciantes de marfil de la etnia Fang



[Fig. 26] Imagen del Congo en tiempos del dominio belga

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Kizny, T.** (2008). *The Passengers*. Introducción de Luca Giuliani. Berlín, Alemania: Wissenschaftskolleg.
- Lacou-Labarthe, Ph.** ([1987] 2002). *La ficción de lo político: Heidegger, el arte y la política*. Madrid, España: Arena Libros.
- Lévi-Strauss, C.** (1979). Entretien avec Jean-Marie Benoist. *Le Monde*, 21 de enero de 1979, p. 12.
- Machiavelli, N.** (1971). Discursos sobre la primera década de Tito Livio. En N. Machiavelli, *Obras políticas* (pp. 55-300). La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.
- Nietzsche, F.** ([1873] 1974). Introducción teórica sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral. En, F. Nietzsche, *El libro del filósofo seguido de Retórica y lenguaje*. Madrid, España: Taurus.
- Platón** (1978). *República*. Traducción directa del griego por Antonio Camarero. Estudio preliminar y notas de Luis Farré. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.
- Sánchez de Feria, B.** (1762). *Compendio de la vida, virtudes y milagros del Apóstol del Perú San Francisco Solano*. Madrid, España: Imprenta de Miguel Escribano.
- Sarmiento, F. D.** ([1850] 1970). *Recuerdos de Provincia*. Buenos Aires, Argentina: Salvat.
- Webster, C.** (1988). *De Paracelso a Newton: La magia en la creación de la ciencia moderna*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.

## ÍNDICE

Palabras de presentación <b>José Goity</b>	7
El congreso <i>Las Humanidades por venir</i> : una introducción <b>Sandra Contreras</b>	11
<b>I. Las humanidades y la circulación del saber</b>	
Humanidades 2020: ser ciudadanos en la era digital <b>Néstor García Canclini</b>	33
Restos actuales. Desafíos digitales para las humanidades <b>Nicolás Quiroga</b>	61
Archivos y gestión documental: un asunto pendiente en la agenda oficial <b>Beatriz Bragoni</b>	77
La traducción de libros de ciencias sociales y humanas entre Francia y Argentina como intercambio desigual <b>Gustavo Sorá</b>	89
La humanidades por-venir: derivas de algunos datos estadísticos y de algunos “cuentos” (Argentina, 1958-2015) <b>Analía Gerbaudo</b>	125

## **II. Humanidades, Universidad, pensamiento crítico**

Las humanidades y la Universidad

**Eduardo Rinesi** 149

Humanidades: la universidad y lo público, la creación y la crítica

**Pablo Oyarzún Robles** 163

Historia de la transmisión crítica

**Nora Catelli** 173

## **III. Humanidades y profesionalización**

Las fronteras de la universidad y la transmisión de las humanidades y las ciencias sociales. Una incursión en los debates recientes y en el devenir de la profesión académica

**Sandra Carli** 191

Universidad, formación profesional y educación en las humanidades

**Eduardo Zimmermann** 207

Ética profesional y enseñanza del derecho, en el marco de sociedades desiguales

**Roberto Gargarella** 223

## **IV. Políticas de/en las humanidades**

Historia de una relación conflictiva: las mujeres y las humanidades

**Dora Barrancos** 235

Humanidades, ciencias sociales y política científica  
**Mario Pecheny y Luca Zaidan** 253

Número y representación. Un argumento  
sobre la analogía colonial y las ciencias humanas  
**Alejandro de Oto** 265

## **V. (Pos)Humanismos, (Pos)Humanidades**

Animales y mujeres en el camino de la deconstrucción  
de las humanidades en el poshumanismo  
**Mónica Cragolini** 281

¿Qué es el pueblo? ¿Qué son las plantas?  
El 'plantón móvil' de Lucía Monge  
**Víctor Vich** 289

Lo inhumano en lo humano  
**Juan B. Ritvo** 303

Vislumbres de un futuro útil y enaltecedor  
para las humanidades  
**José Emilio Burucúa** 313